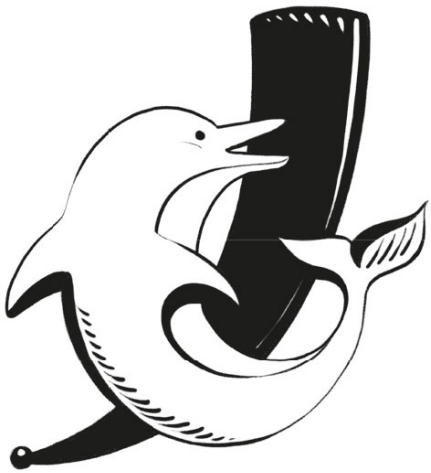
RICK
RIORDAN
LA ÚLTIMA
DESCENDIENTE
montena

RICK RIORDAN

LA ÚLTIMA DESCENDIENTE

Traducción de **Ignacio Gómez Calvo**

montena



La fuerza creadora de la naturaleza
predomina sobre el instinto
destructor del hombre.

JULIO VERNE,
Veinte mil leguas de viaje submarino

PRÓLOGO
No agarres una estrella de mar del brazo

¿Sabíais que más del ochenta por ciento del océano sigue sin explorar? ¡OCHENTA, AMIGOS! Es muy posible que en este momento una sirena y un calamar gigante estén zampando macarrones de macroalgas y preguntándose cuándo vamos a ponernos las pilas y a descubrir que la Atlántida solo fue un parque temático que no salió como debía. ¿Quién sabe?

Nadie puede decirlo con seguridad, porque desconocemos gran parte del océano. Y a mí me da pavor lo desconocido, de modo que no hace falta que diga que me da un pavor terrible el océano. Puede que todo empezase cuando, a los diez años, agarré una estrella de mar de uno de sus brazos... y no tardé en encontrarme sujetando un apéndice bamboleante. En aquel entonces no sabía que los brazos de las estrellas de mar se podían regenerar. Creía que era una asesina. Me postré de rodillas y grité horrorizada. (¡YO TE MALDIGO, FUERZA DESCOMUNAL! ¡TANTA INOCENCIA... ARRASADA! ¿ESO SIGNIFICA QUE PUEDO SALTARME PARA SIEMPRE LA CLASE DE GIMNASIA?)

Sin embargo, cuanto más pavor me da algo, más suelo obsesionarme con ello. Y desde ese funesto encuentro con la estrella de mar, el océano, con sus extraños habitantes —exacto, me refiero a vosotros, los distintos equinodermos y ofiuroideos—, ha ejercido una gran fascinación para mí como un lugar de poder desconocido, belleza inimaginable y potencial sin explotar.

La última descendiente refleja todas las facetas de ese asombro y ese pavor por el océano.

Si os apetece leer una historia que os acelere el corazón, os deje sin aliento con las numerosas peripecias de su trama y os obligue a echar el resto para acompañar a un elenco de personajes que incluye rollitos de canela adorables, ingeniosos y es posible que sanguinarios (ah, y una criatura gigante de las profundidades que en realidad solo necesita amor), en las siguientes páginas

encontraréis todo eso y más. Nuestra historia empieza con dos institutos enfrentados y un episodio catastrófico que hace embarcar a la clase de estudiantes de primer año de la selecta Academia Harding-Pencroft en una peligrosísima misión para desenterrar un secreto tecnológico capaz de transformar el mundo. Yo estuve en vilo en todo momento mientras la tripulación vivía aventuras en ingenios de tecnología punta, enigmas en las profundidades marinas y la clase de tácticas militares que por algún motivo me hacen sentir más lista pese a haberme pasado la mayor parte del tiempo en una cómoda burbuja.

No se me ocurre mejor capitana para dirigir esta aventura acuática que la formidable Ana Dakkar. Ana es todo lo que yo deseaba ser a los quince años. Valiente, brillante, un prodigio de los idiomas, amiga de un delfín llamado Sócrates y —lo más importante para una fantasiosa Rosh adolescente— poseedora de un legado ancestral que es el material del que están hechas las leyendas.

Resulta que Ana es una de las últimas descendientes del capitán Nemo, y ahí es cuando todo se complica. Como la última de los Dakkar, Ana no solo tiene que lidiar con una herencia que podría transformar la manera en que el mundo entero entiende la tecnología, sino que también tiene que enfrentarse a preguntas más generales como qué deuda tienen los demás con nosotros y qué deuda tenemos nosotros con los demás. Es fácil tomar las decisiones correctas cuando todo el mundo te mira, pero cuando estás en las profundidades del mar, donde el sol no puede alcanzarte, podrías acabar haciendo algo que nunca habías imaginado...

Para mí, esta historia es como el propio océano. Emocionante y aterradora a partes iguales y, lo mires por donde lo mires, una auténtica pasada. ¡Que os divirtáis! Y no comáis muchos rollitos de canela.

INTRODUCCIÓN

Mi viaje submarino empezó en Bolonia, la ciudad italiana sin mar, en 2008. Me encontraba allí con motivo de una feria de literatura infantil, justo antes de la fecha de publicación de *La batalla del laberinto* y *The 39 Clues: El laberinto de huesos*. Estaba cenando en el sótano de un restaurante con unos catorce directivos de Disney Publishing cuando el presidente del departamento se volvió hacia mí y me dijo: «Rick, ¿hay alguna propiedad intelectual de Disney sobre la que te apetecería escribir?». Yo no dudé en contestar: *Veinte mil leguas de viaje submarino*. He tardado doce años en estar listo para escribirla, pero mi versión de esa historia se encuentra ahora en vuestras manos.

¿Quién es el capitán Nemo? (No, el pez animado no).

En caso de que no conozcas al capitán Nemo original, se trata de un personaje creado por el escritor francés Julio Verne en el siglo XIX. Verne escribió sobre él en dos novelas, *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) y *La isla misteriosa* (1875), en las que Nemo está al mando del submarino más avanzado del mundo, el Nautilus.

El capitán Nemo era inteligente, culto, cortés y tremendamente rico. También era irascible, malhumorado y peligroso. Imaginaos una combinación de Bruce Wayne, Tony Stark y Lex Luthor. Conocido antes como príncipe Dakkar, Nemo había luchado contra el gobierno colonial británico en India. Los británicos tomaron represalias y mataron a su esposa e hijos. Esa es en esencia la historia del origen de Dakkar como supervillano/superhéroe. El príncipe adoptó el nombre de Nemo, que en latín significa «nadie». (Para los fans de la mitología griega, se trata de un guiño/referencia a Odiseo, que le dijo al cíclope Polifemo que se llamaba Nadie). Nemo dedicó el resto de su vida a aterrorizar a las

potencias europeas coloniales en alta mar, hundiendo y saqueando sus barcos y haciéndoles temer al imparable «monstruo marino» que era el Nautilus.

¿Quién no desearía tener semejante poder? De niño, cada vez que me tiraba a un lago o incluso a una piscina, me gustaba imaginarme que era el capitán Nemo. Podía hundir barcos enemigos con impunidad, viajar por todo el mundo sin que nadie se enterase, explorar profundidades que nadie ha visitado y descubrir ruinas fabulosas y tesoros de un valor incalculable. Podía sumergirme en mi reino secreto y no volver nunca al mundo de la superficie (que de todas formas era horrible). Cuando acabé escribiendo sobre Percy Jackson, el hijo de Poseidón, podéis tener por seguro que mis fantasías sobre el capitán Nemo y el Nautilus influyeron mucho en que Percy fuese un semidiós del mar.

Para ser sincero, las novelas de Verne me parecían un poco lentas cuando era niño. Pero me gustaban mucho las viejas ediciones de Classics Illustrated de mi tío, y me encantó la versión cinematográfica de *Veinte mil leguas de viaje submarino* producida por Disney, incluso las partes ridículas como cuando Kirk Douglas canta y baila, y el calamar de goma gigante que ataca el barco. No comprendí lo ricas y complejas que eran las historias originales hasta que fui mayor. Nemo era todavía más interesante de lo que me había imaginado. Y empecé a ver pequeños huecos en la narración en los que Verne había dejado espacio para una posible secuela...

¿Por qué el capitán Nemo sigue siendo importante?

Verne fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción. Desde la perspectiva del siglo XXI, puede costarnos apreciar lo revolucionarias que fueron sus ideas, pero Verne imaginó tecnologías que no existirían hasta cientos de años después. ¿Un submarino autosuficiente que podía dar la vuelta al mundo sin parar y no tener que atracar para abastecerse? ¡Imposible! En 1870, los submarinos todavía eran inventos recientes: peligrosas latas que tenían más posibilidades de explotar y matar a todas las personas a bordo que de completar un viaje alrededor del mundo. Verne también escribió *La vuelta al mundo en ochenta días* en una época en que realizar ese viaje tan rápido era impensable, y *Viaje al centro de la Tierra*, una proeza que sigue estando fuera del alcance de la tecnología humana, aunque ¿quién sabe si dejará de estarlo algún día?

La mejor ciencia ficción puede determinar la forma en que los humanos ven

su futuro. Julio Verne lo hizo mejor que nadie. En el siglo XIX, propuso cosas que podían ser posibles, y los humanos aceptaron el reto. Cuando la gente habla de lo rápido que un avión o un barco pueden dar la vuelta al mundo, siguen usando *La vuelta al mundo en ochenta días* como punto de referencia. Hubo una época en que ochenta días suponían un viaje increíblemente corto para circunnavegar el globo. Ahora podemos hacerlo en menos de ochenta horas por aire, y menos de cuarenta días por mar.

Viaje al centro de la Tierra ha movido a generaciones de espeleólogos a explorar los sistemas de cuevas de la Tierra y ha animado a los geoingenieros a averiguar cómo funcionan sus distintas capas.

El capitán Nemo, por otra parte, concienció a la humanidad de la importancia que los océanos tendrían para el futuro del planeta. Sabemos que la mayor parte de la Tierra está cubierta de agua, y que un ochenta por ciento de los océanos siguen sin explorar. Descubrir cómo aprovechar la energía del mar, y vivir de esa energía a medida que el clima cambia, puede ser decisivo para la supervivencia humana. Verne planteó todo eso en sus libros.

Nemo y su tripulación pueden vivir de forma autosuficiente sin tener que tocar tierra firme. El mar satisface todas sus necesidades. En *Veinte mil leguas*, Nemo le dice a Aronnax que el Nautilus es totalmente eléctrico y que extrae la energía del mar. En *La isla misteriosa*, Cyrus Harding especula que cuando el carbón se agote, los humanos aprenderán a obtener energía del abundante hidrógeno del océano. Ese es un objetivo que en la actualidad el ser humano todavía trata de alcanzar, y uno de los motivos por los que decidí que Nemo debía de haber desentrañado el secreto de la fusión fría.

En *Veinte mil leguas*, la tripulación de Nemo usa unos fusiles eléctricos que son más efectivos y elegantes que las armas corrientes. Disponen de una riqueza prácticamente ilimitada gracias a las muchas embarcaciones naufragadas que han saqueado. Han descubierto los secretos de la agricultura subacuática, de modo que la comida nunca es un problema para ellos. Y lo más importante, tienen libertad. No dependen de las leyes de ningún país. Si eso es algo bueno o malo, supongo que depende de lo que opines de Nemo.

La importancia del mar y de imaginar nuevos avances tecnológicos son muy buenas razones para seguir leyendo a Julio Verne. Pero hay un elemento más crucial para tener en cuenta. Verne decidió que el capitán Nemo fuese un príncipe indio cuyo pueblo había padecido el colonialismo europeo. Su personaje aborda temas que son igual de serios hoy que en la época victoriana. ¿Cómo hallar una plataforma de expresión y poder cuando la sociedad te niega esos privilegios? ¿Cómo combatir la injusticia? ¿Quién escribe los libros de historia y

decide quiénes fueron los «buenos» y los «malos»? Nemo es un prófugo, un rebelde, un genio, un científico, un explorador, un pirata, un caballero, un «arcángel de venganza». Es un hombre complicado, y eso hace de él un material de lectura muy divertido. Me fascinaba la idea de trasladar su legado al siglo XXI y considerar a qué se enfrentarían sus descendientes tantos años después.

¿Qué haríais vosotros si tuvieseis el poder del Nautilus a vuestro alcance? Espero que *La última descendiente* os anime a pensar vuestras propias aventuras, como Julio Verne me animó a mí. Preparaos para la inmersión. ¡Vamos a sumergirnos muy hondo!

LA ÚLTIMA DESCENDIENTE

ACADEMIA HARDING-PENCROFT

CASA DELFÍN
comunicaciones, exploración, criptografía,
contrainteligencia

CASA TIBURÓN
mando, combate, sistemas armamentísticos, logística

CASA CEFALÓPODO
ingeniería, mecánica aplicada, innovación, sistemas defensivos

CASA ORCA
medicina, psicología, educación, biología marina,
memoria colectiva

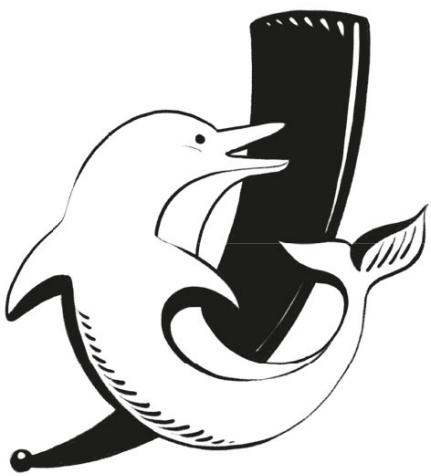
LA CLASE DE PRIMER AÑO
DE HARDING-PENCROFT

CASA DELFÍN
Ana Dakkar, monitora
Lee-Ann Best
Virgil Esparza
Halimah Nasser
Jack Wu

CASA TIBURÓN
Gemini Twain, monitor
Dru Cardenas
Cooper Dunne
Kiya Jensen
Eloise McManus

CASA CEFALÓPODO
Tia Romero, monitora
Robbie Barr
Nelinha da Silva
Meadow Newman
Kay Ramsay

CASA ORCA
Franklin Couch, monitor
Ester Harding
Linzi Huang
Rhys Morrow
Brigid Salter



CAPÍTULO 1

Con los días desastrosos pasa una cosa.

Empiezan como otro cualquiera. No te das cuenta de que tu mundo está a punto de explotar en un millón de pedazos hasta que es demasiado tarde.

El último viernes de mi primer año de secundaria en la academia me desperté en mi habitación de la residencia a las cinco de la mañana como siempre. Me levanté sin hacer ruido para no molestar a mis compañeras de cuarto, me puse el biquini y me fui al mar.

Me encanta el campus a primeras horas de la mañana. Las fachadas de hormigón blanco de los edificios se tiñen de rosa y turquesa con la luz del amanecer. En el césped del patio interior solo hay gaviotas y ardillas que libran su guerra eterna por las migajas que los estudiantes hemos dejado. El aire huele a sal marina, eucalipto y rollitos de canela recién hechos en la cafetería. La brisa

fresca del sur de California me pone la piel de gallina en los brazos y las piernas. En momentos como este, me cuesta creer la suerte que tengo de estudiar en la Academia Harding-Pencroft.

Suponiendo que sobreviva a las pruebas de este fin de semana, claro. Puede que suspenda y caiga en desgracia o que muera atrapada en una red en el fondo de una carrera de obstáculos submarina. Pero, qué queréis que os diga, sigue siendo mejor que acabar el trimestre resolviendo tropecientos problemas en un examen tipo test.

Sigo el sendero de grava que lleva al mar.

Cien metros por detrás del edificio de guerra naval, los acantilados descienden al Pacífico. Mucho más abajo, la espuma blanca envuelve el mar azul metálico. Las olas rugen y reverberan alrededor de la curva de la bahía como los ronquidos de un gigante.

Mi hermano, Dev, me espera en el borde del acantilado.

—Llegas tarde, Ana Banana.

Sabe que no soporto que me llame así.

—A que te tiro —le advierto.

—Inténtalo.

Cuando Dev sonríe, entrecierra un ojo más que el otro, como si no pudiese compensar la presión de un oído. A las demás chicas les parece adorable. A mí no me convencen. Tiene el pelo moreno de punta en la parte de delante como un erizo de mar. Según él, es su «estilo». Yo creo que es porque duerme con una almohada encima de la cara.

Como siempre, lleva su traje de neopreno negro de la academia con el logotipo plateado de los Tiburones en la parte de delante, que indica la casa a la que pertenece. Dev cree que estoy loca por bucear en biquini. En muchos aspectos, es un chico duro. Pero cuando tiene que aguantar temperaturas bajas, es como un bebé.

Hacemos los estiramientos de antes de la inmersión. Este sitio es uno de los pocos puntos de la costa de California donde puedes hacer buceo libre sin acabar hecho papilla contra las rocas de debajo. Los acantilados son escarpados y caen a plomo en las profundidades de la bahía.

A esta hora de la mañana se respira silencio y tranquilidad. A pesar de las responsabilidades de Dev como capitán de su casa, siempre saca tiempo para nuestro ritual matutino. Lo adoro por detalles como ese.

—¿Qué le has traído hoy a Sócrates? —pregunto.

Dev señala cerca de él. Dos calamares muertos relucen en la hierba. Como estudiante de último año, Dev tiene acceso a la comida de los animales del

acuario. Eso quiere decir que puede sacar a escondidas regalitos para nuestro amigo de la bahía. Los calamares miden unos treinta centímetros de la cola a los tentáculos: viscosos, plateados y marrones como aluminio oxidado. *Loligo opalescens.* Calamar de mercado de California. Ciclo vital de seis a nueve meses.

No puedo desconectar el flujo de información. Nuestro profesor de biología marina, el señor Farez, nos ha entrenado demasiado bien. Aprendes a memorizar los detalles porque todo, literalmente todo, puede salir en sus exámenes.

Sócrates tiene otro nombre para el *Loligo opalescens*. Él lo llama «desayuno».

—Estupendo. —Agarro los calamares, fríos aún de la nevera, y le doy uno a Dev—. ¿Estás listo?

—Oye, antes de que nos tiremos... —Su expresión se vuelve seria—. Quiero darte una cosa...

No sé si dice la verdad o no, pero siempre pico cuando quiere distraerme. En cuanto ha captado mi atención, se vuelve y se lanza del acantilado.

Suelto un juramento.

—Serás...

El que salta primero tiene más oportunidades de encontrar antes a Sócrates.

Tomo aire profundamente y salto detrás de él.

El subidón de tirarse de un acantilado no tiene comparación. Caigo en picado una distancia equivalente a diez pisos, con el viento y la adrenalina rugiéndome en los oídos, y atravieso el agua helada.

Me gusta la impresión: el frío repentino, el escozor del agua salada en los cortes y arañazos de la piel. (Si eres estudiante de HP y no tienes cortes ni arañazos, es que no has estado haciendo bien los ejercicios de combate).

Me zambullo a través de un banco de gallinetas rojizas: docenas de macarras naranja y blanco que parecen peces koi en versión punk-rock. Pero no son tan duros como aparentan y se dispersan prorrumpiendo en... ¡CÓRCHOLIS! Diez metros por debajo de mí, veo el remolino brillante de la estela de burbujas de Dev. Lo sigo hacia abajo.

Mi récord de apnea estática está en cinco minutos. Evidentemente, no puedo contener la respiración tanto cuando hago esfuerzo, pero de todas formas estoy en mi salsa. En la superficie, Dev tiene la ventaja de la fuerza y la velocidad. Bajo el agua, yo tengo a mi favor el aguante y la agilidad. Al menos eso me digo a mí misma.

Mi hermano flota encima del fondo arenoso del mar cruzado de piernas como si llevase allí horas meditando. Tiene el calamar escondido a la espalda porque Sócrates ha llegado y le está frotando el hocico contra el pecho como diciendo: «Vamos, sé que tienes algo para mí».

Sócrates es un animal precioso. Y no lo digo solo porque pertenezco a la Casa Delfín. Es un joven delfín mular macho, de dos metros setenta y cinco de largo, con la piel gris azulada y una raya oscura marcada en la aleta dorsal. Sé que en realidad no sonríe. Su larga boca picuda simplemente tiene esa forma. Aun así, me parece monísimo.

Dev saca el calamar. Sócrates lo atrapa y se lo traga entero. Dev me sonríe, y una burbuja le sale de los labios. Su expresión dice: «Ja, ja. Este delfín me prefiere a mí».

Le ofrezco a Sócrates mi calamar. Él está encantado de repetir. Deja que le rasque la cabeza, que es lisa y tirante como un globo de agua, y luego le froto las aletas pectorales. (Los delfines no pueden resistirse a que les froten las aletas pectorales).

Entonces hace algo que yo no espero. Corcovea y me empuja la mano hacia arriba con el rostro en un gesto que he llegado a interpretar como «¡Venga!» o «¡Deprisa!». Se desvía y se va nadando, y la estela de su cola me sacude la cara.

Me quedo mirando hasta que desaparece en la penumbra. Espero a que dé la vuelta, pero no lo hace.

No lo entiendo.

Normalmente no come y se va corriendo. Le gusta quedarse. Los delfines son sociables por naturaleza. La mayoría de los días nos sigue hasta la superficie y salta sobre nuestras cabezas, o juega al escondite, o nos acribilla a silbidos y chasquidos que parecen preguntas. Por eso lo llamamos Sócrates. Él nunca da respuestas; solo hace preguntas.

En cambio, hoy parecía agitado... casi preocupado.

En el límite de mi campo visual, las luces azules de la red de seguridad se extienden a través de la boca de la bahía: un rombo reluciente al que me he acostumbrado durante los dos últimos años. Mientras observo, las luces se apagan y vuelven a encenderse. Nunca las he visto hacer eso.

Miro a Dev. Él no parece haberse fijado. Señala hacia arriba. «Te echo una carrera».

Se impulsa con los pies hacia la superficie y me deja en medio de una nube de arena.

Yo quiero quedarme más rato. Tengo curiosidad por saber si las luces vuelven a apagarse o si Sócrates regresa. Pero me arden los pulmones. Sigo a Dev de mala gana.

Después de reunirme con él en la superficie y recobrar el aliento, le pregunto si ha visto la red parpadear.

Él me mira entornando los ojos.

—¿Estás segura de que no estabas desmayándote?

Le salpico la cara.

—Hablo en serio. Deberíamos decírselo a alguien.

Dev se seca el agua de los ojos. Sigue mostrándose escéptico.

Para ser sincera, nunca he entendido por qué tenemos una barrera electrónica submarina de última generación en la boca de la bahía. Ya sé que está diseñada para proteger la vida marina impidiendo pasar a intrusos como cazadores furtivos, submarinistas no profesionales y bromistas como nuestro rival, el Instituto Land. Pero me parece exagerado, incluso para un centro del que salen los mejores científicos marinos y cadetes navales del mundo. No sé exactamente cómo funciona la red, pero lo que sí sé es que no tiene que parpadear.

Dev debe de haber visto que estoy preocupada de verdad.

—Está bien —dice—. Daré parte.

—Además, Sócrates se ha comportado de forma rara.

—Un delfín que se comporta de forma rara. Vale, también daré parte de eso.

—Podría hacerlo yo, pero como tú siempre dices, solo soy una humilde novata. En cambio, tú eres el capitán grande y poderoso de los Tiburones...

Él me devuelve la salpicadura.

—Si ya has acabado con el rollo paranoico, tengo algo para ti de verdad. —Saca una cadena reluciente del cinturón de buceo—. Feliz cumpleaños adelantado, Ana.

Me da el collar: una perla negra engastada en oro. Tardo un segundo en comprender lo que me ha regalado. Se me hace un nudo en la garganta.

—¿Es la de mamá?

Apenas puedo pronunciar la palabra.

La perla era el elemento central del *mangalsutra* de mi madre, su collar nupcial. También es lo único que nos queda de ella.

Dev sonríe, aunque su mirada tiene ese aire melancólico tan familiar.

—He hecho engarzar la perla en otro collar. La semana que viene cumplirás quince años. Ella querría que la llevases.

Es lo más bonito que ha hecho por mí en toda mi vida. Voy a echarme a llorar.

—Pero ¿por qué no has esperado a la semana que viene?

—Hoy te marchas a hacer las pruebas. Quería que tuvieras la perla para que te dé suerte... por si, no sé, metes la pata hasta el fondo o algo por el estilo.

Desde luego sabe aguarle a una la fiesta.

—Cierra esa boca —le digo.

Él ríe.

—Es broma, claro. Lo harás estupendamente. Todo lo haces estupendamente, Ana. Solo ten cuidado, ¿vale?

Noto que me ruborizo. No sé qué hacer con todo ese cariño y afecto.

—Vaya... es un collar precioso. Gracias.

—De nada.

Él se queda mirando al horizonte con un asomo de preocupación en sus ojos marrón oscuro. Tal vez está pensando en la red de seguridad, o está nervioso de verdad por las pruebas a las que me voy a someter ese fin de semana. O tal vez está pensando en lo que pasó hace dos años, cuando nuestros padres sobrevolaron ese horizonte por última vez.

—Venga. —Sonríe de nuevo de forma tranquilizadora, como ha hecho tantas veces por mí—. Vamos a llegar tarde al desayuno.

Siempre con hambre y siempre en movimiento, mi hermano: el perfecto capitán Tiburón.

Se dirige nadando a la orilla.

Miro la perla negra de mi madre: el talismán que tenía que proporcionarle una vida larga y protegerla del mal. Por desgracia para ella y para mi padre, no sirvió para ninguna de las dos cosas. Oteo el horizonte preguntándome adónde ha ido Sócrates y qué trataba de decirme.

Acto seguido me voy nadando detrás de mi hermano porque de repente no quiero estar sola en el agua.

CAPÍTULO 2

En la cafetería me zampo un revuelto de tofu y alga nori: delicioso como siempre. Luego me voy corriendo a la residencia a por la mochila.

Los estudiantes de primero de secundaria vivimos en la segunda planta del edificio Shakelton, encima de los alumnos de octavo. Nuestros cuartos no son tan espaciosos como las habitaciones de los estudiantes de segundo o de tercer año del edificio Cousteau. Y no son para nada tan agradables como las suites de los estudiantes de último año del edificio Zheng He, pero están a años luz de los barracones estrechos que compartimos en octavo durante nuestro «año de carnada» en HP.

Supongo que debería aclarar las cosas. Harding-Pencroft es un instituto que consta de cinco cursos. Nos dividimos en cuatro casas en función de los resultados que obtuvimos en las pruebas de aptitud. Nos referimos a la academia como HP para abreviar. Y, sí, hemos oído toda clase de chistes sobre Harry Potter. Gracias de todas formas.

Cuando llego a mi habitación, mis compañeras están histéricas.

Nelinha mete herramientas, ropa de sobra y cosméticos en su mochila. Ester clasifica frenéticamente fichas. Tiene unos doce montones de tarjetas, todas organizadas por colores, etiquetadas y subrayadas. Su perro, Top, ladra y da brincos como un juguete saltador peludo.

Es el caos de siempre, pero no puedo evitar sonreír. Adoro a mi equipo. Por suerte, las habitaciones no se asignan por casas, o nunca habría podido desconectar y relajarme con mis mejores amigas.

—Nena, no te pases con el equipaje —le dice Nelinha a Ester, mientras mete más llaves de tubo y rímel en su mochila. (Nelinha llama «nena» a todo el mundo. Ella es así).

—Necesito mis fichas —protesta Ester—. Y galletas para Top.

«¡Guau!», asiente Top, esforzándose al máximo por tocar el techo con el hocico.

Nelinha me mira encogiéndose de hombros. «¿Qué se le va a hacer?».

Hoy luce un look a lo Rosie la Remachadora. Lleva su exuberante pelo castaño recogido con un pañuelo verde. Viste una camisa vaquera de manga corta con los faldones anudados en su cintura morena. Sus pantalones caqui a media pierna están permanentemente manchados de grasa de máquinas, pero su maquillaje, como siempre, está perfecto. Nelinha podría arrastrarse por la bomba del acuario o arreglar el motor de un barco y conseguir estar elegante.

Abre mucho los ojos cuando ve la perla negra en la base de mi cuello.

—¡Qué bonito! ¿De dónde ha salido?

—Es el regalo de cumpleaños adelantado de Dev —contesto—. Era... de nuestra madre.

Sus labios forman una O. Mis compañeras de cuarto conocen todas las tragedias de mi familia. Entre Nelinha, Ester y yo, nuestra habitación es una de las mayores productoras de tragedias del mundo.

—Mira por dónde —dice—, tengo una falda y una blusa que le pegan perfectamente.

Nelinha es ideal para compartir ropa y maquillaje. Tenemos más o menos la misma talla y coincidimos en el tono de piel —ella es parda brasileña; mis antepasados son indios bundeli—, de modo que me viene de fábula cuando tengo

un baile de la academia o un sábado de permiso en la ciudad. Pero hoy no es uno de esos días.

—Nelinha, vamos a pasar el fin de semana en un barco —le recuerdo.

—Ya, ya —asiente la chica, que se ha maquillado solo para el trayecto en autobús hasta el barco—. Pero cuando volvamos. ¡Por ejemplo, para la fiesta de fin de año!

Ester mete una última bolsa de galletas de perro en su petate.

—BUENO —anuncia.

Se da la vuelta examinando la habitación para comprobar si se ha olvidado algo. Lleva su camiseta azul de la Casa Orca y su pantalón corto con estampado de flores por encima de un bañador de una pieza. Tiene la cara colorada. Su cabello rubio ensortijado apunta en tres direcciones distintas. He visto fotos de ella cuando era bebé: mofletes rollizos pellizcables, grandes ojos azules y una expresión de sorpresa en plan «¿Qué pinto en este universo?». La verdad es que no ha cambiado mucho.

—¡ESTOY LISTA! —decide.

—Baja el volumen, nena —dice Nelinha.

—Perdón —se disculpa Ester—. ¡Vámonos! ¡Perderemos el autobús!

Ester no soporta llegar tarde. Es una de las tribulaciones que se supone que Top le ayuda a controlar. Nunca he entendido cómo Top puede hacer que alguien se sienta menos inquieto, pero es uno de los animales de apoyo emocional más monos que puedes encontrar. Un tercio jack russell, un tercio yorkie, un tercio torbellino.

Me olfatea la mano mientras sigue a Ester fuera del cuarto. Puede que no me haya quitado todo el jugo de calamar de debajo de las uñas.

Agarro la mochila que preparé anoche. No llevo gran cosa: una muda, un traje de neopreno, un cuchillo de submarinismo y un reloj de buceo. Ninguna de nosotras sabe en qué consistirán las pruebas del fin de semana. La mayor parte serán bajo el agua (menuda sorpresa), pero los estudiantes de cursos superiores se niegan a concretarnos más. Incluso Dev. Se toman el juramento de secreto muy en serio. Qué rabia.

Corro para alcanzar a mis amigas.

Para llegar al patio interior tenemos que bajar por la escalera y atravesar el ala de octavo. Durante mucho tiempo, ese detalle me pareció un engorroso fallo de diseño. Entonces me di cuenta de que debieron de distribuir así los dormitorios a propósito. De esa forma, la carnada tiene que apartarse de nuestro camino varias veces al día y mirarnos a los estudiantes de primer año con expresiones de temor y asombro. Por nuestra parte, cada vez que pasamos

podemos pensar: «Por muy inexpertos que seamos, por lo menos no somos estos pobres pringados». Todos parecen muy menudos, muy jóvenes y muy asustados. Me pregunto si nosotros teníamos esa pinta el año pasado. A lo mejor los estudiantes de cursos superiores siguen viéndonos así. Me imagino a Dev riendo.

En el exterior, hace un bonito día y cada vez calienta más. Mientras cruzamos el campus corriendo, pienso en todas las clases que me perderé por culpa de la excursión.

El gimnasio: seis muros de escalada; dos circuitos de cuerdas; salas de yoga calientes y frías; canchas de baloncesto, ráquetbol, vóleibol y puéntingbol (mi favorito). Pero los viernes toca artes marciales. Me pasaría la mañana siendo lanzada contra una pared en los combates de malaa yuddha. No puedo decir que vaya a echarlo de menos.

El acuario: el centro de investigación privado más grande del mundo, según me han dicho, con mayor variedad de especies marinas que la bahía de Monterrey, Chimelong o Atlanta. Contamos con unidades de rescate y rehabilitación para tortugas laúd, nutrias y leones marinos (mis preciosas criaturitas, todos ellos), pero hoy me tocaba fregar el tanque de las anguilas, así que ¡hasta luego!

El natatorio: tres piscinas, incluido el Agujero Azul, lo bastante grande y profundo para llevar a cabo simulaciones submarinas. Solo hay una piscina más grande en el mundo, y es de la NASA. Me encantan las clases de buceo en piscina cubierta, pero donde esté el mar abierto, que se quite todo.

Por último, pasamos por delante del edificio Verne, el ala de investigación de «categoría oro». No tengo ni idea de lo que se cuece allí. No se nos permite entrar hasta que estemos en cursos superiores. La fachada dorada de Verne destaca entre los edificios blancos del campus como un diente de oro. Sus puertas de cristal oscuro siempre parecen burlarse de mí. «Si fueses lo bastante guay, como tu hermano, podrías entrar. JA, JA, JA, JA».

Cabría pensar que de los cuarenta estudiantes de último año, alguno estaría dispuesto a dejar caer algún cotilleo jugoso sobre las clases de categoría oro, pero no. Como ya he dicho, su cumplimiento del deber de secreto es absoluto y desesperante. Sinceramente, no sé si yo podré tener la boca cerrada tanto tiempo cuando me llegue el momento, pero no tendré que hacer frente a ese problema hasta dentro de unos años.

En el patio principal, los estudiantes de último año descansan en la hierba. Ya han terminado las clases y solo les queda presentarse a los exámenes finales y graduarse. Luego les esperan universidades importantes y carreras prometedoras.

No veo a Dev, pero su novia, Amelia Leahy, la capitana de mi casa, me saluda con la mano desde el otro lado del césped. «Buena suerte», dice con gestos.

«Gracias», le contesto por señas.

«La necesitaré», me digo.

No debería preocuparme demasiado. Nuestra clase ya ha quedado reducida a veinte alumnos: el número máximo permitido para pasar de curso. Perdimos a diez estudiantes en nuestro año de carnaza. Otros cuatro en lo que llevamos de año. Teóricamente, todos los demás podríamos sobrevivir a la selección. Además, mi familia ha asistido a HP durante generaciones. Y yo soy la monitora de primer año de la Casa Delfín. Tendría que fastidiarla mucho para que me echasen...

Ester, Nelinha y yo casi somos las primeras en llegar al autobús. Pero como no podía ser de otra manera, Gemini Twain se nos ha adelantado. Está delante de la puerta con su carpeta, listo para pasar lista y echar a todo el que necesite que lo echen.

El monitor Tiburón es alto, moreno y desgarbado. Todo el mundo lo llama Spider-Man a sus espaldas porque se parece a Miles Morales de *Un nuevo universo*. Pero él no mola tanto. Hemos acordado una tregua desde el año pasado, pero sigue sin caerme bien.

—Nelinha da Silva. —Marca el nombre pero no la mira a los ojos—. Ester Harding. Monitora Ana Dakkar. Bienvenidas a bordo.

Lo dice como si el autobús lanzadera fuese un acorazado.

Le dedico una pequeña inclinación.

—Gracias, monitor.

Le tiembla un ojo. Todo lo que hago parece molestarle. Por mí no hay problema. El tío hizo llorar a Nelinha en nuestro año de carnaza. Nunca se lo perdonaré.

Bernie es hoy nuestro chófer. Es un jubilado de la marina muy simpático. Tiene una sonrisa teñida por el café, pelo canoso y manos nudosas como las raíces de un árbol.

El doctor Hewett está sentado a su lado repasando el programa del día. Como siempre, Hewett está pálido, sudoroso y desaliñado. Huele a bolas de alcanfor. Imparte la asignatura que menos me gusta de todas, ciencia marina teórica, o CMT. La mayoría de nosotros la llamamos «caray, menudo tostón». A veces sustituimos la última palabra por otras menos amables.

Hewett es muy estricto, de modo que no promete nada bueno de cara a las pruebas. Mis amigas y yo nos sentamos en la parte de atrás del autobús, lo más lejos posible de él.

En cuanto los veinte alumnos estamos a bordo, el vehículo se pone en

marcha.

En la entrada principal, los paramilitares armados se despiden de nosotros con la mano y sonríen como diciendo: «¡Que paséis un buen día, chicos! ¡No la palméis!». Supongo que la mayoría de los institutos de secundaria no tienen tanta seguridad ni los pequeños drones de vigilancia que dan vueltas continuamente al campus. Pero es curioso lo rápido que una se acostumbra.

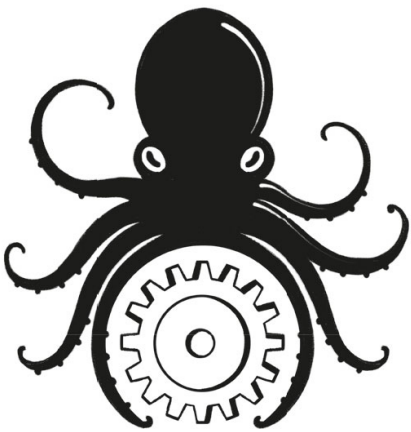
Cuando salimos a la autopista 1, vuelvo la vista al campus: una deslumbrante colección de edificios como terrones de azúcar encaramados en lo alto del acantilado por encima de la bahía.

Me invade una sensación familiar: «No puedo creer que esté estudiando aquí». Entonces me acuerdo de que no tengo más remedio que estudiar aquí. Después de lo que les pasó a nuestros padres, es el único hogar que Dev y yo tenemos en el mundo.

Me pregunto por qué no he visto a Dev en el desayuno. ¿Qué le habrán dicho los de seguridad cuando les informó de que la luz de la red de vigilancia parpadeaba? Probablemente no sea nada, como él pensaba.

Aun así, me aferro a la perla negra que cuelga en la base de mi garganta.

Me acuerdo de las últimas palabras que mi madre me dijo: «Volveremos antes de que te enteres». Luego ella y mi padre desaparecieron para siempre.



CAPÍTULO 3

—Estudiantes de primer año.

El doctor Hewett pronuncia las palabras como un insulto.

Está en el pasillo apoyado con una mano en el respaldo del asiento. Respira fuerte por el micrófono del autobús.

—Las pruebas de este fin de semana serán muy distintas de lo que ustedes esperan.

La frase nos llama la atención. Todo el mundo clava los ojos en Hewett.

El profesor tiene forma de campana de buceo: unos hombros estrechos que acaban en una cintura ancha, donde lleva la camisa medio por fuera del pantalón holgado. El pelo canoso alborotado y los ojos tristes y llorosos le dan un aire a Albert Einstein después de una noche haciendo cálculos fallidos.

Ester revuelve sus fichas a mi lado. Top tiene la cabeza apoyada en su regazo.

Menea suavemente la cola contra mi muslo.

—Dentro de treinta minutos —prosigue Hewett— llegaremos a San Alejandro.

Espera a que nuestros murmullos se vayan apagando. Nosotros asociamos San Alejandro con compras, películas y sesiones de karaoke los sábados por la noche, no con exámenes de final de curso. Pero supongo que tiene lógica que empecemos allí. El barco de la academia suele estar atracado en el puerto.

—Iremos directos a los muelles —continúa Hewett—. Sin desvíos ni excursiones para comprar refrescos. Y dejarán los móviles apagados.

Unos cuantos chicos gruñen. Harding-Pencroft controla estrictamente todas las comunicaciones a través de la intranet del centro. El campus es un área sin cobertura. ¿Quieres buscar en internet los hábitos reproductivos de la medusa? No hay problema. ¿Quieres ver YouTube? Buena suerte.

Los profesores dicen que es para que nos concentremos en los estudios. Yo sospecho que es otra medida de seguridad, como la red submarina o los guardias armados, o los drones de vigilancia. No lo entiendo, pero es la realidad.

Lo habitual es que cuando llegamos a la ciudad somos como ganado deshidratado en un abrevadero. Vamos en desbandada al primer local con wifi gratis y nos empapamos.

—Cuando estemos en el mar les daré nuevas instrucciones —anuncia Hewett —. De momento, basta con decir que hoy descubrirán qué es realmente la academia. Y la academia descubrirá si ustedes pueden sobrevivir a sus requerimientos.

Quiero pensar que Hewett solo trata de asustarnos. El problema es que él nunca amenaza a la ligera. Si dice que tendremos deberes extras para el fin de semana, los tenemos. Si predice que el noventa por ciento de nosotros suspenderá el próximo examen, lo suspendemos.

Ciencia marina teórica debería ser una asignatura de relleno divertida. Nos pasamos la mayoría del tiempo elucubrando cómo será la tecnología marina dentro de cien o doscientos años. O qué habría pasado si la ciencia hubiese seguido otro rumbo. ¿Y si Leonardo da Vinci hubiese hecho más por desarrollar el sonar cuando lo descubrió en 1490? ¿Y si los planos del «barco buceador» de Drebbel no se hubiesen perdido en el siglo XVII, o si el submarino a vapor de propulsión anaeróbica de Monturiol no se hubiese desguazado por falta de financiación en 1867? ¿Tendríamos hoy una tecnología más avanzada?

Es interesante pensar en ello, pero también... ¿no muy práctico? Hewett se comporta como si sus preguntas tuviesen respuestas correctas. Pero es solo teoría. ¿Cómo puedes poner un notable bajo a alguien solo porque sus conjeturas son

distintas de las tuyas?

En fin, ojalá el coronel Apesh, nuestro profesor de tácticas militares, nos acompañase en la excursión. O el profesor Kind, nuestro profesor de educación física. Hewett apenas puede arrastrar los pies unos metros sin quedarse sin aire. No sé cómo va a juzgar unas pruebas submarinas que me imagino que serán muy intensas desde el punto de vista físico.

El profesor cede el micrófono a Gemini Twain. Gem ha elaborado las tareas de nuestro grupo para el fin de semana. Nos dividiremos en cinco equipos de cuatro personas, con un miembro de cada casa. Pero primero tiene que explicarnos unas cuantas normas.

Cómo no. Es tan Tiburón... Podrías ponerlo al mando de un equipo de fútbol infantil y tendría delirios de grandeza. Antes de acabar la semana tendría a los niños desfilando perfectamente sincronizados. Entonces declararía la guerra a un equipo infantil vecino.

Recita de un tirón una lista de reglas. Me distraigo. Miro por la ventanilla.

La autopista serpentea de curva en curva pegada a los acantilados. Tan pronto solo se ven árboles como se puede seguir el litoral entero hasta HP. Cuando la academia está a plena vista, diviso algo raro en la bahía. Una fina estela se dirige al pie de los acantilados, justo donde Dev y yo hemos estado buceando esta mañana. No veo qué la origina. No hay ningún barco. Se mueve demasiado rápido y demasiado recto para ser un animal marino. Algo submarino a propulsión.

Vuelvo a notar en la boca del estómago como si cayese en picado.

La estela se divide en tres. Parece un tridente cuyas puntas corren a pinchar la costa debajo de la academia.

—¡Eh! —les digo a mis amigas—. ¡Eh, mirad!

Cuando Ester y Nelinha se acercan a la ventanilla, árboles y acantilados nos tapan la vista.

—¿Qué era? —pregunta Nelinha.

Entonces la onda expansiva nos alcanza. El autobús da bandazos. Caen rocas a la carretera.

—¡Terremoto!

Gem suelta el micrófono y se agarra al respaldo del asiento más próximo para no perder el equilibrio. El doctor Hewett se ve arrojado con fuerza contra la ventanilla.

Se abren grietas en el asfalto mientras patinamos hacia el quitamiedos. Los veinte alumnos, estudiantes bien adiestrados, chillamos como niños de guardería.

Bernie logra recuperar el control del autobús.

Reduce la velocidad buscando un sitio en el que parar. Cuando doblamos la curva, aparece HP, solo que ahora...

Ester grita, y Top empieza a gemir en su regazo. Nelinha pega las manos al cristal.

—No. No puede ser. No.

—¡Para, Bernie! —grito—. ¡Para aquí!

Bernie sale a un apartadero: uno de los miradores donde los turistas pueden hacer bonitas fotos del Pacífico. Desde allí se ve claramente HP, pero el paisaje no tiene ahora nada de bonito.

Los chicos gritan. Pegan la cara a las ventanillas. Se me revuelven las entrañas de incredulidad.

Una segunda onda explosiva nos alcanza. Observamos horrorizados cómo otro enorme pedazo de tierra se hunde en la bahía llevándose hasta el último de los bonitos terrones de azúcar con él.

Me abro paso a empujones por el pasillo. Aporreo las puertas hasta que Bernie las abre. Corro al borde del acantilado y me agarro al frío quitamiedos de acero.

Me sorprendo mascullando oraciones desesperadas.

—Adoramos al señor Shiva, el de los tres ojos, que nutre a todos los seres. Que nos libere de la muerte...

Pero no hay liberación.

Mi hermano estaba en ese campus. Además de otras ciento cincuenta personas y un acuario lleno de animales marinos. Dos kilómetros cuadrados y medio de la costa de California se han desplomado al mar.

La Academia Harding-Pencroft ha desaparecido.

CAPÍTULO 4

Algunos de mis compañeros lloran detrás del quitamiedos. Otros se abrazan entre ellos. Otros buscan desesperadamente cobertura con el móvil, tratando de enviar mensajes a sus amigos o de llamar para pedir ayuda. Eloise McManus da alaridos y lanza piedras al mar. Cooper Dunne se pasea de un lado a otro como un león enjaulado dando patadas a los neumáticos delanteros y traseros del autobús.

Nelinha tiene rastros de rímel en las mejillas que parecen lluvia sucia. Está de pie en actitud protectora al lado de Ester, que se encuentra sentada de piernas cruzadas en la grava, sollozando contra el pelo marrón y blanco de Top.

Gemini Twain dice lo que todos estamos pensando:

—Es imposible.

Agita los brazos señalando a donde antes estaba nuestra academia.

—¡Imposible!

Yo no estoy allí presente. Floto a unos quince centímetros por encima de mi cuerpo. Noto que el corazón me martillea en el pecho, pero es un latido apagado y lejano, como una música que viniese de la habitación de abajo. Mis emociones están envueltas en gasa. Me parpadea la vista en el límite de mi campo visual.

Me doy cuenta de que me estoy disociando. He hablado del tema con el asesor del colegio, el doctor Francis. Ya me ha pasado antes, cuando me dieron la noticia de la muerte de mis padres. Ahora Dev se ha ido. El doctor Francis se ha ido. La capitana de mi casa, Amelia. El doctor Farez. El coronel Apesh. El doctor Kind. Las crías de nutria que tuve en brazos ayer mismo en el acuario. La simpática mujer de la cafetería, Saanvi, que siempre me sonreía y a veces preparaba gujiyas rellenas de coco casi tan buenas como las de mi madre. Todo el mundo de HP... No puede estar pasando.

Trato de controlar la respiración. Trato de afianzarme en mi cuerpo, pero siento que me distancio y me evaporo.

El doctor Hewett se aleja del autobús. Se enjuga la cara con un pañuelo. Bernie lo sigue arrastrando un gran baúl negro de transporte. Los dos hombres conversan en voz baja.

Leo los labios de Hewett. No puedo evitarlo. Soy una Delfín. Mi entrenamiento se centra en la comunicación. Recabar información. Descifrar códigos. Distingo las palabras «ataque» y «Land».

«Ayuda de dentro», responde Bernie.

Debo de haber entendido mal. Hewett no puede referirse al Instituto Land. Nuestros centros siempre han sido rivales, pero esto no es una broma como que ellos tiren huevos a nuestro yate o nosotros les robemos su tiburón blanco. Esto es una matanza. ¿Y qué ha querido decir Bernie con «ayuda de dentro»?

Aspiro. Retengo la conmoción y la comprimo en mi diafragma como hago con el oxígeno antes de bucear a pulmón.

—He visto el ataque —digo.

Todo el mundo está demasiado distraído para oírme.

Lo repito más fuerte.

—HE VISTO EL ATAQUE.

El grupo se queda en silencio. El doctor Hewett me mira con ojos de miope.

Gem deja de pasearse de un lado a otro, y no me gusta la mirada asesina que me lanza. Cierra los puños.

—¿Cómo que «ataque»?

—Ha sido una especie de torpedo —digo—. Al menos eso me ha parecido.

Describo la estela que he visto dirigirse a los acantilados y cómo se ha dividido en tres partes justo antes de hacer impacto.

—No puede ser —dice Kiya Jensen, otra Tiburón—. La red estaba conectada. Cualquier cosa que entrase habría sido neutralizada.

Me tiemblan las piernas.

—Esta mañana Dev y yo...

El dolor me burbujea en la garganta y amenaza con ahogarme.

Oh, Dios, Dev. Su sonrisa de mirada bizca. Sus pícaros ojos marrones. Su ridículo pelo aplastado con la almohada. Viéndolo cada día, podía aferrarme al recuerdo de cómo era nuestro padre. Podía decirme que nuestros padres no se habían ido del todo. Pero ahora...

Todos me miran fijamente. Están esperando, ansiosos por comprender. Me obligo a continuar. Describo el extraño parpadeo de las luces de la red que vi.

—Dev iba a informar —digo—. Es probable que estuviera en la oficina de seguridad justo cuando...

Señalo al norte. No me fuerzo a mirar otra vez, pero puedo percibir el gran agujero en el paisaje donde antes estaba Harding-Pencroft. Es como un dolor sordo en la mandíbula donde han sacado un diente.

—¿Un torpedo? —Tia Romero, la monitora de la Casa Cefalópodo, niega con la cabeza—. Incluso con múltiples cabezas explosivas, es imposible que un solo misil cause esa clase de daños. Para provocar un desprendimiento de tierras de esa magnitud...

Mira a sus compañeros de la Casa Cefalópodo. Se ponen a susurrar entre ellos. Los Cefalópodos son especialistas en resolver problemas. Es a lo que se dedican, como yo a leer labios. Si vacías una caja de Lego delante de ellos y les dices que construyan un superordenador operativo con las piezas, no descansarán hasta haber dado con una solución. Solo Nelinha permanece al margen, cuidando en silencio de Ester.

—No importa cómo haya pasado —decide Gem—. Tenemos que volver para buscar supervivientes.

—Estoy de acuerdo —asiento.

Cualquier otro día, esa habría sido una noticia histórica. Gem y yo no hemos estado de acuerdo en nada desde que entramos en HP hace casi dos años.

Él asiente seriamente con la cabeza.

—Que todo el mundo vuelva al...

—No.

El doctor Hewett avanza cojeando, sosteniendo contra el pecho su tableta con un brazo. Las manchas de sudor han empapado su camisa. Su tez tiene color de natillas congeladas.

Detrás de él, Bernie se arrodilla y abre el baúl. Dentro, acolchados con espuma, hay un montón de drones plateados del tamaño de colibríes.

Hewett toca la pantalla del panel de control. Los drones se encienden zumbando. Se elevan de sus cunas de espuma, se reúnen en lo alto formando un enjambre de luces azules y hélices diminutas, y se van volando siguiendo la costa en dirección a HP.

—Los drones inspeccionarán el terreno. —A Hewett le tiembla la voz de rabia, o de pena, o de las dos cosas—. Pero no esperen encontrar supervivientes. El Instituto Land ha lanzado un ataque preventivo. Pretenden eliminarnos. Hace dos años que temo un ataque como este.

Toco la perla negra que me cuelga de la garganta.

¿Por qué Hewett habla del IL y HP como si fuesen países soberanos? El Instituto Land no podría destruir una parte del litoral de California y matar a más de cien personas así como así.

Top me da en la pierna con la cola. Sepulta la cabeza en el regazo de Ester pidiendo afecto, tratando de sacarla del rincón oscuro en el que se ha metido.

—Doctor Hewett... —A Franklin Couch, monitor de la Casa Orca, parece que le va a dar un patatús—. Podría haber amigos nuestros heridos allí. Gente enterrada en escombros. Tenemos una obligación...

—¡NO se hable más! —grita Hewett.

De repente, vuelvo a estar en mi primera clase de CMT, cuando Daniel Lekowski —que suspendió más tarde ese mismo año— se atrevió a preguntar de qué servía la ciencia marina teórica. Me acuerdo del miedo que puede dar Hewett cuando se enfada.

Bernie se queda detrás del profesor. No dice nada, pero su presencia parece reducir el nivel de ira de Hewett a DEFCON 5.

—Seguiremos hasta San Alejandro —dice en tono más calmado—. Escúchenme atentamente todos. Puede que ustedes sean lo único que queda de Harding-Pencroft. No podemos fallar. Se cancelan las pruebas. Aprenderán todo lo que necesiten saber en servicio. Desde este instante, estamos en guerra.

Veinte estudiantes lo miran fijamente. Parecen tan asustados como yo me siento. Sí, nos han adiestrado en tácticas militares. Muchos graduados de HP entran en las mejores escuelas navales del mundo: Annapolis, Kuznetsov, Dalian, Ezhimala. Pero nosotros no somos infantes de marina ni miembros de las Fuerzas de Operaciones Especiales de la Marina. Por lo menos aún. Ni siquiera somos

graduados. Somos unos críos.

—Seguiremos hasta los muelles —anuncia Hewett—. Cuando estemos a salvo en el mar, les daré más instrucciones. Mientras tanto, Gemini Twain...

—Señor.

Gemini da un paso adelante. Está listo para recibir órdenes, para que lo pongan al cargo de nuestra clase. A los Tiburones los entrenan para el mando militar.

—¿Hay armas guardadas en la bodega del autobús? —pregunta Hewett.

—Sí, señor.

—Arme a su equipo —ordena Hewett—. Las armas a punto hasta nuevo aviso.

Gem chasquea los dedos. Los otros cuatro Tiburones corren a por los estuches de las armas.

La noción de la realidad me devuelve a mi cuerpo. Cuando a los Tiburones les dejan armarse es que tenemos problemas muy graves.

—Monitor Twain —continúa Hewett—. Tiene un nuevo cometido.

A Gem le brillan los ojos.

—Entiendo, señor.

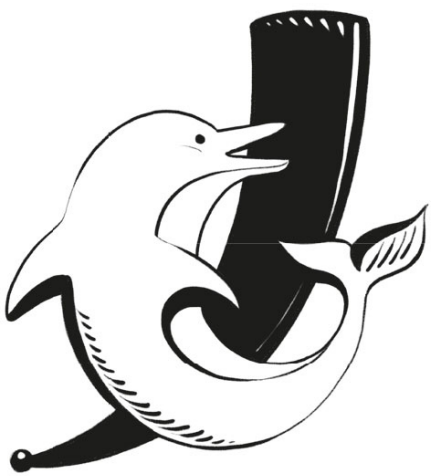
—No —dice Hewett—. Estoy seguro de que no lo entiende. A partir de este momento, es usted responsable de una vida por encima de todas las demás. No se separará de ella. La protegerá con su último aliento. Se asegurará de que sigue con vida, pase lo que pase.

Gem pone cara de confundido.

—Ejem... ¿señor?

Hewett me señala.

—Ana Dakkar debe sobrevivir.



CAPÍTULO 5

No necesito esto.

Mi instituto ha sido destruido. Probablemente mi hermano esté muerto. Hemos vuelto al autobús y nos dirigimos a San Alejandro como si no hubiese pasado nada. Y para colmo de males, tengo a Gemini Twain de guardaespaldas profesional.

¿Por qué yo?

No soy Ester, que desciende de uno de los fundadores de la academia. Mi familia no es rica ni influyente ni famosa. Los Dakkar han estado en HP desde hace generaciones, sí, pero como muchas otras familias. Tampoco soy la única del grupo que puede haber perdido a un hermano en el ataque. El hermano de Brigid Salter está... estaba en el último curso. Kay Ramsay tenía una hermana un año mayor que nosotros. Una suave brisa bastaría para derribar a Brigid y Kay en

este momento, pero ninguna de las dos tiene guardaespaldas.

El doctor Hewett está sentado en la primera fila mirando el panel de control. Las manchas de sudor de su camisa se han extendido hasta transformarse en continentes extraterrestres.

Solo puedo confiar en que los drones encuentren supervivientes en HP.

No he conseguido enviar ningún mensaje a Dev. No me sorprende. Toda la zona sigue siendo un agujero negro para los móviles, pero tenía que intentarlo. Hewett nos ha confiscado los teléfonos y los ha guardado en una caja fuerte, y ahora me siento como si intentase manejarme con un brazo pegado a la espalda con cinta adhesiva.

Hewett nos asegura que los drones avisarán a los servicios de urgencias locales. Yo me paso todo el tiempo esperando que nos crucemos con ambulancias, coches patrulla y camiones de bomberos con las sirenas puestas camino de HP. Esta carretera es la única por la que pueden venir. De momento, nada. La academia está tan apartada que a menos que Hewett llame a las autoridades, podrían pasar horas hasta que alguien repare en que un trozo gigantesco de campo ha desaparecido en el mar.

«Hace dos años que temo un ataque como este».

Entonces ¿por qué no nos avisó?

Tal vez sea una casualidad que mis padres muriesen en una expedición científica para Harding-Pencroft hace dos años. Un accidente, nos dijo la directiva. Cada vez que yo les pedía detalles —qué hacían Tarun y Sita Dakkar en esa expedición para HP y qué buscaban—, los profesores de HP sufrían una especie de amnesia selectiva. Yo pensaba que no querían herir mis sentimientos y que preferían que tratase mi dolor con el doctor Francis.

Ya no estoy tan segura.

De repente visualizo a Amelia Leahy, la capitana de mi casa, la novia de Dev, descansando en el patio interior iluminado por el sol esta mañana. Me sonrió y me deseó buena suerte.

A Amelia le hacía mucha ilusión graduarse. Tenía grandes planes de futuro: el Cuerpo de Marines de Estados Unidos, una vía rápida para entrar en la escuela de comercio de Twentynine Palms. En sus cinco años de estancia en HP, había aprendido veinte idiomas. Podía descifrar códigos lingüísticos que a nuestros profesores se les resistían. Su objetivo era convertirse en la comandante de inteligencia más joven en la historia del cuerpo. Y ahora ya no está.

Procuro que el oxígeno no deje de entrar y salir de mis pulmones. No lo hago muy bien.

Rompo a llorar. Tiemblo de rabia. ¿Por qué consigo mantenerme entera cuando pienso en Dev pero me derrumbo al pensar que su novia ha muerto? ¿Qué me pasa?

—Oye, nena...

Nelinha me pone la mano en el hombro. Parece que no sabe qué más decir. Se limita a darme un paquete de pañuelos de papel.

Sí... con un pañuelo no voy a tener bastante. Y no soy la única persona que tiene problemas.

Sentada junto a la ventanilla, Ester se sorbe la nariz con los ojos aún hinchados. Toma notas frenéticamente en una nueva ficha tratando de procesar todo el horror. Top, que percibe quién lo necesita más en ese momento, se me acerca y mete el hocico entre mis rodillas. «Hola, soy una monada. Quiéreme».

Gem está sentado al otro lado del pasillo. Tiene la mandíbula apretada como una trampa para osos. A cada lado del cinturón lleva enfundada una SIG Sauer P226, como un pistolero del Salvaje Oeste. Esas son sus «gemelas», de ahí el apodo de Gemini. Sobre una rodilla tiene un rifle de asalto M4A1.

Otra de las cosas curiosas en las que no me detengo demasiado: Harding-Pencroft tiene una dispensa para usar material militar en nuestra instrucción. Supongo que es una suerte, considerando que ahora estamos en guerra con otro instituto.

En el autobús reina un extraño silencio. Todo el mundo parece absorto en sus sombríos pensamientos.

Finalmente, Gem me pregunta:

—¿Tienes idea de lo que está pasando?

Sus ojos marrones reflejan el paisaje que desfila a toda velocidad. Nunca le he visto mostrar muchas señales de estrés. Ahora una gota le cae por un lado de la cara.

Entiendo muy bien que busque respuestas. Doy gracias por que no parezca resentido ni enfadado conmigo. Sé que tiene tantas ganas de ser mi niñero como yo de que me cuide.

Niego con la cabeza.

—Sinceramente, no tengo ni idea.

Digo la verdad. Sin embargo, me siento como si mintiese. Puedo detectar la culpabilidad en mi voz. No soporto esa sensación.

Gem da golpecitos en la culata del rifle con el pulgar.

—Voy a necesitar tu ayuda. De todas vosotras. —Señala con la cabeza para incluir a Ester y Nelinha—. Ya sé que no siempre nos hemos llevado bien...

Nelinha resopla.

—... pero sabéis que lo que voy a decir es verdad. —Gem mira por el pasillo y baja la voz—. Nosotros cuatro somos los mejores de nuestras casas. Sin ánimo de ofender a Tia y Franklin. A ellos se les da estupendamente lo que hacen. Pero si vamos a ir a la guerra, vosotras sois mis primeros fichajes, aunque no todas seáis monitoras.

—Qué halago —masculla Nelinha.

—Solo digo...

—Cosas horribles —concluye Nelinha.

—Él tiene razón. —Ester sigue atenta a su ficha, que ya está casi llena de palabras diminutas—. Maria es nuestra mejor teórica, pero Nelinha tiene mejores notas en mecánica aplicada e ingeniería de combate. Franklin tiene más conocimientos de medicina avanzada que yo, pero...

Se encoge de hombros.

Gem le dedica una sonrisa irónica.

—Pero tú eres Ester Harding.

—Iba a decir que yo soy mejor en todo lo demás —dice Ester—. Aunque seguramente sea de mala educación. ¿Es de mala educación?

Ninguno de nosotros se molesta en contestar. Ester es Ester. Todos sabemos que no le gustaría un pelo ser monitora. También sabemos que es la Orca por antonomasia. En realidad, sus fichas son un instrumento de apoyo emocional, como Top, porque su mente contiene más información sobre Harding-Pencroft, historia natural y ecosistemas marinos que todos los libros de nuestra biblioteca recién destruida. No siente mucho aprecio por los humanos, con la excepción de Nelinha y de mí, y preferiría pasar el tiempo con animales. Es extraordinariamente empática con otras especies en lo que respecta a la comunicación no verbal. Ester puede saber qué piensan y sienten los animales, y a veces incluso las personas, aunque eso le cuesta más. Puede anticipar sus actos con una precisión asombrosa... siempre que sus nervios a flor de piel no se lo impidan.

Gem continúa:

—Vamos a tener que trabajar juntos para descubrir qué ha pasado. Y qué vamos a hacer ahora. Ya sabéis que Hewett no nos lo está contando todo.

—No nos está contando nada —le corrige Nelinha.

—Pero si tengo que proteger a Ana...

—Cosa que yo no he pedido —intervengo.

Parece que Gemini quiere hacer un comentario malintencionado. Él nunca

dice palabrotas. Es superpuritano. Pero creo que tiene ganas.

—Ninguno de nosotros lo ha pedido. —No altera la voz—. Tenemos que pensar una respuesta. Para eso tenemos que saber a qué nos enfrentamos. ¿Cómo podría destruir el Instituto Land la academia entera?

Ester se estremece. Top me abandona en el acto y salta a su regazo obligándola a hacerle mimos. Nunca he agradecido tanto que Ester, y todas nosotras, contemos con ese torbellino de pelo tan melodramático en nuestras vidas.

—Detonadores sísmicos —propone Nelinha—. Un torpedo con tres cabezas explosivas. Impactos simultáneos en puntos de rotura al pie de los acantilados...

—Espera —tercia Gem—. Eso es CMT. Ciencia ficción pura. Esa tecnología no existe.

—Seis cabezas explosivas —dice Ester—. Hacen falta seis. Probablemente Ana no vio las otras porque iban a demasiada profundidad. El ataque solo funcionaría si podían hackear el sistema de seguridad de la academia, no solo la red. Tenían que engañar a los drones, el sonar de largo alcance, los misiles interceptores...

—¿Tenemos misiles interceptores? —quiere saber Nelinha.

En las mejillas de Ester brotan fresas.

—Se suponía que no podía decirlo.

Tomo nota mental de que he de interrogar a Ester sobre ese asunto más tarde. Tengo curiosidad por saber qué más cosas se supone que no puede decir. De momento tenemos problemas más acuciantes.

—Todos los sistemas de seguridad de HP son autónomos —expongo—. Los cortafuegos tienen cortafuegos. Es imposible que alguien acceda sin ser detectado.

—A menos... —dice Nelinha.

Se me seca la boca.

—Cierto. Cuando bajamos del autobús oí sin querer a Bernie y Hewett hablando.

—¿Les oíste sin querer?

Gem pone la frase entre comillas imaginarias.

—Vale, les leí los labios.

Gem abre mucho los ojos. Los detalles sobre el entrenamiento de los Delfines no son de dominio público fuera de nuestra casa. Me imagino que está rebobinando los dos últimos años, preguntándose qué más he podido oír sin querer.

—¿Y qué dijeron?

Miro al doctor Hewett, que sigue toqueteando el panel de control. Sea lo que sea lo ve en las lecturas, está claro que no le gusta.

—Bernie habló de «ayuda de dentro» —contesto—. Eso quiere decir...

—Que alguien de HP nos ha saboteado. —Definitivamente Gem contiene ahora un taco—. Y si esa persona no quería morir en el ataque...

—Debe de estar en este autobús.

CAPÍTULO 6

Media hora más tarde llegamos a los muelles donde está atracado nuestro buque escuela, el Varuna.

Mientras los demás estudiantes vacían la bodega del autobús, yo me llevo aparte a los Delfines en el aparcamiento: Lee-Ann, Virgil, Jack y Halimah.

—*Tà fealltóir againn* —les digo.

La frase se traduce literalmente como «Hay un traidor entre nosotros», que me parece muy adecuado.

Hemos estado usando el irlandés como código interno desde principios de año. El irlandés se habla tan poco que la posibilidad de que alguien entienda una

palabra de lo que decimos es remota. Cada clase de Delfines elige su idioma. La de Amelia aprendió copto. Los estudiantes de último año optaron por el maltés. Los de segundo año escogieron el latín porque no tienen imaginación. Si no tienes talento para los idiomas, no tardas en largarte de la Casa Delfín.

Les cuento a mis compañeros de casa mis sospechas. Sabotaje. Traición. Asesinato a sangre fría.

Es mucho que digerir.

Contárselo supone un riesgo. No tengo ni idea de quién ha traicionado a la academia. Cualquiera de ellos podría haberlo hecho. Pero no puedo empezar a desconfiar de todo el mundo. Necesito su ayuda.

Los Delfines nos centramos en la comunicación y la exploración, pero también nos forman en espionaje. Quiero a mis compañeros de casa en estado de alerta máxima.

Halimah Nasser parece tan cabreada que me la imagino echando humo debajo del hiyab.

—¿Cómo encontramos al traidor? ¿Y qué hacemos con él?

—De momento —digo—, nos limitaremos a observar y escuchar.

En irlandés, eso se dice *Bígí ag faire agus ag éisteacht*. «Dedicaos a observar y escuchar». Esa frase también resume bastante bien la situación.

Lee-Ann Best tiene la cara roja como un ladrillo. Es nuestra especialista en contraespionaje. Probablemente se toma la noticia como una ofensa personal. Escudriña las caras de nuestros compañeros de clase, evaluando a cada uno para determinar su potencial de traición.

—Yo tenía amigos en otros cursos.

—Todos los teníamos —dice Jack Wu. Mira al doctor Hewett arqueando una ceja—. Ana, ¿tienes idea de por qué el profesor te ha asignado a un Tiburón?

El Tiburón en cuestión, Gemini Twain, se encuentra fuera del alcance del oído. Está buscando señales de peligro en el embarcadero. Ojalá no se tomase tan en serio sus deberes como guardaespaldas.

En los muelles no hay mucha gente, pero los pescadores locales miran extrañados a Gem. Supongo que no ven todos los días a un chaval de catorce años montando guardia con un rifle de asalto militar y dos pistolas. Gem se limita a saludarles con la cabeza educadamente y a darles los buenos días. Ellos lo evitan.

—Ni idea —contesto—. Con suerte, lo descubriremos cuando estemos en el mar.

Virgil Esparza ha estado contemplando en silencio la calzada llena de

conchas aplastadas. Entonces dice:

—Él dio clase en el Instituto Land, ¿sabéis?

Se me tensan los hombros.

—¿Quién?

Virgil señala al doctor Hewett con la cabeza.

Me quedo tan atónita que no me acuerdo de cómo se dice «¿Te estás quedando conmigo?» en irlandés.

—¡Estudiantes de primer año! —grita Hewett—. ¡Júntense!

Imparto una última orden a mis Delfines en lengua de signos dándome unos golpecitos en la sien con las puntas de los dedos: «Estad alerta».

Ocupamos nuestros puestos. Quince de nosotros formamos un semicírculo mirando al doctor Hewett: Delfines, Cefalópodos, Orcas. Los Tiburones se quedan alrededor del perímetro, con las armas en ristre. Gemini Twain se sitúa al lado del doctor Hewett, desde donde puede vigilarme y dejar claro que es el estudiante que corta el bacalao.

Ester rasca las orejas a Top. El perro se sienta pacientemente a su lado clavando sus ojos marrones en Hewett como si dijese: «¿Lo ves? Puedo ser bueno».

Para mi sorpresa, Nelinha ha conseguido lavarse la cara y arreglarse el maquillaje. ¿Cómo lo ha hecho tan rápido? Me guiña el ojo, un gesto de solidaridad.

Se me encoge el corazón. Quiero mucho a mis amigas. Quiero a toda la clase, incluso a los individuos que no me caen tan bien. Odio a quien ha destruido nuestro mundo.

Hewett pone fin a su conversación con tres guardias de seguridad de HP que han venido del embarcadero. Supongo que estaban vigilándolo hasta que nosotros llegásemos. Todos parecen afectados. Hewett debe de haberles informado del ataque.

Por un momento me siento aliviada. Al menos tendremos más refuerzos adultos.

Entonces Hewett les da una orden. Leo en sus labios las palabras «conseguidnos tiempo».

Los guardias asienten serios y se van trotando al autobús. Bernie está sentado al volante, con el motor encendido. En cuanto los guardias suben a bordo, cierra las puertas. Me dice adiós lánguidamente con la mano; tiene una expresión medio de preocupación, medio de disculpa. A continuación el autobús se aleja haciendo crujir conchas bajo las ruedas.

¿Por qué ha prescindido Hewett de tres guardias perfectamente aptos? ¿Por qué ha mandado a Bernie que se vaya con el autobús?

Ya no tienen ningún instituto al que volver. «Conseguidnos tiempo» se parece de forma sospechosa a la orden que alguien daría a un escuadrón suicida.

Toda esta situación es un error. No quiero tener a Hewett como nuestro único supervisor adulto. Me acuerdo de lo que Virgil ha dicho: «Él dio clase en el Instituto Land».

Por no hablar de su estado físico, no precisamente robusto. El profesor tiene la cara casi tan gris como su pelambrera lacia. Intento calcular cuántos años tiene. ¿Sesenta? ¿Setenta? Cuesta saberlo.

Me pregunto cuándo dio clase en el Instituto Land y cómo acabó aquí. No sé gran cosa de nuestro instituto rival. Tienen el mismo plan de estudios elemental que HP: ciencias del mar y guerra naval. Tal vez en el IL se centran un poco más en la guerra, mientras que HP se inclina ligeramente más por la investigación científica, pero nuestros graduados muchas veces acaban trabajando codo con codo en las mejores armadas e institutos marítimos del mundo. Por la forma en que nuestros estudiantes de cursos superiores hablan del IL, cualquiera diría que todos sus alumnos son sociópatas y sus profesores tienen cuernos de demonio y colas puntiagudas. Siempre he pensado que exageraban, pero después de esta mañana, lo entiendo.

Hewett mira su tableta con amargura. A continuación nos observa como si le costase decidir cuál de las dos cosas le decepciona más.

—Estudiantes de primer año, tienen que saber que esto ya no es una excursión de fin de semana. Es una misión con una duración indefinida. Todos ustedes corren peligro, no solo Ana Dakkar.

Los demás me miran. Qué corte.

—Ya, ya —asiente Hewett, que entiende su preocupación—. Les daré explicaciones cuando estemos fuera del alcance.

No nos aclara fuera del alcance de qué.

Miro más allá de él. El buque escuela de treinta y seis metros de eslora de la academia espera al final del embarcadero seis. El Varuna es el yate más grande del puerto con diferencia. Me gusta que tenga el nombre del dios hindú del mar. Normalmente, cuando veo su reluciente casco blanco, me siento orgullosa y me emociono. En la proa tiene pintado el emblema de HP con los cuatro símbolos de las casas —Tiburón, Delfín, Cefalópodo y Orca—, dentro de los cuadrantes de un antiguo timón. Las palabras «academia harding-pencroft» se leen debajo. Al verlo hoy tengo que parpadear para contener un nuevo torrente de lágrimas. El barco es todo lo que nos queda de la academia.

—Sé que tienen preguntas... —continúa Hewett.

—Yo sí —dice Rhys Morrow, una de las Orcas más atrevidas—. Señor, nuestras familias creen que hemos muerto. Tenemos que ponernos en contacto con ellas...

—No —le espeta Hewett—. Señorita Morrow, sé que esto no es fácil de oír, pero de momento sus familias están más a salvo, y ustedes también, si el mundo cree que están muertos. Debemos confiar en que el Instituto Land no se haya enterado aún de que esta clase ha escapado al ataque. Si conseguimos desaparecer antes de que...

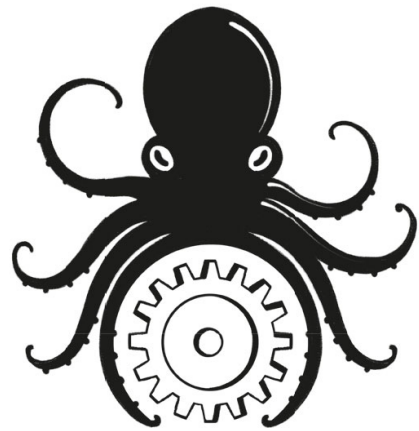
Mira el panel de control. La sangre que le queda en el rostro desaparece. Gem le agarra el brazo antes de que se caiga de lado.

Gem mira la pantalla con el ceño fruncido. Murmura una pregunta que consigo oír sin necesidad de leerle los labios.

—Señor, ¿qué es eso?

Hay más vida en los ojos de Hewett que en el resto de su cuerpo. Están incandescentes de miedo.

—Todo el mundo a bordo —dice—. Tenemos que zarpar YA.



CAPÍTULO 7

No es tan sencillo.

Con un yate de treinta y seis metros de eslora, no puedes arrancar el motor y salir escopeteado. Hay provisiones que guardar, sistemas que comprobar y amarras que soltar. Durante los dos últimos años, hemos trabajado en el Varuna media docena de veces. Conocemos el barco y sabemos lo que tenemos que hacer. Aun así, los preparativos llevan tiempo.

No contribuye a mejorar la situación que nos topemos con material que no hemos visto nunca a bordo. En la cubierta, varios cajones metálicos del tamaño de lavadoras se hallan sujetos con cuerdas y tapados con lonas. Bajo cubierta, los pasillos están llenos de cajas más pequeñas que parecen baúles: cada una está equipada de un lector biométrico de huella digital y tiene una etiqueta en la que pone AUTORIZACIÓN DE CATEGORÍA ORO.

He visto cajas como esas en la academia, pero solo de lejos. Suelen llevarlas y traerlas del edificio Verne custodiadas por guardias armados. Su contenido es de alto secreto. Solo al profesorado y a los estudiantes de último año se les permite trabajar con ellas.

De repente, estamos rodeados de contenedores. Es como si nos hubiésemos pasado dos años oyendo que no podemos tocar las obras de arte y ahora nos tropezásemos con picassos. Resulta inquietante que Hewett haya transportado tantos objetos valiosos de HP al Varuna, sobre todo justo antes de que la academia haya sido borrada del mapa...

Sería más fácil adivinar lo que Hewett piensa si supiese lo que hay en las cajas. Dev nunca me dio la más mínima pista. Cada vez que yo le incordiaba con mis preguntas, me decía: «Lo descubrirás muy pronto».

«No pienses en Dev», me regaño.

Pero es imposible. Llegar al final del día está siendo como nadar a través de un campo de minas submarino. Mañana será igual de duro. Y pasado mañana. Después del horror de haber perdido a mis padres, cabía pensar que habría aprendido alguna estrategia para lidiar con esta clase de tragedias, pero no es así. Si acaso, el pinchazo en el pecho es todavía más doloroso.

Trato de guardar esas emociones bajo llave en una caja de oro. Tengo trabajo que hacer. Compruebo las baterías del sistema de comunicación, la antena parabólica, la antena de alta frecuencia y el transductor de sonar 3D. Gemini me sigue a todas partes; a veces da órdenes a sus Tiburones y otras se asegura de que no se me acerca ningún león marino ninja.

Apenas hemos salido del embarcadero cuando la voz de Hewett suena por el altavoz.

—Monitores, preséntense en el puente.

Franklin y Tia ya están allí cuando Gem y yo llegamos.

Tia pilota. Franklin ronda inquieto al doctor Hewett, que está repantigado en la silla del capitán jadeando como si hubiese corrido un maratón.

—Señor —dice Franklin—, por lo menos déjeme tomarle la tensión.

«¿Qué le pasa al profesor?», me pregunto. Parece que esté sufriendo algo más grave que una reacción al estrés...

—Estoy bien. —Hewett lo rechaza con un gesto de la mano. A continuación el profesor logra ponerse de pie y se acerca cojeando a la mesa de navegación—. Acérquense, los cuatro.

A Tia Romero parece inquietarle la idea porque es la oficial de guardia. Comprueba el piloto automático y el sistema de cartas electrónicas una vez más antes de reunirse con nosotros delante de la mesa. Ojalá pudiera quedarse al

timón. Quiero que ponga el barco a toda máquina para que podamos escapar de lo que el doctor Hewett ha visto en el panel de control. Me saca de quicio no saber de qué huimos.

Sobre la superficie plastificada de la mesa hay una caja de categoría oro. Si Gemini Twain sigue pegado a mi cogote, creo que en la caja podría caber su cuerpo si lo doblo suficientes veces.

—Normalmente —dice el doctor Hewett—, la información que voy a darles se les revelaría por fases. Las pruebas de este fin de semana debían ser su primer contacto con la auténtica misión de Harding-Pencroft.

—¿Auténtica misión? —Franklin se recoge su mechón de pelo azul detrás de la oreja izquierda. Siempre me ha parecido un poco pelota, pero me gusta ese gesto rebelde contra nuestro código de vestimenta—. ¿La misión de la academia no es prepararnos para profesiones relacionadas con el mar?

—En parte —contesta Hewett—. Tener a nuestros graduados en puestos de poder nos resulta útil en muchos aspectos. Pero queremos prepararles para mucho más que eso. —Frunce el ceño mirándome a mí en concreto—. Están destinados a convertirse en guardianes de los secretos de Harding-Pencroft, los agentes de su gran plan oculto. Es una enorme responsabilidad. No todos los estudiantes lo consiguen.

La conversación me eriza el vello de la nuca. No sé de qué habla el profesor, pero no me quito la sensación de que cuando dice que no todos los alumnos lo consiguen, se refiere a que no sobreviven. Me pregunto qué pensaría Dev de ese «plan oculto».

Miro a los otros monitores. Parecen tan confundidos como yo.

Hewett suspira como cuando nos devuelve los exámenes corregidos.

—Y ahora necesitan un curso acelerado. Dakkar, abra la caja.

Se me tensan los músculos de la región lumbar. Durante dos años me han advertido que si intento abrir una caja de categoría oro siendo una estudiante novata, me echarán de la academia, suponiendo que no muera en el intento. Me imagino que Hewett no le mandaría a Gem que me protegiese la vida a toda costa si pensaba matarme con una bomba explosiva. Aun así...

Pego la mano al lector biométrico. La tapa se abre como si estuviese esperando.

Dentro, encajadas en espuma negra, se hallan cuatro de las armas más raras que he visto en mi vida.

—¡Hala! —dice Gem. Es la exclamación más contundente que le he oído nunca. Le brillan los ojos como a un niño delante de un árbol de Navidad. Mira al doctor Hewett—. ¿Puedo...?

Hewett asiente con la cabeza.

Gem extrae una de las armas. Es demasiado grande para ser una pistola y demasiado pequeña para ser una escopeta. ¿Una especie de lanzagranadas en miniatura? ¿Una pistola de bengalas enorme? Sea lo que sea, ha sido confeccionada a mano meticulosamente. Tiene un dibujo de una ola estampado en la empuñadura de cuero. El cañón dorado parece galvanizado con algún tipo de aleación de cobre. Unos cables recorren el exterior como enredaderas trenzadas. El cargador de la culata es demasiado corto y grueso para ser cualquiera de las municiones que se me ocurren. Está chapada con la misma aleación, y alguien se ha tomado la molestia de grabar el logotipo de HP en ella.

Es imposible que esas armas sean operativas. Son demasiado elaboradas, como las espadas de los oficiales del siglo XIX o las pistolas de duelo: obras de arte diseñadas para no ser utilizadas. Nunca he dicho esto de un arma de fuego, pero son extrañamente bonitas.

—Es un arma de Leiden —anuncia Gem asombrado.

No me suena el nombre. Miro a Franklin, nuestro representante de la Casa Orca. Ellos saben los datos históricos más raros y los detalles curiosos de cultura general. Sus miembros pueden machacar a cualquiera en el *Jeopardy!* También destacan en otras cosas, pero los llamamos en broma Casa Wikipedia.

Franklin asiente con la cabeza.

—Julio Verne.

Hewett tuerce la boca, como si el nombre del escritor fuese una realidad desagradable pero necesaria.

—Sí, en fin. Sorprendentemente, informó de forma correcta de unas cuantas cosas.

Ya me acuerdo. El verano antes de nuestro año de carnaza, nos mandaron leer *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La isla misteriosa*, de Julio Verne, las primeras novelas de ciencia ficción sobre tecnología marítima. Yo pensaba que el objetivo era que abriésemos la mente leyendo algo divertido (comillas imaginarias) sobre el mar. Para ser sincera, los libros me parecieron un peñazo. Las tramas eran lentas. El lenguaje estaba superdesfasado. Los personajes eran una panda de caballeros de la época victoriana que me daban bastante igual.

Dos de los protagonistas de *La isla misteriosa* eran Harding y Pencroft, personajes con los mismos apellidos que los fundadores de nuestra academia. En aquel entonces pensé: «Vaya, es un poco raro». Más adelante, cuando el capitán Nemo, el comandante chiflado del submarino, revelaba que se llamaba príncipe Dakkar, reconozco que un escalofrío me recorrió la columna. Pero esos libros

eran obras de ficción. Considerando que la construcción más importante de HP se llamaba edificio Verne, pensé que los fundadores del centro debían de haber sido fanáticos empedernidos de Julio Verne. Tal vez reclutaron a mi familia hacía generaciones como una rebuscada broma privada porque les gustaba nuestro apellido.

Aparte de eso, aprendí dos cosas de Julio Verne. Primero, el título *Veinte mil leguas de viaje submarino* no significaba lo que yo creía. El viejo capitán Nemo no se había sumergido hasta una profundidad de veinte mil leguas. Eso equivale a sesenta mil millas náuticas bajo el agua, que para el submarino habría supuesto atravesar la Tierra y hacer un cuarto del viaje a la Luna. El título del libro hacía referencia a las sesenta mil millas náuticas que Nemo había recorrido bajo el agua, que seguía siendo una idea disparatada en el contexto del siglo XIX. Una distancia como esa representaba dar la vuelta al mundo siete veces y media en esa vieja lata oxidada, el Nautilus.

La otra cosa que había aprendido del libro es que a Verne se le habían ocurrido algunas ideas muy chulas que nunca se podrían llevar a cabo. Una de ellas eran los fusiles de Leiden. Creo que el nombre venía de un descubrimiento relacionado con la electricidad que hicieron unos científicos alemanes en la ciudad de Leiden en el siglo XVIII. También estoy convencida de que respondí mal a esa pregunta en el examen de mitad de trimestre del doctor Hewett.

—No puede ser real.

Tia Romero agarra otra arma y saca el cargador.

—Cuidado, monitora —le advierte Hewett.

Se me está agotando la paciencia.

Nuestra academia ha sido destruida por no sé qué motivo. Puede que mi hermano esté muerto. Estamos huyendo del Instituto Land en dirección a no sé dónde. Y ahora resulta que nuestro mayor secreto de categoría oro es que el profesor Hewett se lo pasa pipa jugando a rol en vivo.

Ha traído unas cajas de pistolas de rayos hechas a mano inspiradas en Julio Verne para que podamos correr por el barco todo el fin de semana haciendo que nos disparamos mientras gritamos «¡Piu, piu!». Estoy empezando a dudar de su cordura. Y estoy empezando a dudar de mi cordura por obedecer sus órdenes.

—Señor. —Procuro que la ira no aflore a mi voz—. ¿Puede decirnos qué está pasando? Luego podremos jugar con sus juguetitos.

Cuento con que me grite. Estoy preparada. Ya no me importa. Sin embargo, me observa con una expresión triste y apesadumbrada, como la que me dedicaban los profesores de HP cada vez que hablaban de mis padres.

—¿Puedo, monitor Twain?

Hewett alarga la mano.

Gem le entrega a regañadientes el arma de Leiden.

El doctor Hewett lo inspecciona; tal vez comprueba la configuración del arma. Dirige a Gem una sonrisa fatigada.

—Espero que me perdone, monitor. Esto será más rápido que una explicación.

—¿Señor? —pregunta Gem.

Hewett le dispara. El único sonido que se oye es un silbido de alta presión. Por un milisegundo, Gem queda envuelto en tentáculos blancos de electricidad parpadeantes.

Acto seguido pone mirada bizca y se desploma.

CAPÍTULO 8

—¡Lo ha matado!

Franklin corre junto a Gem.

Hewett gira el disco de la culata del arma y dice despreocupadamente:

—¿Ah, sí?

Tia me mira alarmada, preguntándome en silencio qué hacer.

Yo estoy paralizada y me debato entre el deseo de ayudar a Gem y las ganas de encararme con nuestro profesor.

Franklin toca el cuello de Gem con dos dedos.

—N-no. Tiene el pulso fuerte. —Mira al doctor Hewett frunciendo el

entrecejo—. ¡No puede ir por ahí electrocutando a la gente!

—No sufrirá ningún daño permanente —nos asegura Hewett.

—Esa no es la cuestión —digo, a riesgo de que me pegue un tiro.

Sabiendo que Gem no se morirá, Tia centra su atención en su arma de Leiden. Como todo buen Cefalópodo, lo deja y empieza a desarmarlo. Su mata de pelo castaño dorado con tirabuzones se bambolea y rebota alrededor de su cara como los muelles de una máquina compleja. Extrae un proyectil de la parte superior del cargador y lo sostiene para inspeccionarlo. Se trata de una cápsula blanca brillante del tamaño y la forma de... En fin, sinceramente, lo primero que me viene a la cabeza es un tampón.

—¿Es algún tipo de cristal? —pregunta Tia.

—No exactamente —responde Hewett—. Cada proyectil funciona como una botella de Leiden. El recipiente almacena una carga eléctrica que se libera al hacer impacto. Pero la cubierta está hecha con un tipo de carbonato de calcio segregado.

—Como la concha de una oreja de mar —digo.

Hewett pone cara de satisfacción.

—Exacto, monitora Dakkar.

Procuro no alegrarme de haber respondido correctamente. Ya no estamos en clase. Además, ese hombre acaba de dispararle a mi guardaespaldas.

—Si la cubierta está segregada —planteo—, ¿qué la segrega?

Hewett se limita a sonreír. De repente no quiero saberlo.

—Cuando se descarga —explica—, todo rastro del proyectil se destruye. El efecto paralizante dura entre unos minutos y una hora, dependiendo de la constitución del blanco.

En ese preciso instante, Gem se despierta resoplando. Se incorpora sacudiendo la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Hewett te ha disparado —responde Franklin.

Gem mira a Hewett asombrado, como si no supiese que el viejo podía molar tanto.

—Se encuentra perfectamente —le asegura Hewett—. Levántese, monitor. Me disponía a explicarles cuatro cosas. En caso de que el Instituto Land vuelva a atacar, usará estas armas. Como podréis comprobar, son más fiables que las pistolas convencionales.

Gem adopta una expresión de incredulidad.

—¿Más fiables que mis SIG Sauer?

—No dudo de sus aptitudes, señor Twain —contesta Hewett—. Sé que tiene

las notas más altas en puntería de la historia de la academia. Pero nuestros enemigos están equipados con chalecos antibalas muy efectivos contra las armas de fuego corrientes.

—El kevlar no es perfecto...

—No me refiero al kevlar. —La expresión de Hewett se endurece—. Además, dispararemos para incapacitar, no a matar. Nosotros no somos el Instituto Land. Estamos por encima.

Tiene un tono tan amargo que me pregunto si me he equivocado sospechando de él. Parece verdaderamente indignado con la institución para la que trabajó en el pasado. Ojalá supiese por qué se fue y nos honró con su presencia.

—Los fusiles de Leiden tienen un alcance limitado —continúa—. Sin embargo, al más mínimo contacto con el cuerpo del blanco, liberan la carga. Les resultarán muy precisas a treinta metros.

—Un tercio del alcance de mis pistolas —murmura Gem.

—Esperemos no tener que poner a prueba sus habilidades con ninguna de las dos clases de arma —dice Hewett secamente—. Pero debemos estar preparados. Hay tres cajas más como esta en la armería. He programado los cierres para que se abran con las huellas de la mano de cualquier monitor. Señor Twain, arme a sus Tiburones primero. Luego, al resto de la tripulación.

Tia mueve la cabeza con gesto de incredulidad.

—Señor... ¿cómo funcionan estas cosas? No deberían poder existir.

Hewett adopta su famosa expresión de «Señor, dame paciencia».

—Monitora Romero, lo imposible no es más que lo posible para lo que todavía no tenemos una explicación científica.

—Pero...

—Entiendo que son muchas cosas que asimilar —dice—. Normalmente, en las pruebas de primer año yo enseñaba el arma de Leiden y dejaba la exhibición hasta el día siguiente. Reservaba la tecnología alternativa más rara para el sábado y el domingo.

—¿Tecnología alternativa? —pregunta Franklin.

—¿Más rara?

Gem parece entusiasmado, como si se estuviese ofreciendo a hacer más prácticas de tiro.

—Lamentablemente —añade Hewett, haciendo caso omiso de las dos preguntas—, no contamos con el lujo del tiempo. Para sobrevivir, necesitaremos todo lo que tenemos. Señorita Romero, ¿ve esa caja que está contra la pared del

fondo? Espero que se acuerde de mi clase de camuflaje optoelectrónico.

Tia parpadea.

—Como el de la piel de los pulpos.

—Exacto. Esa caja contiene módulos de proyección. Hay que instalarlos alrededor del exterior del casco, justo por encima de la línea de flotación, a intervalos de un metro. ¿Lo entiende?

—Hum... ¿sí?

—Bien. —Hewett mira por la ventana. Parece decepcionado al ver lo cerca que todavía estamos de la orilla—. Señor Couch, en el banco que está justo detrás de usted hay otra caja. Dentro encontrará una unidad de dispersión de pulsos. Instálela en la cubierta de popa, por favor. Debería interferir en el funcionamiento de cualquier radar o sonar.

—Esto... —Franklin está empezando a ponerse morado, como si se hubiese olvidado de respirar en los últimos minutos—. De acuerdo, señor.

—A ver, señorita Dakkar...

—Tecnología alternativa —suelto.

Me siento como si estuviese saliendo de un trance, o puede que entrando en uno. A estas alturas, no estoy segura de saber diferenciarlo. Ni siquiera corrijo a Hewett cuando me llama «señorita Dakkar», una forma de tratamiento que me parece increíblemente condescendiente.

—Su asignatura —digo—. Ciencia marina teórica. Toda esa tecnología rara y peligrosa de la que nos hablaba. No es solo teórica, ¿verdad?

Él me vuelve a dedicar esa expresión triste.

—Lo siento mucho, querida.

Esa disculpa me da más miedo que cualquier cosa que pudiese haber dicho. ¿Y lo de «querida»? Hasta ahora solo me ha llamado «monitora Dakkar» (mi título correcto), o «señorita Dakkar» (que detesto), o a veces «eh, usted» cuando está especialmente animado.

Me parece peligroso seguir haciendo preguntas. Me siento como si estuviese en el acantilado más alto desde el que me hubiese tirado nunca. De todas formas, me lanzo.

—Ha dicho que Julio Verne informó correctamente de algunas cosas. No ha dicho «predijo» ni «imaginó». ¿Nos está diciendo que los hechos de sus novelas ocurrieron de verdad?

Hewett deja el arma de Leiden. Las puntas de sus dedos se entretienen en los complejos cables del cañón.

—La eterna pregunta: ¿de dónde sacan los escritores sus ideas? En el caso de

Verne, la respuesta era de entrevistas personales. Él oía rumores. Buscaba testigos. Esos testigos le mentían sobre ciertos detalles para protegerse. Verne modificaba otros datos para que sus historias se leyesen como, bueno, historias. Pero, sí, querida, la mayoría de esos relatos es verdad.

Un silencio frágil se instala en el puente. Los únicos sonidos que se oyen son el zumbido de los motores y el ruido sordo de las olas al romper en la proa. Los otros monitores parecen aturdidos. Cuando Hewett vuelve a hablar, se inclinan como si tratasen de oír una voz procedente de un fonógrafo centenario.

—Desde la fundación de la academia —dice—, hemos conseguido reproducir parte de la tecnología alternativa de Nemo. Una gran parte todavía no la entendemos. La misión de Harding-Pencroft es salvaguardar su legado, evitar que su tecnología caiga en las manos de la sociedad humana y frustrar los intentos del Instituto Land, que usaría la tecnología alternativa para dominar el mundo. Me temo que, a día de hoy, el equilibrio de poder que ha existido entre nuestras instituciones durante casi ciento cincuenta años se ha alterado. El Instituto Land está a punto de obtener la victoria final.

Estudio la expresión agitada del doctor Hewett. Tengo los nervios como un banco de arenques que nadan frenéticamente en distintas direcciones. Al final, no puedo contener más el caos. Me echo a reír.

Debo de dar la impresión de haberme vuelto loca. No puedo evitarlo. Mi vida se ha puesto otra vez patas arriba. He perdido a mi hermano, mi instituto, mi futuro. Hace horas que la adrenalina fluye por mi organismo. ¡Y estamos hablando del capitán Nemo!

Me abrazo las costillas. Resuello y contengo las lágrimas parpadeando. Estoy segura de que cuando deje de reír, lloraré a moco tendido. Franklin se dirige a mí. Debe de notar que estoy al borde de un ataque de nervios. Hasta Gem y Tia parecen preocupados.

Hewett sigue teniendo una mirada oscura como tinta de calamar.

—Lo siento, señorita Dakkar.

—Monitora —le corrijo, aunque es difícil parecer seria cuando resuellas como una loca.

Hewett frunce el entrecejo.

—Ojalá tuviésemos más tiempo. Nos pasamos casi un año orientando poco a poco a su hermano. Estaba siendo formado para dirigir, para continuar donde lo dejaron sus padres. A pesar de lo mucho que prometía, la presión estuvo a punto de acabar con él. Y me temo que ahora tengo que pedirle algo más a usted. Ojalá...

Le interrumpe un «tilín» de su tableta. Hasta ese momento yo no había oído

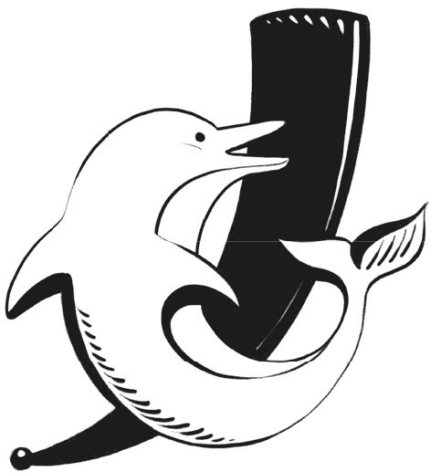
que emitiese ningún sonido, y a pesar del alegre ruido, me doy cuenta por la expresión de Hewett de que no es una buena noticia.

—Nos han encontrado —anuncia.

Gem se lleva las manos a las pistolas.

—¿Es lo que vi antes en su pantalla? ¿Qué era?

—No hay tiempo —contesta Hewett—. Avisen a la tripulación. ¡Nos atacan!



CAPÍTULO 9

Brotan literalmente del mar.

Me da tiempo a gritar «¡Cuerpo a tierra!» antes de que unos submarinistas salgan disparados a la superficie por el costado de estribor, equipados con VPS —vehículos de propulsión subacuática— del tamaño de tablas de natación que se mueven a una velocidad de doce nudos o más, superior a la de todos los que he visto en mi vida. Detecto a ocho hostiles: unos que llevan unas extrañas armas plateadas que parecen fusiles lanzaarpones, otros que empuñan... Un momento, ¿eso que tienen son lanzagranadas?

Dos latas metálicas del tamaño de puños caen en la pasarela y ruedan silbando y echando humo por la cubierta.

—¡Granadas aturdidoras! —grita Gem.

Cierro los ojos y me tapo las orejas, pero aun así las explosiones me dejan los

oídos zumbando. Por un momento, solo puedo tambalearme aturdida entre columnas de humo azul. Cuando mis compañeros de tripulación y yo nos hemos recuperado de la confusión, nuestros enemigos han enganchado unos garfios a la barandilla de estribor, se han deshecho de los VPS y las bombonas de oxígeno, y han empezado a subir por la borda como si hubiesen ensayado el asalto durante meses.

Eloise y Cooper son los primeros en devolver el fuego. Acribillan a nuestros atacantes con sus M4A1, pero es como si les disparasen balas de cera. Los proyectiles crean puntos de impacto blancos que humean contra los trajes de neopreno de nuestros enemigos y les hacen estremecerse, pero no les causan daños visibles.

Dos hostiles disparan con sus armas plateadas. Unos miniarpones perforan el hombro de Eloise y la pierna de Cooper. De los proyectiles salen unos arcos blancos de electricidad, y los dos Tiburones se desploman.

Grito de rabia. Mis amigos situados cerca de estribor, la mayoría todavía desarmados, arremeten contra los intrusos. Es una maniobra desesperada, pero una melé con adversarios armados es preferible a que nos disparen de uno en uno, y parece que somos más que ellos. Quiero unirme a mis compañeros —quiero hacer pedazos a los agresores con mis manos por haber destruido la academia, por Dev—, pero Gem me retiene.

—Dispara si ves una oportunidad. —Me da un arma de Leiden—. Pero quédate detrás de mí, por favor. —Me molestan sus órdenes condescendientes, pero obedezco mientras grita a sus compañeros de casa—. ¡Dru, Kiya!

Les lanza a cada uno un arma de la caja de categoría oro cual Papá Noel paramilitar.

—¡Apuntad y disparad!

Unas instrucciones ideales para un Tiburón.

Dos nuevos atacantes saltan por la borda. Gem les hace pagar su llegada tardía disparándoles a los dos al cuerpo. Los agresores se desploman hacia atrás y parpadean como luces de Navidad defectuosas hasta que caen al agua. Tal vez los trajes de neopreno los mantengan a flote. Tal vez vuelvan en sí antes de ahogarse. De momento, no es mi mayor preocupación.

Dru Cardenas dispara a otro intruso. Por desgracia, el arco de electricidad también alcanza a Nelinha, que se disponía a aporrear a dicho intruso con una llave de tubo. Los dos caen abatidos.

Quedan cinco enemigos, que pelean con unos diez miembros de nuestra tripulación que casualmente se encontraban en la cubierta en ese momento. ¿Por qué nos atacarían con tan pocos efectivos? ¿Y dónde está el doctor Hewett?

Todavía no ha salido del puente de mando. Justo cuando yo empezaba a creer que podía no ser un traidor, mi péndulo de la confianza se balancea otra vez hacia la duda profunda.

No sé gran cosa de los atacantes. Las gafas de buceo y las capuchas les tapan la cara. No obstante, la insignia del Instituto Land está estampada claramente en cada traje: un arpón antiguo de color plateado cuya cuerda forma un círculo alrededor de las letras IL.

Nuestros agresores deben de ser estudiantes de cursos superiores: son más altos y más mayores que nosotros, pero no adultos. Seguro que en el Instituto Land hay profesores adiestrados en combate, guardias de seguridad armados, alumnos adultos. Si tan importante es atraparnos, ¿por qué mandan a estudiantes? Y pese a lo peligrosos que parecen los fusiles lanzaarpones, no da la impresión de que estén diseñados para matar. Después de destruir nuestra academia, ¿por qué dudan en usar la fuerza letal?

Me pregunto si podría ser una farsa... una especie de ejercicio de entrenamiento. No. La destrucción de HP ha sido bastante real.

Sin embargo, todo este asunto resulta sospechoso...

Me sudan las manos en la culata del arma de Leiden. No puedo hacer un tiro limpio. Después de lo que le ha pasado a Nelinha, no pienso disparar al grupo a voleo con un arma que no acabo de entender.

Un atacante dispara a Meadow Newman a bocajarro con un arma eléctrica lanzaminiarpones. La chica se cae, mientras a su alrededor saltan chispas eléctricas. Ester se venga embistiendo con el cuerpo contra el tipo —Ester es una estupenda defensa de fútbol americano—, y el agresor se desploma agitándose. Top se une a la fiesta sujetando al individuo por la garganta con los dientes, que claramente es una forma de apoyo emocional. De no ser por la extraña tela a prueba de balas de la capucha de buzo, el individuo se habría convertido en el almuerzo de Top. En vista de la situación, retrocede andando como un cangrejo mientras grita y trata de quitarse de encima al furioso demonio peludo de diez kilos pegado a su tráquea.

«Esto es demasiado fácil», murmuro para mis adentros, aunque dudo que mis compañeros inconscientes pensasen lo mismo. Ahora hay seis fuera de combate, y algunos sangran debido a los puntiagudos pinchos de los arpones.

Aun así, tengo la sensación de que se me escapa algo...

Quizá el Instituto Land no esperaba encontrar oposición. Después de destruir nuestra academia, tal vez pensaron que se encontrarían con un hatajo de novatos asustados que suplicarían por sus vidas. Los cuatro atacantes que quedan se defienden dando patadas, lanzando estocadas, usando su tamaño y su fuerza

superiores, pero solo es cuestión de tiempo que los superemos. Gem, Dru y Kiya no dejan de apuntar con sus armas al tumulto, aunque por sus posturas noto que empiezan a relajarse. Creen que casi hemos ganado.

El IL ha planeado ese ataque minuciosamente. Los movimientos de los asaltantes estaban sincronizados. Han hecho su aparición de la forma más llamativa posible por el lado de estribor. ¿Por qué iban a estropearlo? A menos que...

—¡Gem! —grito.

Parece que él no me oye. Entre los disparos, los motores del barco y el zumbido residual de las granadas aturdidoras, no me sorprende. Hay suficiente ruido para tapar casi cualquier cosa. Los tres Tiburones miran hacia delante, dejándome detrás de ellos y enfrentándose a la amenaza clara.

«Piensa como un Delfín —me digo—. Espionaje, no ataque frontal».

Mil cangrejos diminutos corretean por mi espalda. «Es un amago».

—¡GEM! —grito otra vez.

Empiezo a volverme para mirar al lado de babor, pero me muevo demasiado despacio. Quizá todavía me encuentro en estado de shock por la tristeza, o quizá estoy aturdida por el efecto de las granadas. Solo me he girado noventa grados cuando alguien me inmoviliza la garganta por detrás con el antebrazo. Noto un intenso dolor como el aguijón de una avispa en un lado del cuello.

El terror corre por mis venas acompañado de algo que me han inyectado. El arma de Leiden se me escapa de los dedos dormidos.

Me han enseñado doce formas de escapar de una llave de estrangulamiento, pero me flaquean las piernas. Los brazos me cuelgan flácidos a los lados. Solo noto el pánico que se forma en mi pecho. Por el costado de babor del Varuna, veo el pontón en el que ha venido mi captor. Otro comando del IL maneja el motor fueraborda.

Los Tiburones gritan ahora. Por lo menos les he llamado la atención. Dru y Gem flanquean a mi captor apuntándole con las armas. Kiya llega primero a la barandilla de babor, ve el pontón y dispara en el acto al tipo que está a bordo. Sin embargo, le da al motor. El piloto dispara a su vez, y Kiya se desploma en medio de una resplandeciente jaula de Tesla.

—¡ALTO EL FUEGO! —grita mi captor—. ¡O Ana Dakkar muere!

Se retuerce de manera que queda con la espalda contra la barandilla y yo entre él y los Tiburones. Sabe mi nombre. Claro... Yo he sido el objetivo desde el principio. No entiendo el motivo, pero todo el ataque estaba pensado para capturarme.

Gem y Dru siguen apuntándonos con los fusiles de Leiden. En el lado de estribor de la cubierta, el último comando del IL cae cuando Tia Romero le atiza en la entrepierna con un extintor.

Mi mirada coincide con la de Gemini Twain. Trato de decir: «Dispáranos a los dos», pero me falla la voz.

—Yo que tú no lo haría —advierte mi captor a Gem—. A lo mejor no te has fijado en la aguja que tengo en el cuello de tu amiga. Es increíble lo que se puede hacer con veneno de serpiente marina. Ella sobrevivirá siempre que no hagáis ninguna tontería con esas armas. Si me electrocutáis a mí, la electrocutáis a ella. Y ahora mismo eso no le sentaría nada bien a su sistema nervioso.

Gem deja lentamente el arma de Leiden. Luego, igual de despacio, desenfunda sus dos SIG Sauer.

—¿Y si te disparo en la boca? —propone, sosegada y educadamente, como si estuviese ofreciendo una toallita húmeda a nuestro invitado—. A menos que también tengas la boca a prueba de balas.

Gem es un magnífico tirador, pero eso no me tranquiliza. Da la casualidad de que mi captor tiene la cara justo al lado de la mía.

—Me da igual la puntería que tengas, Twain —gruñe mi secuestrador. También sabe quién es Gem. Ha hecho los deberes—. Esta aguja se clavará en su cuello. ¿Una segunda dosis de veneno de serpiente marina? Fatal de necesidad. Ahora voy a saltar por la borda, acompañado de Dakkar. Y tú no vas a hacer nada.

—¿Vas a dejar a tus amigos? —Gem señala el montón de comandos del IL que ahora decoran la cubierta de estribor moviendo rápidamente el cañón de una de sus pistolas—. ¿Y si hacemos un trato?

Mi captor resopla.

—Quédatelos. Han hecho su trabajo. En cambio, esta... —Me aprieta más fuerte el cuello—. Ninguno de nosotros puede permitirse verla morir, ¿verdad?

Mi captor y yo nos precipitamos hacia atrás y caemos en picado por el costado del Varuna. Veo fugazmente el cielo azul. Noto el ruido sordo del impacto cuando nos estrellamos contra el agua. Entonces el mar frío me ciñe la cara como los pliegues de una mortaja.

CAPÍTULO 10

Cuando salimos a la superficie me ahogo y escupo. Distingo borrosos a mis compañeros de clase reunidos arriba, sus rostros serios bordeando la barandilla de babor del Varuna. El doctor Hewett también está allí, con cara de mareado. Gemini Twain ha cambiado de arma y ahora empuña su M4A1, con la mira del rifle fija en mi captor.

El Varuna ha apagado los motores. Todo está en silencio y solo se oye el chapoteo de las olas contra el casco y la respiración entrecortada de mi secuestrador en mi oído. Debe de costarle esfuerzo arrastrarme, empleándome como escudo humano mientras nada hacia atrás en dirección al pontón. Espero

que se ahogue.

Por encima de nosotros, Gem dice sombríamente:

—Lo tengo a tiro, señor.

Creo que no pretendía que nosotros oyésemos el comentario, pero en el mar las voces llegan lejos. La idea de que dispare me revuelve el estómago. Con el oleaje y el movimiento del barco y de mi captor, sería un disparo difícil incluso para Gem. Además, supongo que mi secuestrador todavía tiene la pequeña aguja hipodérmica en la mano. Espero que se la clave.

—Retírese, señor Twain —ordena Hewett.

«¿En serio? —pienso—. ¿Eso es todo lo que pretendes hacer, Hewett?».

—Eso es —se burla mi captor—. Retírese, señor Twain.

Hewett entorna los ojos.

—Caleb South, reconozco tu voz. No lo hagas.

Caleb suelta un juramento. Por lo visto, no tiene más cariño a Hewett que yo.

Llegamos al pontón. Otro par de manos ásperas me agarran. El individuo situado al motor me sube a bordo de un tirón.

—Dave —espeta mi captor, todavía en el agua—. No le quites la aguja del cuello mientras subo a bordo.

Estupendo. Me han raptado dos malos que se llaman Caleb y Dave. Me pregunto si en el anuario del Instituto Land los eligieron candidatos para abrir un restaurante familiar o un vivero cuando fuesen mayores.

Todavía no me funcionan las extremidades, pero noto un hormigueo en los dedos de los pies. El efecto de la toxina se está pasando. Intento hablar. Solo me sale un balbuceo.

Caleb South sube a la embarcación. Me atrae hacia él para que vuelva a tapar la línea de visión de Gem. Dave se marcha a popa y empieza a manipular el motor fueraborda.

—Date prisa, Dave —ladra Caleb.

—Eso intento —murmura Dave—. Esa niña tonta ha disparado al motor.

Eso me alegra. Espero que el motor le explote a Dave en la cara.

—¡Caleb, escúchame! —grita el doctor Hewett desde la cubierta—. Esto es una locura.

—Sí, me acuerdo de sus clases. —El tono de Caleb es tóxico como su jeringuilla de veneno—. Nuestros planes son una locura, bla, bla, bla. Pero el Aronnax está ahora operativo y Harding-Pencroft ha quedado destruida, así que a lo mejor el loco fue usted dejándonos.

No sé qué es el Aronnax. Solo el nombre ya me da escalofríos. Suena agudo y pesado como un cuchillo de carnicero. Por otra parte, el hecho de que pueda

tener escalofríos es algo positivo. Trato de mover la mano. Me cuelga a un lado. En cualquier momento estaré lista para el combate.

—Tu nuevo juguetito no es nada —le dice Hewett a Caleb—. Dakkar lo es todo.

—¡¿Juguetito?! —grita Caleb.

—¿Después de lo que le habéis hecho esta mañana a la academia, al hermano de Ana? Ella es insustituible.

No me gusta la forma en que Hewett habla de mí, como si fuese un artículo valioso y no una persona. Me pregunto si empezará a regatear y ofrecerá partirme por la mitad para dividir los beneficios.

Noto que a Caleb le tiemblan los dedos en mi garganta. Se está poniendo nervioso, y tiene una aguja contra mi carótida. No me gusta esa combinación.

En la popa del pontón, Dave suelta un «¡Ja!» triunfante.

El motor fueraborda arranca renqueando.

—Adiós, doctor Hewett —grita Caleb mientras la embarcación zarpa—. De todas formas, usted era un peñazo de profesor.

Bueno, puede que Hewett no sea cómplice de los estudiantes del IL, pero tampoco me está siendo de gran ayuda. No se me ocurre ni una sola cosa que hacer. Balbuceo lo bastante alto para llamar la atención de Caleb.

Él me aprieta más el cuello.

—¿Qué pasa, Dakkar?

Farfullo como si quisiese decirle algo importante. Noto que él se inclina. Es la naturaleza humana: quiere saber qué digo. Calculo el momento y el ángulo exactos. A continuación uso la única arma que tengo. Echo atrás la cabeza y oigo el grato crujido de la nariz de Caleb al romperse.

Él grita y me suelta... solo un instante, pero me basta. Sus dedos húmedos resbalan en mi garganta cuando me aparto de la palma de la mano con la que sujeta el veneno y me tiro de la embarcación cojeando.

Tomo una bocanada de aire antes de que mi cabeza se sumerja. Tengo las extremidades como fideos pastosos, pero consigo mantener el pecho erguido para flotar. Me asomo a la superficie el tiempo justo para oír el sonido de un arma de Leiden del Varuna. Dave chilla.

Caleb gruñe y se lanza al agua a por mí. Dos disparos de la M4A1 de Gem pasan silbando junto a la parte de atrás de su traje de neopreno. Caleb me agarra por el pelo y empieza a arrastrarme detrás del pontón, que se está alejando rápido de nosotros.

—Me dijeron que te llevase viva —dice—. Pero si no es posible...

Con el rabillo del ojo veo que levanta la mano libre. La aguja de inyección

sobresale de la parte interior de un anillo colocado en su dedo corazón. Me recuerda el artículo de broma para dar descargas eléctricas que Dev usaba para torturarme cuando éramos pequeños. No quiero que ese sea mi último pensamiento.

Gem dispara otra vez. El tiro rebota en la frente encapuchada de Caleb y salpica a escasos centímetros de mi oreja.

—¡Alto el fuego! —grita Hewett.

Trato de forcejear. El cuerpo no me responde. Caleb se burla. Con la sangre que le sale de los orificios de la nariz, parece que tenga colmillos de morsa.

—Das más problemas de los que vales —concluye.

Aparta la mano para asestarme un guantazo con el anillo envenenador... pero recibo ayuda de donde no lo espero. Justo a nuestra derecha, un cuerpo de piel gris azulada sale de repente del mar, y Caleb queda inconsciente bajo el peso de un delfín mular de doscientos setenta kilos.

Las olas que se forman me arrastran bajo el agua. Se me llenan los senos nasales de agua salada. Me hundo agitando mis débiles extremidades.

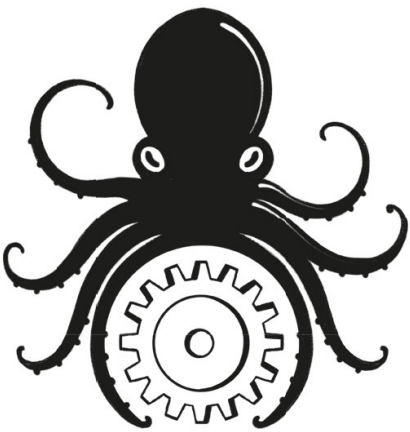
Entonces el delfín se desliza por debajo de mí y me empuja con cuidado hasta la superficie. Rodeo con los brazos su aleta dorsal, que tiene una raya oscura marcada.

Salimos a la superficie. Lo primero que digo es un cruce de jadeo y sollozo.

—¿Sócrates?

No tengo ni idea de cómo me ha encontrado, ni cómo ha sabido que necesitaba ayuda, pero sus familiares chasquidos y silbidos no me dejan duda de lo que dice. «Intenté avisarte, humana tonta».

Apoyo la cabeza en su frente lisa y cálida y me echo a llorar.



CAPÍTULO 11

No dejamos que Caleb se ahogue.

Si lo hubiésemos sometido a votación, no estoy segura de que nuestro enemigo hubiese conseguido suficiente apoyo, pero el doctor Hewett insiste en que lo saquemos del agua. Luego Kiya y Dru se lo llevan para interrogarlo.

Al resto de los agresores del IL les quitamos las armas, los atamos con bridas de plástico y los dejamos a la deriva en el pontón. El doctor Hewett nos asegura que no tardarán en ser rescatados por los guardacostas si tienen suerte, y por sus compañeros si no la tienen.

—El Instituto Land no premia el fracaso —explica—. Tenemos que ponernos en marcha.

Tia Romero lo mira con incredulidad.

—Señor, nos han atacado. Tenemos heridos. Nosotros también tendríamos

que llamar a los guardacostas.

Hewett le dedica una mirada compasiva.

—Las autoridades no pueden ayudarnos, monitora. También los pondríamos en peligro a ellos. Termine los ajustes y encienda los motores. El Aronnax no estará muy lejos.

A Tia no parece entusiasmarle la idea, pero se apresura a obedecer.

La Casa Orca tiene curas que hacer. Meadow, Eloise, Cooper y Robbie Barr han sufrido heridas superficiales de miniarpones. Franklin piensa que se pondrán bien, pero necesitarán puntos.

—Totalmente innecesario —se queja, sosteniendo uno de los proyectiles ganchudos de quince centímetros—. Si vas a dejar a alguien inconsciente de una descarga, ¿por qué lo arponeas también?

Ignoro la respuesta. Pero no me sorprende que el Instituto Land desarrolle un arma de Leiden que cause dolor innecesario.

El resto de la tripulación solo ha sufrido heridas menores. Franklin me pide que vaya a la enfermería para que pueda hacerme unos análisis y asegurarse de que el veneno está fuera de mi organismo. Le aseguro que estoy bien.

Él no me cree. Tampoco Nelinha y Ester, pero lo último que quiero es que me obliguen a estar en un cuartito bajo cubierta conectada a un montón de monitores. Necesito el mar y aire fresco. Necesito ver a Sócrates nadando junto al barco, parloteándome alegremente. Después de todo lo que ha pasado hoy, el secuestro me ha dejado estremecida de conmoción, terror, vergüenza y rabia. El veneno de serpiente marina no es la única ponzoña que quiero eliminar de mi organismo.

Los Cefalópodos corren de un lado a otro concluyendo las modificaciones tecnológicas del doctor Hewett. Instalan la unidad de dispersión de pulsos para interferir en el funcionamiento de radares y sonares. Fijan los módulos de proyección alrededor del casco para proporcionar camuflaje dinámico a la embarcación. Desde la barandilla en la que me encuentro, no veo ninguna diferencia en el aspecto del barco, pero los Cefalópodos parecen emocionados. Hablan entre ellos con entusiasmo de especificaciones y parámetros como si debatiesen sobre hechizos mágicos.

—¿No te parece increíble? —Nelinha me sonríe al pasar. La descarga de la pistola de Dru no la ha frenado. Si acaso, parece que le ha cargado las pilas. Sin embargo, su sonrisa se desvanece cuando ve que no le respondo. Posa brevemente la mano en mi hombro—. ¿Seguro que estás bien, nena?

Entonces Kay, su compañera de casa, grita:

—Oh, no puede ser. ¡Mira qué tiempos de reacción tiene la óptica de matriz en fase!

Y Nelinha se larga.

Es la amiga más cariñosa que podrías desear, pero tienes que hacerte a la idea de que a veces pasarás a un segundo plano frente a la tecnología de última generación.

En unos minutos, el Varuna está en marcha.

Nos dirigimos al oeste. Sócrates nos sigue sin problemas. Él y yo hablamos como podemos, pero como siempre, todo son preguntas y ninguna respuesta.

Ojalá supiese cómo me ha encontrado, y si entiende que Dev ya no está. Él no puede decirme esas cosas.

No, no es correcto. Sé lo suficiente sobre la inteligencia y la comunicación de los delfines para saber que él es capaz de decírmelo. El lenguaje de los delfines es infinitamente más complejo y sutil que los lenguajes humanos. El problema es que yo no le entiendo lo bastante bien.

—Gracias —le digo, usando también la lengua de signos para expresarlo de forma más visual—. Ojalá pudiera corresponderte.

Él me dedica una de sus sonrisas de delfín, e imagino que me dice «Sí, me debes todos los calamares».

Gemini Twain se encuentra apoyado en un cabrestante. Tiene los brazos cruzados y una expresión triste. Su cabello moreno está salpicado de sal marina.

—Mi única misión era protegerte —me dice—. Lo siento.

Estoy tentada de espetarle: «No necesito un protector». Pero parece tan deprimido que no tengo valor para decírselo.

—No te machaques, Miles Molares —digo.

Gem ríe entre dientes.

—Es fácil decirlo.

Se tira del cuello de la camiseta como si llevase una corbata que le apretase demasiado.

No sé gran cosa de él. Después de su altercado con Nelinha en nuestro año de carnaza, decidí que no quería tener más trato con él del necesario. Supongo que Harding-Pencroft tampoco ha sido siempre fácil para él. Que yo sepa, es el único miembro de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días que hay en HP. ¿Cómo se interesa un mormón negro de un estado del interior como Utah por trabajar en el mar? Nunca se lo he preguntado. Espero que en el futuro tengamos más oportunidades de hablar, no porque me caiga bien, ni porque sienta que tenga que caerme bien, sino porque es un compañero de clase. Hoy me han recordado que cualquier persona de mi vida me puede ser arrebatada en una

fracción de segundo.

—¿Qué viste cuando miraste la tableta del doctor Hewett? —le pregunto.

Él frunce el ceño.

—Una figura oscura debajo del agua. Como una enorme punta de flecha.

—El Aronnax —deduzco—. ¿Una especie de submarino?

Gem otea el horizonte.

—No como los que yo conozco. Si es lo que atacó HP y viene a por nosotros...

Deja la frase en el aire. Cualquier embarcación que puede destruir dos kilómetros cuadrados y medio de costa californiana es algo contra lo que no podemos combatir en el Varuna, ni siquiera con rifles de asalto, pistolas eléctricas y un delfín peleón. Si no podemos acudir a las autoridades, algo en lo que Hewett parece mantenerse firme, nuestra única esperanza es huir y escondernos. Y eso me lleva a una pregunta incómoda: ¿dónde?

Ester se acerca tranquilamente con Top detrás y un calamar muerto en la mano. Sin más preámbulos, me da el calamar, que está caliente y frío a la vez, y resulta de lo más asqueroso.

—Lo he encontrado en la nevera —dice—. Lo he puesto en el microondas sesenta y cinco segundos. No lo he dejado más tiempo porque no quería que se pusiese muy blando. A ver, es un calamar, o sea que ya está blando.

Lo dice sin hacer ninguna pausa y sin mirarme a los ojos. Por supuesto, solo intenta hacerme sentir mejor. Sabe que yo quería darle algo de comer a Sócrates, y ha encontrado el tentempié ideal.

He oído a «expertos» decir que los autistas tienen problemas de empatía, pero a veces me pregunto si esos expertos se han sentado alguna vez a hablar con autistas. Cuando nos conocimos, yo no entendía por qué Ester no hacía comentarios tranquilizadores cuando una de nosotras estaba disgustada. Su comportamiento me parecía un código complejo, como si estuviese compuesto de palabras y señales confusas. Pero cuando descifré el código, me di cuenta de que solo hace las cosas de forma un poco diferente. Es más fácil que ella tenga un detalle, o me dé una explicación, para hacerme sentir mejor. De hecho, es una de las personas más empáticas que he conocido en mi vida.

Top se sienta a mis pies y menea la cola. Me dirige su mirada más enternecedora. «Soy muy bueno. Antes por poco mato a alguien».

—Él ya ha comido mucho —me asegura Ester—. El calamar es para Sócrates.

—Mientras no sea para mí —dice Gem.

—Era una broma —observa Ester, con una expresión totalmente seria—. Ya lo pillo.

—Qué maravilla —le digo a Ester—. Gracias.

Lanzo el calamar a Sócrates, que lo atrapa con avidez. Ojalá pudiese llevárselo y dárselo de comer de mi mano, pero avanzamos a toda marcha, y el delfín también. Sé que no le cuesta mantener el ritmo del barco, pero no sé si nos seguirá o no. Los delfines tienen sus prioridades.

—Puede descansar a bordo si se agota —me sugiere Ester.

Tardo un segundo en procesar esa frase.

—¿A qué te refieres con «a bordo»?

—¿Has visto el camarote del capitán? —pregunta—. En Harding-Pencroft siempre ha habido delfines. Es como Top. —Le rasca la oreja—. Siempre ha habido un Top en Harding-Pencroft. O sea, antes de que Harding-Pencroft quedase destruido.

No acabo de entender lo que quiere decir con que Top y los delfines han estado siempre en HP, pero cuando menciona la destrucción de la academia, se pone otra vez nerviosa. Empieza a darse golpecitos en los muslos con las puntas de los dedos. El volumen de su voz sube varios puntos.

—EN FIN, HE VENIDO A BUSCARTE —afirma.

—Ah... Vale. ¿Qué pasa?

No estoy segura de querer saberlo. Ha sido un día muy largo.

—El doctor Hewett quiere veros a los dos en la cubierta de popa —nos comenta Ester—. No está bien. No soy ninguna experta, pero yo diría que tiene diabetes y es probable que alguna enfermedad de base.

Gem y yo nos miramos inquietos. No me sorprende que Hewett no se encuentre bien. Ha tenido mala cara desde... bueno, desde siempre. Ester no tiene mucho tacto, pero me fío de su intuición. Una vez anunció en voz alta en medio de la comida que si yo aumentaba la ingesta de vitamina B1, las molestias de la menstruación tal vez no fuesen tan espantosas. Por cierto, tenía razón.

—Vale —digo—. ¿Quiere vernos por eso? ¿Porque está enfermo?

—No —responde Ester—. Yo también lo he pensado, y se lo he dicho. Quiere veros porque el prisionero está empezando a hablar. —Se mira las palmas de las manos—. Y además me he pringado de baba de calamar. Voy a lavarme las manos porque me parece que es lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO 12

Caleb South está atado con bridas a una silla metálica plegable. Tiene las muñecas inmovilizadas a la espalda y los tobillos sujetos a las patas de la silla.

Cuando lo veo, mi rabia intenta endurecerse y formar una armadura, pero estoy tan agotada que se acaba pareciendo más a una camisola gastada. No para de soltarse y estirarse en una masa amorfa de pena y estupor.

Caleb todavía lleva puesto el traje de neopreno. Le han quitado las gafas de buceo y la capucha, y han quedado al descubierto unos ojos marrones muy juntos y una mata de pelo rubio teñido de verde por el cloro. La nariz rota se le está hinchando mucho. En el labio superior se le está formando una costra de sangre.

Lo han puesto de cara al oeste, de modo que tiene que entornar los ojos para protegerse del sol cada vez que mira al doctor Hewett. Dru y Kiya, que empuñan sus nuevos fusiles de Leiden, están de pie a cada lado del prisionero. Kiya todavía parece de mal humor por haber sido electrocutada. Detrás del doctor Hewett está Linzi Huang, una de las Orcas.

Me tranquiliza ver a Linzi. Significa que el doctor Hewett todavía está siguiendo el protocolo. Se supone que tiene que haber un miembro de la Casa Orca delante en todas las negociaciones importantes. Aparte de ser los médicos de la academia, son nuestros jueces y testigos, la conciencia del instituto. Su presencia suele contribuir a que los demás se porten bien. No creo que ninguno de mis compañeros fuese capaz de hacer algo como pegar a un prisionero para sacarle información, pero después de lo que hemos pasado, los nervios están de punta. Y el ambiente caldeado.

Considerando que Caleb tiene la nariz rota y que hace poco le ha zurrado un delfín, luce bastante buen aspecto. La única tortura que ha padecido es la forma de humillación característica de Harding-Pencroft. Alrededor de los bíceps tiene unos manguitos inflables amarillo chillón con patitos rosa. Un flotador a juego le rodea la cintura. Así es como los estudiantes de cursos superiores tratan a los niños del año de carnaza que resultan ser unos ineptos para las tareas que se les encomienda. Los obligan a llevar patitos rosa un día entero. Muchos chavales nunca superan la vergüenza. No sé por qué tenemos inflables a bordo, pero tampoco me sorprende.

Caleb frunce el entrecejo cuando me ve, pero no hace ningún comentario sarcástico. Los patitos deben de haber doblegado su espíritu.

Hewett se inclina hacia el prisionero.

—Señor South, dígale a la señorita... dígale a la monitora Dakkar lo que me ha dicho a mí.

Caleb tuerce la boca.

—Este barco va a acabar en el fondo del mar.

—Esa parte no —le corrige Hewett con cansancio—. La otra.

—El Aronnax se acerca.

—Tu submarino —digo, acordándome de la conversación que he mantenido con Gem.

Caleb ríe entrecortadamente.

—El Aronnax es a un submarino lo que un Lamborghini a un coche de bajo consumo. Pero, sí, genio, es nuestra embarcación. Tenéis una hora, con suerte. Nos encargaron llevaros con vida... —Escupe una costra de sangre seca del labio —. Como no lo hemos conseguido y no hemos informado, seguirán con el plan.

Torpedearán este montón de chatarra y después confirmarán que el objetivo ha sido eliminado.

«Confirmarán que el objetivo ha sido eliminado».

Noto en la barriga un frío afilado como un cuchillo fileteador. Me pregunto si la tripulación del Aronnax se refirió a Dev y a mí de esa forma antes de destruir nuestra academia, como si no fuésemos más que blancos impersonales.

Tengo ganas de darle una bofetada. Contengo el impulso. La presencia de Linzi ejerce de advertencia tranquilizadora: «Nosotros no somos así. No nos rebajemos a su altura».

—¿Por qué nos habéis atacado? —pregunto a Caleb—. ¿Por qué yo? ¿Y por qué han mandado a una panda de estudiantes que no han sido capaces de hacer el trabajo?

Él mueve la cabeza con gesto de disgusto.

—Tuviste suerte con ese puñetero delfín. En el IL no malcrían a sus estudiantes como en HP. Destruir HP... —Me dedica una sonrisa ensangrentada—. Ese era nuestro proyecto final, y yo diría que lo hemos bordado.

Dru da un paso adelante levantando la culata de su arma de Leiden, pero Gem lo detiene lanzándole una mirada severa.

Caleb observa el intercambio con clara diversión.

—En cuanto al porqué, Ana Dakkar... Realmente no sabes nada, ¿verdad? —Mira al doctor Hewett—. Supongo que el profesor no te ha contado la verdad sobre HP. ¿Te habían enseñado a manejar armas de Leiden antes de hoy? ¿Sabías acaso que existían?

Un murmullo de incomodidad recorre nuestro grupo.

—Lo que yo pensaba —dice Caleb—. En el IL no nos da miedo usar nuestros conocimientos. ¿Cuántos problemas del mundo podríais haber resuelto si los hubierais compartido, cobardes?

—¿Compartir qué, exactamente? —pregunta Gem detrás de mí.

—Habéis tenido dos años. —Caleb parece molesto, incluso resentido—. Podríais haber colaborado con nosotros. Podríais haber negociado.

No sé si el barco está cabeceando o si es mi falta de equilibrio. Dos años desde la muerte de mis padres. Dos años que hace que Hewett teme un ataque. Dos años en los que Caleb dice que Harding-Pencroft podría haber negociado.

Clavo los ojos en el doctor Hewett.

—¿Qué pasó hace dos años?

Tiene una mirada más triste que la de Top cuando suplica galletas para perros.

—Pronto tendremos esa conversación, querida. Lo prometo.

Caleb bufa.

—No serás tan tonta para creerte las promesas de Hewett, ¿verdad? A nosotros también nos prometió muchas cosas cuando estuvo en el IL.

A Hewett se le ponen los nudillos blancos al cerrar los puños.

—Basta ya, señor South.

—Profesor, ¿qué tal si les cuenta en qué trabajaba usted en el IL cuando yo era un estudiante de primer año? —propone Caleb—. Antes de que se rajase. Cuénteles a quién se le ocurrió la idea del Aronnax.

Podría haber lanzado perfectamente otra granada aturdidora. El cráneo me resuena como una campana.

Gem inspira con brusquedad.

—Profesor, ¿de qué está hablando?

Hewett parece más molesto que avergonzado.

—En el IL hice muchas cosas de las que no estaba orgulloso, monitor Twain, antes de saber de lo que eran capaces. —Vuelve a fulminar con la mirada al prisionero—. Y hoy el Instituto Land ha demostrado por qué no se les puede confiar tecnología avanzada. Han destruido una noble institución.

—¿Noble institución? Han estado protegiendo el legado de un proscrito. —Caleb se retuerce dentro del flotador con patitos rosa—. Si va a matarme, adelante, hágalo. Esta cosa es muy incómoda.

Dru y Kiya miran fríamente al doctor Hewett. Hasta Linzi parece afectada. Quizá no sabían que Hewett trabajó en el Instituto Land hasta hoy, como yo. Pero es peor aún. Al doctor Hewett se le ocurrió la idea del Aronnax. Él ayudó a crear el arma que ha destruido nuestra academia y ha matado a mi hermano.

—Nosotros no ejecutamos a los prisioneros —anuncia Hewett—. Dru, Kiya, láncenlo por la borda.

La expresión arrogante de Caleb se viene abajo.

—Un momento...

—Señor —protesta Linzi.

—No le pasará nada —le asegura Hewett—. Tiene el chaleco de flotabilidad, el traje de neopreno y los manguitos. Guardias, procedan.

Dru y Kiya parecen tentados de tirar al profesor en lugar de al prisionero, pero después de mirar a Gemini Twain, los Tiburones cumplen órdenes. Desatan a Caleb de la silla, lo llevan a rastras revolviéndose y soltando improperios al lado de babor y lo arrojan al mar.

Lo último que veo de mi exsecuestrador es su cabeza rubia meciéndose en

nuestra estela, escupiendo y gritando cosas malas de Harding-Pencroft. Me imagino que no tardará en recogerlo alguien. Chilla mucho. Además, con los flotadores de patitos rosa, es con diferencia la cosa más vistosa de la costa de San Alejandro.

—Señorita Huang —dice Hewett—, acuda al puente. Mantenga el rumbo al oeste a toda máquina.

Linzi se mueve.

—Señor, nos merecemos...

—Recibirán explicaciones —promete Hewett—. Pero lo primero es lo primero. Vuelvan a revisar los proyectores de camuflaje y la unidad de dispersión de pulsos. Que las Orcas hagan una barrida del barco por si hay algún dispositivo de seguimiento. Debemos escapar del Aronnax. —Se vuelve hacia mí—. En cuanto a usted, Ana Dakkar, venga conmigo. Creo que ya va siendo hora de que nos diga qué rumbo seguir.

CAPÍTULO 13

Por el camino agarro a Nelinha y me la llevo a rastras.

Necesito a una amiga a mi lado, aunque tenga que convivir con Gem un rato. Todavía no me he recuperado de... en fin, de todo. No me han gustado las advertencias de Caleb. No entiendo por qué el doctor Hewett piensa que yo soy la que debe decidir nuestro rumbo. ¿Por qué no para de distinguirme del resto? Él es el que tiene tantos secretos. Y todavía no estoy segura de confiar en Gemini Twain para que me cubra las espaldas.

Al final del pasillo, Hewett abre la puerta del camarote del capitán. Nunca he estado dentro. Es un compartimento enorme: una cama de adulto contra la pared de babor, ventanas con vistas a proa, una gran mesa de conferencias y en el lado de estribor...

Me quedo boquiabierta.

—¡Sócrates!

El lado de estribor entero del camarote es un acuario abierto con agua salada. La pared de plexiglás debe de medir unos tres metros y medio de largo y un metro y medio de alto, con la parte superior curvada hacia dentro para evitar que se escape el agua cuando el barco se mueve. El tanque no es lo bastante grande para que el delfín viva dentro, pero tiene suficiente espacio para chapotear, girarse y flotar cómodamente. A cada lado hay una tapa metálica submarina que me recuerda una gatera gigante. No acabo de entender cómo se diseñó el acuario, pero los conductos deben de conectar con el mar abierto, permitiendo a Sócrates ir y venir a su antojo.

Sócrates asoma la cabeza por encima del borde de plexiglás y se sitúa a la altura de mis ojos. Parlotea jovialmente. Lo abrazo y le doy un beso en pleno rostro. Me doy cuenta de que estoy sonriendo por primera vez desde la destrucción de la academia.

—No lo entiendo —digo—. ¿Cómo nos has encontrado?

Hewett responde por él:

—Su amigo delfín conoce bien este barco. HP ha cultivado amistad con muchos miembros de su familia a lo largo de los años. ¿Sócrates, lo llama?

—Yo... Sí.

Estaba a punto explicarle que Dev y yo buceamos con Sócrates cada mañana, pero acordarme de ese ritual es como andar descalza sobre cristales rotos.

—Un nombre muy apropiado —comenta Hewett—. Pues Sócrates sabe que siempre tiene una litera en el Varuna si le apetece viajar con nosotros. Venga aquí, señorita Dakkar. Mire esto.

Otra vez con lo de «señorita». Así es como se mina la resistencia de una persona, cometiendo el mismo error todo el tiempo con la esperanza de que te acabes cansando de corregirlo.

—Monitora —mascullo, pero Hewett ya ha centrado su atención en la mesa de conferencias, donde Gem y Nelinha se han reunido con él.

Supongo que el delfín mular del camarote no les parece nada del otro mundo. Voy a sentarme con mis semejantes de mala gana.

Sobre la mesa hay un mapa náutico del Pacífico desplegado. Está anticuado en algunos aspectos. Los nombres están escritos en una caligrafía elegante. La rosa de los vientos está primorosamente pintada de colores. Monstruos marinos ilustrados se retuercen en las esquinas.

Sin embargo, el mapa está hecho de un material que no he visto nunca. Es gris claro, casi translúcido, y está liso, como si nunca lo hubiesen doblado. La tinta reluce. Al mirarlo de lado, parece que todas las marcas desapareciesen. No

quiero pensarlo con Sócrates en el camarote, pero el mapa me recuerda la piel de delfín. Tal vez, como el carbonato de calcio de los proyectiles de Leiden, ha sido segregada orgánicamente en un laboratorio.

Estupendo. Mi proceso mental se precipita por la madriguera de conejo de la tecnología alternativa.

Encima del mapa hay un chisme cobrizo con forma de cúpula, como un pisapapeles. Al menos, en un mundo normal, sería un pisapapeles. Su superficie curva está surcada de complejos cables. En el ápice hay una hendidura redondeada y lisa. Parece el ojo de un robot *steampunk*. Espero que se abra y me mire.

Hewett se sienta en la silla situada al otro lado de la mesa. Se seca la frente con un pañuelo. Me acuerdo de lo que Ester dijo: «Diabetes. Enfermedad de base». Hewett nunca ha sido mi profesor favorito. No me fío de él. Aun así, me preocupa su salud. Es el único adulto del compartimento, y el único que podría darme respuestas.

Nelinha está de pie a mi derecha y Gem a mi izquierda. Se esfuerzan por no mirarse. Sócrates charla y salpica en su acuario.

Hewett levanta el pisapapeles. Se inclina sobre la mesa y lo pone en el centro del mapa, como si estuviese igualando mi apuesta en una partida de póquer.

—No le pediré que lo haga hasta que no se sienta cómoda —dice—. Pero es la única manera de proceder.

Miro con más detenimiento el objeto. La hendidura de la parte superior...

—Es un lector de huella dactilar —aventuro—. Si pongo el pulgar encima... ¿qué? ¿Nos muestra un lugar en el mapa?

Hewett sonríe débilmente.

—En realidad, es un lector genético. Codificado con el ADN de su familia. Pero, sí, ha deducido para qué sirve.

También estoy empezando a deducir para qué sirvo yo: ¿por qué Hewett y Caleb South hablan de mí como si fuese una mercancía? Estoy recomponiendo los pedazos rotos de este día espantoso, y no me gusta lo que veo.

Trato de plantear lo que realmente quiero saber.

—Entonces, Julio Verne... Dice que entrevistó a personas reales.

Hewett asiente con la cabeza.

—*Veinte mil leguas de viaje submarino. La isla misteriosa.* Los textos fundacionales se basan en acontecimientos reales.

Noto un peso cada vez mayor en el estómago.

—Textos fundacionales... Habla como si fuesen sagrados.

—No exactamente —repone Hewett en tono de mofa—. Son novelizaciones.

Distorsiones. Pero en esencia contienen verdades. Ned Land fue un maestro arponero canadiense real. El profesor Pierre Aronnax fue un biólogo marino francés.

—Ned Land... El Instituto Land —dice Nelinha.

—Y Aronnax —interviene Gem—. Es el nombre del submarino.

Hewett se queda callado el tiempo suficiente para tamborilear con las puntas de los dedos sobre el mapa.

—Sí. Land y Aronnax, junto con el criado del profesor, Consiel, fueron los únicos supervivientes de una desastrosa expedición naval. En la década de 1860 se unieron a una partida de búsqueda de un supuesto monstruo marino... una criatura que hundía barcos por todo el mundo. Su barco expedicionario, el Abraham Lincoln, se perdió en algún lugar del Pacífico. Más de un año después, Land, Aronnax y Consiel fueron hallados, inexplicablemente, en un pequeño bote salvavidas frente a la costa de Noruega.

Me sorprendo inclinándome hacia delante. Conozco la trama de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, pero ahora parece más bien una profecía... una que predice el apocalipsis. No me gustan los apocalipsis.

—Nadie se creyó la historia que contaron sobre el año que estuvieron desaparecidos —continúa Hewett—. Los tildaron de locos. Dudo incluso que Julio Verne les creyera, pero sí que les escuchó. Varios años más tarde, después de que la novela de Verne se hiciera famosa, otro grupo de hombres se puso en contacto con él. Se trataba de unos antiguos náufragos que habían sobrevivido en una isla desierta del Pacífico. Aseguraban que habían vivido un encuentro parecido al descrito en *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Querían corregir lo que consideraban imprecisiones de la versión de Verne. La novela posterior de Verne, *La isla misteriosa,* estaba basada en sus entrevistas con esos hombres.

—Cyrus Harding y Bonaventure Pencroft. —Mi mente va a mil, uniendo puntos que no quiero unir—. Los fundadores de nuestra academia. Como Ned Land fundó el Instituto Land.

Nelinha mira a Hewett arqueando una ceja. Es la misma expresión que adopta cuando quiere decirles a las chicas de segundo año que la dejen en paz o les dará una patada en el trasero.

—Si todo eso es cierto —dice—, nos está diciendo que el prota también era real. Nemo.

—Correcto, señorita Da Silva.

—Y no hablamos del pez animado —añade.

Alguien tenía que decirlo.

Hewett se frota la cara.

—No, señorita Da Silva. El «prota» no era un pez animado. Ni el personaje ficticio de los libros de Julio Verne del que recibió su nombre ese pez. El capitán Nemo fue una persona real del siglo XIX: un genio que creó aparatos de tecnología marítima adelantados varias generaciones a su época. Los avances más importantes estaban codificados con la química de su cuerpo... lo que hoy llamamos ADN. Él y sus descendientes eran los únicos que podían manejar sus inventos más importantes.

Se acabó. Me siento. No me fío de que mis piernas vayan a sostenerme más.

—Ester desciende de Cyrus Harding —digo.

Hewett me mira fijamente, esperando. Su expresión es una mezcla de compasión y un frío interés analítico, como un policía de una serie de televisión en un depósito de cadáveres a punto de destapar a la víctima del asesinato para que su pariente la identifique.

—Y el capitán Nemo... —continúo—. No era su nombre de verdad. Era el príncipe Dakkar. Un noble indio. De Bundelkhand.

—Sí, señorita Dakkar —asiente Hewett—. A día de hoy, usted es la única descendiente directa de él que ha sobrevivido. Eso la convierte literalmente en la persona más importante del mundo.

CAPÍTULO 14

—No.

Sinceramente, es la única respuesta que se me ocurre.

—No me diga que nuestra academia ha sido destruida, mi hermano ha sido asesinado y el Instituto Land ha intentado secuestrarme porque desciendo de un personaje ficticio.

—No ficticio —puntualiza Hewett otra vez, en un tono de voz forzado—. El príncipe Dakkar fue su tatarabuelo.

—Estoy de acuerdo con Ana —tercia Nelinha—. Esto es de locos.

Gem deja su arma de Leiden sobre la mesa.

—Tenemos pruebas.

Nelinha resta importancia al arma con un gesto de la mano, o tal vez a quien quiere restar importancia es a Gem.

—La pistolita eléctrica chapada mola mucho, pero eso no quiere decir que Julio Verne escribiese libros basados en hechos reales. Yo podría desmontar un arma de Leiden y descubrir su funcionamiento si tuviese tiempo.

—Que es exactamente lo que hizo Harding-Pencroft —dice el doctor Hewett —. Y el Instituto Land, por desgracia. Pero las innovaciones más importantes de Nemo...

—Un momento. —Levanto las manos como si intentase unir toda esa información nueva, pero fracaso estrepitosamente—. Han fabricado superpistolas Taser. Tienen camuflaje dinámico e inhibidores de radar que son mejores que los del ejército. Y todo viene de un tío que vivió hace ciento cincuenta años.

Hewett me dedica el gesto expectante de cabeza que emplea en su clase, como diciéndome: «Adelante. No eres tonta del todo».

—Entonces ¿para qué me necesitan?

Hewett hace una mueca. Me da la impresión de que desearía no necesitarme.

—Señorita... monitora Dakkar —dice, viendo la intensidad de mi ceño fruncido—, en los últimos ciento cincuenta años, hemos conseguido recrear solo unos cuantos de los adelantos científicos de su antepasado. Hemos sido como niños jugando a disfrazarnos con ropa de adulto. Pero lamento anunciar que la mayoría de su obra todavía está fuera de nuestro alcance.

—¿Y creen que yo puedo cambiar eso? —Río, aunque no tiene nada de gracia. Detrás de mí, Sócrates responde parloteando—. Profesor, no conozco ningún secreto de mi familia.

—No —conviene él—. Eso formaba parte del plan de Nemo.

Gem se sienta a mi lado. Rodea con la mano el cañón del arma de Leiden.

—¿El plan de Nemo?

Hewett inspira como si se preparase para su última clase.

—Apenas dos veces unos extraños conocieron al capitán Nemo y vivieron para contarlo. La primera vez...

—Fueron Land y Aronnax —interrumpe Nelinha—. Los malos.

Hewett logra esbozar una sonrisa de cansancio.

—Sí, señorita Da Silva. Ellos no se considerarían los malos, claro. Huyeron del submarino de Nemo, el Nautilus, convencidos de que habían escapado por los pelos del loco más peligroso del mundo.

—Un proscrito —recuerdo—. Caleb dijo que estábamos protegiendo el legado de un proscrito.

—Sí —asiente Hewett—. Y Nemo era un proscrito resentido y peligroso. Odiaba a las grandes potencias coloniales. Hundía sus barcos por todo el mundo confiando en desbaratar su comercio y ponerlas de rodillas.

Gem frunce el ceño.

—Bueno... un tío majo.

—Un científico brillante —replica Hewett— que tenía motivos personales para odiar el imperialismo. —Titubea, como si sopesase si contarme o no otra tragedia familiar—. Durante la rebelión de India de 1857, el príncipe Dakkar se alzó contra los británicos. En represalia, los británicos destruyeron su principado y mataron a su esposa y su hijo mayor. Después, Dakkar se escondió y acabó convirtiéndose en el capitán Nemo. Usted, Ana, desciende de su hijo pequeño, su único heredero vivo.

Nadie dice nada durante un minuto. Aunque la tragedia tuvo lugar generaciones atrás, siento un vacío familiar dentro de mí, como si la mujer y el hijo de Nemo fuesen dos personas más a las que hubiese perdido cuando HP se hundió en el mar.

Finalmente, Nelinha murmura un comentario desagradable en portugués sobre lo que los imperialistas pueden hacer con sus banderas nacionales.

Que yo sepa, el doctor Hewett no habla portugués, pero parece captar el sentimiento. Asiente con comprensión.

—En cualquier caso —dice—, cuando Ned Land y Pierre Aronnax escaparon del Nautilus, les aterrorizaba la ira y el poder del capitán. Se propusieron salvar el orden mundial imperante de los oscuros fines de Nemo. Y decidieron que solo podrían conseguirlo recreando o robando la tecnología de Nemo por todos los medios necesarios, reclamando el poder del capitán para ellos.

Nelinha se observa las uñas, rotas tras una dura jornada partiendo la crisma a enemigos con su llave de tubo.

—De modo que así nació el Instituto Land. Lo que yo he dicho, los malos. Y quieren salvar el orden mundial... ¿En qué nos convierte eso a nosotros, en los proscritos buenos? —Arquea las cejas—. Que conste que me parece bien.

—Cuánto me alegro —dice Hewett irónicamente—. Como bien ha deducido la monitora Ana Dakkar, nuestra academia fue fundada por el segundo grupo que tropezó con Nemo: el dirigido por Cyrus Harding y Bonaventure Pencroft. Ellos tuvieron la suerte de ir a parar a una isla que resultó ser una de las bases secretas del capitán. Nemo les ayudó a sobrevivir y, al final, a escapar.

—¿Tenía muchas bases secretas? —pregunta Gem, como si siempre hubiese querido una.

—Una docena, que nosotros sepamos —contesta Hewett—. Puede que más.

El caso es que cuando Harding y Pencroft conocieron a Nemo, era otro hombre. Sus tragedias personales lo habían convertido en una persona hundida y desilusionada. A pesar de ser un genio, a pesar de poseer el submarino más potente jamás construido, no había conseguido provocar ningún cambio real en el mundo... O eso creía él.

—Murió en su submarino. —Yo no era consciente de lo bien que recordaba *La isla misteriosa*. Supongo que ahora lo veo de otra forma, sabiendo que ese hombre y yo tenemos la misma sangre y el mismo apellido—. Nemo ayudó a los náufragos a escapar. Luego hundió el Nautilus en una laguna subterránea o algo por el estilo, justo antes de que la isla estallase a causa de una gran explosión volcánica. El submarino fue su tumba.

Veo que a Nelinha se le pone la carne de gallina en los brazos. Para tratarse de una ingeniera brillante, es bastante supersticiosa. Fantasmas, muertos, tumbas... Esas cosas le ponen los pelos de punta.

—En el libro no se explica que Harding y Pencroft fundasen una academia —dice.

—Por supuesto que no —conviene Hewett—. El único motivo por el que Harding y Pencroft hablaron con Julio Verne fue para cambiar la versión pública. Para nuestros fines, si alguien empezaba a sospechar que el capitán Nemo había existido en realidad, era mucho mejor que no lo viese como una amenaza. Al final de su vida, Nemo había renunciado a buscar venganza. Y, sí, murió a bordo del Nautilus, que supuestamente quedó demolido cuando la isla se destruyó.

—«Nuestros fines» —repite Gem—. ¿Cuáles son esos fines?

Hewett señala el mapa.

—Poco antes de morir, Nemo mantuvo una última conversación en privado con Cyrus Harding. Eso dice el libro de Verne. Lo que no dice es que Nemo le dio a Harding un cofre con perlas y también le confió una misión: asegurarse de que las tecnologías que él había inventado no cayesen nunca en manos de los poderes del mundo ni fuesen robadas por el Instituto Land. Teníamos que proteger el legado de Nemo, dar a conocer sus adelantos poco a poco, cuando considerásemos que el mundo estaba listo. Y lo más importante —me mira—, teníamos que proteger a sus descendientes hasta el momento oportuno.

No quiero preguntar, pero lo hago de todas formas.

—¿Oportuno para qué?

De nuevo, el doctor Hewett se limita a observarme esperando a que ate cabos.

—Este mapa lleva a una de las bases de Nemo —digo, y se me pone la carne

de gallina más que a Nelinha—. Y no una base cualquiera. La isla donde Nemo murió. La erupción del volcán no la destruyó del todo, ¿verdad?

Hewett me dedica el gesto que menos prodiga en clase. Simplemente me apunta con el dedo para decir «Correcto».

—Ana, hace dos años, sus padres dieron la vida para encontrar esa isla. Su hermano se estaba preparando para hacerse cargo de las operaciones que se llevan a cabo allí cuando se licenciara en la universidad. Desde que la descubrimos, la isla se ha convertido en un laboratorio y un yacimiento arqueológico submarino donde trabajan profesores de HP. Cuenta con nuestra tecnología más avanzada. Y... reliquias.

Gem se frota la frente.

—Eso es lo que quiere el Instituto Land, acceder a esa isla. Y usted... usted trabajó para el IL.

Parece ofendido personalmente, como si Hewett hubiese roto una promesa.

Hewett se queda mirando el mapa náutico.

—Es cierto, señor Twain. Cuando era más joven, me gradué en HP: Casa Tiburón, como usted y Dev Dakkar. Sin embargo, siempre admiré al Instituto Land. Ellos prefieren la acción a la cautela, el ataque a la defensa. Eso me atraía. En algunos aspectos, son una institución creada exclusivamente por Tiburones. Por eso acepté un puesto allí, y por eso me pasé años diseñando un submarino que pudiese competir con el Nautilus. Tardé mucho tiempo en ver la parte cruel y desagradable del IL, en comprender lo que harían con semejante poder...

Me lanza una mirada triste.

—No espero que confíen en mí. Pero mi pasado en el IL es uno de los motivos por los que quise ser asesor de Dev. Traté de orientar sus progresos, de enseñarle por qué el criterio de HP es la única forma responsable de proceder. Dev me recordaba mucho a mí a su edad...

Si no estuviese tan sorprendida, puede que hubiese sentido la tentación de reír. No se me ocurren dos personas más distintas que Dev y el doctor Hewett. Cuesta imaginar a Hewett de Tiburón, o de joven, o de cualquier cosa que no sea nuestro profesor. Pero me hace plantearme qué podría haber conseguido Dev cuando se hiciese mayor. ¿Habría pasado a estar al mando de su propio barco y su propia flota como siempre había soñado? ¿O es posible que hubiese acabado siendo un profesor frustrado y deprimido como Hewett? Esa idea es casi tan triste como saber que Dev ya no gozará de la oportunidad de tener ningún futuro.

Hewett suspira como si estuviese pensando lo mismo.

—En cualquier caso... cuando sus padres encontraron la base de Nemo, el Instituto Land temió que eso diese una ventaja insalvable a HP. Como ya he

dicho, las creaciones más importantes de Nemo solo las podían manejar sus descendientes. Y a diferencia del Instituto Land, nosotros tenemos... buenas relaciones con la familia Dakkar.

Tengo la inquietante sensación de que Hewett ha estado a punto de decir: «Tenemos controlada a la familia Dakkar». El profesor no parece reparar en la fría mirada que le dirijo.

—La isla es totalmente ilocalizable —dice, y su rostro recupera parte de color —. Está incomunicada con el mundo exterior. Ni siquiera yo conozco su ubicación. La única forma de encontrarla...

—Soy yo.

Miro el pisapapeles cobrizo.

—Exacto, querida. La base es nuestra única esperanza. El personal que trabaja allí no se habrá enterado de la destrucción de HP. Debemos avisarles. Podemos reorganizarnos allí, rearmarnos, proteger...

—Podríamos acudir a las autoridades —digo—. Nos han atacado. Nuestra academia ha sido destruida. Se lo contamos...

—¿A quién? —pregunta Hewett—. ¿A la policía? ¿Al FBI? ¿Al ejército? En el mejor de los casos nos tomarán por locos y no nos escucharán. En el peor, nos creerán. ¿Está dispuesta a que la lleven a un lugar secreto del gobierno y a pasarse el resto de sus días siendo interrogada? El Instituto Land y Harding-Pencroft no coinciden prácticamente en nada. Pero estamos de acuerdo en una cosa. Entregar la tecnología de Nemo a los gobiernos del mundo, o peor, a las empresas del mundo, sería desastroso. Debemos...

Se desploma hacia delante como si le hubiesen dado un puñetazo.

Gem se levanta de golpe.

—¿Profesor?

—Estoy bien —dice Hewett resollando—. Solo he abusado un poco de mis fuerzas.

Cruzo una mirada con Nelinha. «Sí, no se lo cree ni él».

—Monitor Twain —solicita Hewett con voz entrecortada—, ayuda, por favor.

Gem parece alegrarse de tener algo que hacer. Agarra a Hewett del brazo y le ayuda a levantarse.

—Ya la dejo, monitora Dakkar —dice Hewett—. Piénselo con calma. Nuestra línea de acción dependerá de usted. Seguiremos sus órdenes.

Lo miro fijamente. ¿Seguir mis órdenes? La idea me aterra.

—Pero... ¿se va? —pregunto tartamudeando—. Este es su camarote.

—Oh, no —contesta Hewett—. Es suyo. Como bien he dicho, usted es la

persona más importante del planeta, de modo que huelga decir que también es la persona más importante del barco. Volveremos a hablar por la mañana. Señor Twain, si es tan amable de acompañarme al puente...

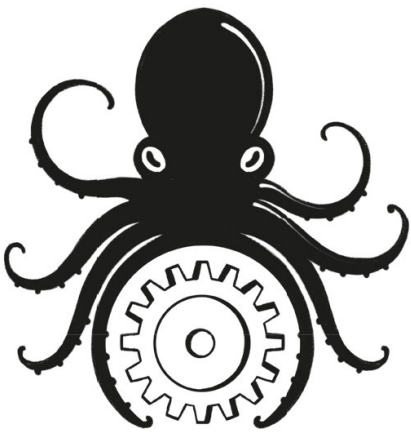
Antes de que lleguen a la puerta, lo llamo:

—Señor.

Hewett se vuelve.

—Ha hablado de unas reliquias... —No quiero seguir, pero me obligo—. Ha dicho que el submarino de Nemo quedó supuestamente demolido. Que mis padres murieron intentando encontrar...

—Lo consiguieron, Ana —me interrumpe en tono anhelante, como si estuviese hablando de Papá Noel—. Después de cuatro generaciones de búsqueda infructuosa, sus padres lo consiguieron. Descubrieron los restos del Nautilus.



CAPÍTULO 15

¿Qué haces con esa información?

Ahora eres la persona más importante del mundo. Tienes que decidir el destino de tus amigos y tus compañeros de academia. Por cierto, tus padres murieron buscando un supersubmarino imaginario del siglo XIX.

Yo... organizo una fiesta de pijamas.

Les pido a Ester y Nelinha que duerman conmigo en el camarote del capitán. No quiero estar sola en ese compartimento enorme, aunque tenga a mi delfinito, Sócrates. Necesito cerca los ronquidos tranquilizadores de Ester y el frufrú del sedoso casquete de pelo de Nelinha cada vez que se gira en la almohada. Necesito el cálido olor a perro de Top y sus suspiros de satisfacción cuando se acurruca a los pies de Ester.

Una vez que nos hemos instalado, Gemini Twain viene a verme por última

vez. Me dice que en el puente mantienen rumbo general al oeste hasta que yo diga lo contrario. Se reunirá con nosotras por la mañana.

—De acuerdo —digo—. Gracias. Buenas noches.

Gem me lanza una mirada de inquietud. Tal vez me ve de forma distinta ahora que sabe que soy pariente de un famoso proscrito/chalado/genio/capitán de submarino. O tal vez está considerando dormir delante de la puerta del camarote por si otra persona intenta secuestrarme. Espero que sea lo primero.

Nelinha y Ester insisten en que yo duerma en la cama. Ellas se conforman con sus sacos de dormir. Supongo que nos quedaremos despiertas hablando durante horas. El día de hoy ha sido un cráter humeante de desgracias. Los pensamientos se agolpan en mi mente, y tengo muchas emociones que asimilar. ¿Cómo voy a dormir? Pero en cuanto me tumbo en el cómodo colchón, me vence el agotamiento. Mi cuerpo dice: «No, estás rendida, chica». Y me quedo fuera de combate.

Siempre duermo bien en el mar.

Esa noche tengo sueños fragmentarios muy vívidos, casi todos asociados a olores. Después de ir al templo, el incienso de sándalo impregna el sari de mi madre mientras me abraza fuerte, riendo de una broma tonta que yo he hecho. Estamos juntas en la cocina el día del Holi viendo cómo se hacen unos pastelitos en el horno. Se me hace la boca agua de oler los riquísimos aromas a cardamomo, khoya y coco. Luego mi padre me lleva en brazos de pequeña. Yo me hago la dormida para poder disfrutar del tacto de mi mejilla pegada a la cálida curva de su cuello. Su loción para después del afeitado con olor a clavo me recuerda la tarta de calabaza. Después mi hermano me lleva a casa de la mano tras una pelea a puñetazos en la escuela primaria. Él no es mucho mayor que yo, pero parece muy maduro. Dev tiene un tono de voz tranquilizador pero profundamente ofendido. Me dice que los demás son tontos por no respetarme. Yo soy fuerte e inteligente y me merezco el mundo. El labio partido me sabe a cobre. Pasamos por delante de la madreselva que florece al final de nuestra manzana. A partir de entonces, el olor dulce de la madreselva siempre me alegrará. También me da ganas de volver a pegar a Maddy White en el patio de recreo para que mi hermano me piropee y me acompañe a casa.

Me despierto con un sonido de voces. Ester y Nelinha están de pie junto a mí discutiendo en voz baja. No las he oído cuando se han levantado, ni cuando se han duchado ni tampoco cuando se han vestido. El tubo acuático gigante de Sócrates está vacío. Debe de haber salido a pescar el desayuno. No recuerdo la última vez que dormí hasta después del amanecer.

Nelinha se fija en que tengo los ojos abiertos.

—Hola, nena. ¿Cómo te encuentras?

Me apoyo en los codos.

Top posa la barbilla en mi pierna y me dedica su gruñido de «¡Levántate!». A todo el mundo le gusta criticar.

Supongo que lo de ayer pasó de verdad. Harding-Pencroft ya no está. Dev ya no está. Estoy en medio del mar... en sentido literal y emocional. ¿Que cómo me encuentro?

—Estoy... estoy despierta —decido—. ¿Qué pasa?

Nelinha lanza una mirada de advertencia a Ester en plan «Recuerda lo que hemos hablado».

—La buena noticia es que él no está muerto —dice Ester.

Nelinha levanta las manos.

—Ester...

—A ver, me has dicho que empiece por la buena noticia —protesta Ester—. Esa es la buena noticia, que no está muerto. Todavía.

—¿Quién...?

Una chispa de esperanza se enciende en mi mente aturdida. Por una milésima de segundo, me pregunto si se refiere a Dev. Pero Ester no me deja seguir soñando.

—El doctor Hewett —suelta—. Franklin lo ha encontrado inconsciente en su camarote.

Me embarga el miedo.

—Llevadme.

De algún modo, mi cuerpo logra hallar más adrenalina. Todavía llevo puesto el pantalón corto de algodón y la camiseta de dormir, pero me da igual. El corazón me late con fuerza mientras avanzamos corriendo por el pasillo.

Gemini Twain monta guardia en la puerta de la enfermería. Parece que no ha dormido en toda la noche. Dentro, Franklin Couch y Linzi Huang se encuentran a cada lado del doctor Hewett, que se halla tumbado en una cama de hospital inconsciente. Está conectado a un gotero y varios monitores. Las tiras de la mascarilla de oxígeno le erizan el pelo como las aletas de un pez león. Yo no soy médico, pero las lecturas de sus constantes vitales no pintan bien. A Top le parece muy interesante el olor de la enfermería... hasta que Linzi lo espanta.

Linzi tiene los ojos inyectados en sangre, y de su oreja derecha cuelga una mascarilla quirúrgica.

—Le hemos hecho el análisis de sangre más completo que hemos podido con el equipo que tenemos a bordo. La función hepática y el hemograma no están bien. Tiene el azúcar en sangre alto. Creemos que puede tener cáncer terminal,

tal vez de páncreas, con diabetes de tipo dos, pero no tenemos los medios para hacer un diagnóstico avanzado, y mucho menos para darle un tratamiento. Necesita asistencia médica inmediata.

—Pero Gemini aquí presente —gruñe Franklin— no nos deja mandar un SOS.

—Son las órdenes del profesor. —A Gemini se le quiebra la voz cuando pronuncia la palabra «profesor»—. Prohibidas terminantemente las comunicaciones por radio pase lo que pase. Si el Instituto Land nos encuentra...

No hace falta que me recuerde la advertencia de Caleb South. El Aronnax nos mandará a todos al fondo del mar. En las últimas veinticuatro horas, he oído muchas cosas que me ha costado creer. La amenaza de Caleb no es una de ellas.

La cara de Hewett es un mapa de venas azul claro y manchas de la edad. Me dan ganas de insultarlo por tener problemas médicos en este momento. Debería haberse cuidado más. Pero, claro, no es justo que piense eso.

¿Qué querría Hewett que hiciese? Conozco la respuesta. Seguir adelante. Encontrar la base secreta. Pero ¿a qué distancia estará? ¿Y vale la pena que él muera?

—¿Podéis mantenerlo con vida? —pregunto a Linzi y Franklin.

Este se encoge de hombros con gesto de impotencia.

—Somos estudiantes de primer año, Ana. Tenemos formación médica, pero...

—SI TIENE CÁNCER DE PÁNCREAS EN FASE TERMINAL —interviene Ester, y todos menos Hewett nos sobresaltamos—, sus posibilidades de sobrevivir son escasas pase lo que pase. Ni siquiera en un hospital moderno podrían hacer gran cosa por él.

Su nulo tacto deja a Linzi boquiabierta.

—Ester, somos Orcas. No podemos...

—Pero tiene razón —dice Franklin.

—No me lo puedo creer —exclama Linzi—. ¡Tenemos que dar la vuelta!

—La base —dice Gem—. Hewett dijo que está equipada con la tecnología más avanzada. Podrían tener material médico. Equipos aún mejores que los modernos.

Nelinha chasquea la lengua.

—Eso es mucho suponer.

—¿Qué base? —pregunta Franklin, con una chispa de esperanza en los ojos —. ¿A qué distancia está?

Todos me miran buscando consejo. Me pregunto si Gem ha pregonado la noticia de que ahora soy una persona importante. No tengo ningún consejo que dar. Ni siquiera tengo las zapatillas puestas.

Pero en el camarote del capitán hay un mapa que podría sernos útil.

—Haced todo lo que podáis para mantenerlo estable —les digo a Franklin y Linzi—. Gem, Ester, Nelinha, venid conmigo. Vamos a ver si encontramos respuestas.

CAPÍTULO 16

¿Desde cuándo mis compañeros obedecen mis órdenes?

Franklin y Linzi vuelven a controlar al paciente sin rechistar. Ester y Nelinha forman fila detrás de mí como una guardia de honor. Hasta Gem parece contento de unirse al desfile cuando recorremos el pasillo hasta el camarote del capitán.

Todavía no puedo llamarlo «mi» camarote. Me resulta raro e inquietante...

Le digo a Gem que espere fuera mientras me cambio de ropa.

Sócrates ha vuelto a su acuario. Parlotea como si dijese: «Eh, humana, ¿dónde está mi calamar?». Tomo nota mentalmente de que tengo que buscarle uno.

Top se yergue sobre las patas traseras y olfatea al delfín. No parece muy preocupado por nuestro nuevo compañero de habitación, aunque me da la impresión de que preferiría olerle a Sócrates la cola como presentación formal. Me alegro de que no pueda hacerlo.

Una vez que estoy vestida, hacemos pasar a Gem. Nos reunimos alrededor de la mesa de conferencias.

Ester se retuerce los dedos nerviosa.

—Solo quiero puntualizar que ni Nelinha ni yo somos monitoras. No tenemos el rango. Tia y Frank deberían estar aquí en lugar de nosotras.

—No pasa nada, nena —dice Nelinha—. Le he dicho a Tia que la mantendría informada. Y ya has visto a Franklin. Está un poco ocupado.

No parece que Ester se quede más tranquila.

—Vale... supongo que vale.

Gem observa el pisapapeles con forma de ojo de robot como si fuese a atacarnos.

—¿Sabes manejar ese cacharro?

—Oye —le regaña Nelinha—. No pongas en duda las capacidades de mi amiga. —Me mira entornando los ojos—. ¿Sabes manejarlo?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Agarro el pisapapeles.

El metal está caliente, como un teléfono que ha estado recargándose. Pulso la hendidura de la parte superior con el pulgar. Un leve hormigueo me sube por el codo, pero resisto el impulso de apartarme.

El mapa se ondula. El pisapapeles se eleva, se queda flotando justo por encima de la superficie gris y empieza a moverse. Me recuerda la vez que probamos una tabla *ouija* en la habitación de la residencia. Nelinha chilló en cuanto el puntero empezó a desplazarse. A mí me dio un ataque de risa tonta. Ester se puso a soltar una parrafada sobre el efecto ideomotor y los impulsos musculares involuntarios. Nunca descubrimos el futuro que la tabla *ouija* nos auguraba.

Esta vez nadie grita ni ríe. El pisapapeles se traslada a un punto situado frente a la costa de California. ¿Nuestra situación actual? No sé cómo el ojo de robot puede saberlo.

Una línea brillante se extiende de la base del pisapapeles como un rayo de sol, cruza la superficie del mapa, pasa por líneas de latitud y longitud, números de profundidades de sondeo y suaves curvas que señalan los patrones de las corrientes oceánicas y la topografía submarina. La línea se detiene en un punto en medio del océano Pacífico en el que no hay ninguna marca, solo mar abierto.

El lector de huella digital empieza a hacerme daño. La carga eléctrica está aumentando.

—Ester —digo, apretando la mandíbula—, ¿puedes memorizar esas coordenadas?

—YA LO HE HECHO —contesta.

Está entusiasmada. Lo entiendo.

Suelto el pisapapeles. La línea brillante se apaga parpadeando.

Nelinha silba.

—¿Qué acabamos de ver? Solo puedo especular cómo funciona. Al activarse con el ADN, ese artilugio envía algún tipo de señal eléctrica codificada al papel... o el material que sea. Y muestra la ruta encriptada sin dejar ningún rastro después. Qué pasada.

—Las anguilas eléctricas se comunican mediante impulsos de poca energía —dice Ester—. El pergamino podría ser de piel de anguila, o de un material orgánico de laboratorio derivado de la piel de anguila, porque matar anguilas sería una crueldad. Nemo no haría algo así, ¿verdad? —Me mira buscando confirmación, y acto seguido decide por sí misma—. No. Es imposible.

—En cualquier caso... —Nelinha mueve la cabeza con gesto de asombro—. Dios mío bendito.

—No blasfemes, por favor —dice Gem.

—¿Quién eres, mi madre?

—Te lo estoy pidiendo educadamente...

—Basta ya —les mando.

Sorprendentemente, me hacen caso.

—Ester —digo—, ¿a qué distancia quedan esas coordenadas de nuestra situación actual?

Estoy segura de que sé la respuesta. Los Delfines destacamos en la navegación. Puedo leer cartas náuticas perfectamente. Pero Ester domina más las matemáticas que yo. Ella puede combinar más variables.

—¿Manteniendo la velocidad de crucero máxima en línea recta? —dice—. Setenta y dos horas. Suponiendo que el tiempo sea favorable, no tengamos problemas mecánicos y no haya más ataques de comandos del IL. Además, no hay ninguna marca en ese punto. Ni nada cerca. Si no encontramos una base, estaremos en mitad de la nada sin provisiones. Nos moriremos.

Vaya... para qué suavizarlo.

Sin embargo, tres días no es tanto tiempo como yo temía. Disponemos de provisiones para un fin de semana. Si las racionamos con cuidado, podríamos

llegar con lo que tenemos a bordo. Mi mente suspicaz se pregunta si Hewett lo planeó de esa forma. Dijo que no sabía la ubicación de la base. No obstante, tenemos provisiones para tres días exactos y un viaje por delante de tres días. Es mucha casualidad.

Por otra parte, no creo que Hewett esté fingiendo el coma. Dudo que arriesgase a propósito su vida para llevarnos a una base secreta y revelar su situación al IL.

Además, no me gusta reconocerlo, pero me encantan las búsquedas de tesoros. Los mapas secretos. La X que señala el punto exacto. A ningún estudiante de Harding-Pencroft no le gustan esas cosas, y lo único que he querido hacer en la vida es explorar el mundo y resolver sus enigmas. Tanto si es una trampa como si no, es difícil resistirse.

Muchas cosas podrían salir mal. Solo hace doce horas que zarpamos de San Alejandro. La decisión más responsable sería dar la vuelta, pero ¿quién podría ayudarnos en tierra firme?

Nuestra clase ha entrenado, ha sufrido y ha trabajado durante dos años. Nuestro objetivo ha sido graduarnos en Harding-Pencroft siendo los mejores científicos marinos, guerreros navales, navegantes y exploradores submarinos del mundo.

Se lo debemos a nuestros compañeros perdidos: tenemos que descubrir lo que hay al otro lado de la línea brillante. Quiero saber por qué sacrificaron mis padres su vida y por qué Dev... se ha ido también. Pero no puedo tomar esa decisión yo sola, independientemente de lo que Hewett dijese sobre la necesidad de seguir mis órdenes.

—Reunid a la tripulación —les digo a mis amigas—. Tomaremos esta decisión todos juntos.

CAPÍTULO 17

Nunca me han gustado las exposiciones orales.

Si me encargas un proyecto en grupo, me ofreceré a investigar. Dibujaré los mapas. Redactaré el trabajo y haré la presentación multimedia. Prefiero dejar las explicaciones a otra persona.

Sin embargo, esta vez soy yo la que tiene que dar las noticias.

Todo el mundo se reúne en la cubierta principal. Se ponen en fila junto a la caseta, como hicimos ayer en los muelles de San Alejandro. Yo no les digo que lo hagan; es la costumbre. Solo faltan Linzi, que está atendiendo al doctor Hewett en la enfermería, y mi compañero Delfín Virgil Esparza, que hace guardia en el puente. Ya les he informado a los dos en persona.

Es media mañana. El mar es gris ceniza con suaves olas. El cielo está encapotado y amenaza lluvia. No es el clima más propicio para tomar una

decisión importante.

Gemini Twain está a mi derecha. Supongo que agradezco su apoyo, pero todavía no estoy acostumbrada a tener a un Tiburón armado hasta los dientes pegado a mi cogote. Casi espero que me aparte de un empujón y diga: «Bueno, ahora que yo estoy al mando...».

Lo peor es que no estoy segura de que me opusiese. Yo no he pedido ser la líder. No me gusta que todo el mundo me mire esperando respuestas.

—La situación es la siguiente —empiezo.

Sé que puede haber espías entre nosotros. Alguien entregó la academia al IL y saboteó nuestra seguridad desde dentro. Ese alguien puede estar en esta cubierta. Pero no puedo permitir que eso me paralice. Mis compañeros y yo hemos pasado por mucho juntos durante los últimos dos años, y durante las últimas veinticuatro horas. Seguiré confiando en ellos hasta que uno me dé una razón de peso para no hacerlo.

Además, no hemos mantenido comunicaciones por radio. Hewett nos confiscó todos los móviles después de que Tia los registrase en busca de chips de seguimiento, y aunque los teléfonos no estuviesen guardados bajo llave en una caja en el camarote del capitán, es imposible que alguien tuviese cobertura tan mar adentro. Hemos activado los inhibidores de sonar y radar y el camuflaje dinámico. Hemos peinado el barco buscando transmisores secretos. Ninguna persona a bordo debería poder compartir nuestra posición ni nuestros planes con el mundo exterior. Al menos en teoría...

Le cuento todo a la tripulación. Sorpresa, desciendo del capitán Nemo. No, el pez animado, no. Nuestras pistolas eléctricas y los demás juguetes de categoría oro se basan en tecnologías desarrolladas por Nemo. El Instituto Land y Harding-Pencroft han estado librando una guerra fría por esas tecnologías durante ciento cincuenta años. Ahora esa guerra fría se ha intensificado y la cosa está que arde. El filón principal de tecnología alternativa, incluidos los restos del submarino de Nemo, se encuentra supuestamente en una base secreta de HP a tres días de nuestra situación actual. Si el submarino del IL, el Aronnax, nos encuentra mientras tanto, somos sangre para los peces. Ah, y por cierto, el doctor Hewett está en coma en la enfermería y necesita atención inmediata.

—Como yo lo veo —digo—, tenemos dos opciones. Buscamos la base, avisamos a nuestra gente y con suerte recibimos ayuda para enfrentarnos al IL. Eso es lo que Hewett quería. O volvemos a California, informamos de todo a las autoridades y confiamos en que ellos se ocupen. ¿Preguntas?

El grupo se mueve incómodo. Todos miran a todos preguntándose quién hablará primero.

Kiya Jensen levanta la mano.

—Entonces ¿ahora mandas tú, Ana? —Mira a Gem—. ¿Y nosotros estamos de acuerdo?

Procuro no tomármelo personalmente. Los Tiburones están entrenados para el mando. Según la tradición de la academia, Gem debería ser quien dirigiese el cotarro, no yo.

Me pregunto si Gem someterá el asunto a votación. Supongo que él ganaría, y sinceramente, para mí sería un gran alivio. Gemini Twain es competente y formal, tanto que da rabia.

Él dedica un gesto brusco de asentimiento con la cabeza a Kiya.

—Las órdenes del profesor fueron claras: buscar esa base, pase lo que pase. Ana tiene buena intuición, y gracias a los genes de Nemo, puede manejar cosas que nosotros no podemos tocar. Estoy de acuerdo con el doctor Hewett. Ella es nuestra mejor opción.

Miro a nuestros compañeros poniendo una cara que espero sea una expresión serena de «Estaba segura de que Gem me apoyaría».

Rhys Morrow alza el dedo índice.

—Estáis suponiendo que la base existe. Si Hewett miente, nos veremos en medio del Pacífico sin provisiones. Él trabajó para el IL, ¿no? Podría ser un espía que nos mande a la tumba.

Siempre es un dechado de optimismo, esa chica. Pero plantea argumentos válidos.

Hay murmullos de inquietud en el grupo. A nadie parecen sorprenderle las acusaciones de Rhys. Los rumores corren como la pólvora.

—La base está ahí —dice Ester.

Está arrodillada al lado de Top quitándole pedazos de sal marina incrustada de las orejas peludas. Ester no habla alto, pero llama la atención de todos.

—¿Lo sabes? —le pregunta Franklin.

—No a ciencia cierta. —Ella sigue dirigiéndose a Top—. No porque sea una Harding ni nada por el estilo. Si el doctor Hewett nos quisiera muertos, hay formas más fáciles de conseguirlo que mandarnos a una isla imaginaria en mitad del océano. Si el doctor Hewett es un espía, es más probable que nos utilizase para encontrar esa base. Necesitaría a Ana para eso. Luego podría entregarnos al IL. Y entonces ellos podrían matarnos.

Esa alegre idea se queda flotando en el aire cálido y húmedo. El mar se agita bajo nuestros pies. Todos me miran otra vez esperando respuestas.

Tengo ganas de darle una patada a un estudiante superior del IL. Me falta una semana para cumplir quince años. ¿Por qué tengo que ocuparme de esta crisis?

Tengo ganas de gritar: «¡No es justo!». Pero he estado gritándolo para mis adentros desde que mis padres murieron, y no me ha servido de nada. He aprendido que al mundo le da igual lo que está bien para mí. Tengo que hacer que le importe.

—Buscar la base es un riesgo —admito. Me sorprende que no se me quiebre la voz—. La otra opción es dar la vuelta. Eso también es un riesgo. El Aronnax está en estas aguas, en alguna parte, y ya vimos lo que le hizo a la academia. Teníamos muchos... muchos amigos en el campus.

Más que amigos. Me acuerdo de la sonrisa torcida de Dev. Su regalo de cumpleaños adelantado, la perla negra de mi madre, cuelga pesadamente de mi cuello. Miro a Kay Ramsay, cuya hermana estaba en el segundo año. Los ojos llorosos y enrojecidos de Kay miran con furia al suelo como si quisiesen abrir un agujero en las tablas de la cubierta. Brigid Salter, que tenía un hermano en clase de tercer año, tiembla apoyándose en su compañera Rhys.

Ayer todo era conmoción, incertidumbre, miedo. Nuestro mundo quedó destrozado. Hoy tenemos que averiguar cómo recomponernos a partir de los pedazos rotos.

Algunos de nosotros quedaron destrozados en sentido literal. Eloise McManus tiene el hombro izquierdo envuelto en una gasa y el brazo en cabestrillo, de modo que no puede sujetar un rifle. Para un Tiburón, debe de ser exasperante. Meadow Newman está de pie rígida y pálida. Su camiseta esconde las vendas que lleva, pero me acuerdo del pincho plateado que le alcanzó en el hombro.

Su compañero de la Casa Cefalópodo Robbie Barr se apoya en una muleta, con una férula de gel en la pierna derecha, resultado de un encontronazo con un arpón de Leiden. Se suena la nariz con un pañuelo de tela. No está llorando, solo es famoso por sus numerosas alergias. Incluso en mar abierto, es capaz de encontrar algo que le haga estornudar.

—Esa tecnología alternativa... —Robbie me mira de reojo entornando los ojos —. Dices que la misión de HP desde el principio consistía en proteger esas cosas. Y no nos lo dijeron a ninguno. ¿A ti tampoco?

—A mí tampoco —confirmo—. Hasta ayer no sabía nada.

Trato de no desviar la mirada a Ester. Estoy convencida de que ella sabía más de lo que podía decir, pero no quiero ponerla en un aprieto delante de todos.

Cooper Dunne levanta su nueva arma de Leiden.

—¿Y hay más sorpresas como esta en la base secreta?

Cooper todavía tiene la pierna vendada a causa de la herida de arpón que sufrió ayer, pero no parece que le moleste. Si acaso, da la impresión de estar impaciente por desquitarse con el IL, a ser posible con armas más potentes en

nuestro bando.

—Hewett dijo que las armas de Leiden eran de las más simples que había —recuerdo—. Según él, la tecnología más compleja de Nemo está mucho más allá de nuestros adelantos científicos más avanzados. Las pruebas de este fin de semana iban a ser nuestra introducción.

Más gruñidos entre las filas. Oh, sí, los buenos tiempos de hace veinticuatro horas, cuando nuestra mayor preocupación era superar las pruebas y quedarnos en HP.

Tia Romero se tira de los tirabuzones del pelo.

—Entonces los estudiantes de cursos superiores, incluso los de segundo año... sabían todo eso y no dijeron ni mu.

Veo que a nadie le gusta la idea de que los estudiantes de segundo año contasen con importante información privilegiada. Los alumnos de décimo eran lo peor.

Por otra parte, el secreto de la tecnología alternativa explica por qué siempre nos miraban con tanta suficiencia. Muchas cosas tienen sentido ahora. Las fuertes medidas de seguridad del edificio Verne. Los guardias armados. Las cajas de categoría oro.

Todavía me cuesta creer que Dev me ocultase todas esas cosas... sobre la herencia de nuestra familia, y especialmente sobre las circunstancias que rodearon la muerte de nuestros padres. Cuanto más pienso en ello, menos enfadada estoy. Solo me entristece que Dev tuviese que cargar él solo con ese peso. Ojalá hubiese podido ayudarle. Ahora ya no está...

—No podemos permitir que se apoderen de ella. —La voz de Brigid Salter me saca de mis pensamientos. Todavía parece débil, como si hubiese pasado una gripe fuerte, pero tiene una expresión dura como el hierro—. Esa base. Podría ser lo único que nos queda de HP. No podemos permitir que el Instituto Land se apodere de ella. Ni de ti, Ana... Tampoco podemos permitir que se apoderen de ti.

Se me hace un nudo en la garganta. Sería muy fácil para Brigid, para todos mis compañeros, culparme de todo lo que ha pasado, considerando que yo soy a quien el Instituto Land busca. En cambio, noto que la ira se extiende por el grupo, y esa ira no va dirigida a mí.

—Sometámoslo a votación —anuncia Gem—. Yo digo que le demos el mando a Ana. Obedezcamos sus órdenes, trabajemos juntos y encontremos esa base. Entonces podremos hacer pagar al Instituto Land por lo que nos han hecho. ¿Todos a favor?

La votación es unánime. Todo el mundo levanta la mano menos Top, y quiero

pensar que cuento con su apoyo moral.

Me trago el sabor metálico del miedo. Me acaban de nombrar capitana en funciones de un barco con una tripulación compuesta por veinte alumnos novatos, un perro, un delfín y un adulto comatoso.

No deseo esa responsabilidad. Que descienda de Nemo no quiere decir que esté hecha para ejercer de capitana. Pero mis compañeros necesitan a alguien a quien unirse, alguien que cambie su suerte. Que Dios les asista, porque han decidido que ese alguien sea yo. Por ellos, por nuestros amigos desaparecidos y sobre todo por Dev, tengo que intentarlo.

—No os decepcionaré.

Tan pronto como esas palabras salen de mi boca, pienso: «¿Cómo puedo prometer eso?».

—Monitores, al puente conmigo —digo, con las piernas temblando—. Los demás, a vuestros puestos. ¡Tenemos trabajo que hacer!

«Solo serán setenta y dos horas más», me digo.

Entonces o encontramos la base secreta... o lo más probable es que muramos.

CAPÍTULO 18

Resulta que gobernar un barco cuesta sudor.

Supongo que debería habérmelo imaginado. He estado bastantes veces en el Varuna, pero nunca había estado al mando de una tripulación entera, y menos una que intenta clasificar cajas enteras llenas de tecnología alternativa basada en los descubrimientos de Nemo.

La reunión con los monitores va bastante bien. Organizamos el horario de tareas y los turnos diarios. Un Delfín y un Tiburón estarán en el puente a todas horas como contramaestre y oficial de la cubierta. Orcas y Cefalópodos desembalarán con cuidado y analizarán la tecnología de categoría oro. Linzi y

Franklin se alternarán en la enfermería para cuidar del doctor Hewett. Todo el mundo se turnará para preparar comidas, llevar el inventario de las provisiones, controlar los sistemas críticos y limpiar el Varuna. (Un barco se ensucia rápido con veintiuna personas y un perro a bordo). Mientras tanto, Top seguirá a Ester a todas partes y estará monísimo. Sócrates irá y vendrá como le venga en gana, comiendo peces y jugando en el mar. ¿Por qué a los animales les tocan los mejores trabajos?

Una vez que todo está decidido, fijo nuestro rumbo. Tendremos que arriesgarnos a viajar en línea recta a la isla. No tenemos tiempo ni provisiones suficientes para complicarnos la vida y serpentear por el mar con la esperanza de zafarnos de posibles perseguidores. Más vale que el camuflaje avanzado y la tecnología antisonar de Hewett funcionen.

Dejo a Virgil Esparza y Dru Cardenas al mando en la primera guardia. Tia Romero también se queda en el puente. Ha estado manipulando el panel de control del doctor Hewett, tratando de acceder a los datos encriptados y enviarlos al ordenador de a bordo. Le deseo suerte, aunque no estoy segura de poder asimilar más secretos impactantes que el doctor Hewett nos tuviese reservados.

Me paso la primera parte del día haciendo rondas. Superviso a los tripulantes. Les animo. Procuro no tropezar con las numerosas cajas abiertas de categoría oro esparcidas por el barco. Recibo muchas preguntas de Cefalópodos y Orcas entusiasmados: ¿qué es esto? ¿Cómo funciona? La mayoría de las veces no tengo ni idea de lo que estoy mirando. Tendré el ADN de Nemo, pero no viene con conocimientos latentes ni un práctico manual de instrucciones.

A mediodía llueve a cántaros. Se han levantado olas de un metro y medio. No es nada a lo que no nos hayamos enfrentado antes, pero tampoco es lo mejor para la moral. Cuando estás encerrado bajo cubierta trabajando y no puedes respirar aire fresco ni ver el horizonte, hasta las personas con los estómagos más fuertes se marean.

Encuentro a Nelinha en la sala de máquinas. Está sentada en el suelo de acero corrugado, formando una V con las piernas y con una caja de categoría oro abierta delante de ella. Hoy ha actualizado su look de Rosie la Remachadora con un top rojo y un pañuelo a topos del mismo color. Parece totalmente absorta revisando cables y planchas metálicas. Me viene a la memoria Dev cuando iba a sexto y construía robots con Lego.

Me vuelvo hacia Gem, que ha estado siguiéndome toda la mañana.

—¿Por qué no te vas a comer? No me pasará nada.

Parece que él se debate entre su deber como guardaespaldas y la incomodidad que le provoca estar delante de Nelinha. Finalmente, asiente con la

cabeza y se marcha a grandes zancadas. Qué alivio. Hace tanto que lo llevo detrás que empiezo a pensar que su aliento me está dejando una marca en el hombro.

—¿Cómo lo llevas?

Nelinha señala con el destornillador el sitio donde estaba Gem.

Estoy tentada de contestarle que Gem no es tan terrible, pero no soy yo quien debe decirle eso, considerando el historial de los dos. Me limito a encogerme de hombros.

—Hum.

Nelinha vuelve a centrar su atención en el artilugio medio desarmado que tiene en la mano.

Me acuerdo de aquel día de septiembre de infausto recuerdo de nuestro año de carnaza. Éramos unas novatas que intentaban sobrevivir a la trituradora del mes de orientación. Dos de nuestros compañeros de clase ya habían abandonado la academia y habían vuelto a casa llorando.

A Nelinha le estaba costando más que a la mayoría. Su inglés no era muy bueno, pero aun así era su segunda lengua. Le tranquilizaba sentarse a mi lado en la cafetería porque yo sabía algo de portugués. Entonces, una noche durante la cena, la sombra de Gem se proyectó sobre nuestra mesa. El chico se plantó a nuestro lado mirando boquiabierto a Nelinha como si fuese un unicornio.

—¿Tú eres la de la beca? —preguntó—. ¿De Brasil?

No había malicia en su voz, pero sus palabras se podían oír desde lejos. Acabábamos de terminar una dura jornada de entrenamiento físico. A nadie le quedaba mucha energía para charlar. Nuestros compañeros se giraron para ver de quién hablaba Gem.

«La de la beca».

La expresión de Nelinha se endureció. Rodeé el mango del tenedor con los dedos. Quise clavárselo a Gemini Twain en el muslo. Ese chico acababa de reducir la identidad de mi nueva amiga a cuatro palabras que se le quedarían el resto del año.

Gem no parecía darse cuenta de nada. Empezó a enrollarse hablando de su hermano, que estaba de misionero de los Santos de los Últimos Días en Rocinha. ¿Lo conocía Nelinha? ¿Había conocido a algún misionero? ¿Cómo era la vida en la favela?

Con el tiempo me daría cuenta de que ser un buen tirador no era más que una extensión de la personalidad de Gem. Cuando veía un blanco, apuntaba y disparaba. No pensaba en los daños colaterales.

Nelinha dejó sus cubiertos. Dedicó una sonrisa amarga a Gem.

—No conozco a tu hermano. ¿Has terminado, Ana?

Se fue echando chispas. Lancé una mirada fulminante a Gem y a continuación salí del comedor y corrí para alcanzarla.

Luego, en los barracones de octavo, después de que apagasen las luces, oí a Nelinha sollozar en su litera. Al principio pensé que era Ester, pero ella dormía profundamente y roncaba en su cama. Nelinha estaba hecha un ovillo, muy triste, temblando bajo las mantas. Me tumbé a su lado y la abracé mientras lloraba hasta que por fin se durmió.

Nelinha había pasado mucho en sus trece años de vida. Creció huérfana: sin familia, ni oportunidades, ni dinero. Luego, gracias a un maestro que vio algo especial en ella, consiguió una recomendación para los exámenes de ingreso de HP en Río. Sacó las notas más altas en todas las pruebas de aptitud mecánica. Se merecía ser conocida como algo más que «la de la beca».

Desde ese día en la cafetería, seguí enfadada con Gemini durante casi dos años. Supongo que no era justo ni estaba justificado. Pero no me gusta que nadie haga daño a mis amigas.

Ahora HP ha sido arrasada. El futuro de Nelinha vuelve a ser un gigantesco interrogante. Como yo, no tiene ningún familiar ni una casa a la que volver. Lo único que tenemos es esta travesía en barco a quién sabe dónde...

—Es de locos.

Su voz me saca del trance. Me pregunto cuánto tiempo llevo allí de pie mirando cómo trabaja.

—¿El qué?

Ella levanta el artilugio, que parece una pelota de tenis metálica que se hubiese estrellado de frente con un perro Slinky.

—Si no me equivoco, esto es un LOCUS.

Trato de ubicar el nombre. Me viene a la memoria la voz seca del doctor Hewett de una clase lejana de ciencias marinas teóricas.

—¿Un sensor de electrolocalización?

—¡Correcto! —Nelinha mueve sus cejas perfectamente cuidadas—. Imagínate una alternativa más efectiva e imposible de detectar al radar y el sonar, basada en los sentidos de los mamíferos acuáticos. Ballenas. Delfines. Ornitorrincos. Si consigo descubrir cómo funciona, podría servirnos para captar a los hostiles que se acerquen sin revelar nuestra posición.

—O podría hacer que apareciésemos en las pantallas de sonar —especulo.

—Tal vez —conviene Nelinha, alegre—. ¿Dónde está su sentido de la aventura?

Muevo la cabeza con gesto de asombro.

—¿Cómo puedes tomártelo con tanta tranquilidad? Cosas así no deberían ser científicamente posibles.

Lanza el LOCUS al aire y lo atrapa.

—Nena, nuestra comprensión de las leyes de la ciencia cambia continuamente. No tenemos muchos sentidos. Tenemos una perspectiva muy limitada de la realidad...

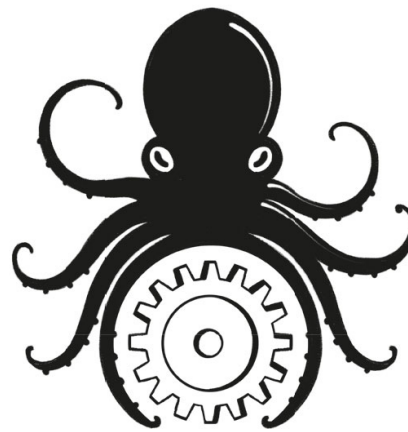
—Oh, no.

Me doy cuenta de que he caído de lleno en una #Lecciónde Nelinha.

—Eso mismo, oh, no. Este LOCUS... es algo que los delfines podrían crear si quisieran potenciar sus sentidos naturales. O los calamares, si hubieran evolucionado unos cuantos milenios más. Tu antepasado era un genio. Es como si en su época todo el mundo mirara el mundo en tres dimensiones, y él hubiera conseguido verlo en cinco. Todo es igual, pero todo es distinto. Si pudiéramos reproducir...

Ester entra dando traspiés sin aliento seguida por Top y me ahorra el resto de la lección.

—VENID CONMIGO. TENÉIS QUE VER ESTO. —Tiene los ojos enrojecidos de llorar—. NO OS CONVIENE, PERO TENÉIS QUE VERLO.



CAPÍTULO 19

¿Lo que más detesto de todo?

Que ninguno de nosotros podrá sacarse esas imágenes de la cabeza. El material grabado en HP por los drones del doctor Hewett se reproduce en los seis monitores del puente. Reviviremos ese trauma a todo color el resto de nuestras vidas.

Tia se aparta de la consola con las manos juntas por delante de la boca. Da la impresión de que Virgil y Dru estén paralizados en sus puestos. Cuando entramos, Nelinha gruñe como si le hubiesen dado un puñetazo en el pecho.

Los drones nos muestran nuestro antiguo campus desde seis ángulos distintos. En la bahía se revuelve agua blanca y marrón, espumosa de los escombros. El acantilado se ha desprendido en una medialuna casi perfecta, como si un dios hubiese agarrado una cuchara para helado y se hubiese servido una ración

gigantesca de California. No queda nada de Harding-Pencroft salvo el asfalto hundido de la entrada principal que lleva a la garita ahora abandonada. En ninguno de los vídeos aparece gente. No sé si eso es de agradecer o de lamentar.

¿Qué les pasó a los guardias de la verja? ¿Es posible que algunos estudiantes saliesen antes de que el edificio se viniese abajo?

Mi intuición me dice que no. No hubo tiempo. Probablemente tampoco hubiese ningún aviso. Todas las personas de HP están ahora en el fondo de la bahía. Considerando lo que he aprendido sobre la descomposición marina, puede pasar mucho tiempo hasta que salgan pruebas a la superficie.

«Pruebas». Dios mío, ¿cómo puedo pensar en mis compañeros como pruebas?

Me acuerdo de Dev sonriéndome. «Hoy te marchas a hacer las pruebas. Quería que tuvieras la perla para que te dé suerte... por si, no sé, metes la pata hasta el fondo o algo por el estilo».

La perla negra de mi madre parece un ancla colgada de mi cuello.

—También... también está esto.

Tia pulsa un botón del teclado. Las seis pantallas muestran la misma imagen: una figura triangular oscura que flota bajo el agua nada más entrar en la bahía. Es difícil calcular la profundidad o el tamaño relativo del objeto, pero parece enorme, como un bombardero furtivo hundido. Mientras miramos, forma unas ondas y desaparece.

—El Aronnax —digo.

—Tiene camuflaje dinámico —observa Nelinha.

Noto una opresión en la garganta. Necesito gritar. Necesito lanzar cosas a los monitores. «Esto está muy mal. Y es demasiado para mí». De algún modo, logro dominar la ira.

—¿Algo más? —pregunto a Tia.

—Hum... —A ella le tiemblan los dedos sobre el teclado—. Sí. El doctor Hewett grabó noticias por satélite durante un par de horas después del ataque. Hemos dado mucho que hablar en todo el mundo.

En los monitores aparecen reportajes televisivos de distintos puntos de la costa del Pacífico: California, Oregón, Japón, China, Rusia, Guam, Filipinas... En un noticiario local de Seattle, un periodista de rostro serio habla por encima del mensaje: GRAN DESPRENDIMIENTO DE TIERRAS ARRASA INSTITUTO DE SECUNDARIA EN CALIFORNIA: SE TEME QUE PUEDEN HABER MUERTO MÁS DE CIEN PERSONAS. En la cadena estatal de China, la barra de noticias reza en mandarín: EDIFICIO ESTADOUNIDENSE EN MAL ESTADO PROVOCA OTRA TRAGEDIA. El presentador cita «fuentes anónimas» que creen que unos cimientos

defectuosos y unas ordenanzas de edificación laxas pueden ser las causas de la tragedia. En ninguna de las noticias califican el incidente de ataque.

—¿Cómo no pueden verlo? —pregunta Virgil—. ¡Un desprendimiento no deja un semicírculo perfecto!

Sin embargo, las imágenes de los telediarios son distintas de las grabaciones de los drones del doctor Hewett. Cuando los helicópteros de los medios de comunicación llegaron a la escena, al parecer horas después del ataque, los bordes del corrimiento se habían desmoronado y se habían vuelto irregulares, un detalle que hace que parezca más un desastre natural.

Algunos de los noticiarios dan paso a rostros de familiares que lloran.

—Apágalo —digo—. Por favor.

Los monitores se oscurecen.

El puente queda en silencio por espacio de dos olas. El Varuna se eleva y se sumerge conforme avanzamos a través de la tormenta, dejándome el corazón en la cresta de cada ola. Al mirar por las ventanas del puente, veo a la tripulación con chubasqueros que va tambaleándose, con las correas de seguridad puestas, asegurándose de que los colectores de agua están abiertos para recoger el diluvio.

Miro a Tia.

—Los demás no tienen por qué ver este material ahora. Todo el mundo está ya bastante afectado. No digo que ocultemos la información, pero ver esas imágenes...

Tia asiente con la cabeza.

—Lo único... En ninguna de las noticias hablan de nuestra excursión. Eso quiere decir que seguramente todo el mundo cree que hemos muerto. Nuestros padres. Amigos. Parientes.

Sé que está pensando en su familia de Míchigan. Se hace llamar Tia porque tiene tres sobrinas y dos sobrinos pequeños a los que adora. Su madre y su padre, sus tías y tíos, sus hermanos y hermanas... todos se volverán locos.

—Lo entiendo —digo, aunque es mentira. Yo no tengo a nadie en casa que me espere ni se preocupe por mí—. Lo que pasa es que el Instituto Land sabe que estamos vivos. El Aronnax nos persigue. Si rompemos el silencio de radio...

—Podríamos morir —la interrumpe Dru.

Un comentario fulminante de Tiburón muy típico, pero tiene razón.

Virgil se frota el mentón.

—Bernie, el chófer del autobús, sabe que estamos vivos, ¿verdad? Y los guardias de los muelles de San Alejandro también. Ellos les contarán a todos que no estábamos en el campus cuando se derrumbó, ¿no?

—Si siguen vivos —matiza Dru.

Me acuerdo de la orden de Hewett a los guardias. «Conseguidnos tiempo».

—De momento, seguiremos adelante —digo—. Tenemos que mantener la esperanza en que...

No sé cómo acabar la frase. Hay demasiadas cosas que esperar. Ahora mismo, nuestra reserva de esperanza parece tan limitada como la de comida y agua.

Top da golpecitos contra la pierna de Ester. Emite un gemido mirándola con sus ojos tristes de «Acarícíame». Entonces me doy cuenta de que Ester ha estado llorando en silencio. Top se está ganando a pulso sus galletas para perro.

—Oye —le digo a Ester—. Saldremos adelante...

Ella hace un ruido a medio camino entre un sollozo y un hipo. Luego se marcha corriendo del puente, seguida de cerca por Top.

—Voy a buscarla —se ofrece Nelinha.

—No, ya voy yo —replico—. Nelinha, enséñale a Tia el chisme ese del LOCUS. Si funciona, lo quiero instalado enseguida.

—¿El chisme ese del LOCUS? —pregunta Tia.

Nelinha muestra su pelota de tenis metálica/accidente con perro Slinky.

—Mola —exclama Tia. Cuando me estoy volviendo para irme, me llama—: Ana, quiero probar una cosa más con el panel de control de Hewett. Cuando sus drones sobrevolaron el campus, debieron de intentar sincronizarse con la intranet del campus.

Reprimo un escalofrío.

—Pero la academia ya había sido destruida.

Tia vacila.

—Los sistemas informáticos de la academia se diseñaron para resistir mucho. Como las cajas negras de los aviones. Es posible que los drones recuperasen algunos datos antes de que la intranet se desconectase del todo.

No estoy muy convencida del plan. Más datos equivaldrán a más dolor, más recuerdos de todo lo que hemos perdido, pero consigo asentir con la cabeza.

—Me parece bien. Sigue así.

A continuación me voy trotando detrás de Ester y Top.

CAPÍTULO 20

Encuentro a Ester en la biblioteca del barco.

En anteriores travesías, era uno de mis sitios favoritos. Las paredes están llenas de libros del suelo al techo: todo tipo de géneros, de manuales de física a best sellers recientes. Unos travesaños de madera aseguran los estantes para evitar que los volúmenes salgan volando cuando el barco se mueve. La mesa de estudio de caoba tiene butacas para seis. Contra la pared del fondo hay un viejo y cómodo sofá de pana por el que siempre nos peleamos cuando tenemos tiempo libre. Cuando teníamos tiempo libre. En el futuro próximo no nos sobrará mucho. Ester está hecha un ovillo en un extremo, aferrando un libro encuadernado en

piel sobre su regazo. Top se encuentra tumbado a su lado meneando la cola.

—Hola...

Me siento de piernas cruzadas en la alfombra a los pies de Ester. Eso me granjea un beso húmedo con babas de Top.

—Es culpa mía. —Ester se sorbe la nariz—. Yo debía... Tienen que dejarme reconstruirla. Me dejarán, ¿verdad? No he traído fichas de sobra. Qué tonta soy. Todo esto es culpa mía.

No comprendo todo lo que dice. A veces cuando Ester habla, tienes que limitarte a dejarte llevar y disfrutar del paisaje. Pero hay una cosa que sí entiendo.

—Nada de esto es culpa tuya, Ester.

—Sí que lo es. Soy una Harding.

Le daría un abrazo ahora mismo, pero ella no es como Nelinha. El contacto físico inesperado con alguien que no sea Top, sobre todo cuando está disgustada, le hace sentirse incómoda. Hay excepciones, como los abrazos que ella solicita y algún que otro placaje en entrenamiento de combate.

—Que tu familia fundase la academia... —digo titubeando. Me doy cuenta por primera vez de que nuestros tatarabuelos se conocieron. Su encuentro puso en marcha todo lo que ahora está afectando a nuestras vidas. La idea me da vértigo—. Tú no podías saber lo que pasaría.

Como siempre, con el pelo encrespado, parece que acabe de meter el dedo en un enchufe. Su blusa rosa acentúa su tez sonrosada. Nelinha le ha aconsejado muchas veces que vista de otro color —azul o verde oscuro—, pero a Ester le gusta el rosa. El hecho de que Ester se empecine en ello hace que la aprecie aún más.

—Sí que lo sabía —dice tristemente—. Y sé lo que te va a pasar a ti.

Tan pronto me dan ganas de abrazar a mi amiga como tengo la sensación de que me tiene colgando de un acantilado.

Los pensamientos se agolpan en mi mente. Me muero por gritar: «¿QUÉ QUIERES DECIR?» y de sacarle la información. Pero no quiero empeorar más las cosas.

—Cuéntamelo —le propongo.

Ester se seca la nariz. El título dorado del libro que tiene en el regazo dice *La isla misteriosa*. Cómo no íbamos a tener un ejemplar a bordo. Me pregunto si es una primera edición firmada por el capitán Nemo. El príncipe Dakkar. Mi tatarabuelo. Ni siquiera sé cómo llamarlo.

—Harding y Pencroft —empieza a decir—. Nemo les pidió que protegiesen su

legado.

Asiento con la cabeza. Conozco esa información por Hewett. Tendré que esperar para ver adónde va a parar Ester.

—Como Nemo no pudo destruir el Nautilus —continúa—, quiso que Harding y Pencroft se asegurasen de que nadie descubría su tumba hasta que llegase el momento oportuno.

—¿Por qué no pudo destruir el submarino? —quiero saber, aunque la pregunta me parece inadecuada.

Es como preguntar por qué Botticelli no quemó *El nacimiento de Venus* antes de morir.

Ester recorre las letras doradas de la portada del libro con el dedo.

—No lo sé. Lo máximo que Nemo consiguió fue hundir el Nautilus debajo de esa isla. Sabía que Aronnax y Land lo buscaban. Estaba solo, muriéndose. Supongo que no tenía alternativa. Decidió confiar sus secretos y su tesoro a Harding y Pencroft.

«Nemo —pienso—. Harding y Pencroft».

Ester y yo estábamos unidas siglos antes de nacer. Algo así me hace preguntarme por la reencarnación y el karma, y si nuestras almas pudieron haber coincidido en otra época.

—Entonces ¿cómo se suponía que ellos lo sabrían? —pregunto—. O sea... ¿cómo sabrían Harding y Pencroft cuándo era el momento oportuno para encontrar el submarino?

Ester flexiona las rodillas.

—El mapa gris del camarote del capitán. El lector genético. Solo se activarían con descendientes directos de Nemo. Tenía que pasar un número determinado de generaciones. No sé cómo lo decidió Nemo. Nosotros no... Mis antepasados no sabían exactamente cuánto habría que esperar. Tu padre lo intentó cuando estudiaba en HP, pero no tuvo suerte. Luego volvió a intentarlo, hace dos años, por si acaso, supongo. Por el motivo que fuese, funcionó. Él fue el primero.

Se me hace un nudo en la garganta.

Me acuerdo de la sensación eléctrica que me recorrió el brazo cuando agarré ese extraño pisapapeles robótico. Mi padre había hecho lo mismo antes que yo. Casi puedo notar su mano cálida y callosa en la mía.

—Yo sabía lo de la tecnología alternativa. —Ester tiembla, y eso hace que Top se arrime más a ella—. La junta directiva... me informó el pasado otoño. No me dieron todos los detalles, pero sí lo de tu familia. Y la mía. Yo quería contártelo. Guardar esos secretos me parecía mal... y peligroso. Pero la junta directiva controla mi herencia, y también la academia. Me hicieron firmar un

montón de papeles. Si yo le contaba algo a alguien, incluso a ti... Lo siento mucho, Ana. A lo mejor si hubiese hablado contigo antes, podríamos haber salvado HP.

Quiero tranquilizarla, pero no me sale la voz. Demasiadas cosas dan vueltas en mi cabeza.

—Yo soy la última de los Harding —dice—. Los Pencroft murieron hace una generación. A la junta directiva no le caigo bien. Después de la muerte de mi tía cuando yo tenía seis años... Ella fue la última de los grandes Harding. Yo solo... solo soy yo.

La tristeza de su voz me encoge el corazón.

—Oh, Ester...

—Cuando cumpla dieciocho años —prosigue— tienen que cederme parte del control. Pero... puede que no lo hagan, ¿sabes? Dudan que yo sea capaz. Ahora la academia ya no existe. Tengo que reconstruir HP. No sé cómo. Siento mucho que me odies, Ana. No quiero que me odies.

Me imagino a la pobre Ester viviendo en HP desde que tenía seis años. Yo estaba al corriente de la muerte de su tía. Sabía que ella no tenía familiares vivos, solo tutores legales, pero nunca me había hecho cargo de la presión y la responsabilidad que acompañaban el apellido Harding. Durante toda su vida, en lugar de recibir amor y cuidado, Ester había sido vigilada por una junta de abogados que amaban y cuidaban su dinero mientras buscaban en ella señales de incompetencia. Por lo menos yo había conocido a mis padres. Había contado con ellos en mi vida.

—Ester, no te odio —le prometo—. Claro que no. No te dejaron decir nada.

A ella le tiembla el labio.

—Pero los demás me odiarán.

—No. Y si alguien te odia, le pondré unos manguitos con patitos rosa y lo lanzaré por la borda.

Ella se sorbe más la nariz.

—Era una broma, ¿verdad?

—No. Pero nadie te odiará.

—¿Y la junta directiva? Te he contado lo que sé. Me desheredarán.

—Como te den algún problema, les pegaré personalmente una patada a cada uno en la entrepierna.

Ester considera mis palabras. No me pregunta si bromeo.

—Vale. Eso está bien. Te quiero.

Lo dice en un tono tan apagado que cualquier otra persona no lo habría oído, o lo hubiese considerado una frase educada carente de sentido, como «¿Qué tal?».

Pero yo sé que lo dice en serio.

—Yo también te quiero —digo—. ¿Puedo preguntarte una cosa más?

Ella asiente con la cabeza. Mientras acaricia a Top en la oreja, me fijo en lo mordidas que tiene las uñas.

No sé si quiero saber la respuesta, pero pregunto igualmente.

—Has dicho que sabías lo que me iba a pasar. ¿A qué te referías?

Ella frunce el ceño mirando la ilustración de la portada del libro. Un volcán oscuro y escarpado sobresale del mar revuelto. Al fondo, un perro empapado que se parece mucho a Top tiembla sobre un pequeño afloramiento rocoso.

—Cuando tus padres encontraron el Nautilus —expone—, intentaron abrirlo. Intentaron entrar. Tu padre debería haber podido hacerlo. Era un descendiente directo de Nemo. No sé qué pasó exactamente, pero algo salió mal. Por eso en HP tenían tanto cuidado con Dev. No querían que se acercara al submarino hasta que supieran...

—Espera —digo, mientras la cabeza me da vueltas—. La muerte de mis padres fue un accidente.

—No lo creo. —Por una vez, Ester me mira a los ojos—. El Nautilus es peligroso, Ana. Creo que mató a tus padres. No quiero que te mate a ti también.

CAPÍTULO 21

Durante los dos días siguientes, procuro no obsesionarme demasiado con las palabras de Ester.

No lo consigo. Por la noche, me quedo despierta pensando en la muerte de mis padres. Me imagino que entran buceando en los espeluznantes restos oxidados de un submarino y se quedan atrapados dentro, o mueren víctimas de una antigua trampa. Pienso en Dev y en lo doloroso que debía de ser para él guardar tantos secretos. Tengo pesadillas en las que la forma oscura de punta de flecha del Aronnax se precipita hacia nosotros bajo el agua y parte el casco del Varuna en dos.

Por el día, estoy demasiado estresada con los problemas inmediatos para preocuparme por problemas que podrían tardar en matarme. Doy gracias a ello.

Entre los momentos bajos: nos estamos quedando sin comida. Hemos

necesitado mucha más de la que yo creía, y no la hemos racionado tan bien como yo esperaba. Eso me hace sentir culpable por haber sacado una galleta de chocolate a escondidas después de cenar la primera noche. (En realidad, lo que yo quería era una gujiya recién hecha mojada en té chai caliente, pero las situaciones desesperadas exigen comidas desesperadas).

También he tenido que interrumpir una pelea a puñetazos entre Cooper y Virgil. Se liaron a pegarse después de que uno hiciese un comentario sobre... En realidad, ni siquiera me importa. Los separé y solté cuatro gritos. Me dio más gusto del que probablemente debería haberme dado. Estuve tentada de encerrarlos en sus camarotes, pero necesito que todo el mundo trabaje. La pelea ha dejado clara una cosa: los nervios están empezando a crisparse.

Por otra parte, el estado del doctor Hewett sigue empeorando. Franklin y Linzi han trabajado hasta la extenuación tratando de mantenerlo con vida, pero no saben con seguridad si sobrevivirá un día más. Tiene la presión arterial baja. Su pulso es débil. Su orina... Es posible que me quedase en blanco cuando me contaron lo de su orina.

Los momentos álgidos del viaje han sido considerablemente más escasos.

En primer lugar, Nelinha ha conseguido que el LOCUS funcione. Gem, Ester, Tia y yo nos reunimos con ella en el puente para la gran revelación. No sabemos qué esperar. La pelota de tenis metálica está instalada encima de la consola de navegación. Sus rollos a lo Slinky apuntan en todas direcciones como los tentáculos de un pulpo, conectados a varios puntos de la consola sin aparente orden ni concierto. ¿Funcionan como antenas? ¿Como cables de tierra?

—Vamos allá.

Nelinha gira un disco de cobre situado en un lado de la esfera.

La sala se llena de manchas verdes de luz flotantes, como si estuviésemos dentro de un acuario que necesitase urgentemente limpieza.

—Esto no pinta bien —comenta Ester.

—Un momento —dice Nelinha—. Voy a recalibrar la resolución...

Gira otro botón. Las luces verdes se reducen a una esfera brillante del tamaño de un balón de baloncesto que flota sobre la base del LOCUS.

Enseguida me percato de lo que estoy viendo. Nuestro barco es el puntito blanco suspendido en el centro. La mitad superior de la esfera es un remolino de tenues líneas verdes: patrones de viento, lluvia y nubes en tiempo real. El hemisferio sur muestra el estado bajo el agua con una luz color esmeralda más oscura: corrientes, lecturas de profundidad y un sinfín de puntos y manchas de distintos tamaños que se mueven debajo de nosotros.

—Vida marina —deduzco—. Eso tiene que ser un banco de peces. ¿Qué es

eso, una ballena?

Nelinha sonríe.

—Estamos electrolocalizando, chicos.

Me quedo cautivada con la lectura tridimensional. Debería ser demasiada información, demasiado difícil de descifrar, pero la entiendo instintivamente. Percibo la posición del barco, cómo afecta a los movimientos de los animales que nos rodean.

—Esto es mucho mejor que el sonar o el sistema de cartas electrónicas —murmuro—. ¿Cómo es posible?

Nelinha pone cara de satisfacción, como si acabase de preparar una hornada de galletas que gustasen a todos.

—Te lo dije, nena: una nueva perspectiva de las leyes de la ciencia. Lo que vemos es una representación visual de cómo los mamíferos marinos perciben su entorno. Y, sí, es mucho mejor que la patética tecnología de los animales terrestres.

—Buen trabajo, Da Silva. —Tia Romero echa un vistazo a los mandos alrededor de la base del LOCUS—. ¿Estás segura de que no apareceremos en las pantallas de radar de todos los barcos en un radio de mil quinientos kilómetros?

—Totalmente segura. En un noventa, ochenta y cinco por ciento.

—¿Y si el Aronnax tiene una tecnología parecida? —pregunto—. ¿Engañará el camuflaje dinámico a un LOCUS?

La sonrisa de Nelinha se convierte en una mueca.

—¿Quizá?

Es una idea inquietante. En la lectura del LOCUS no hay rastro de otras embarcaciones, submarinos o de otro tipo. Pero ¿es posible que el Aronnax esté ahí fuera, tan invisible para nosotros como nosotros lo somos (con suerte) para ellos?

—Si se dejan ver —dice Gem—, probaremos nuestro otro juguetito nuevo.

Señala por la ventana. En la cubierta de proa, los Tiburones han montado su descubrimiento favorito de las cajas de categoría oro: un cañón de Leiden del tamaño de una moto de agua. Su tubo cobrizo está surcado de cables y complejos engranajes. El pedestal en el que está montado gira doscientos setenta grados. No sé lo que le haría a un barco enemigo, sobre todo a uno como el Aronnax, pero Gem y sus compañeros de casa están deseando hacer prácticas de tiro. Ya les he advertido que no pueden electrocutar ballenas ni barcos de pesca.

El otro momento álgido del viaje: los motores del Varuna se congelan.

Ya sé que parece algo malo. Quedarse varado en medio del mar y morirse de hambre normalmente entraría en esa categoría. Sin embargo, los Cefalópodos

confían en poder arreglarlo. Mientras tanto Halimah Nasser propone que alguien aproveche la oportunidad para hacer una inspección visual del casco exterior. Me ofrezco voluntaria tan rápido que la asusto.

Me pongo el chaleco de flotabilidad y la botella de buceo. Agarro las gafas, las aletas y un calamar muerto (por motivos obvios). El agua está tan tibia que no necesito traje de neopreno. Me tiro al mar hacia atrás. En cuanto la nube de burbujas se disipa, veo que Sócrates viene nadando hacia mí, encantado de tener una compañera de juego.

El delfín parlotea y me empuja alegremente. Yo le doy el calamar, pero no parece quedar satisfecho. Cuando empiezo a inspeccionar el casco, me toca el trasero para llamarme la atención.

—¡Maleducado! —mascullo por el respirador.

Él vuelve a empujarme, y me doy cuenta de que quiere enseñarme algo.

Lo sigo hasta la popa del lado de estribor del casco. Un poco por debajo de la línea de flotación hay un garfio del tamaño de un puño clavado en la madera. Una cuerda deshilachada cuelga de él y se pierde en la penumbra. Supongo que es un recuerdo de los visitantes inesperados del Instituto Land. Debieron de atar una amarra al Varuna poco antes de salir a la superficie.

Probablemente el daño sea superficial, pero no quiero correr riesgos. Tampoco quiero tener nada del IL en mi barco. Suelto el gancho de un tirón y dejo que se hunda en las profundidades.

Doy las gracias a Sócrates acariciándole la cabeza. Luego salgo a la superficie para solicitar material de reparaciones.

Cuando he reparado los desperfectos e inspeccionado el resto del casco —que tiene buen aspecto—, todavía me quedan treinta minutos de aire en la bombona.

Sócrates y yo vamos a bucear un rato. A cuatro metros y medio de profundidad, nos ponemos a danzar uno al lado del otro. Le agarro las aletas y retomo la campaña que emprendí hace un año para enseñarle a bailar el «Hokey Pokey». Le muestro los movimientos tarareando por el respirador. «La aleta derecha aquí, la aleta derecha allá». Está claro que Sócrates no entiende el extraño ritual humano, pero a juzgar por su cara risueña, el baile (y yo) le parece muy divertido.

En un momento determinado, pasa un pez luna más grande que cualquiera de nosotros dos. Se trata de un animal con un aspecto increíblemente extraño, como si alguien hubiese fusionado un tiburón, una coliflor y un trozo de pirita y lo hubiese aplastado hasta volverlo casi bidimensional. Sócrates no hace caso al visitante, pues no es ni peligroso ni comestible. Yo saludo con la mano al pez luna y le invito a bailar con nosotros. La criatura pasa de largo. Me acuerdo de

una columna humorística de Dave Barry que a mi padre le gustaba leerme cuando era pequeña, en la que el autor decía que los peces solo piensan dos cosas: «¿Comida?» y «¡Córcholis!». Pero hay una tercera cosa que a los peces les pasa por la mente, y la expresión del pez luna la refleja a la perfección: «Los humanos sois muy raros».

Ojalá pudiese quedarme para siempre con Sócrates bajo el agua, bailando entre los remolinos plateados de burbujas con la luz del sol ondeando a través del verde.

Supongo que pierdo la noción del tiempo.

Oigo el brusco tin, tin, tin de un objeto metálico dando golpecitos contra el casco. Alguien me está diciendo que salga a la superficie.

Choco los cinco con Sócrates para felicitarle por el buen trabajo. A continuación empiezo a ascender.

De nuevo a bordo me siento mucho mejor. El mar siempre me revitaliza. Cierro bien la bombona y enjuago el equipo mientras nos ponemos en marcha. Los motores reparados vibran suavemente. El tiempo ha mejorado y nos ha dejado el mar en calma y una puesta de sol de un vivo color borgoña. Al final del día de mañana, con suerte, deberíamos llegar a la base secreta de HP. Puede que encontremos ayuda, seguridad, respuestas. Y, quién sabe, quizá también más galletas de chocolate.

El buen humor me dura hasta que Gemini Twain asoma la cabeza por el puente.

—Te necesitamos.

Su tono deja claro que hay más malas noticias.

Encuentro a Tia Romero encorvada sobre la estación de comunicaciones, sujetándose los auriculares contra los oídos. Cuando me ve frunce el entrecejo.

—Hemos recuperado un fragmento de audio de la intranet de la academia —anuncia—. Más vale que te sientes.

CAPÍTULO 22

Creo que estoy preparada para cualquier cosa.

No es verdad.

Cuando la voz de Dev suena por los auriculares, contengo un sollozo.

—«... grave peligro. Necesito que todo el mundo EVACÚE. Me...».

Las interferencias irrumpen en la grabación.

Me quito los auriculares y los tiro. Me aparto de ellos como si fuesen una tarántula.

—Lo siento mucho —dice Tia—. No hay nada más. Solo acoples.

Me tiemblan las piernas. Solo llevo puesto el biquini. El agua salada me baja

por las piernas y gotea en el suelo de goma alrededor de mis pies. No sé si tiemblo más del frío o de la impresión.

—Dev les avisó —murmuro—. Podrían haber escapado. ¿Podría seguir él vivo?

Lee-Ann Best es la oficial de derrota de servicio. Se le ponen las orejas rojas, una señal de que está a punto de mentir. Lee-Ann conoce ese rasgo de su persona. Dado su interés por el contraespionaje, lo lógico sería que se dejase el pelo largo para ocultar los detectores de mentiras que tiene por orejas. En cambio, ella se afeita el cabello moreno por los lados.

—Tal vez —dice—. O sea, es posible, ¿no?

Gem frunce el ceño.

—No creo que hubiese tiempo. Ana, el ruido que se oye al final de la grabación...

Sé que tiene razón.

Lo más probable es que esas interferencias sean el sonido de nuestra academia al desplomarse en el mar. Me imagino que Dev hablaba por el intercomunicador del centro. Probablemente estaba en la sala de seguridad, debajo del edificio de administración. Él no se habría ido hasta estar seguro de que la academia estaba siendo evacuada.

Los drones no captaron imágenes de nadie con vida. En ninguna de las noticias se hablaba de supervivientes. Dev se ha ido de verdad.

Solo me queda una grabación confusa de sus últimos momentos de desesperación.

Trato de decir algo. Me doy cuenta de que si no me marcho ya, me desmoronaré delante de todos. Me vuelvo y salgo del puente.

No recuerdo cómo llego a mi camarote.

Me acurruco en la cama. Me quedo mirando el agua que chapotea en el acuario vacío de Sócrates.

Intento recuperar la sensación de serenidad que experimenté en el agua bailando con mi amigo delfín. Se ha esfumado. La culpabilidad me atenaza la barriga con sus garras metálicas.

Debería haber estado con Dev cuando me necesitó. Tal vez si hubiese insistido más en lo que vi: el extraño reajuste de las luces de la red de seguridad... Tal vez si hubiese ido directa al equipo de seguridad en lugar de entretenerme desayunando... mi hermano seguiría vivo.

No tuve ocasión de despedirme de mis padres. No como me hubiese gustado. Ellos anunciaron que se iban de expedición y que volverían al cabo de un mes

más o menos. Me dijeron que me portase bien. Yo les dejé marchar con solo un abrazo, un beso y una expresión de suficiencia poniendo los ojos en blanco. «Pues claro que me portaré bien. ¡Deberíais preocuparos de Dev!». Mi madre dijo: «Volveremos antes de que te des cuenta». Y la creí. Siempre volvían.

Ahora también he perdido a Dev. ¿Por qué siempre dejo pasar la oportunidad de despedirme?

El dolor de barriga empeora. Tardo un instante en darme cuenta de que no se debe solo a la pena. Me ha venido la regla.

Estupendo. Como si no tuviese ya bastante.

Me levanto tambaleándome y busco el neceser y algo de ropa en la mochila.

Cuando abro la puerta del camarote, Nelinha y Ester están allí plantadas. Se quedan avergonzadas, como si estuviesen debatiendo si llamar o no. Reparan en mi expresión dolorida y en la caja de compresas que tengo en la mano. Se apartan, conscientes de que necesito llegar al cuarto de baño.

—Voy a por las pastillas para el dolor —dice Ester.

—Yo llenaré la bolsa de agua caliente —se ofrece Nelinha.

Les doy las gracias entre dientes y paso dando traspiés. Ellas conocen la rutina. Incluso con suplementos de vitamina B1, ejercicio constante y una buena dieta, sufro terribles dolores menstruales. Entiendo por qué históricamente se llamaba «maldición» al período. Ya hace dos años y medio que paso por esto. Sin mis amigas, no sé cómo lo habría soportado.

Una vez que me he vestido y he vuelto al camarote, me acurruco otra vez en la litera. Me tomo el medicamento para el dolor y presiono la bolsa de agua caliente contra mi abdomen.

Manchas amarillas de dolor bailan ante mis ojos. Sigo notando como si unas pinzas metálicas me apretasen la barriga.

Top se acerca trotando y me da un beso en la nariz. Quiere ayudar.

—NO TE VAS A MORIR —me grita Ester.

Rio, y me hace daño.

—Gracias, Ester. Siempre sobrevivo.

—NO ME REFIERO A LA REGLA —puntualiza—. HABLO DE LA ISLA.

—Baja el volumen, nena —le pide Nelinha.

—Perdón. —Ester se sienta a la mesa y empieza a repasar fichas—. He estado anotando todos los secretos que recuerdo. Todas las cosas que no podía contarte. Está aquí en alguna parte.

—Ester ha estado ocupada —me dice Nelinha—. Vamos a asegurarnos de guardar bien esas fichas, ¿vale, Ester? No podemos dejar unas notas supersecretas tiradas donde cualquiera puede verlas, ¿verdad?

—Las he dejado un momento en la cocina —confiesa Ester—. Mientras birlaba una galleta. No pasa nada. Nadie las ha visto.

Ajá. De modo que no soy la única ladrona de galletas. Si la tripulación se amotina, Ester y yo tendremos que caminar por el tablón.

Cuando descubrí que Ester tenía tan buena memoria, le pregunté para qué necesitaba las fichas. Ella me lo explicó de la siguiente manera: puede acordarse de una orquesta sinfónica entera, cien músicos tocando a la vez. Pero si le preguntas qué hacía el oboe en el segundo compás del tercer movimiento, no puede desentrañar al momento esa información del resto de los sonidos que ha absorbido. Las fichas le ayudan a entender la música. Puede identificar la sección de vientos, por así decirlo, y separarla de las cuerdas y la percusión. Puede descomponer la sinfonía y estudiarla instrumento por instrumento, fila por fila.

Sin las fichas, el mundo es un lugar espeluznante y sobrecogedor.

—Aquí. —Levanta una ficha azul intenso, llena por delante y por detrás de su letra prieta—. Mañana, cuando nos acerquemos a la base secreta, tendremos que superar un reto.

Trato de concentrarme. La bolsa de agua caliente está surtiendo efecto poco a poco, deshaciendo los nudos de mi barriga, pero el dolor sigue siendo atroz. La voz de Dev suena en mi cabeza entre interferencias. «Grave peligro. Necesito que todo el mundo EVACÚE».

—¿Un reto? —logro preguntar.

Ester asiente con la cabeza.

—Es el protocolo cuando alguien se acerca a una base. Aquí lo pone. No sé qué clase de reto. Algo para comprobar que somos visitantes legítimos. Si no lo somos, probablemente la isla nos destruya con armas de tecnología alternativa.

—Pero eso no pasará —dice Nelinha.

—No —conviene Ester—. Porque... —Mira a Nelinha—. ¿Por qué no pasará?

—Porque vamos a descubrir cómo superar el reto —contesta ella con delicadeza—. Lo haremos mientras Ana duerme. ¿Te acuerdas?

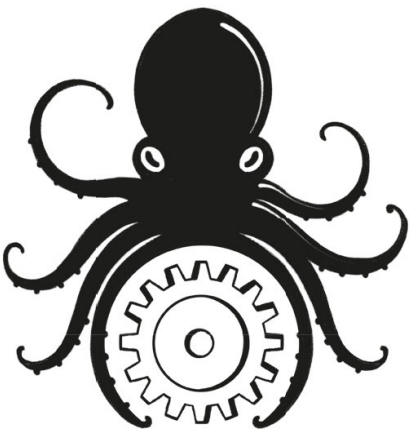
—Es verdad —asiente Ester—. No te vas a morir por eso, Ana. Duérmete.

Lo dice como si fuese tan fácil como apagar una radio.

Tal vez lo sea.

Tengo ganas de sentarme con ellas a la mesa. Debería ayudarlas a descifrar ese reto, pero me está dejando de funcionar el cuerpo. Oír la voz de Dev ha sido demasiado. El medicamento y el calor y el dolor menstrual pugnan por imponerse, convirtiendo mi sistema nervioso en un mar revuelto. Me aferro a las voces de mis amigas como si fuesen un bote salvavidas.

Cierro los ojos y me dejo llevar a las profundidades indoloras.



CAPÍTULO 23

En el sueño es Cuatro de Julio. Tengo diez años. Estoy tumbada en una manta en el jardín botánico de San Alejandro esperando a que empiecen los fuegos artificiales.

Dev baila alrededor del merendero de nuestra familia agitando una bengala. Mi madre está sentada a mi lado, con la cara ensombrecida por su sombrero de paja de ala ancha. La perla negra brilla en la base de su garganta. Menea los dedos de los pies descalzos (siempre detestó los zapatos) al ritmo de la música de John Philip Sousa que suena por los altavoces.

Se recuesta contra el pecho de mi padre. Él le rodea la cintura con el brazo. Su muestra de afecto me da un poco de vergüenza. ¿Pueden hacerse arrumacos en público mis padres?

La camisa blanca, los pantalones de lino blancos y la copa de vino blanco de

mi padre parecen brillar en la penumbra. Tiene el pelo moreno perfectamente peinado. Con su sonrisa de Mona Lisa, parece que acabe de despertar de una bonita ensoñación.

Mi madre contempla el campo de amapolas, girasoles y flores de ojos azules que desciende hasta el lago. Suspira de satisfacción.

—Cuando me muera, esparcid mis cenizas en esas aguas. Me gusta la vista.

—¡Mamá! —digo.

Ella ríe dulcemente.

—No hay por qué avergonzarse de la muerte, cariño. A todo el mundo le llega.

—Vale, pero ¿podemos hablar de otra cosa?

Ella me pellizca el brazo jovialmente.

—Ana, es bueno ser sincero sobre esas cosas. Además, solo digo que... este sería un buen sitio para descansar en paz.

—Pero ¡no te vas a morir!

—¿Qué? —Dev interrumpe el baile de la bengala y se acerca, atento a cualquier cotilleo—. ¿Quién se va a morir?

La bengala arroja una cascada de chispas doradas sobre su brazo descubierto. Él no parece darse cuenta.

—Nadie se va a morir —nos asegura mi padre—. Por lo menos hasta que yo me haya acabado el chardonnay. —Le brillan los ojos con humor. Son marrón intenso como los centros de los girasoles—. Pero estoy con tu madre. Cuando llegue el momento, esparcid mis cenizas aquí también, ¿vale?

Estoy a punto de quejarme de lo morbosos que son cuando los fuegos artificiales estallan en el cielo...

Me despierto en la litera. A juzgar por el ángulo de la luz del sol que entra por las ventanas, he dormido el resto de la tarde y la noche entera.

Me duele todo el cuerpo y tengo el cráneo a punto de explotar. No veo a Ester y Nelinha por ninguna parte. Habrán querido dejarme dormir.

«No hay por qué avergonzarse de la muerte. A todo el mundo le llega».

Oh, mamá...

Ni siquiera pude cumplir su deseo. No teníamos cenizas que esparcir en ningún lago. Ahora solo tengo la perla de mi madre. Incluso recuperar eso fue un milagro. Nos la dieron en la academia, con el pésame: lo único que consiguieron rescatar después del accidente.

Estoy tentada de quedarme en la cama regodeándome en mi miseria, pero sé que eso solo empeoraría la situación. He aprendido por las malas que para la

pena, como para el dolor menstrual, lo mejor es estar activa. Y hoy es el día que se supone que tenemos que llegar a la base secreta. Si es que eso existe...

Me aseo y me visto. Sin ducha. Estamos racionando el agua. El desayuno consiste en una barrita de proteínas hecha con algas. También estamos racionando la comida.

Finalmente llego al puente.

Nadie me echa la bronca por aparecer tarde. Aun así, me siento culpable. Con las provisiones cada vez más escasas, el ambiente está cargado como un arma de Leiden. Tengo que estar al cien por cien de mi capacidad por la tripulación. O como mínimo fingir que lo hago.

El reto se nos presenta a las diez de la mañana en punto.

Una nube de manchas moradas se ilumina en la visualización del LOCUS.

—¡Un avión! —grita Jack Wu—. Un momento. No... ¿Qué son esas cosas?

Los borrones morados parpadean variando de forma y de intensidad. En el LOCUS parecen objetos aéreos que flotan justo enfrente del Varuna, pero cuando miro por las ventanas delanteras, no hay más que mar abierto hasta el horizonte.

Jack descubre la respuesta antes que yo. Es el mejor de la Casa Delfín en ese tipo de cosas.

—No son objetos físicos —comprende—. ¿Veis cómo las manchas se aplanan y se convierten en olas?

Asiento con la cabeza.

—Muy ingenioso.

—¿Qué? —pregunta Dru Cardenas, en tono nervioso—. ¿Nos atacan?

Parece que se muera de ganas de disparar a algo con su flamante cañón de Leiden. Dru es de gatillo fácil hasta para los Tiburones. Decido encargarle una tarea en la que no haya armas de por medio.

—Nadie nos ataca —le aseguro—. Al menos, de momento. ¿Puedes reunir a los demás Delfines y traerlos al puente, por favor? Tenemos un código que descifrar.

Minutos más tarde Virgil entra dando tumbos, aturdido y con los ojos entrecerrados de haber trabajado en el turno de noche. Lee-Ann y Halimah le siguen de cerca. Cuando los cinco estamos juntos, Jack y yo hemos identificado el momento en el que la pauta empieza a repetirse. También hemos descubierto cómo conectar los impulsos eléctricos del LOCUS a los altavoces del puente y convertir los brillantes dibujos morados en sonidos.

Halimah ladea la cabeza.

—¿Una ballena azul?

—En parte —digo—. Pero es más complicado. Seguid escuchando.

HP ha empleado cantos de ballenas azules como código durante años. Las notas, los barridos y la longitud del tono se pueden equiparar a elementos de idiomas humanos y crear una intrincada forma de codificación que es casi imposible de descifrar si desconoces la clave.

Pero este código es todavía más complicado.

Después de unos segundos, el patrón cambia. Una serie de chasquidos como una coda de delfín se superpone al canto de ballena. Dos segundos más tarde, los chasquidos y la canción se sustituyen por unos tonos que recuerdan el viento a través de una caracola.

Luego el patrón se repite.

—El emisor conoce los métodos de codificación de HP —aventura Jack—. Debe de saber que tenemos un LOCUS para recibir su transmisión.

—Eso es bueno, ¿no? —dice Lee-Ann—. Debe de ser de nuestra base.

—A menos que sea una trampa —tercia Virgil—. Si viene del Aronnax y contestamos...

Es una idea de lo más divertida.

Me sorprendo negando con la cabeza.

—No. Debe de ser la base. Esperábamos un reto...

—¿Ah, sí? —pregunta Halimah.

Les explico lo que Ester me advirtió anoche.

—Entonces, si es el reto y no respondemos, la cosa no acabará bien. En cualquier caso, tenemos que descifrar el código. Luego podremos decidir qué hacer.

Mis compañeros de casa se relajan visiblemente. Descifrar un código... es un reto al que podemos hacer frente. Para eso nos entrenan a los Delfines.

—Supongamos que la primera parte es una ballena azul. —Jack saca al momento su lápiz y su libreta. Empieza a dibujar las manchas y ondas moradas. Dice que piensa mejor trabajando a mano, y como es nuestro mejor descifrador de códigos, nunca le llevo la contraria—. La segunda parte, con los chasquidos... ¿Podemos reducir la velocidad?

—Ah... —Yo no soy un Cefalópodo, pero después de trastear durante unos minutos, consigo reproducir la transmisión a un cuarto de velocidad, y entonces el patrón se oye claramente—. Es cinco por cinco.

No me doy cuenta de que Gem está detrás de mí hasta que pregunta:

—¿Qué es cinco por cinco?

Me da un susto de muerte. En serio, voy a tener que ponerle cascabeles en las pistoleras para que no me sorprenda de esa forma.

—Es como el código morse —explico—. Pero distinto. En la guerra de

Vietnam, los prisioneros de guerra lo usaban para enviarse mensajes.

—Y la tercera parte —dice Halimah—. ¿Qué es?

Nos reunimos alrededor de la mesa del mapa y ponemos la grabación una y otra vez a distintas velocidades. Jack llena la libreta de dibujos y ecuaciones matemáticas. Halimah y Virgil discuten sobre la fonética en contraposición a la simbología alfabética. Lee-Ann nos da una clase sobre la relación entre la acústica y la dinámica de fluidos. Básicamente, es un festival para Delfines frikis.

No me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado hasta que Gem pone una bandeja de sándwiches delante de nosotros.

—La comida.

Mientras los demás comen, yo hago una visita al cuarto de baño. Me refresco, me salpico la cara con agua y vuelvo a medicarme. El dolor de barriga compite ahora con el dolor de espalda de haber estado encorvada tanto tiempo estudiando códigos. Me planteo devolver pero reprimo las ganas por pura fuerza de voluntad. Una vez que sucumbo a las náuseas no es fácil volver a meter al genio del vómito en la botella.

Camino del puente, me paro en seco. De repente, todas las piezas del código que han estado dando vueltas en mi cerebro encajan formando un dibujo perfecto. Adoro esos momentos. Son tan excitantes como lanzarse al mar desde un acantilado, y son el principal motivo por el que me gusta ser una Delfín. Jack es mejor criptógrafo. Halimah tiene más talento para la navegación. Lee-Ann domina más el contraespionaje, y Virgil es nuestro experto en comunicaciones electrónicas. Pero a mí se me da mejor que a ellos unir todas las piezas para formar una imagen general. Por eso me eligieron monitora mi primer año en la academia.

Vuelvo al puente con paso resuelto y una sonrisa en la cara.

—Ya lo tengo.

Les explico a mis compañeros el código. La primera sección, el canto de ballena, es un algoritmo para descifrar la segunda sección, que es el mensaje de verdad. La tercera sección da pistas fonéticas que nos indican el idioma usado en el mensaje: bundeli, una derivación del hindi, que resulta ser el idioma de mis antepasados y el dialecto nativo del capitán Nemo.

—Qué pasada. —Halimah asiente con la cabeza, admirada—. Buen trabajo, Ana.

—No es coña —dice Virgil—. Pensaba que iba a volverme tarumba si escuchábamos esa grabación otra vez. Ojalá tuviese tu oído.

Procuro no sentirme demasiado pagada de mí misma.

—Solo he juntado todo lo que habéis hecho vosotros. Jack, ¿puedes...?

Jack tiene la boca llena de sándwich de mantequilla de cacahuete, pero empieza a garabatear mientras traduce el mensaje codificado en nuestra lengua.

Le da la libreta a Lee-Ann para que la lea.

Ella se aclara la garganta de forma teatral.

—Y el ganador es... «Aquí base Lincoln. Identifíquese. Cinco horas».

Halimah frunce el ceño.

—Tanto trabajo para un mensaje tan corto...

—Isla Lincoln —interviene Gem—. Es como Harding y Pencroft llamaron a la isla en la que naufragaron.

Los Delfines se vuelven para mirarlo.

—¿Qué? —pregunta él—. Yo también he leído *La isla misteriosa*.

Estudio la visualización del LOCUS. Todavía está plagada de manchas moradas como las marcas de un escopetazo. Me estremezco de los nervios. Nuestra situación por fin empieza a parecer real. Nos acercamos a la isla del capitán Nemo. El lugar en el que mis padres murieron.

—«Identifíquese». —Lee-Ann tamborilea con los dedos sobre la mesa—. Esa parte está bastante clara. Quieren saber quiénes somos. «Cinco horas...». ¿Es nuestro tiempo de llegada?

—Eso sería dentro de dos horas —dice Gem—. Habéis estado trabajando en el código tres horas.

Parece imposible, pero según el cronómetro del barco, Gem está en lo cierto. Es la una de la tarde. Me acuerdo de las coordenadas que obtuve gracias al mapa supersecreto del camarote del capitán. Hago unos cálculos a partir de nuestro rumbo y velocidad actuales.

—No es nuestro tiempo estimado de llegada —decido—. No deberíamos llegar a la isla hasta las siete de la tarde. Las cinco horas son un ultimátum. Tenemos que averiguar cómo responder al reto. Y tenemos que hacerlo en las próximas dos horas.

Virgil traga saliva.

—¿Y si no respondemos a tiempo o no respondemos correctamente?

—Entonces —contesto—, me imagino que la base secreta nos volará en pedazos.

CAPÍTULO 24

Sin presión, eso sí.

Una cosa es descifrar un mensaje y otra mucho más difícil averiguar la respuesta correcta y decirla en el mismo código. Y tenemos menos de dos horas para hacerlo.

Tal vez la base Lincoln —si realmente es la base Lincoln— tiene una máquina que genera mensajes en canto de ballena/cinco por cinco/bundeli. Nosotros, no. Ni tenemos acceso a esa superarma de información, internet, que podría ayudarnos a unir las piezas del puzle.

Hemos de confiar en nuestro entrenamiento y nuestros cálculos.

Qué horror.

—Virgil —digo—, ¿todavía tienes ese simulador en el móvil, la aplicación que hace cantos de ballena?

Él me mira sorprendido.

—Pues... ¡Sí!

—¿Funcionará sin conexión a internet?

—Claro. —Parece un poco ofendido—. Me descargué el catálogo entero de cantos de ballena.

No me sorprende. Me he pasado años tomándole a Virgil el pelo por la cantidad de aplicaciones inútiles que tiene en el móvil. Ahora le debo una buena disculpa.

—Virgil, eres increíble —digo—. Gem, acompáñalo a abrir la caja fuerte. Aseguraos de que el móvil se mantiene desconectado.

De todas formas, dudo que tengan cobertura, y ni Virgil ni Gem parecen la clase de personas que intentasen echar un vistazo a TikTok en medio del Pacífico. Pero considero que debo recordárselo.

Gem asiente con la cabeza, y se marchan.

Mientras tanto, Jack corre a buscar a Nelinha. Cuando los dos regresan, empiezan a investigar cómo usar el LOCUS para mandar mensajes en lugar de para recibirlos.

Lee-Ann hace cálculos buscando una nueva base de codificación. No podemos limitarnos a enviar el mismo algoritmo del canto de ballena. Sería demasiado fácil. Si nos encontramos ante una base de HP, esperarán que mantengamos el formato pero cambiemos el registro, como modular a una nueva clave en mitad de una canción.

Halimah y yo proponemos expresiones en bundeli que podríamos enviar. Empezamos por NO DISPAREN. Nos parece que eso será importante.

Virgil y Gem vuelven con el móvil. Virgil empieza a poner cantos de ballena, cosa nada irritante. Gem hace de cronometrador, informándonos periódicamente de cuánto tiempo nos queda hasta que nos hagan pedacitos. Otra cosa en absoluto irritante.

Al cabo de una hora y media, se me empieza a nublar la vista. Un hilillo de sudor me cae por la espalda y me pega la camiseta a la piel como cola de contacto. Damos los últimos toques a la transmisión, cifrando los elementos fonéticos en barridos y tonos de canto de ballena, como si unas ballenas azules cantasen en bundeli.

El mensaje dice VARUNA DE HP. NO DISPAREN. SITUACIÓN DE URGENCIA. ANA DAKKAR A BORDO.

Al menos eso espero que diga. A estas alturas, tengo el cerebro tan hecho papilla que el mensaje podría decir EL TOFU ES MI MAMÍFERO FAVORITO y no distinguiría la diferencia.

Me da vergüenza incluir mi nombre en la respuesta. Los demás Delfines me han convencido de que es necesario. Creen que si realmente soy tan valiosa, mi presencia a bordo podría disuadir a cualquiera —amigos o enemigos— de torpedearnos con armas mortíferas de tecnología alternativa.

—A menos que estemos hablando con un repetidor automatizado —reflexiona Virgil—. Como busque una palabra clave concreta y no se la enviemos...

—Entonces hemos llegado muy lejos solo para que nos maten —tercia Halimah.

—Ese es el espíritu emprendedor de los Delfines que tanto me gusta —digo.

Es una broma entre nosotros desde hace mucho. Entre todos, hablamos con fluidez unas dos docenas de idiomas, pero no tenemos ninguna palabra para decir «optimista».

Nadie sonríe. Hay demasiado en juego.

Me vuelvo hacia Nelinha.

—¿Estamos listos para transmitir?

—Que yo sepa, sí. —Parece animada. Ha elegido un festivo tono mandarina de brillo de labios y sombra de ojos para combinar con su falda verde y su sudadera naranja. De verdad, su mochila debe de ser un espacio extradimensional para que le quepa toda la ropa que tiene—. Claro que el transmisor podría no funcionar. O podríamos revelar nuestra posición al Aronnax. Pero tenemos que probar cosas nuevas, ¿no?

Gem tose. Está al lado de Nelinha, vestido de negro comando como siempre. Los dos están tan juntos que parecen una prueba de impresión.

—Faltan veinte minutos para el plazo de respuesta —anuncia.

—¿Permiso para enviar? —pregunta Lee-Ann.

Titubeo.

—Todavía no. Reúne a la tripulación. Se merecen saber lo que pasa.

El sol de la tarde cae a plomo en la cubierta principal. Informo a la tripulación del reto, la respuesta que hemos preparado y las 273 cosas que podrían salir mal.

—Cuando enviemos esta señal —digo—, revelaremos nuestra posición. Tenemos que confiar en que no sea una trampa y en haber esquivado a nuestros enemigos. —Todavía se me hace raro referirme al Instituto Land como nuestros

«enemigos», pero no se les puede llamar otra cosa. Esto va mucho más allá de llenar nuestros mutuos autobuses escolares de papel higiénico—. Además, si mandamos el mensaje y no es correcto, podrían atacarnos dentro de quince minutos.

—Once —me corrige Gem.

—Gracias, monitor Twain —replico irónicamente.

Algunos de nuestros compañeros sonríen. Supongo que el humor nervioso es positivo.

—Sin embargo —continúo—, si estamos comunicándonos con una base de HP, esta noche podríamos estar entre amigos.

Un murmullo de inquietud recorre el grupo. Después de tres días en el mar, nuestras antiguas vidas quedan muy lejos. Empieza a parecernos increíble que pueda existir alguien que no se encuentre en este barco, y más aún que sea «amigo». No obstante, nadie protesta. Nadie hace preguntas. A estas alturas, en mitad del mar y sin casi provisiones, ¿qué alternativa tenemos?

—Monitora Romero —digo.

—Capitana.

Parpadeo. Es la primera vez que alguien me llama «capitana». No sé qué opinar al respecto.

—Todos a sus puestos. ¿Nelinha?

—¿Sí, pocholita?

El comentario arranca algunas risas. Doy gracias en silencio a Nelinha por tener un sentido del humor tan subversivo. Hacía mucho tiempo que no nos reíamos. Además, «pocholita» no me suena mucho más ridículo que «capitana».

—Envía el mensaje —le ordeno—. Si alguien tiene que ir al váter, este puede ser un buen momento.

La tripulación se dispersa. Dadas las circunstancias, parecen muy animados. Espero no haberlos llevado por el mal camino.

Voy al cuarto de baño. Me cambio de compresa, me tomo el medicamento para el dolor menstrual y vomito. Hoy es un gran día.

Vuelvo al puente justo cuando Nelinha manda el mensaje.

Ester y Top se nos han unido para el gran momento.

Gem no para quieto, como si tuviese una medusa en la camiseta. Como Ester, es una de esas personas que piensa que «a tiempo» significa «treinta minutos antes». Debe de estarle matando que apuremos tanto la hora límite.

Esperamos una respuesta.

Me recuerdo que tengo que respirar.

Me imagino unos misiles balísticos volando por encima del horizonte

apuntando a nuestra posición. Me acuerdo de las estelas con forma de tridente de los torpedos que destruyeron la academia. Visualizo una dotación completa de peces sónicos de tecnología alternativa surcando el agua hacia nuestro casco.

No pasa nada.

Entonces, de repente... sigue sin pasar nada.

Transcurren cinco minutos. Nada otra vez.

Los minutos se convierten en una hora. Qué curioso que pase cuando juntas sesenta.

El sol vespertino entra oblicuamente por las ventanas de popa y convierte el puente en un Horno Mágico. El sudor me cae a gotas por el cuello. Ester tiene la cara del color de un cangrejo cocido. Incluso el maquillaje perfecto de Nelinha empieza a derretirse. Top se termina el segundo cuenco de agua y sigue jadeando como loco. (Creo que no entiende el concepto de racionamiento de agua).

Afuera, Dru y Kiya manejan el cañón de Leiden. Tienen pinta de estar sufriendo con los chalecos salvavidas y el equipo táctico.

Delante, el mar sigue liso y vacío salvo por Sócrates, que marca el camino como un pez piloto. De vez en cuando sale del agua de un salto y se gira al emerger a la superficie. Vuelve la vista atrás hacia nosotros con su sonrisa ladeada. Me lo imagino pensando: «¡Venga, chicos! ¡Si explotan el barco, no pasa nada! ¡Yo estaré a salvo!».

—Seguimos vivos —observa Ester—. Eso es bueno. A lo mejor hemos superado la prueba.

Ojalá tenga razón. Pero yo esperaba algún tipo de confirmación. Con una cara sonriente gigante en la visualización del LOCUS habría bastado. O confeti. El silencio es desquiciante.

El sol empieza a tocar el horizonte cuando ordeno que paren los motores del todo.

Hace buen tiempo. Si hubiese una isla en alguna parte cerca de nosotros, deberíamos poder verla. Se suponía que este era nuestro destino, pero aquí no hay nada.

La boca me sabe a papel de arroz.

—Vuelve a enviar el mensaje —le digo a Nelinha.

Esta vez no me llama «pocholita». En el puente todo el mundo tiene una expresión seria.

La segunda transmisión no tiene ningún efecto visible.

Flotamos en la calma del atardecer. En la cubierta de proa, Dru y Kiya miran al oeste, con el cañón olvidado.

Me maldigo por creer en el mapa pseudocientífico del doctor Hewett. He

llegado a pensar que podría capitanear sin problemas un yate escuela de treinta y seis metros con una tripulación formada por novatos en mitad del Pacífico y encontrar un sitio que no existe según ninguna carta náutica.

Pienso qué voy a decirle a la tripulación. Sin comida ni agua, ¿cuánto podemos durar? Si lanzamos un SOS, ¿nos oirá alguien? ¿Llegará alguien a tiempo?

Me doy mentalmente una patada por no preparar un plan B. Nos he condenado a todos a la muerte.

—Chicos...

No sé qué decirle a la tripulación del puente. ¿Cómo te disculpas por un fallo tan grande?

—¡MIRAD! —grita Ester.

Justo enfrente de la proa, se forman ondas en el aire. Es como si una cortina de espejos de un kilómetro y medio hubiese estado reflejando el mar y ahora la cortina se hiciese añicos.

La isla me deja sin aliento.

El pico volcánico central se eleva casi cien metros, escarpado y quebradizo como un montón de azúcar moreno quemado. A su alrededor hay una laguna turquesa rodeada de un atolón de aproximadamente un kilómetro y medio de diámetro, con playas de arena blanca pegadas a un espinazo de densa vegetación. Al lado de estribor del barco, una abertura del atolón forma una entrada natural a la laguna.

Ningún camuflaje dinámico debería poder hacer invisible esa isla tan de cerca. Y sin embargo, aquí está.

—Lo hemos conseguido —dice Gem asombrado.

Una voz de mujer suena por el intercomunicador.

—Varuna, aquí base Lincoln.

Tiene un tono un poco refunfuñón.

—Su visita no estaba programada. Esperen a ser guiados por el dron del puerto. A la más mínima señal de tentativa agresiva, serán destruidos. Si no vemos a Ana Dakkar a bordo sana y salva, serán destruidos.

Vale. Puede que tenga un tono muy refunfuñón.

Suena un ruido confuso por el intercomunicador, como si otra persona estuviese hablando con ella de fondo.

—Está bien —gruñe la mujer ligeramente apartada del micrófono. A continuación se dirige a nosotros—: Informen al dron de cuántos nos acompañarán en la cena. Júpiter está preparando lasaña. Corto.

CAPÍTULO 25

Si me dan a elegir entre destrucción o lasaña, elijo lasaña sin dudarlo.

Quienquiera que sea Júpiter, espero que pueda cocinar para veinte personas más. (Veintiuna con el doctor Hewett, aunque ahora mismo se alimenta por vía intravenosa).

Busco el dron en la entrada de la laguna. Supongo que espero algo grande, como un remolcador. No veo el dron hasta que me pasa zumbando junto a la oreja y se posa en la consola de navegación.

Una libélula de una tecnología alternativa bate sus alas de cobre y cristal. Sus ojos fragmentados brillan como diminutos huevos de Fabergé. Me alegro de que nadie intente aplastarla. Estoy segura de que contaría como señal de tentativa agresiva.

Top ladra.

El dron gira la cabeza y emite un pop de electricidad estática entre las patas delanteras. Top gime y se esconde detrás de Ester.

—Hola —le digo a la libélula. Trato de mostrarme tranquila, como si hablase todos los días con bichos mecánicos—. Soy Ana Dakkar. Como pueden ver, estoy sana y salva. Tenemos una tripulación de veinte personas para cenar. También necesitamos asistencia médica urgente para el doctor Hewett. Se encuentra en estado comatoso en la enfermería.

La libélula mueve sus antenas. Un hilo de cobre se desenrolla de su boca y se introduce serpenteando en la consola de control de piloto automático.

—Vale —murmura Tia Romero—. Seguro que eso es normal.

Los motores del barco arrancan con estruendo.

El piloto Bicho nos lleva a estribor y nos conduce a la laguna.

Hemos llegado a un paraíso fuertemente militarizado.

A lo largo del perímetro del atolón, hay torretas que asoman entre las zarzas. Las torres giran para seguir nuestro progreso. Miras láser recorren nuestro casco con su luz parpadeante. Me imagino que los proyectores que controlan el impresionante sistema de camuflaje de la isla también están escondidos entre la vegetación.

Me he pasado los tres últimos días esforzándome por creer que este sitio podía existir. Ahora que estamos aquí, sigo sin poder creerlo.

Sócrates, valiente como siempre, entra el primero en la laguna. Dos delfines locales se le acercan nadando para recibirlo. A los pocos instantes, los tres brincan juntos charlando alegremente. Se acabó la vida solitaria de mi amigo.

El agua es tan transparente que puedo ver un laberinto de ásperos arrecifes bajo la superficie. Bancos de peces tropicales se arremolinan a través de la luz vespertina como chorros de pintura de colores. Tengo tantas ganas de zambullirme en esa laguna que me duelen los dientes.

Navegamos hacia la isla volcánica central. No tiene orilla propiamente dicha, solo acantilados oscuros que caen a plomo hasta la laguna. La única señal de que está ocupada es un muelle de madera con una pequeña choza anclada a la base de las rocas. La estructura parece tan endeble que me imagino que se partiría con la primera tormenta fuerte. Desde luego no parece que en ella quepan veinte personas.

No obstante, el piloto Bicho nos conduce hacia ella. A seis metros de distancia, apaga los motores.

—Tia, prepara las amarras. Piloto Bicho, ¿permiso para desembarcar?

El dron repliega su lengua de alambre, escupe otra chispa de electricidad y se

va volando. Decido interpretarlo como un sí.

La tripulación amarra el Varuna. Yo soy la primera en apearme del barco, seguida por Gem, Ester y Top.

En el embarcadero, experimento la misma sensación de desorientación que siempre tengo cuando desembarco. Mis piernas intentan compensar la falta de balanceo y de vaivén. Es desconcertante. Tierra firme... Nunca me he fiado de ella. Y menos después de lo que ha pasado con HP.

Gem no aparta las manos de sus pistoleras.

—Y ahora, ¿qué?

La puerta de la choza se abre de golpe. Me pongo delante de Gem para evitar que desenfunde.

Un hombre alto, esbelto y moreno sale a la luz. Sus vaqueros blancos ceñidos y su camiseta de fútbol a rayas verticales acentúan sus extremidades larguiruchas y hacen que parezca un personaje de anime: un pirata de *One Piece*, por ejemplo. Tiene el pelo con canas muy corto. Sus manos, enfundadas en manoplas de horno, sostienen una fuente humeante de pan que huele a mantequilla y ajo.

Se me empieza a hacer la boca agua.

—¿Ana Dakkar? —Tiene una sonrisa cordial—. Eres clavada a tus padres.

Me han dicho eso un millón de veces, pero después del estrés de los últimos días, y de lo que le pasó a Dev, el comentario es como un golpe en la barriga. Tardo un instante en recuperar el habla.

—Yo... Sí. Somos la clase de primer año de Harding-Pencroft. Tenemos malas...

—¿Clase de primer año? —El pirata panadero ríe—. ¡Será posible! —No logro identificar su acento hasta que dice—: Yo soy Luca Barsanti.

Paso al italiano.

—*Piacere.*

—*Ah, parli la lingua del bel paese!*

—*Certo, sono un Delfino.*

—*Ottimo! Prego, entretate tutti! Anche il povero Hewett, portatelo. La mia prossima pagnotta di pane sta bruciando!*

Se mete otra vez en la choza.

—Hum... ¿Qué ha pasado? —pregunta Gem.

—Dice que entremos, y que llevemos a Hewett —traduzco—. Su siguiente pan de ajo está ardiendo.

CAPÍTULO 26

Mando a las Orcas a buscar al doctor Hewett a la enfermería.

Moverlo será peligroso. No sé qué instalaciones médicas tienen en la base secreta, pero Barsanti ha dicho que lo llevemos. Espero que su tecnología punta sirva para algo más que camuflar la isla y preparar pan de ajo.

—Nada de movimientos agresivos —advierto al resto de la tripulación.

Los Tiburones me miran como diciendo: «¿Quiénes, nosotros?».

Caigo en la cuenta de que acabo de dar una orden a mis compañeros, y me han tomado en serio. Hace tres días se habrían reído y no me habrían hecho caso, o como mínimo se habrían burlado de mí por comportarme como una figura de

autoridad. Han cambiado muchas cosas. No estoy segura de que eso sea bueno.

Entro la primera en la choza, que resulta ser solo una especie de recibidor. En el felpudo de goma pone BENDITO SEA ESTE DESASTRE. Contra la pared izquierda hay una ducha. Contra la derecha hay un perchero con gafas de buceo, botellas, aletas y fusiles de pesca submarina. Una cámara de seguridad nos mira desde el techo. Al fondo de la estancia, hay un túnel abierto en la roca volcánica que lleva al corazón de la montaña.

Atisbo la silueta de Barsanti más adelante en la penumbra. Su voz resuena hasta nosotros.

—¡He apagado los láseres, así que no deberían partiros por la mitad! ¡Venid, por favor!

Top olfatea el aire al lado de Ester. No parece preocupado; más bien da la impresión de que esté deseando comer un poco de pan. Top suele tener bastante buen ojo para el peligro. Avanzo siguiendo el aroma a mantequilla y ajo.

Después de unos treinta metros, el pasillo se abre en un gran espacio rectangular como el ático de un artista. Más pasillos salen en distintas direcciones. ¿Qué tamaño tiene este sitio?

El techo está lleno de conductos de ventilación y grandes lámparas industriales. El suelo de piedra pulida reluce como chocolate derretido. Las mesas de trabajo rebosan piezas de tecnología desmontadas.

En el rincón de la izquierda han instalado una zona de estar. Dos cómodos sofás forman una L alrededor de una mesa de centro. Un columpio de neumático cuelga del techo. (¿Por qué?). Una televisión gigante, conectada a media docena de consolas de videojuegos, emite algo que parece un programa de cocina. Montones de Blu-ray se hallan amontonados junto a la pantalla. Supongo que en la isla no tienen servicio de satélite ni de *streaming*.

En la esquina derecha de la sala, una araña de luces hecha con fragmentos de oreja marina brilla encima de una larga mesa de comedor metálica. Sentada sola al fondo hay una mujer muy menuda con una espléndida mata de pelo canoso trenzado como un montón de alambre de espino.

Está cruzada de piernas y descalza. Sus gruesas gafas de montura metálica brillan a la luz de su ordenador portátil. Brazaletes metálicos decoran sus antebrazos. Sus mallas negras y su top de yoga no parecen tanto prendas de deporte como un disfraz de acróbata diabólica.

Lanza una mirada recelosa a Barsanti, como si estuviese dispuesta a apretar un botón muy peligroso del portátil.

—¿Los volatilizo?

—No, no, son amistosos. —Barsanti levanta su bandeja de pan—. Tengo que ir a ver el horno. Júpiter me va a matar.

—Está bien.

La mujer le hace un gesto con la mano para que se vaya. Se queda un poco decepcionada.

Barsanti me sonríe.

—Esta es Ophelia, *mia moglie.* Poneos cómodos, por favor.

Enfila corriendo uno de los pasillos laterales.

Ophelia se levanta. Está claro que no es alta. Se nos acerca sin hacer ruido cual Duende Ninja de la Muerte. Parece a punto de decir algo —tal vez cómo piensa incinerarnos si nos portamos mal— cuando nuestro equipo Orca llega con la camilla del doctor Hewett.

Ophelia mira al paciente comatoso con el ceño fruncido. Después de tres días en la enfermería, el doctor tiene un aspecto terrible. Y huele aún peor.

—Theodosius, serás idiota —masculla Ophelia. Chasquea los dedos en dirección al equipo Orca—. Venid. No hay tiempo que perder.

Todos empezamos a seguirlos, pero Ophelia chasquea la lengua.

—Solo los médicos, gracias. El resto, esperad aquí.

Se van por otro pasillo. Nelinha empieza a desviarse a una de las mesas de trabajo hasta que Ophelia grita hacia atrás:

—NO TOQUÉIS NADA.

El resto de nosotros nos quedamos quietos mirándonos nerviosos en plan: «Bueno, aquí estamos. Y ahora, ¿qué?».

—¡Poneos cómodos! —dice Nelinha, imitando a Luca Barsanti. A continuación emula la voz de Ophelia—: Pero ¡no toquéis nada!

Robbie Barr estornuda.

—Bueno, no ha dicho que no podamos mirar. Voy a ver esas consolas.

—Y yo —dice Ramsay—. Hala, ¿esa es una Nintendo 64?

Gem hace gestos a sus compañeros Tiburones. Todos se dispersan para examinar la sala. Nelinha y Meadow Newman llevan a cabo una inspección estrictamente visual de los aparatos desmontados sobre la mesa más próxima.

Halimah se me acerca.

—*Cad a cheapann tú?*

Los demás Delfines se aproximan.

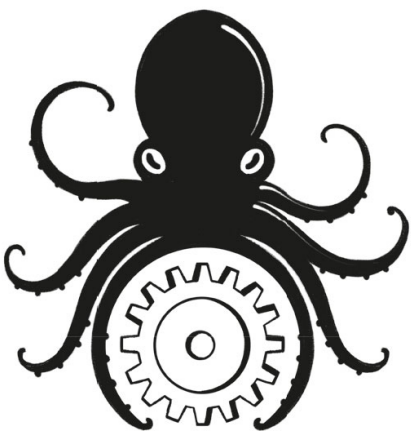
—No estoy segura —contesto, también en irlandés, aunque dudo que haya algún idioma seguro, dado el nivel de codificación al que nos hemos enfrentado para entrar por la puerta principal—. Parecen bastante amistosos. Si fuesen del Instituto Land...

Dejo la frase en el aire. ¿Cómo sabríamos si hemos caído en una trampa? Empiezo a preguntarme si he cometido un terrible error trayéndonos aquí...

Entonces Robbie Barr hace lo impensable. Para el vídeo que se está reproduciendo en la tele.

Supongo que piensa que la orden de no tocar nada no se aplica a las opciones de entretenimiento. Mientras rebusca entre los Blu-ray, un alarido de indignación brota de uno de los pasillos laterales. Una criatura humanoide entra en la sala andando como un pato y agitando sus peludos brazos naranja. Madre mía. Es un orangután. Y lleva un delantal de cocina decorado con margaritas de caras sonrientes.

El orangután enseña los dientes a Robbie y acto seguido dice en perfecta lengua de signos: «NO APAGUES A MARY BERRY».



CAPÍTULO 27

Los Tiburones echan mano a sus armas.

—¡No disparéis! —grito.

Afortunadamente, me hacen caso.

—Robbie —digo, con el corazón palpitante—, deja el mando a distancia y retrocede.

Robbie, que no es idiota, hace lo que le digo. Indico con la mano a mis amigos que hagan sitio al recién llegado naranja.

El orangután agarra el mando a distancia. Vuelve a poner el programa anterior, en el que un grupo de británicos sudan mientras preparan púdines de pan.

Me acerco despacio al orangután. Estiro las manos para mostrar que están vacías. Al orangután no parece inquietarle estar rodeado de humanos armados.

No mide más de un metro y medio, pero es una criatura imponente y temible. Seguramente pesa mucho más que yo. Desde luego tiene unos dientes más grandes. Su cara —plana y redonda con una fina barba naranja— me recuerda las ilustraciones de los libros de cuentos en los que la luna tiene rostro humano. De las extremidades le cae pelo como cortinas de flecos naranja. El nombre júpiter está cosido en su delantal de margaritas risueñas.

Cuando se fija en mí, le digo por señas: «Sentimos lo de la tele. Veo que hablas en lengua de signos».

Tiene unos ojos de un precioso marrón oscuro llenos de una inteligencia serena. Se mete el mando a distancia en el bolsillo del delantal. A continuación me contesta por signos: «Hablas orangután».

Me presento como A-N-A. (Es una suerte que tenga un nombre fácil de decir por señas). Estoy intentando averiguar cuál de varias docenas de preguntas quiero hacer cuando Luca Barsanti vuelve a toda prisa sin las manoplas de cocina ni la bandeja de pan.

—Oh, cielos —murmura—. Veo que ya habéis conocido a Júpiter. Por favor, no apaguéis nunca ese programa de repostería británica. Es como una religión para él, y Mary Berry es su diosa.

Júpiter se sube al sofá. Se queda mirando fijamente la pantalla mientras una mujer mayor británica con un casquete de pelo rubio perfecto habla largo y tendido de los peligros de las cortezas de los pasteles.

—Me acuerdo de este episodio —dice Gem—. Es de la tercera temporada. Preparan tartas de frutas.

Arqueo una ceja.

—¿Qué? —pregunta Gem—. Es televisión de calidad.

Júpiter debe de entender algo de nuestro idioma. Estudia a Gem con clara aprobación y da unas palmaditas en el cojín de al lado. Gem, que no quiere ofender al chef de grandes colmillos, se sienta en el sofá con él.

Luca ríe entre dientes.

—Ya ha hecho un amigo. ¡Bien! Júpiter ha visto cada episodio por lo menos veinte veces. Sería una lástima que no reprodujese las recetas para nosotros.

Nelinha señala al orangután, luego a la pantalla y luego otra vez al orangután.

—¿Así que este es el cocinero de la lasaña...?

De repente parece que no tiene tantas ganas de cenar.

—Es mucho más que un cocinero de lasaña —le asegura Luca—. ¡Puede preparar prácticamente cualquier plato! Sigue intentando convertirme en su pinche de cocina, pero me temo que el horno es una máquina que no consigo

dominar.

—Y... es un orangután.

Nelinha lo dice con delicadeza, como si Luca pudiese no haberse dado cuenta.

—¡Claro! —conviene Luca—. Siempre ha habido un Júpiter en Harding-Pencroft.

Las palabras de Luca son casi idénticas a las que Ester pronunció sobre Top. Sorprendida, me acuerdo de que en *La isla misteriosa* también aparecía un orangután. Otro Júpiter. Este Júpiter debe de ser su... ¿Qué? ¿Clon? ¿Tatarataratarataratarataratarataramono? Por lo visto, los Júpiter han evolucionado hasta el punto de poder comunicarse en perfecta lengua de signos y cocinar suflés.

Luca se vuelve hacia mí con el entrecejo fruncido de preocupación.

—Bueno, querida, tal vez deberías contarnos qué haces aquí. No esperábamos a tu hermano hasta dentro de cuatro años. Y no te esperábamos a ti... para nada. Debe de haber pasado algo muy grave.

Seguro que su intención no es hacerme daño con esas palabras, pero lo hace.

Yo me crie a la sombra de Dev. En general me parecía bien. Mis padres eran cariñosos y tolerantes, pero tenían unas ideas muy anticuadas con respecto a la necesidad de que su primogénito continuase con el legado familiar. A mí no me importaba que Dev fuese su elegido. Me daba libertad para hacer lo que quisiera con mi vida... o eso pensaba yo.

Ahora hay un vacío en el mundo del tamaño de Dev y no hay manera de que yo pueda llenarlo. Luca y Ophelia no contaban con que yo estuviese aquí, es posible que en la vida. Mi presencia es una señal de que ha ocurrido algo terrible.

Tengo que darle a Luca las malas noticias: Dev ha muerto. Harding-Pencroft ha desaparecido.

Mis cuerdas vocales se niegan a emitir sonidos.

Ophelia me salva de contestar cuando vuelve de la enfermería. Se acerca resueltamente a nosotros seguida de Ester, Top y Rhys Morrow. Ester tiene la cara colorada e hinchada de llorar. Rhys ejerce de asesor susurrándole en tono tranquilizador.

—Cáncer de páncreas —me dice Ophelia. Tiene una mirada acerada como su pelo y sus gafas—. Theodosius ha sido tonto.

La caja torácica me oprime.

—¿«Ha sido»?

—No, no, sigue vivo. Tu amigo Franklin le está administrando un tratamiento experimental en este momento. Me refería a que Theodosius debería haber

buscado ayuda médica hace meses. ¿Qué pensaba viniendo aquí en su estado con una tripulación de novatos?

Me mira con el entrecejo fruncido buscando respuestas que yo no tengo.

Top se acerca al sofá. Olfatea los dedos de los pies de Júpiter. Júpiter se limita a mirar al perro, saca una galleta del bolsillo del delantal y se la da a Top. Otra amistad asegurada.

—Yo...

Se me quiebra la voz. Durante tres días he intentado no venirme abajo. No puedo echarme a llorar ahora, delante de toda mi tripulación.

Gem se levanta del sofá. Él y Nelinha se dirigen hacia mí como si intuyesen que necesito apoyo.

—¿Qué tal si nos sentamos a hablar? —propone Gem a nuestros anfitriones, señalando la mesa de comedor.

Su tono tranquilo me recuerda que los Tiburones están adiestrados para ser diplomáticos además de soldados.

—Buena idea —asiente Nelinha. Ya son dos veces esta semana en las que coincide con Gem, cosa que debe de significar que se avecina el fin del mundo—. El resto de la tripulación puede amarrar el Varuna o asearse. ¿Verdad, Ana?

Asiento con la cabeza dando gracias por la ayuda. Es mejor que deshacerme en lágrimas.

—A todos os vendría bien ducharos —concede Ophelia.

Supongo que después de tres días en el mar, racionando el agua fresca, los veinte no debemos de oler a rosas.

Ophelia emite un chasquido por un lado de la boca, como si animase a un caballo. Dos libélulas mecánicas entran zumbando en la sala y se quedan planeando sobre sus hombros.

—Los drones enseñarán las instalaciones a vuestra tripulación —dice—. También evitarán que los niños más traviesos se desvíen a las zonas prohibidas y acaben muertos.

—Yo voy a por *espresso* y *biscotti*. —La sonrisa de Luca se torna frágil, como si sospechase que podría perderla al escuchar nuestra historia—. Tengo la sensación de que vamos a necesitar algo que nos levante el ánimo antes de la cena.

CAPÍTULO 28

Nunca es fácil hablar de la suerte que ha corrido Harding-Pencroft.

Cuando explico que mi hermano ha muerto, me siento como si estuviese recogiendo las cenizas de su pira funeraria, abriéndome paso entre las brasas calientes de su vida con las manos.

Gem y Nelinha me acompañan sentados a cada lado. Ester, que sigue sonándose la nariz sin hacer ruido, está sentada a la derecha de Nelinha. No sé si Ester llora por el estado del doctor Hewett, por la pérdida de la academia o por el inquietante nuevo sitio y las inquietantes nuevas personas a las que está teniendo que enfrentarse. Todas son razones de peso.

Como siempre, los otros dos monitores deberían estar presentes en la conversación, pero parecen conformarse con que Ester y Nelinha les sustituyan. Franklin permanece en la enfermería atendiendo al doctor Hewett. Tia Romero, la pobre, está haciendo de tía de todos. Conduce al resto de los tripulantes asegurándose de que se instalan en la base sin acabar fulminados por láseres ni libélulas mecánicas.

Cuando he terminado de contar la historia, Luca y Ophelia se miran largamente. No parece que les sorprenda nada de lo que les he relatado. Sus expresiones reflejan una seria confirmación, como si hubiesen temido esas noticias durante años.

Ophelia se ajusta las gafas de montura metálica. Apoya los codos en la mesa y entrelaza los dedos, dejando que los brazaletes le caigan por los antebrazos.

—Ana, lo siento mucho. Merecías algo mejor de nosotros.

Su tono me sorprende casi tanto como su disculpa. Parece enfadada y dolida, cosa que me hace ser consciente de cuántas de esas emociones he estado guardándome dentro durante los últimos tres días. Me trago el sabor a bilis. Supongo que es un cambio favorable con respecto a la tristeza inconsolable.

—¿Qué merezco? —pregunto—. ¿La verdad, por ejemplo?

Luca mira dentro de su taza de *espresso* frunciendo el ceño.

—*Certo. La veritá. Ma non è cosí semplice, cara mia.*

—¿Por qué no? —inquiero—. A mí me parece bastante simple. ¿Por qué tuvo que callarse Dev lo que sabía? ¿Por qué ha tenido que vivir Ester con sus secretos?

Ester se ruboriza.

Me doy cuenta de que tal vez no debería haberla puesto en semejante aprieto, y eso hace que mire a Ophelia frunciendo aún más el entrecejo.

—Y no me diga que la academia intentaba protegerme.

Ophelia niega con la cabeza.

—No, Ana. La academia intentaba protegerse a sí misma.

—Y ustedes estuvieron de acuerdo.

Gem carraspea, una señal sutil de que estoy adoptando un tono agresivo. No estoy segura de por qué estoy tan enfadada con Luca y Ophelia. Apenas los conozco. Hasta el momento han sido amables con nosotros, aparte de amenazar con aniquilarnos.

Luca moja un *biscotto* en su *espresso* lanzando un suspiro.

—Ana, cuando tus padres murieron... Ophelia y yo estábamos aquí con ellos. Formábamos parte de su equipo.

Miro mi café y mi galleta. Tengo ganas de partir el *biscotto* en un millón de

pedazos, pero estoy segura de que Júpiter lo ha preparado y no quiero ofender al orangután.

—¿Qué pasó? —consigo preguntar.

A Luca se le tensan los músculos de la mandíbula bajo la piel morena.

—¿La verdad? Todavía no estamos seguros. Deberíamos haber tenido más cuidado. Entiéndelo, después de que cuatro generaciones de Dakkar lo buscasen, tu padre por fin encontró este sitio. Tu madre y él estaban empeñados en seguir adelante.

—Se refiere a explorar los restos del submarino —digo.

Luca vacila tanto tiempo que el café empapa la mitad de su *biscotto*.

—Nosotros les aconsejamos cautela. Ophelia sobre todo... Pero era como decirle a alguien que acaba de encontrar el Santo Grial que no beba de él. Tus padres estaban convencidos de que podían con la inmersión. Y después... después del accidente.

Luca agacha la cabeza.

Nelinha comprende antes que yo.

—Se sienten culpables —afirma—. Eran amigos.

Ophelia pone la mano en el hombro de su marido.

—Los cuatro nos graduamos juntos en Harding-Pencroft. —Se vuelve hacia mí—. Cuando Tarun y Sita murieron, algunos profesores de HP quisieron traeros a ti y a tu hermano aquí enseguida... para que estuvieseis en un sitio seguro. Theodosius Hewett era uno de ellos.

—Nosotros no estábamos de acuerdo —dice Luca—. Nos parecía muy peligroso. Todavía lo es. Preferíamos que los dos siguieseis formándoos, que vivieseis más años en tierra firme antes de tener que enfrentaros al legado de Nemo. No pensábamos que el Instituto Land se arriesgaría a lanzar un ataque tan atrevido y a poneros a ti y a Dev en peligro. Erais demasiado importantes. Pero ahora que tu hermano... —A Luca se le quiebra la voz—. Parece que nos equivocamos. Lo siento mucho.

Me zumba la cabeza, y no solo de la cafeína.

Trato de imaginarme qué habría pasado si Dev y yo hubiésemos pasado los últimos dos años en esta isla. Yo no habría conocido a Nelinha ni a Ester. No sería monitora de la Casa Delfín. Habría tenido más tiempo para estar con Dev, pero lo habríamos pasado en esta base subterránea, en mitad de la nada, donde nuestros padres murieron.

No puedo culpar a Luca y a Ophelia de no desear algo así. A pesar de todo, un nudo de rabia del tamaño de un puño me arde en el pecho. A Dev y a mí no

nos dejaron elegir. Si esta base es la herencia de nuestra familia, si la tecnología alternativa es nuestra, ¿qué derecho tenía Harding-Pencroft a ocultárnoslo? ¿Por qué pueden controlar nuestras vidas?

Me acuerdo de lo que Caleb South dijo sobre la costumbre de guardar secretos de Harding-Pencroft: «¿Cuántos problemas del mundo podríais haber resuelto si los hubierais compartido, cobardes?».

Me pregunto si Caleb tenía razón. ¿De verdad Harding-Pencroft es mucho mejor que el Instituto Land?

Ophelia parece leerme el pensamiento.

—No tienes motivos para fiarte de nosotros, pero nosotros nos fiamos de ti, Ana. Eres la última Dakkar. Está claro que Theodosius pensaba que eras capaz, y has conseguido traer a tu tripulación sin problemas a la base Lincoln.

Luca lanza una mirada de preocupación a su esposa.

—¿Estás proponiendo...?

—Sí —contesta Ophelia—. Le enseñaremos a Ana todo. Que ella decida.

La silla de Gem cruje cuando se inclina hacia delante.

—¿Qué es «todo» exactamente?

Consigue evitar bastante bien que su voz refleje emoción. Aun así, como todo buen Tiburón, es probable que está soñando con armas nuevecitas.

Ophelia mantiene la mirada clavada en mí.

—Tenéis que entender que los aparatos de tecnología alternativa que habéis visto hasta ahora (las armas de Leiden, el camuflaje dinámico) son solo pálidas imitaciones de la tecnología de Nemo. Durante el último siglo y medio, tanto HP como el Instituto Land han intentado recrear lo que Nemo hizo. Hemos conseguido unos cuantos éxitos más: la microonda, la fibra óptica, los láseres, la fisión nuclear...

—¿La microonda?

Nelinha se queda estupefacta. No me la imagino sobreviviendo sin el horno microondas de la sala de juegos de HP. Le encantan las palomitas.

Ophelia esboza una débil sonrisa.

—Sí. Uno de los inventos menos peligrosos de Nemo. A finales de los años cuarenta, nos pareció que podíamos filtrar esa tecnología al público general.

—Un momento —dice Gem—. ¿Fisión nuclear? ¿Nos está diciendo que el capitán Nemo tenía bombas nucleares?

Ophelia sonríe con suficiencia.

—Por supuesto que no. Él nunca habría creado unas armas tan vulgares y chapuceras. Pero sí que fue el primero en investigar la física nuclear. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Instituto Land decidió que podía «mejorar» el mundo

filtrando algunos de los conocimientos de Nemo para contribuir al desarrollo del proyecto Manhattan. Ellos siguen afirmando que hicieron algo bueno, aunque la carrera armamentística de la Guerra Fría estuvo a punto de destruir el mundo media docena de veces.

—Vale... —asiente Gem despacio—. Pero gracias a esa tecnología tenemos la energía nuclear, los tratamientos contra el cáncer y la exploración espacial de larga distancia, ¿no? La tecnología puede ser buena y mala.

Luca pone la mano en la muñeca de Ophelia, como si temiese que fuera a saltar por encima de la mesa y estrangular a Gem.

—Amigo mío —dice Luca—, cada vez que se filtra un avance de tecnología alternativa al resto del mundo, se produce un increíble trastorno. La fisión nuclear es un ejemplo. ¿Te imaginas que revelásemos al mundo que Nemo descubrió el secreto de la fusión fría?

Nelinha inspira bruscamente.

No soy una experta en ciencia exacta, pero hasta yo entiendo lo importante que sería. La fisión consiste en dividir el núcleo de los átomos pesados para crear energía, pero también produce un montón de desagradables residuos radiactivos. La fusión es lo contrario. Combina los átomos. Es la fuerza que alimenta el sol. Si los humanos aprendiesen a aprovechar ese proceso a temperatura ambiente, la fisión «fría», podrían crear energía ilimitada y producir solo gases de escape inofensivos.

—¿Por qué no quieren compartir esa información? —pregunto—. Revolucionaría el mundo.

—O lo destruiría —replica Ophelia—. Imagínate que un gobierno del mundo monopolizase ese poder. O, peor aún, una empresa.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Está diciendo que el secreto de la fusión fría está aquí, en esta base?

—Ese secreto —conviene Luca— y muchos más. Pero no podemos desbloquearlos ni estudiarlos, y mucho menos reproducirlos, porque Nemo vinculó su obra maestra a la sangre de su familia: tu sangre.

La bola de rabia que tengo en el pecho empieza a enfriarse y a encoger, y crea su propia reacción de fusión fría.

—La obra maestra de Nemo... —digo—. No se refiere a la base. Se refiere al Nautilus.

Luca y Ophelia se quedan en silencio.

Muevo la cabeza con incredulidad.

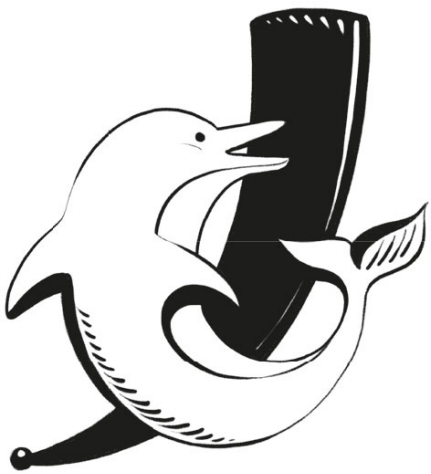
—Pero solo son unos restos.

Pienso en las fotos que he visto de la tumba del Titanic: un casco metálico

partido y cubierto de óxido que se descompone poco a poco. Y ese barco se hundió algo así como cincuenta años después del Nautilus.

—No puede quedar gran cosa. Ha estado en el fondo del mar un siglo y medio.

—No, querida. —Luca parece melancólico, como si esa noticia fuese aún peor que la destrucción de Harding-Pencroft—. Tus padres encontraron el Nautilus intacto. Mañana te lo presentaremos.



CAPÍTULO 29

Cómo poner hiperactivos a veinte estudiantes de primer año:

1. Pon a su disposición una máquina de café.
2. Ofréceles un refugio seguro después de huir de la muerte durante setenta y dos horas.
3. Dales una comida casera preparada por un orangután.
4. Diles que mañana podrán ver un submarino imaginario del siglo XIX que en realidad no es imaginario.

Luca insiste en que no hablemos más del Nautilus hasta mañana. Aunque me muero de ganas de hacer preguntas, supongo que es mejor así. Tengo la cabeza a punto de explotar de tanto imposible.

¿Cómo ha podido sobrevivir intacto bajo el agua un submarino más de ciento cincuenta años? ¿Y qué quiere decir Luca con «intacto»? ¿Se reconoce el casco? ¿El interior no estaba totalmente inundado? Y sobre todo, ¿a qué se refiere con que me «presentarán» el submarino? Habla como si... No, no voy a seguir ese razonamiento. Es de locos.

En la cena, solo diez de nosotros cabemos alrededor de la mesa. El resto se reparte por la sala principal. Se sientan donde pueden, aunque nadie se atreve a probar el columpio de Júpiter.

El volumen de la conversación aumenta. Oigo alguna que otra risa. Mis compañeros bromean entre ellos y parecen relajados y contentos como acostumbraba a verlos antes de que nuestro mundo quedase destruido. Si cierro los ojos, casi puedo creer que estoy otra vez en la cafetería de Harding-Pencroft una noche cualquiera.

La melancolía se me empieza a ir de las manos hasta que Júpiter me pone un plato de lasaña humeante delante. Ha añadido una estupenda ensalada mixta a un lado y dos trozos de pan de ajo ligeramente quemados.

Señala a Luca. «Lo del pan ha sido culpa de él».

«Gracias», digo con signos.

Júpiter agarra mi servilleta y me la pone en el regazo porque, como la mayoría de los grandes simios, sabe más de etiqueta que yo.

El olor de la lasaña me hace la boca agua. Queso y salsa de tomate borbotean entre láminas doradas de pasta.

Me vuelvo hacia Luca.

—No quiero insultar a Júpiter, pero esto no tiene ternera, ¿verdad? Ya sabe, soy hindú.

Luca ríe afablemente.

—Nada de ternera. En los primeros tiempos del Nautilus, Nemo y su tripulación pescaban animales marinos para obtener carne, pero a medida que se hacía mayor, Nemo se convirtió en lo que ahora llamaríamos «vegano». Comprendió que era mejor para el océano. Cultivaba sus cosechas híbridas en los huertos subacuáticos que hay... —Una sombra momentánea cruza su rostro, como si se diese cuenta de que ha dicho algo que no debía—. En el agua, cerca de aquí. Muchas de esas cosechas se descontrolaron. Todavía crecen hoy día. Todo lo que tienes en el plato viene de esos huertos.

Al otro lado de Luca, Ester huele un trozo de pan de ajo.

—¿También esto?

—Bueno, el ajo no —concede él—. En la superficie del atolón tengo un huerto de hierbas y especias difíciles de simular. Pero todo lo demás, sí. Harina

de algas blancas, bicarbonato de sodio y ácido para la levadura...

—¿Y la mantequilla y el queso? —pregunto.

—Macroalgas especialmente tratadas y extracto de musgo de Irlanda.

—¿Rico? —dice Nelinha desde el otro lado de la mesa.

Ophelia le da un codazo en el brazo.

—Pruébalo.

Nelinha mordisquea el pan y abre mucho los ojos.

—¡Rico, la verdad! Está un poco quemado, pero...

—¡Bueno, basta ya! —exclama Luca.

Ophelia sonríe, cosa que vuelve su mirada menos acerada y más... No sé, plateada.

—Cualquier comida que Júpiter ve en el programa de Mary Berry, o en otro programa de cocina, podemos simularla con productos elaborados con plantas marinas. El orangután nos obliga a ponernos las pilas.

Pruebo la lasaña. Sabe mejor de lo que huele.

—Podrían alimentar al mundo con estos cultivos.

Ophelia levanta el dedo índice en señal de advertencia.

—O podríamos alimentar los beneficios de las empresas multinacionales interesadas en explotar los recursos alimenticios (o, lo más probable, estrangularlos) para mantener sus monopolios.

De repente, la cena me sabe un poco más a macroalgas.

Top está sentado pacientemente a los pies de Ester. No suplica; es demasiado listo para eso. Se limita a poner cara adorable y triste, mirando a lo lejos como si pensase: «¡Ay, mi pobre estómago!». Cada vez que alguien le pasa sobras con disimulo, cosa que ocurre a menudo, se hace el sorprendido. «¿Para mí? Bueno, si insistes».

Es mitad mascota de apoyo emocional, mitad pícaro.

Mientras tanto, Júpiter circula entre los Delfines charlando con ellos en lengua de signos. Describe las maravillas culinarias que están disfrutando. Parte de su jerga gastronómica resulta difícil de seguir. No conozco los gestos en lengua de signos para decir «salteado» o «musgo de Irlanda». Aun así, los Delfines saben decir «delicioso» y «gracias». Parece que eso le complace.

Gem rebaña la lasaña que le queda con el pan de ajo.

—Bueno, doctor Barsanti...

—Luca, por favor.

Gem se mueve incómodo. Le gustan las formalidades.

—Ejem, ¿tú y la doctora...?

—Me apellido Artemesia —dice Ophelia—, pero llámame Ophelia.

Gem consigue procesarlo sin que le reviente un vaso sanguíneo.

—Hum, Ophelia y Luca... ¿habéis dicho que los dos fuisteis a Harding-Pencroft?

Luca asiente con la cabeza.

—¡Como mi padre, y su padre, y su padre antes que él! El último año en la academia fui capitán de los Cefalópodos.

Unos cuantos Cefalópodos mascullan «¡Sí, señor!» y hacen gestos de victoria con el puño, orgullosos de su casa.

—Ese mismo año —cuenta Ophelia—, yo fui capitana de las Orcas. También terminé el curso de los Tiburones *cum laude*.

La miro con nuevo asombro. Graduarse en dos casas no es algo insólito, pero es dificilísimo. La carga de trabajo prácticamente es doble. Ser capitana y terminar el curso de otra casa *cum laude*... Increíble.

Por si eso fuera poco, los Tiburones y los Orcas se consideran diametralmente opuestos. Los Tiburones son soldados de primera línea, tácticos, especialistas en armas, comandantes. Los Orcas son médicos, trabajadores comunitarios, archiveros y personal de asistencia. No entiendo cómo a alguien se le pueden dar bien las dos cosas.

El pan olvidado de Gem sobrevuela su plato goteando salsa marinera simulada con plantas subacuáticas.

—Entonces... qué fuerte. Doctora, o sea, Ophelia, ¿tuviste a Tarun Dakkar como capitán de los Tiburones?

—Ya lo creo. Y Sita era mi mejor amiga. Yo le enseñé a aterrorizar a los compañeros de clase más pequeños.

—También me aterrorizaste a mí —dice Luca sonriendo—. ¡Como me robaste el corazón!

—Y he estado aguantándote desde entonces.

Ophelia pone cara de póquer, pero guiña el ojo rápido a su marido.

Luca ríe.

—Eso es verdad. Por cierto, Ana, tu madre fue una brillante capitana Delfín. Estaría muy orgullosa de ti.

No es la primera vez que alguien me dice que conoció a mis padres. Pero me resulta extraño imaginarme a Luca y Ophelia y a mis padres de adolescentes, paseándose juntos por Harding-Pencroft en su último año en la academia como si fuesen los dueños del centro, como Dev hace ahora... O como hacía antes del ataque...

Intento murmurar: «Gracias». Me sale algo más parecido a «Aza».

Dejo el tenedor esperando que nadie se fije en que me tiemblan los dedos.

Por supuesto, Nelinha se da cuenta.

—BUENO, LUCA... —Llama la atención de él elevando la voz a un volumen digno de Ester—. ¿Cuántas generaciones de tu familia estuvieron en HP?

A Luca le brillan los ojos.

—Desde el principio. Nos reclutaron por el trabajo de un antepasado mío sobre la combustión interna.

La expresión de interés de Nelinha aumenta varios puntos.

—Un momento, ¿tu antepasado era Eugenio Barsanti? ¿El que creó el primer motor de combustión interna?

Luca abre las manos.

—Muchas familias famosas han estado asociadas a HP durante generaciones. ¡La academia necesitaba a las mejores mentes para reproducir la tecnología de Nemo! Pero seguro que eso no os sorprende. En vuestra clase hay una Harding, una Dakkar... —Mira a Gem—. Tú te apellidas Twain, ¿verdad? ¿No hubo un escritor estadounidense famoso...?

—No tenemos ninguna relación —murmura Gem—. Por cierto, su apellido real era Clemens.

—Entiendo. —Luca se queda un tanto decepcionado, como si quisiese un autógrafo—. De todas formas, cada generación debe demostrar lo que vale en HP, ¡como seguro que vosotros haréis!

Alrededor de la mesa, las expresiones de mis compañeros se tornan serias. Me imagino que están pensando lo mismo que yo. ¿Cómo podemos demostrar lo que valemos si HP ya no existe?

Tal vez algún día habríamos llegado a capitanes de casa. Tal vez habríamos encontrado el amor entre nuestros colegas, como lo encontraron Luca y Ophelia (aunque, sinceramente, me cuesta imaginarlo). Tal vez habríamos tenido carreras brillantes.

No hay forma de saberlo. Hace cuatro días, nuestros futuros se despeñaron por un acantilado.

Ophelia se percata del cambio de humor. Suspira exasperada.

—Ah, Barsanti.

Luca pone cara de confundido.

—¿Qué he hecho?

Me da la impresión de que Luca es el tipo de hombre que atravesaría alegremente un campo de minas y conseguiría salir ileso por el otro lado, mientras Ophelia se tiraba de los pelos y lo regañaba por ser poco prudente. Me cuesta imaginar que fuesen amigos de mis padres. Son la combinación perfecta de

cariño, atrevimiento, brillantez y excentricidad.

—Si ya hemos terminado de comer —continúa Ophelia—, nuestros invitados podrían ayudarnos a limpiar. Júpiter cocina, pero no friega los platos.

La mujer nos pone a trabajar. Nada como frotar bandejas de lasaña para poner tus problemas en perspectiva. Cuando la cocina y la zona de comer están impecables, la mayoría de la tripulación vuelve al Varuna para acostarse. El barco se ha limpiado y reabastecido, de modo que mis compañeros estarán bastante cómodos. Además, en la base no hay camas suficientes para todos. Yo preferiría volver con ellos, pero Luca y Ophelia me han pedido que me quede en el cuarto de huéspedes de la base. Tiene dos literas: espacio de sobra para Nelinha, Ester y yo. Nelinha trae mi mochila con la suya.

Gem parece indeciso, como si quisiera quedarse la cuarta cama para poder vigilarme.

Sí... Va a ser que no.

—No me pasará nada —le digo—. Cuida de la tripulación en el Varuna, ¿vale? Nos veremos en el desayuno.

Él vacila.

—Ten cuidado.

No estoy segura de si no se fía de nuestros anfitriones o si no se fía de la vida en general. Después de nuestras recientes experiencias, le entiendo perfectamente.

Ophelia nos enseña nuestra habitación: un cuarto sencillo con literas y poco más. Procuro no pensar en lo mucho que se parece a un calabozo. Por primera vez desde que me fui de HP, duermo en una habitación que no se mece ni se balancea.

Eso no hace más que empeorar las pesadillas.

CAPÍTULO 30

Sueño que me ahogo, cosa rara en mí.

Estoy atrapada con Dev en la oficina de seguridad de Harding-Pencroft, muy por debajo del edificio de administración. En múltiples monitores, vemos cómo unos torpedos corren hacia el pie de los acantilados. Dev grita por megafonía:

—¡Grave peligro! ¡Necesito que todo el mundo EVACÚE! Me...

La sala se desmorona a nuestro alrededor. El suelo se parte como una capa de hielo. Monitores y tableros de control explotan. El techo se desploma. Nos precipitamos hacia la nada.

Nos hundimos bajo la bahía encerrados en una burbuja de aire en medio de

una tumba móvil de restos. Gritamos y aporreamos con los puños losas de hormigón destrozado. Entra agua marina a raudales. Dev estira el brazo para agarrarme la mano cuando se me sumerge la cabeza. Se me llenan los pulmones de agua de mar y sedimentos.

Me despierto empapada en sudor frío.

Por unos instantes, mientras respiro entrecortadamente, no sé dónde estoy.

Oigo los ronquidos de Ester en la cama de al lado. En la litera de encima de mí, Nelinha gruñe en sueños. Tal vez estoy otra vez en Harding-Pencroft y todo va bien...

Entonces me acuerdo. La base Lincoln. Mi vida anterior ya no existe. Hay un motivo por el que sueño con escombros...

Me incorporo temblando. Por lo menos el dolor menstrual ha empezado a disminuir. Es una suerte.

Consulto el reloj de buceo: las cinco y media de la mañana.

Sé que ya no podré volver a dormirme. Salgo de la cama lo más silenciosamente que puedo y saco un bañador de la mochila. Cuando sueñas que te ahogas, solo puedes hacer una cosa: meterte en el agua lo antes posible.

Atravieso la sala principal y salgo al embarcadero sin encontrarme con nadie. El Varuna reposa oscuro y silencioso en sus amarras.

A medida que amanece, la laguna se convierte en un cristal color turquesa y rosa. Me zambullo en el agua transparente y templada. Enseguida me rodea un tornado de peces ángel. Buceo a pulmón entre los arrecifes. Doy los buenos días a una víbora morena que se asoma a su grieta. Admiro un tiburón nodriza de casi cuatro metros y medio que se desliza entre las hierbas marinas.

Al cabo de un rato, Sócrates me encuentra. Me presenta a sus amigos delfines. Nadamos juntos hasta que el cielo está lleno de luz.

Cuando vuelvo a la base sin hacer ruido, me siento revitalizada. El olor a bollos en el horno me levanta el ánimo todavía más. Júpiter anda alrededor de la mesa del comedor colocando cestos de cruasanes, magdalenas y caracolas en previsión del ajetreo de la mañana. No me puedo creer que un orangután haya preparado tanta comida en tan poco tiempo.

«Huele de maravilla —le digo—. ¿Puedo ayudarte?».

Él me da una empanadilla. «Prueba esto».

Se derrite en mi boca: mantequilla que no es mantequilla, pasta hojaldrada que no sabe nada a algas, relleno de fruta que me recuerda a pera y naranja pero que seguramente viene de uno de los proyectos botánicos de Nemo cosechado quince metros por debajo.

Si viviese aquí permanentemente, se me dispararía el colesterol... ¿O Nemo

también descubrió una forma de evitar el colesterol?

«Delicioso —digo—. Mary Berry estaría orgullosa».

Júpiter contesta por signos con toda tranquilidad: «Te quiero». A continuación regresa a la cocina andando como un pato. Robo un cesto de bollos y me lo llevo a la habitación... para mis amigas, claro. Tomo nota mentalmente de que tengo que preguntarle a Júpiter si sabe preparar gujiyas. Si me dice que no, tendré que enseñarle. Seguro que a Mary Berry le parecería bien.

Encuentro a Ester y Nelinha duchadas y vestidas. No parece preocuparles dónde he estado. Están acostumbradas a mis chapuzones matutinos.

—¿Repostería orangutana? —ofrezco.

—Sí, por favor. —Nelinha agarra una empanadilla. Me mira de arriba abajo —. Me alegro de que no te hayan fulminado las defensas submarinas de la laguna.

Su comentario me hace sentir como una tonta porque ni siquiera me lo he planteado.

Ester picotea la masa de su tarta de manzana falsa. Hoy lleva su blusa rosa y sus mallas del mismo color. Supongo que eso significa que está especialmente nerviosa, porque el rosa le reconforta. Su pelo, peinado hacia atrás en rizos rubios húmedos, ya empieza a secarse y a erizarse en distintas direcciones. Como el razonamiento de Ester, su cabello siempre acaba haciendo lo que le da la gana.

—He estado pensando en lo de anoche. —Me mira los pies—. ¿Te acuerdas de que te dije que el Nautilus es peligroso? ¿Que creo que mató a tus padres?

Asiento con la cabeza.

Como si pudiese olvidarlo.

—Creo que ahora lo entiendo —dice—. Después de escuchar a Luca y a Ophelia anoche, no creo que debas...

Alguien llama a la puerta.

Ophelia asoma la cabeza.

—Ah, bien. Ya estáis todas levantadas.

Su tono me hace sospechar que ya lo sabía. Debe de haber monitores de seguridad por toda la base, tal vez incluso en esta habitación.

Ester se sonroja y baja la vista. Top se sienta enfrente de ella en actitud protectora mirando a Ophelia como diciendo: «Mi humana».

—¿Lista? —me pregunta Ophelia—. ¿Vienen tus amigas?

Mi cerebro tarda un instante en comprender. Claro. Se refiere a si estoy lista para ver el Nautilus. La empanadilla de Júpiter se me revuelve en el estómago.

—Hum...

—Sí —contesta Nelinha por mí—. También vamos.

—Me gustaría que me acompañasen. —Miro a Ester—. Si no hay problema.

Ester asiente. Sus orejas se ponen del color del pez ángel llama.

Ophelia tiene una mirada triste detrás de sus gafas de montura metálica. Me pregunto si se está acordando de mis padres.

—Muy bien —dice—. Por aquí.

Top avanza trotando a nuestro lado. Es el único que no parece nervioso. Ophelia nos lleva por un pasillo totalmente redondeado, como si una broca enorme lo hubiese abierto en el corazón del volcán.

—¿Viene Luca? —pregunto.

—Ya está allí —dice Ophelia.

Estoy tentada de preguntarle dónde es exactamente «allí», pero tengo la sensación de que no tardaré en descubrirlo. Me pregunto si debería haber esperado a que Gem viniese con nosotras. Me imagino que luego me echará la bronca. Sin embargo, no estoy segura de que un guardaespaldas hiperprotector armado hasta los dientes me ayude a estar más segura esta mañana.

Al fondo del pasillo hay una escotilla metálica que me recuerda la puerta de una vieja caja fuerte.

—¿Esto... esto estaba ya aquí? —pregunto—. ¿O sea, en la época de Nemo?

Ophelia me mira con curiosidad.

—¿Por qué lo preguntas?

Tengo que pensarlo. La chapa y los engranajes de la puerta no muestran ninguna señal de corrosión. Su estilo es similar al de otros artículos de tecnología alternativa que he visto, como el LOCUS y el cañón de Leiden. Pero la puerta de la cámara acorazada irradia peso y fuerza.

—Parece antigua —concluyo—. Muy antigua.

Ophelia me dedica una sonrisa irónica.

—Muy perspicaz, Ana. A partir de aquí empieza la base original de Nemo. Cyrus Harding precintó esta puerta poco después de que Nemo muriera. Estuvo cerrada hasta que la excavamos hace dos años, cuando tu padre la abrió.

Ester se estrecha los brazos temblando.

—Pero la erupción volcánica destruyó la isla. En *La isla misteriosa* lo pone.

—Sí, bueno... —Ophelia mira por encima de las gafas—. Es posible que Harding y Pencroft exageraran un poco la verdad cuando hablaron con Julio Verne. Era menos probable que aventureros y cazatesoros buscaran la isla si creían que había sido arrasada.

—Entonces el libro mentía. —Ester parece ofendida, como si sus meticulosas fichas la hubiesen traicionado—. Eso explica...

Se detiene. A la tenue luz cenital del pasillo, su piel parece de coral deslucido y pierde poco a poco su saludable color rosado.

—¿Qué es ese metal? —pregunta Nelinha a nuestra anfitriona—. No es acero ni latón. Parece que no se corroe.

—Ingenioso, ¿verdad? —conviene Ophelia—. A falta de una palabra mejor, lo llamamos «nemonio». Todavía no hemos conseguido reproducir la aleación, aunque podemos aprovecharla y reutilizar trozos para nuestros propios aparatos. Por lo que sabemos...

Inicia un detallado análisis de la resistencia a la tensión, la maleabilidad y la densidad del nemonio que seguro que varias personas en el mundo entienden, una de ellas Nelinha. Mientras tanto, me vuelvo hacia Ester y le susurro:

—¿Estás bien?

Ella se muerde el pulgar. Resisto el impulso de apartarle la mano de la boca.

—Ten cuidado dentro —me dice—. Creo que sería útil que primero hablases con ella.

No estoy segura de entenderla. Uno de los problemas de ser políglota es que a veces dudas de ti misma sobre el significado de las palabras. ¿Ha dicho Ester «hablases con ella»? En nuestro idioma, «puerta» es una palabra femenina, o sea que tiene que referirse a la puerta. ¿O estamos usando otra lengua?

—¿Que hable con...? —empiezo a decir.

—Ana —me interrumpe Ophelia—. ¿Quieres hacer los honores?

Señala la puerta de la cámara acorazada. Tiene una enorme rueda metálica de engranaje en medio, con pistones que salen hacia fuera como los radios del timón de un barco. En el centro de la rueda, donde estaría el agujero del eje, hay un hemisferio de nemonio del mismo tamaño del lector de ADN que usé en la carta náutica del doctor Hewett.

—¿Yo? —pregunto, como si ella se dirigiese a otra Ana.

—Bueno, puedo hacerlo yo. —Ophelia saca del bolsillo algo que parece una tarjeta metálica de seguridad—. Conseguimos manipular la cerradura después de que tu padre la abriera. Pero como está codificada con tu ADN...

Ophelia espera. No sé si me está poniendo a prueba o dejando que me ponga a prueba yo misma. Pienso en la desagradable corriente eléctrica caliente que me subió por el brazo la última vez que toqué un lector de ADN de Nemo. Luego pienso en el sueño en el que me ahogo: la sensación de terror y desolación cuando Dev intentaba agarrarme y se me llenaban los pulmones de agua salada.

Soy la última Dakkar.

Presiono la rueda que hace las veces de cerradura con la mano. El metal no me da ninguna descarga. La pieza central gira. Los pistones se retiran. El aire silba alrededor de los bordes de la puerta como si hubiese roto un cierre hermético. La puerta no se mueve, pero sospecho que si empujase, se abriría fácilmente.

Ophelia levanta la mano en señal de advertencia.

—Antes de que procedamos... Mantened la calma cuando entremos, por favor. Es recomendable evitar movimientos bruscos y ruidos fuertes. Sobre todo tú, Ana. Acercarse al Nautilus no debería suponer ningún peligro. Luca y yo entramos y salimos de esta cueva a diario, y no hemos tenido ningún percance.

«Percance». La palabra me parece un eufemismo ofensivo, considerando que mis padres murieron por culpa del Nautilus.

—Pero estás preocupada —observo—. Porque soy la primera Dakkar que se acerca al submarino desde... desde el accidente.

Las trenzas de alambre de espino de Ophelia brillan a la tenue luz.

—Hemos trabajado dos años para limpiar y reparar los sistemas del submarino lo mejor posible.

—Un momento —interviene Nelinha—. ¿Habéis estado a bordo? ¿Todavía quedan sistemas que limpiar?

—Es más fácil enseñároslo —afirma Ophelia—. La mayoría de las funciones avanzadas del submarino están inactivas porque... bueno, porque para activarlas hace falta un Dakkar vivo. Lo más probable es que lo que les pasó a Tarun y Sita fuese un fallo, un malentendido. Aun así, no podemos estar seguros...

—¿Un «malentendido»?

No quiero gritar, pero está hablando de las muertes de mis padres. No me apetece mantener la calma.

Ophelia hace una mueca. Se vuelve hacia Ester.

—¿Te gustaría explicárselo tú, querida? —dice Ophelia—. Sé que ya lo has descubierto.

Ester tira de su blusa.

—Ana, ya te dije que la muerte de tus padres no fue un accidente. El submarino los mató. Lo siento mucho.

Me flojean las piernas.

—Lo dices como si hubiese sido a propósito.

—Debía de estar muy enfadado —dice Ester—. Había estado ciento cincuenta años en el fondo del mar. Nemo lo abandonó.

—Nemo murió dentro de él —la corrige Ophelia con seriedad.

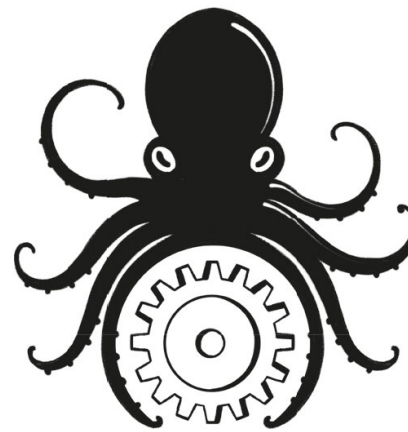
—Peor aún —comenta Ester—. No tuvo a nadie que se encargara del mantenimiento de sus sistemas.

—¿Enfadado? —Sigo negándome a entenderlo—. ¿Abandonado? ¿Cómo va a sentir un submarino...?

Me invade el miedo. Hay cosas que simplemente no quiero entender, aunque tenga todas las pruebas delante de las narices.

—No —niego—. No puedes hablar en serio.

—Sí, querida —asiente Ophelia—. Nemo creó un prototipo de lo que ahora llamaríamos IA, inteligencia artificial. El Nautilus está vivo.



CAPÍTULO 31

Mi vida entera ha conducido a este momento.

Mis padres lo sacrificaron todo. Yo perdí mi academia y a mi hermano. Mis compañeros arriesgaron sus vidas para cruzar el océano Pacífico. Generaciones de Dakkar, Harding y otros estudiantes de HP me han aupado en sus hombros, han vivido y han muerto con la esperanza de que algún día un descendiente de Nemo pudiese volver a subir a bordo de su submarino.

Y lo único que quiero hacer es huir.

Cuando buceas, aprendes a compensar la presión de los canales auditivos pellizcándote la nariz y expulsando con cuidado aire a los senos. Cuanto más hondo llegas, más necesitas hacerlo. De lo contrario, se te empieza a poner la cabeza como una lata de refresco en el congelador. (Un consejo: nunca metas una lata de refresco en el congelador).

Ojalá hubiese una forma de compensar el cerebro desde el punto de vista emocional. Yo no paro de ir más y más hondo. Y la presión no para de empeorar. No puedo pellizcarme la nariz y adaptarme a cada nuevo nivel de desgracia.

Primero, creía que mis padres murieron en un accidente. Luego me dijeron que murieron rescatando una reliquia científica de incalculable valor. Ahora me informan de que esa reliquia es un ser vivo, y de que mató a mis padres... puede que a propósito, puede que no. Vaya, la verdad es que no lo sabemos.

Ah, y por cierto, está justo al otro lado de la puerta. ¿Me apetece conocerlo?

Cuando cruzo el umbral de la caja acorazada no soy del todo consciente. Mi mente está demasiado ocupada oscilando entre la ira y el terror. Oigo a Ophelia decir:

—Ven.

Nelinha me agarra por el hombro.

—Estoy contigo, nena. Vamos.

De repente estamos dentro del conducto central inactivo del volcán. Escarpadas paredes de piedra se elevan formando una catedral cónica de reluciente roca negra. Me siento como si estuviese dentro de una gigantesca gota de chocolate ahuecada. No hay suelo; solo un embarcadero que sobresale en un extenso lago circular.

Encima de nosotros, docenas de drones con forma de libélula zumban por el aire, con sus alas metálicas parpadeando al fulgor de sus ojos con piedras preciosas. ¿Están ahí para vigilar o para iluminar? A lo mejor simplemente es a donde van los robobichos a pasar el rato cuando no pilotan barcos hasta el atolón ni escoltan a novatos perdidos por la base.

El lago también está iluminado por debajo. En las profundidades relucen nubes de algo que parece fitoplancton. He visto algas bioluminiscentes antes, pero normalmente son azules. Sean lo que sean esas diminutas criaturas, forman miles de constelaciones de color naranja, verde, rojo y amarillo, como si todo el bioma del lago hubiese decidido celebrar la fiesta del Holi. Me pregunto si mis padres vieron esto, y si pensaron lo mismo. ¿Murieron rodeados de esas apabullantes nebulosas?

A mi lado, Ester gimotea ligeramente. Top se pone en estado de alerta máxima, sentado enfrente de ella y dedicándole un pequeño ladrido que significa: «Eh, no pasa nada. Tu perrito mono está aquí». Nelinha silba entre dientes.

—*Vixe Maria.*

Me obligo a seguir su mirada a lo largo del muelle hasta la embarcación amarrada al fondo.

El Nautilus no se parece a nada que haya visto en mi vida. Me cuesta incluso pensar en él como un submarino.

Vale, nunca he estado en un submarino de verdad. En HP, esa parte de nuestra formación no empieza hasta la segunda mitad del segundo año. Pero he visto y estudiado submarinos. La mayoría de los modernos parecen tubos negros y lisos sin apenas perfil de superficie; solo la suave curva de la parte superior y una única torreta o «vela». Los más grandes de la marina de Estados Unidos pueden medir más de ciento ochenta metros de la proa al timón, más o menos el equivalente a dos campos de fútbol americano.

El Nautilus mide más o menos la mitad, aunque sigue siendo un barco grande. Es tubular —Verne lo describió como un puro gigante—, pero no es negro ni discreto. Su casco está hecho con paneles entrelazados de nemonio que relucen como la concha de una oreja marina. Intrincadas espirales recorren sus costados, intercaladas con grupos erizados de filamentos e hileras de hendiduras que me recuerdan las criptas vibrisales de la piel de Sócrates: electrorreceptores que le permiten percibir el entorno.

No me imagino cómo un casco tan complejo y de aspecto tan delicado ha podido sobrevivir intacto desde el siglo XIX. Parece la piel de un animal marino: un cruce entre un pez león y un delfín.

Más perturbadores aún son los ojos del Nautilus. No se me ocurre otra forma de llamarlos. Encajados en la proa de la embarcación, hay dos óvalos convexos transparentes enrejados con vigas metálicas, como los ojos compuestos de un insecto.

Mi mente se rebela ante ese fallo de diseño. ¿Ventanas en un submarino? ¿Y en particular grandes ventanas abovedadas? La resistencia hidrodinámica reduciría la velocidad de navegación. El perfil del barco lo haría fácil de detectar por sonar. Y lo peor de todo, en cuanto el submarino alcanzase cierta profundidad, las ventanas implosionarían, inundarían el interior y matarían a todo el que hubiese dentro. ¿Y si entrases en combate con barcos modernos equipados con armas explosivas? Olvídalo. Sería como ir a la guerra dentro de una gran botella de cristal.

—Esto no debería existir —digo—. Y definitivamente no debería estar en condiciones de navegar.

Ophelia se encoge de hombros.

—Y sin embargo...

Y sin embargo aquí está: una obra de arte náutico de tecnología punta con un siglo y medio de antigüedad, atracada en medio de un volcán. Me acuerdo de uno de los pasajes más inquietantes de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, en el que

unos supervivientes de los ataques del Nautilus declaran haber visto unos gigantescos ojos brillantes bajo el agua: los ojos de un monstruo marino.

Tengo que reconocer que si yo fuese un marinero de un buque mercante de tres palos con el casco de madera y viese esa extraña embarcación avanzando hacia mí bajo el agua a velocidad de abordaje, habría mojado mis calzones del siglo XIX.

—Pero está en perfecto estado —observa Nelinha—. ¿La habéis reparado en solo dos años, solos tú y Luca?

Ophelia bufa.

—Qué va. El exterior necesitó una buena limpieza y muchas reparaciones menores, pero el casco se mantiene automáticamente. Cuando Nemo murió, el submarino se quedó en el fondo del lago, enterrado en limo, y entró en estado de estivación.

—Como un pez pulmonado africano —dice Ester. De repente, vuelve a estar en territorio conocido—. Pueden quedarse años bajo tierra en animación suspendida.

Ophelia pone cara de satisfacción.

—Exacto, Ester. El Nautilus entró en modo de autoconservación. Estuvo prácticamente inactivo, aprovechando las corrientes eléctricas y la circulación del agua alrededor del casco para mantener su integridad. Pero eso no significa que no sufriese desperfectos. Había vías de agua. El interior del submarino no estaba inundado, pero...

Se pone la mano delante de la nariz, como si se acordase del olor.

Me balanceo de un lado a otro, aunque no creo que las tablas se estén moviendo bajo mis pies. Paseo la mirada al otro lado del embarcadero. La parte opuesta del muelle está llena de terminales de trabajo y cobertizos de provisiones que me recuerdan, curiosamente, las tiendas del muelle de Santa Mónica. Noto que una risa histérica crece en mi pecho. Me pregunto si podemos comprar un helado de cucurucho o algodón de azúcar antes de embarcar en el Nautilus.

—¿Y Luca está... ya a bordo? —pregunto.

Ophelia asiente con la cabeza.

—Empieza a trabajar cada día a las cuatro de la madrugada. Dormiría en el Nautilus si yo le dejara. —Me observa con preocupación. Debo de estar bastante agitada—. No tenemos por qué subir a bordo hoy, Ana. Es tu primera visita. Con verlo de lejos es suficiente.

Nelinha me mira en plan: «Sí, no habría ningún problema. Pero, por favor, por favor, por favor, ¿podemos subir?».

No quiero acercarme más al submarino que mató a mis padres. ¿Cómo puede

soportar Luca estar dentro, solo, a las cuatro de la madrugada? Yo preferiría dormir en una casa embrujada con un asesino.

Sin embargo, al mismo tiempo, saber que Luca está a bordo me infunde valor. Me hace sentir un poco menos ridícula. Si él puede hacerlo, ¿por qué no yo?

—¿Cómo mató a mis padres? —pregunto. La boca me sabe a arena—. ¿Qué pasó exactamente?

Ophelia espira por los orificios de la nariz.

—Conseguimos sacar a flote la embarcación. La amarramos justo donde la ves ahora, aunque en aquel entonces parecía más una isla de barro. Enseguida tu padre quiso abrir la escotilla principal. Fue... imprudente, quizá. La puerta empezó a abrirse para que él entrara. Tu padre se metió a la fuerza. Acababa de cruzar el umbral cuando...

A Ophelia se le quiebra la voz. Me doy cuenta de que le estoy pidiendo que reviva uno de los momentos más traumáticos de su vida. Pero necesito saber.

—¿Cuando qué? —inquiero.

—Hubo una descarga eléctrica —dice—. Murió en el acto, Ana. Dudo que se enterase de lo que le pasó. Sin embargo, tu madre... —La mirada de Ophelia hace juego con sus gafas aceradas—. Entró corriendo para intentar ayudarle. Lo agarró mientras...

Dios, pobre madre mía. A pesar de todo el entrenamiento que había recibido, evidentemente su reacción debió de ser agarrar a mi padre y ponerlo fuera de peligro. La electricidad también debió de recorrer su cuerpo... y aunque tal vez no la mató en el acto, debió de causarle graves daños internos.

—No pudimos salvarla —confiesa Ophelia.

El cansancio de su voz me indica que lo intentó todo, con su formación como Orca, y que la muerte de mi madre no fue ni inmediata ni plácida.

—Lo siento mucho, querida —se lamenta Ophelia—. Su último deseo...

—Que la quemasen —aventuro. La perla negra de mi cuello tiene un tacto caliente. Me acuerdo de un comentario que Luca hizo anoche—. Los jardines submarinos de Nemo... ¿Esparcisteis sus cenizas allí?

Ophelia agacha la cabeza.

—Ojalá hubiésemos podido daros a ti y a Dev más consuelo. Las circunstancias... fueron complicadas. —Señala el collar de la perla negra—. Sita dejó eso a bordo del barco de investigación. Nunca buceaba con él. Por eso sobrevivió y pudimos mandártelo.

Preveo que mi rabia se convertirá en un tsunami. Me imagino atravesando

ese embarcadero hecha una furia, lanzando cosas a Ophelia y al submarino, gritando al mundo entero.

Sin embargo, por alguna razón eso no pasa. Miro el Nautilus. Siento un ardiente rencor, incluso odio, pero también me siento más segura que nunca de que ese extraño submarino y yo estamos conectados por el destino. Tengo que conseguir que el sacrificio de mis padres tenga algún sentido.

—Está bien —digo—. ¿Dónde está la entrada?

No resulta evidente.

No hay una torreta, ni una escotilla visible, ni barandillas. Ni siquiera hay una pasarela.

Ophelia nos lleva a la mitad de la embarcación. Ester me agarra la mano, un gesto impropio de ella. Tiene la palma caliente y húmeda. No estoy segura de quién consuela a quién, pero me alegro de tenerla conmigo. Me pasa por la mente que esa es la primera vez que una Harding y una Dakkar han estado en esa cueva juntas desde el día que el capitán Nemo murió.

Un instante después, unas rendijas estrechas como branquias se abren en el costado del barco. Unos tentáculos metálicos se despliegan y se entrelazan hasta formar una escalera. En lo alto de la rampa, una sección circular de los iris del casco se abre.

Me rugen los oídos. Tardo un instante en comprender que Ophelia acaba de hacerme una pregunta.

—¿Qué? —digo.

—¿Quieres que vaya yo primero? —repite—. Puede que sea más seguro que...

—No, iré yo —contesto.

Nelinha se mueve incómoda.

—¿Estás segura, Ana?

Me acerco al borde de la escalera.

Cada nervio de mi cuerpo me dice que huya. Estoy tan desbordada de emociones que podría ahogarme sin necesidad de agua. Pero creo que sé lo que les pasó a mis padres. Creo que sé qué hacer.

Mi padre era un Tiburón. Ophelia es una Orca y un Tiburón. Luca es un Cefalópodo. Todos ellos debían de ver el Nautilus como un premio que abrir y explorar. Mi madre Sita era la única Delfín del grupo. Dudo que le diese tiempo a pensar o actuar como tal cuando sacaron a flote el Nautilus. Mi padre fue demasiado impulsivo. Se apresuró a entrar y murió. Mi madre murió intentando salvarlo.

—Hola, Nautilus.

Lo digo en bundeli.

Esa era la lengua nativa de Nemo. Debió de crecer hablándola, aparte de inglés, cuando India estaba dominada por los británicos. Si Nemo hablaba con su creación en algún idioma, supongo que elegiría el idioma en el que soñaba.

—Soy Ana Dakkar.

Procuro no sentirme ridícula dirigiéndome a una escotilla abierta. He hablado con delfines, perros, orangutanes e incluso estudiantes del Instituto Land. Hablar con un antiguo submarino no debería resultar más absurdo.

—Sé que atacaste cuando mi padre te despertó. —Me preocupa que el Nautilus detecte la rabia en mi voz, pero decido que tengo que ser sincera—. Tú mataste a mis padres. Creo que nunca podré perdonarlo. Pero entiendo que debías de estar confundido, asustado y furioso.

El submarino no responde. Evidentemente.

—Mi antepasado —continúo—, el que se hacía llamar Nemo, te dejó solo mucho tiempo. Lo lamento. El caso es que... yo soy la última de los Dakkar. Soy única, como tú. Somos algo así como la última oportunidad el uno del otro. Te pido permiso para subir a bordo. Te prometo que haré todo lo posible por respetarte y escucharte, si tú haces lo mismo por mí. Y si pudieras no matarme, sería estupendo.

No hay forma de saber si el submarino me ha oído o me ha entendido.

¿Tiene unas orejitas de bronce en alguna parte del casco? ¿Reconoce voces siquiera su inteligencia artificial?

Solo hay un modo de averiguarlo.

Subo a la rampa.

No soy electrocutada en el acto. Decido que es una buena señal.

—Gracias —le digo al Nautilus—. Voy a subir a bordo.

Y atravieso el último umbral que mis padres cruzaron en vida.

CAPÍTULO 32

Dos cosas que no asocio con los submarinos: elegancia y ambientadores.

Una escalera circular desciende de la escotilla principal a un imponente vestíbulo que me parece más propio de un crucero que de un submarino operativo. Casi espero que un camarero de uniforme blanco me ofrezca una bebida tropical.

Las paredes negras brillan como el ébano pulido, bordeadas de vigas doradas de nemonio. Al otro lado de la estancia, una segunda escalera circular baja a un nivel inferior. En el centro del suelo de mármol (por lo menos parece mármol) hay un blasón hecho con mosaico: una gran N dorada en cursiva dentro de un

círculo negro, rodeada de calamares dorados. Debajo se puede leer la divisa MOBILIS IN MOBILI.

Latín. Difícil de traducir. Algo así como «móvil en el elemento móvil» o «movimiento en movimiento», las dos opciones carentes de mucho sentido.

Ver la divisa en persona es como recibir un puñetazo en la barriga. Recuerdo haber leído *Veinte mil leguas de viaje submarino* el verano antes de octavo, poco después de que mis padres se fuesen de casa por última vez... antes de que me diesen la noticia de que era huérfana. Mi vida se movía en el elemento móvil, y ni siquiera lo sabía.

Ahora estoy en el Nautilus de verdad. Cyrus Harding y Bonaventure Pencroft atravesaron esta sala. Y Ned Land y Pierre Aronnax. No solo los personajes de las novelas de Julio Verne, sino también las personas reales.

Me da vueltas la cabeza. El olor a ambientadores no contribuye a mejorar la situación. Son de los baratos que se pueden comprar en un túnel de lavado de coches: cartones recortados con forma de árboles de Navidad. Algunos cuelgan de la barandilla de la escalera. Otros están pegados con cinta adhesiva a las vigas de nemonio de las paredes. Las fragancias empalagosas de pino y vainilla pugnan por imponerse en mis fosas nasales.

Detrás de esos aromas, percibo un olorcillo a moho y descomposición. Luca y Ophelia han hecho todo lo que han podido, pero el Nautilus todavía huele a una mezcla de un muelle de pesca y la casa de una tía abuela. Las alergias de Robbie Barr se van a resentir.

A Top parece olerle de maravilla el vestíbulo. Olfatea el aire como si hiciese equilibrios con una pelota sobre el hocico. Nelinha estudia las paredes sin tocarlas, recorriendo con la vista la trayectoria de los conductos de ventilación. Ester da una vuelta completa en medio del blasón.

—El submarino está enfadado —concluye—. Tú también lo notas enfadado, ¿verdad?

No sé qué contestar. Tengo los sentidos saturados. Sí que noto algo denso en el ambiente, como justo antes de una tormenta. Puede que haya conseguido una tregua temporal con el Nautilus, pero sospecho que me vigila esperando a ver qué hago. Todavía no somos amigos. Ni de lejos.

—Es precioso —digo—. Siniestro. Apabullante.

—Y está enfadado —insiste Ester—. Ten cuidado, por favor, Ana.

Ophelia es la última en bajar la escalera. La escotilla se cierra detrás de ella.

—Por ahora, todo bien. —Me dirige una sonrisa alentadora, pero parece tensa. Cada músculo de su cuerpo parece listo para actuar. Me imagino que si explotase un petardo detrás de ella, saltaría tan alto que tendríamos que

despegarla del techo—. Vamos a buscar a mi marido.

Eso, al menos, no debería ser difícil.

Oigo el eco lejano de unos silbidos procedentes de la zona de popa de la embarcación, interrumpidos por el zumbido de un taladro.

—¡Luca!

El grito de Ophelia casi me hace saltar al techo.

La voz de él contesta reverberando como si viniese del fondo de un pozo.

—¡Sí, *mio cuore*! ¡En la sala de máquinas! ¡No hay ningún peligro!

Ophelia nos mira arqueando una ceja.

—Eso dice. Espero que esta vez tenga razón.

Nelinha frunce el ceño.

—Creía que habías dicho que no había habido más, cómo los llamaste, «percances».

—Ninguno grave, no —asiente Ophelia—. Pero el Nautilus puede estar... de mal humor. Por aquí.

Yupi. Nos adentramos en un submarino malhumorado.

Ophelia nos lleva a popa por un pasillo central.

En las paredes hay cuadros en marcos dorados. Al menos supongo que antes eran cuadros. Ahora son lienzos de moho negro. El suelo de baldosas tiene una marca donde parece que alguien levantó una alfombra podrida. En el techo, lámparas ovaladas de bronce emiten un tenue parpadeo de luz naranja Halloween.

Al pasar por delante de las puertas abiertas, es difícil no pararse a mirar embobada.

A babor: un elegante comedor con una mesa de caoba y ocho sillas a juego con respaldo alto. La porcelana y la cubertería brillan en el aparador. Bajo la mesa hay una alfombra persa manchada y enmohecida.

A estribor: una biblioteca con estanterías del suelo al techo. Me duele en el alma ver tantos libros mohosos, hinchados y deteriorados por el agua. Dos butacas de cuero agrietadas se hallan a cada lado de una chimenea de leña. (¿En serio? ¿Adónde va el humo?). Contra la pared del fondo, una larga ventana ovalada ofrece una vista submarina de las constelaciones de plancton que flotan en el exterior.

Me sorprende que los «huesos» de la nave estén prácticamente intactos. Sin embargo, todo lo que Nemo incorporó para amueblar y decorar la embarcación no ha aguantado tan bien. El submarino me recuerda una estatua antigua, adornada con pintura, flores y ropa elegante que se pudren poco a poco hasta que

solo quede la piedra.

Pasamos por delante de lo que debieron de ser las dependencias de la tripulación. En lugar de diminutas literas del tamaño de ataúdes amontonadas unas encima de otras como esperaría encontrar en un submarino moderno, hay cuatro camas grandes en cada camarote: mucho más espacio por persona del que tenemos en el Varuna. Para un submarino, es un lujo absoluto.

Nelinha señala una cama.

—Yo dormiré ahí.

Ophelia bufa.

—Eres tan mala como Luca.

—¡Lo he oído! —Luca aparece sonriente al fondo del pasillo. Lleva un mono manchado de grasa y tiene una llave de tubo en la mano—. ¡Justo a tiempo, Ana! ¿No podrías ayudarme a convencer al Nautilus de que no se resista tanto esta mañana? ¡Hay una puerta secreta que me muero de ganas de abrir!

CAPÍTULO 33

Considerando lo que le pasó a mi familia con esta embarcación, ojalá Luca no hubiese usado la frase «Me muero por abrir».

Por otra parte, he pasado suficiente tiempo con Nelinha para saber que los Cefalópodos no ven más allá de sus narices cuando trabajan en algo que les interesa. Y no puede haber nada más interesante que el Nautilus.

Luca nos hace bajar por otra escalera hasta una estancia que deduzco es el cuarto de la maquinaria. En la mayoría de los submarinos, la sala de máquinas es un espacio caluroso y estrecho con más aparatos que aire. Por supuesto, el Nautilus es otro cantar.

La cámara está revestida de paneles de nemonio reflectante del suelo al techo que hacen que parezca más grande aún de lo que es. Una serie de Anas reflejadas una y otra vez me miran desde el metal brillante. Recuerdo vagamente una

escena parecida de *Un mundo de fantasía* (mi padre tenía una afición un poco exagerada por esa peli). Me siento como si solo me faltasen las gafas de sol, el traje protector y la compañía del abuelo Joe.

Amontonados contra las paredes de babor y estribor, hay hileras de grandes cilindros. A primera vista, pienso que son lanzatorpedos. Entonces noto su suave vibración sincronizada. Deben de formar parte de la instalación energética: algún tipo de pistones.

En medio de la sala hay una isla con cuatro puestos de control. Los indicadores, las lecturas y las palancas tienen un diseño tan intrincado que me recuerdan un reloj suizo con la tapa descubierta. Algunos discos están iluminados, con las agujas temblando. La mayoría parecen apagados e inactivos.

Nelinha chilla al leer las descripciones de varias chapas de latón. Temo que explote de felicidad.

Luca ríe entre dientes.

—Ya. Yo reaccioné igual la primera vez que entré en esta habitación.

—Qué fuerte. —Nelinha señala un botón rojo de aspecto inquietante—. «Propulsión por supercavitación». No puede ser verdad.

Ophelia se cruza de brazos.

—Ojalá pudiésemos hacer que funcione. Pero, sí, parece que Nemo lo consiguió.

—¿Supercavitación...?

Sé que he oído esa palabra en la clase del profesor Hewett. Empiezo a tararear mentalmente «Supercalifragilisticoespialidoso», pero estoy convencida de que no tiene nada que ver. Habría atendido más si Hewett hubiese dicho: «Por cierto, esta tecnología es real, y puede que algún día vuestra vida dependa de ella».

—La cavitación es la propulsión del futuro —explica Nelinha—. Las mejores marinas del mundo están investigándola ahora mismo, pero ninguna ha conseguido que funcione todavía. Se crea una burbuja de aire alrededor del morro del submarino para que no haya ninguna resistencia al agua. Entonces, ZAS. Enciendes las máquinas y... bueno, en teoría, puedes surcar el mar a cualquier profundidad y a velocidad extrema, como si el submarino fuese una bala más que un barco.

Ester se estremece.

—Eso explica por qué Nemo recorrió tanta distancia en los libros. Aparecía por todas partes del mundo. No podían atraparlo. ¿No tenéis frío, chicos?

Yo tengo bastante calor. Tal vez se debe a que estoy pensando en la cantidad de energía que recorre la sala de máquinas y en lo fácil que sería para el Nautilus

poner fin de una vez por todas a sus problemas con los Dakkar con un buen chispazo.

—Allí —Luca señala una puerta oval remachada con un pequeño ojo de buey situada al fondo del cuarto— está el reactor de fusión fría. Extrae hidrógeno directamente del mar. Energía de combustión eterna y sin residuos. En caso de que se estropee por algún motivo... —Señala con el dedo una puerta idéntica a la derecha—. No te lo vas a creer, Nelinha... El generador auxiliar es de carbón.

Nelinha tose.

—¿Qué?

—¡Lo que oyes! —Luca ríe con regocijo—. Nemo se saltó un siglo de adelantos científicos. ¡Pasó de los motores de vapor a la fusión fría! Me he planteado sustituir el quemador de carbón por algo menos victoriano, pero...

Un chirrido resuena por el submarino.

Top ladra.

Me vuelvo hacia Ophelia con una expresión que puede ser o no de terror absoluto.

—¿Eso ha sido...?

—El Nautilus de mal humor —confirma ella.

—No le gusta que se hable de modificaciones.

Ester estudia el techo como si hubiese descubierto signos del zodiaco ocultos.

Tengo la sensación de que ha detectado algo más importante sobre el Nautilus. Decido tener a Ester a mi lado mientras esté a bordo y tomarme en serio sus advertencias.

—¿Qué le gusta? —pregunto.

Ester desliza la mano por la consola.

—Aprecia que lo limpien y lo arreglen. Eso le gusta.

—Ah, ¿lo ves? —Luca mira a Ophelia arqueando las cejas—. Por eso disfruta tanto de mi compañía.

—Como mucho, te soporta —dice Ophelia—. Sabe que le eres útil.

—Vamos, querida. No te pongas celosa.

Nelinha sigue inspeccionando los paneles de control. Lee en voz alta la elegante caligrafía grabada en cada chapa de bronce:

—Propulsores vectorizados. Posicionamiento dinámico. ¿Control recurrente de lastre? ¡Esto es increíble! ¡Nautilus, te quiero!

El barco no responde, pero me lo imagino pensando: «Sí, lo sé. Soy maravilloso».

Me cuesta compartir el entusiasmo de Nelinha. Este sigue siendo el

submarino que mató a mis padres. Trato de dominar mis emociones. Estoy haciendo todo lo posible por entender la extraña y antigua creación de mi antepasado, que al parecer está viva. Pero una parte de mí quiere agarrar la llave de tubo de Luca y empezar a romper cosas.

Trato de volver a concentrarme.

—Luca, ¿has dicho que hay una puerta secreta?

—¡Sí, aquí al lado!

Luca me lleva a una escotilla escondida en un rincón detrás de los pistones gigantes. No es tanto una puerta como un panel de mantenimiento que con suerte deja pasar a un niño. No se ve ninguna cerradura ni ningún pomo.

—¿Sabes lo que hay dentro? —quiero saber.

Luca titubea, de modo que Ophelia contesta por él.

—Hemos encontrado varios paneles como este por toda la embarcación —dice—. Sospechamos que dan acceso al procesador central del Nautilus... su cerebro, por así decirlo. Después de un siglo y medio bajo el mar, el resto de sus sistemas necesitaron mucha limpieza y reparaciones. Sospechamos que el núcleo también las requiere, pero...

—El Nautilus se resiste a que jueguen con su cerebro —tercia Luca—. Comprensible, claro. Y yo no pienso forzar los paneles.

—No —conviene Ester—. Eso no estaría bien.

—Pero si pudiéramos limpiar esas escotillas —Luca me lanza una mirada elocuente—, sospecho que podría sernos útil a todos, en especial al Nautilus.

Entiendo lo que quiere decir. Por lo que sabemos, el raciocinio de la nave podría estar gravemente dañado. Ese podría ser el motivo por el que el Nautilus atacó a mis padres cuando lo despertaron. Reparando el cerebro del submarino, podría volverse más amistoso y más tratable.

Por otra parte, también podría volverse más irascible y más peligroso...

Top olfatea la escotilla. Al menos él parece impaciente por oler un cerebro de submarino.

—¿Algún consejo, Ester? —pregunto.

—Ten cuidado —me recomienda.

—Me ha sido de gran ayuda. Gracias.

—De nada.

Uno de los muchos superpoderes de Ester: es inmune al sarcasmo.

Pongo la mano en la escotilla.

—Nautilus, nos gustaría limpiar aquí dentro —le expongo en bundeli—. Tendremos mucho cuidado de no hacerte daño. ¿Te parece bien?

El panel hace clic.

—¡Estupendo! —Luca sonríe—. ¿Puedo?

Me hago a un lado. Luca abre la escotilla, que desprende una peste repugnante digna de la taquilla del gimnasio de Davy Jones. Top menea la cola como un loco.

Luca introduce el brazo. Saca un montón de porquería: ¿algas, plantas marinas, caca de crustáceo? No lo sé.

—¿Lo veis? —Luca levanta su premio como si fuese un huevo de oro. Tiene el brazo cubierto de fango negro hasta el codo—. ¡Es un milagro que el Nautilus siga funcionando! Oh, Ana, imagínate lo que podrá hacer cuando lo limpiemos como es debido. Tú eres la clave para...

¡FUUUUUUM!

El sonido hace temblar el suelo y me sacude las cuencas de los ojos: un mi bemol grave profundo y resonante, mantenido una redonda. Luca suelta la sustancia viscosa. Top se esconde detrás de las piernas de Ester. Nelinha adopta una postura abierta como si esperase un maremoto. Ophelia se agarra a la pared.

El ruido cesa. Espero, pero no se repite.

—Eso ha sonado a...

—El órgano —dice Luca alarmado.

—Nunca había hecho eso —murmura Ophelia.

—¿El qué? —pregunto.

Luca y Ophelia se miran. Parece que mantengan un debate silencioso y agitado sobre qué hacer.

—Creo —dice Ophelia finalmente— que ha llegado la hora de que le enseñemos a Ana el puente.

CAPÍTULO 34

¿Lo primero que tienes que instalar en tu supersubmarino de última tecnología?

Un órgano, qué va a ser.

Las maravillas del Nautilus han declarado la guerra a mi sentido de la realidad. Cuando llegamos al puente, mi mente solo enarbola la bandera blanca y se rinde. Un órgano —actualmente en silencio— ocupa el lado de estribor entero de la estancia, pero esa solo es una de las curiosidades del puente.

Los «ojos» de la proa dominan la parte delantera del puente. Las protuberantes bóvedas recubiertas de metal ofrecen una amplia vista de la caverna del exterior y me hacen sentir como si estuviese en un invernadero

acuático... o en una pecera.

—Las ventanas no son de cristal —me asegura Luca—. Por lo que sabemos, el material es un polímetro de hierro transparente creado a temperatura y presión extremas.

—Como en el fondo del mar —aventura Nelinha—. Cerca de la chimenea de un volcán.

Luca se da unos golpecitos en la nariz.

—Así es, querida. Tal vez Nemo forjó las planchas del casco mediante un proceso parecido. No sabemos cómo pudo conseguirlo. Es un misterio más que resolver. Naturalmente, cuando Julio Verne escribió sus novelas, no sabía cómo llamar ese material, de modo que se refirió a él como hierro. —Golpea la viga de nemonio más cercana con un nudillo—. Pero está claro que no es hierro.

Cuatro puestos de control forman una curva como una herradura en la parte delantera del puente. Como en la sala de máquinas, cada panel posee la complejidad de un reloj suizo, con esferas e interruptores cuyas etiquetas están grabadas con una elegante caligrafía. Nodos de LOCUS, inactivos, se hallan instalados encima de cada puesto. Las cenefas de los mandos están decoradas con florituras artísticas: delfines, ballenas y peces voladores.

La embarcación entera es una obra de arte elaborada a mano y a medida. No se podría reproducir, y mucho menos fabricar en serie. Empiezo a apreciar lo único que es el Nautilus y por qué su rescate era tan importante para HP y para el Instituto Land. En mi visita ya he visto media docena de avances tecnológicos que podrían cambiar el mundo... si el Nautilus nos dejase desmontarlo y estudiar sus entrañas, cosa a la que no creo que se preste.

—Y aquí —dice Luca, agarrando el respaldo de un asiento que claramente es la silla del capitán— es donde encontramos a Nemo.

—¡Aaah! —Ophelia le da un manotazo en el brazo—. ¡No hace falta que sepan eso!

—Bueno, he pensado que Ana podía querer saber que el capitán murió en su puesto. Nos planteamos extraer su ADN, pero, dejando de lado consideraciones éticas, pronto nos quedó claro que el Nautilus no toleraría ninguna artimaña para saltarse sus sistemas. Él mismo debe elegir su capitán, y debe ser un Dakkar vivo.

Ophelia se pellizca la nariz.

—Lo siento, Ana. Mi marido no tiene sentido del decoro.

Miro el asiento del capitán. Es una monstruosa L metálica sobre un pedestal giratorio, como una antigua silla de barbero. En cada brazo tiene encajada una empuñadura hemisférica, como el lector de ADN del Varuna. El tapizado de la silla parece de reluciente cuero negro.

Por algún motivo, la idea de que el cadáver de mi tatarabuelo se hallase aquí no me perturba tanto como podría haber pensado. En cierto modo, el submarino entero ya parece su cripta, sus restos mortales.

Recorro el respaldo de cuero flexible con los dedos.

—Este material es nuevo.

—Sí, en efecto —asiente Luca—. El metal sobrevivió. El cuero original no tenía arreglo. Además, los restos de tu antepasado habían estado aquí sentados más de un siglo... —Mira a Ophelia para ver si le va a dar otro manotazo—. Arrojamos a Nemo al mar. Luego volví a tapizar la silla. El material está hecho a partir de algas. Afortunadamente, tengo un amigo en Florencia que es un magnífico curtidor. La artesanía italiana es la mejor, como todo el mundo sabe.

Ophelia pone los ojos en blanco.

—Naturalmente, hemos intentado activar más sistemas del barco, pero parece que la silla del capitán controla el acceso a todo lo importante: propulsión, armas, navegación y comunicaciones.

Señala de uno en uno los cuatro puestos de control. A continuación se vuelve otra vez hacia mí, como esperando...

Claro. Le gustaría que me sentase en la silla. No quiere presionarme, pero se muere por ver lo que pasará si pongo las manos en esas esferas. Incluso a Luca y Ophelia, que han sido tan amables y hospitalarios, les cuesta verme como una persona y no como una milagrosa herramienta multiusos.

Respiro hondo. No quiero sentarme en esa silla. No es mía. No me la he ganado. Estoy buscando la forma más educada de declinar la propuesta cuando Ester me salva.

—No deberías empezar ahí —dice. Ha estado callada hasta ese momento, en medio del puente, absorbiendo cada detalle, percibiendo quizá el humor de la nave—. Deberías empezar allí.

Señala el órgano. He estado intentando no pensar en el enorme instrumento musical y en por qué de repente ha decidido tocar solo.

Su presencia en el puente tiene algo que me da repelús, más aún que la silla del capitán muerto. Probar el órgano antes que los mandos del puente no me parece lógico. Claro que Ester parece entender el submarino de una forma que va más allá de la simple lógica.

Me acerco al bosque de brillantes tubos metálicos.

El teclado de cuatro pisos ha visto mejores tiempos, pero sigue siendo precioso. Las teclas mayores parecen de concha de oreja marina. Las teclas menores tienen el mismo lustre que la perla negra de mi madre. Al igual que los tubos, las palancas y los pedales son de reluciente nemonio, con grabados

decorativos de peces saltando entre olas.

El cojín de terciopelo del banco está negro de moho. Las patas de madera parecen a punto de desmoronarse.

Luca tose.

—Me temo que no sé mucho de órganos —confiesa con timidez—. Lo he limpiado lo mejor que he podido, pero las piezas más delicadas siguen en mal estado. Estoy seguro de que necesita que lo afinen... como se afina un órgano.

—No tengo ni idea —reconozco—. Me dieron clases de piano, pero...

El recuerdo me retrotrae a la escuela primaria.

Recuerdo a Dev quejarse amargamente cada vez que la señora Flannigan llegaba a casa para impartirnos las clases que nos daba dos veces por semana. Mi hermano detestaba tocar el piano. No era un deporte. No se hacía al aire libre. No podía darle patadas, ni dispararle, ni placarlo.

Aun así, nuestros padres insistieron.

«Vuestro futuro dependerá de muchos conocimientos —recuerdo decir a mi padre—, incluido saber tocar un teclado».

Yo nunca lo había entendido. Lo consideraba uno más de los extraños e inescrutables mandamientos de nuestros padres. Como muchas cosas en las que intervenía Dev, que yo recibiera clases de piano era secundario. La señora Flannigan iba a venir de todas formas. Ya puestos, podía hacernos un dos por uno.

A Dev siempre se le dio mejor. A pesar de sus quejas, tenía oído nato. Nunca practicaba. Simplemente se ponía al teclado, escuchaba a la señora Flannigan tocar y luego la imitaba a la perfección. A ella le sacaban de quicio la dejadez y la impaciencia de Dev, sobre todo porque no eran obstáculo para que dominase cualquier reto que ella le planteaba.

En cuanto a mí, avanzaba despacio, cauta y matemáticamente, tratando el teclado como si fuese otro idioma, aprendiendo cada canción como una frase que analizar.

Ahora me pregunto si mis padres sabían de la existencia del órgano de Nemo. Verne lo mencionó en *Veinte mil leguas de viaje submarino*, ¿no? ¿Preparaban a Dev para algo más concreto que tocar unas cuantas cancioncillas en una cena?

—¿Vino Dev alguna vez aquí? —pregunto.

Ophelia pone cara de sorpresa.

—Por supuesto que no. Habría sido demasiado arriesgado.

—Tú tampoco estarías aquí, querida, de no ser por la situación desesperada en la que nos encontramos —añade Luca a toda prisa.

«Aun así, yo no debería estar aquí», pienso. Soy un premio de consolación.

Un *quarterback* de tercera para Harding-Pencroft al que solo han sacado del banquillo como último recurso.

—Dev quería ver el Nautilus, claro —continúa Luca—. Cuando tenía tu edad... Bueno, a los profesores de HP les costó convencerlo para que esperara cuando supo la verdad. Él quería venir enseguida. Luego dijo que tenían que permitírselo en cuanto se graduara en HP. Al final entró en razón. Accedió a ir primero a la universidad, con lo que teníamos cuatro años más para restaurar el submarino y entender cómo funcionaba. Así él también habría tenido cuatro años más para aprender y madurar.

Trato de procesar esa información. Recuerdo varias ocasiones en los últimos dos años en las que Dev me pareció inexplicablemente enfadado. Claro que habíamos perdido a nuestros padres. Yo tampoco era la alegría de la huerta.

No me cuesta imaginar a Dev impaciente por ver el Nautilus. En cambio, la idea de que entrase en razón y fuese a la universidad sin rechistar... me resulta un poco más difícil de concebir. Sí, se mostraba entusiasmado por graduarse. Tenía muchas ganas de ir a la universidad. Pero ahora que sé lo del Nautilus, me pregunto si en el fondo a Dev le fastidiaban esos cuatro años más de espera.

Ojalá hubiese podido hablarlo con él. Ahora es demasiado tarde.

—Debes tocar —propone Ester—. Creo que al submarino le gustaría.

«Como si fuese otro idioma...».

De pie aún, pongo los dedos en el teclado inferior. Las teclas están frías como rejillas de aire acondicionado.

Hace años que no toco, desde poco después de que mis padres muriesen, cuando nuestra casa se vendió y se llevaron el piano. ¿Me acuerdo de alguna canción?

Decido probar la Tocata y fuga en re menor de Bach. Es una pieza compuesta para órgano. Solía tocarla cada Halloween porque daba mucho miedo. Interpretada a un ritmo lento, también es melancólica y triste, y la composición es tan antigua que Nemo debía de conocerla. Puede que incluso la tocase en este órgano.

Arranco el primer compás. Las notas suenan apagadas, pero resuenan por la embarcación.

Segundo compás: me equivoco y toco sin querer un re natural, pero sigo adelante. El arpegio me lleva al primer acorde completo. Dejo que se apague haciendo temblar el suelo. Levanto las manos. Estoy intentando recordar el siguiente compás cuando Nelinha dice:

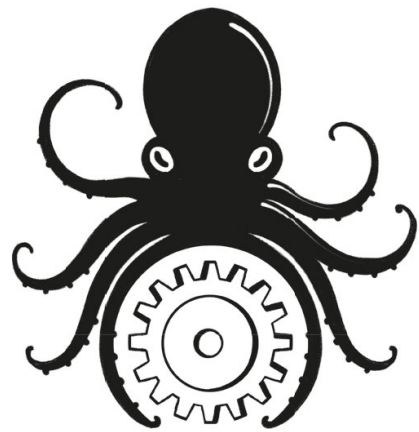
—Ana.

Me vuelvo. Luca y Ophelia miran asombrados las luces que se han encendido

en el puente. Todos los paneles de control están iluminados. Cuatro visualizaciones holográficas de LOCUS flotan sobre los puestos de control como una hilera de planetas fantasmales. Los grandes ojos de la proa emiten un fulgor morado alrededor de los bordes. La silla del capitán desprende una luz ambiental parecida en torno a la base.

Parece que al Nautilus le gusta Bach.

—Ana Dakkar —afirma Luca en tono reverente—, hoy va a ser un día maravilloso.



CAPÍTULO 35

Cuando Luca dice «maravilloso», se refiere a «tan ajetreado que no vas a tener tiempo de sentarte».

El resto de la mañana enseño el Nautilus a mis compañeros; llevo solo a un grupo reducido en cada ocasión. Antes de cada visita, hablo con el Nautilus para informarle de lo que pasa. Ester ejerce de intérprete del submarino, avisando a todos de que tengan en cuenta los sentimientos de la nave. No estoy segura de qué opinan nuestros compañeros, pero están dispuestos a seguirnos la corriente. Top nos sigue olfateándolo todo.

A la hora de comer, toda la clase ha estado a bordo como mínimo una vez. Nos queda un ligero olor a moho y ambientador con aroma a vainilla. Por otro lado, nadie ha muerto de una descarga eléctrica ni de alergia al moho. Lo considero una victoria.

Todos nos reunimos para reponer fuerzas en el comedor de la base Lincoln, pero estoy tan hecha polvo que apenas puedo disfrutar del estupendo suflé de queso con macroalgas de Júpiter. En cambio, la mayoría de mis compañeros parecen de muy buen humor. Se sienten a salvo, protegidos del mundo exterior por nuestros mentores de HP y montones de aparatos de tecnología alternativa. Han comido bien varias veces. El Nautilus ha despertado más fácilmente de lo que nadie preveía. ¿Por qué no van a estar contentos?

La tripulación incluso recibe con entusiasmo los planes de Luca de ponernos a trabajar después de comer. Veinte personas pueden limpiar mucho más rápido que una o dos. Si el Nautilus nos deja, nos pondremos de inmediato a sacar los muebles mohosos, quitar la porquería de los cables y los conductos internos, y frotar... en fin, todo. Me recuerda la escena de *Tom Sawyer* en la que Tom convence a sus amigos de que le paguen para disfrutar de la diversión y el privilegio de pintarle la valla, pero supongo que así el trabajo saldrá adelante.

Las noticias de la enfermería también son positivas. Aunque el doctor Hewett sigue en coma, su estado se ha estabilizado gracias a los medicamentos experimentales que Ophelia ha elaborado en el laboratorio del Nautilus.

Le pregunto en privado si tiene algo para el dolor de la menstruación. De momento se me ha pasado, pero la regla es como el general Douglas MacArthur en la Segunda Guerra Mundial: «Volverá».

Ophelia suspira.

—Si Nemo hubiera sido mujer, es lo primero que habría inventado. Pero, por desgracia, no hizo nada para nosotras. Solo medicamentos para aliviar el dolor general. Cuando el submarino vuelva a estar operativo, le pediremos que nos ayude a preparar algo más concreto, ¿vale?

Durante la comida, la única persona que parece triste es Gemini Twain. Está sentado enfrente de mí a la mesa del comedor, removiendo taciturno el suflé con su tenedor.

—¿Todo bien, Spidey? —le pregunta Nelinha.

Gem frunce el ceño.

—No deberíais haber subido al submarino sin mí esta mañana. ¿Y si hubiese pasado algo malo?

—Bueno —dice Nelinha—, seguro que tú habrías disparado al submarino entre ceja y ceja como un héroe. Afortunadamente, hemos sobrevivido sin ti.

Gem se queda mirando la mesa como si estuviese pidiendo paciencia a Dios.

—Voy a ver cómo está el doctor Hewett.

Se levanta y se marcha.

Pongo la mano en la muñeca de Nelinha.

—No hace falta que nos lancemos pullitas entre nosotros.

Ella pone cara de sorpresa.

—¿Qué pullita?

Suspiro, me levanto y sigo a Gem.

Lo encuentro en la enfermería apoyado en la pared, con los brazos cruzados, mirando la figura inconsciente del doctor Hewett. Franklin Couch se entretiene controlando los monitores y los niveles de líquidos del profesor, pero cuando ve la expresión seria de mi cara, pide:

—Si me hacéis el favor de vigilar al paciente un momento, voy a por algo de comer.

Se retira a toda prisa.

—Lo siento, Gem —digo—. Debería haberte esperado esta mañana. A partir de ahora me aseguraré de mantenerte informado.

Las arrugas de alrededor de sus ojos se suavizan un poco.

—Te lo agradecería. No sé, Ana... Algo no me cuadra. No deberíamos relajarnos.

Ojalá pudiese restar importancia a sus preocupaciones tan fácilmente como Nelinha, pero yo también estoy intranquila, como si hubiese pasado por alto un aviso importante: por ejemplo, el parpadeo de las luces de la red de seguridad la mañana que Harding-Pencroft quedó arrasada.

Estudio el rostro del doctor Hewett. Todavía está pálido, con la piel casi translúcida, pero parece que el tono amarillento del cuello y los pómulos ha perdido intensidad. Le han lavado y peinado el pelo, y ahora se ve casi majestuoso, como la melena de un león anciano.

—Él era mi consejero —murmura Gem—. Y también lo más parecido a un padre que he tenido.

Me siento como si hubiésemos echado a andar sobre los extremos opuestos de una cuerda floja que tiembla. La voz de Gem está llena de dolor. Yo nunca habría considerado al doctor Hewett una figura paterna —para Gem ni para Dev—, pero por lo visto el profesor había intentado guiarlos a los dos. El estado de Hewett debe de preocupar a Gem mucho más de lo que aparenta.

No sé cómo hacer la próxima pregunta. Ni siquiera sé si debería hacerla, pero Gem parece invitarme a correr el riesgo.

—¿Conociste a tu padre?

Él espira; una risa sin gracia.

—Mi madre y mi padre están vivos. Lo último que supe es que vivían en Oregon.

Lo primero que pienso es «Oh, eso no queda lejos de HP», pero por la forma en que Gem dice «Oregon», podría estar hablando de Saturno.

—No han seguido en tu vida —deduzco.

Él descruza sus brazos largos y flacos, y a continuación se agarra las manos a la espalda como si no supiese que hacer con ellas. Como siempre, va vestido de negro: vaqueros y camiseta de manga corta, incluso el cinturón y las pistoleras; un cowboy camino de un funeral.

—¿Sabes de dónde viene el nombre de Gemini?

—Es por tus pistolas gemelas, ¿no? He oído que tu nombre real es James, Jim, así que Gemini...

Él niega con la cabeza.

—Yo no me inventé esa historia, pero tampoco corrijo a la gente cuando la cuenta. Mi nombre legal es Gemini Twain. Mis padres son... hippies modernos, podría decirse. Les van los horóscopos, los cristales, el tarot, todo eso. Lo que no les iba era ser padres. Cuando yo era pequeño, a mi hermano y a mí nos dejaron con nuestra abuela en Provo. Ella nos crio y nos llevó a la iglesia. Mi hermano es seis años mayor que yo. Cuando se fue de misionero a Brasil...

Observa los pitidos del monitor cardíaco del doctor Hewett.

—Lo que quiero decir es que no tengo muchos conocidos. Así que los que tengo son importantes para mí. Le he pedido perdón a Nelinha varias veces por hacerle pasar vergüenza aquel día en la cafetería. Yo solo... echaba de menos a mi hermano y quería hacer amigos. Pero entiendo por qué me odia.

Me molesta el aire en los pulmones, como si estuviese respirando de una botella contaminada. Nelinha es mi mejor amiga. Cuando ella sufre, yo sufro. Pero es terrible que nunca haya considerado la parte de la historia que afecta a Gem. Y no tenía ni idea de que él le había pedido perdón.

—A lo mejor «odiar» es una palabra un poco fuerte —digo—. Nelinha ha estado de acuerdo contigo dos veces esta semana. Todo es posible.

Gem se encoge de hombros.

—Supongo. Es solo que... necesito que este equipo siga unido, Ana. Necesito a HP. El doctor Hewett me dijo... que creía que la academia podía resucitar de sus cenizas. Me encargó protegerte porque eres la única que puede conseguirlo.

Mi corazón se queda delicado como un suflé de Júpiter.

—Gem... ya sé que estamos en una situación de emergencia, pero que yo sea una Dakkar no quiere decir que sea una líder con todas las de la ley todo el tiempo.

Él me mira fijamente.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? Ana, yo estaba en el puente del

Varuna cuando descifraste el código. Centraste a tu equipo y conseguiste resultados. He visto cómo has manejado a la tripulación durante tres días. Nos has organizado, has aprovechado las aptitudes de todos, has impedido que nos matemos entre nosotros. Nos diste una meta cuando se nos vino el mundo encima. No se trata de tu ADN. Se trata de ti. Me alegro de que estés al mando.

Me imagino que tengo las orejas rojas como las de Lee-Ann, y no porque vaya a decir una mentira. Me cuesta recibir halagos. Tiendo a pensar que la otra persona solo quiere ser amable o no herir mis sentimientos. Pero Gem no es así. Él dispara de frente. Y acaba de darme de lleno con un piropo que no esperaba en la vida.

—Vaya... gracias.

En la puerta, Franklin tose.

—No pretendía escuchar, pero Gemini tiene razón. Y ahora, con vuestro permiso, tengo que cambiarle el catéter a mi paciente, a menos que queráis quedaros a ayudarme.

Franklin sabe vaciar una habitación. Regreso al comedor seguida de Gem, y por primera vez, me alegro de tenerlo a mi lado.

CAPÍTULO 36

Esa tarde llevamos por primera vez a la tripulación entera a bordo del Nautilus.

Me preocupa la reacción del submarino. El ruido de herramientas eléctricas, aspiradoras y chicos que gritan de un lado a otro probablemente sea el mayor alboroto que este sumergible ha oído desde antes de que la reina Victoria fuese coronada emperatriz de India. Los Tiburones forman una cadena humana para sacar porquería, además de muebles estropeados y obras de arte mohosas. Al cabo de unas horas, el montón de inmundicia del embarcadero parece un mercadillo vomitado de la barriga de una ballena.

A pesar del ruido y la actividad, Ester me asegura que el Nautilus está

contento.

—Le gusta volver a tener una tripulación —me dice—. Le gusta que cuiden de él.

Me alegro. No quiero poner otra vez a mis amigos en peligro. Por otra parte, me esfuerzo por dominar el rencor y la preocupación. ¿De verdad queremos cuidar de este submarino? ¿Me fío de él después de lo que les hizo a mis padres? Me pregunto qué me diría Nemo. ¿Murió a bordo de su nave porque lo quería mucho, o porque se convirtió en su cárcel particular?

Por suerte, no tengo tiempo para darle vueltas. La tripulación me da trabajo cada vez que encuentra algo que abrir, circunstancia que se produce prácticamente cada seis segundos. Entre nuestros hallazgos: la bodega de armas, dotada de cuatro torpedos de tecnología alternativa muy antiguos pero que es probable que todavía sean peligrosos. Decidimos dejarlos de momento y confiamos en que no exploten.

La cámara de inmersión tiene una docena de trajes de malla de nemonio, escafandras y bombonas. Solo limpiarlos, averiguar cómo funcionan y probar si están en condiciones de usarlos podría llevarnos otro mes.

En el primer nivel del submarino (hay tres) encontramos un muelle de lanzamiento con un minisubmarino.

—Ese es el esquife —me informa Ophelia—. Y, no, todavía no lo hemos probado.

Se encoge de hombros y se aparta soplando un mechón gris de los ojos. Empiezo a darme cuenta del trabajo que ella y Luca han hecho en el Nautilus y del que queda por hacer.

El esquife es fascinante. Tiene asientos para dos personas debajo de una bóveda transparente con un perfil de líneas más puras que los ojos del puente. La construcción del casco es también estilizada e hidrodinámica, con pequeños estabilizadores pectorales y una cola serrada y afilada. Parece que esté inspirado en un atún rojo, uno de los peces más rápidos del mundo. Sin embargo, no me imagino cómo se mueve. No veo espacio para ningún tipo de motor.

Mientras inspeccionan el exterior del casco, las buceadoras Kay y Tia descubren una gran cápsula hueca en la parte inferior del submarino, como un cruce entre la boca abierta de una ballena barbada y la toma de aire de un caza de combate, pero nadie sabe para qué sirve. Como con la mayoría del resto de los descubrimientos, preferimos no jugar con ella.

Por la noche, la tripulación está agotada pero bulle aún de emoción. Pueden ver un futuro para HP en la base Lincoln. Trabajaremos en el Nautilus todo el verano, o más si es necesario, dedicando el tiempo que haga falta a aprender los

secretos del submarino. Podemos utilizar su tecnología y adquirir una ventaja insuperable contra el Instituto Land. Entonces... Bueno, entonces tendremos opciones. Podremos salir de nuestro escondite y avisar a nuestros seres queridos de que hemos sobrevivido. Podremos reconstruir la academia y exigir responsabilidades por el ataque al IL.

Yo no tengo más confianza en esos sueños de la que tengo en el Nautilus. Pero sonrío, asiento con la cabeza y dejo hablar a los demás. Pienso en lo que Gem me dijo: que se alegra de que yo esté al mando. ¿Por qué, entonces, me siento como una farsante?

Para cenar, nuestro chef orangután nos ofrece ñoquis de algas caseros con salsa cremosa de ajo y limón, seguidos de un delicioso tiramisú. Porque es evidente que todos necesitamos más cafeína y azúcar.

Después Júpiter se siente tan magnánimo que nos deja apagar el programa de cocina de Mary Berry para poder jugar a videojuegos clásicos de PlayStation y GameCube. Otros se ofrecen a volver al Nautilus con Luca para «dar unos retoques» por la noche. No estoy segura de a qué se refiere. Temo encontrarme el casco del Nautilus decorado con llamas por la mañana.

No veo a Nelinha hasta la hora de dormir. Ester ya está roncando cuando mi amiga llega sonriendo y manchada de lubricante.

—Luca dice que mañana llevaremos el Nautilus a dar una vueltecita —me susurra—, si lo convences para que se mueva.

Supongo que debería estar emocionada. Puede que consiga lo que todos los Dakkar han soñado desde el siglo XIX: poner otra vez en marcha el Nautilus.

—Sí. —Trato de mostrarme entusiasmada por Nelinha—. ¡Sería increíble!

Pero me acuesto más inquieta que nunca.

Me siento como si hubiesen abierto los paneles de acceso a mi cerebro y hubiesen empezado a limpiar la porquería sobrante. No estoy segura de querer que estén allí, sacando los residuos y los escombros de mi vida. ¿Quién seré cuando acaben las reparaciones?

Cuando me duermo, vuelvo a tener pesadillas en las que estoy atrapada y me ahogo. Solo que esta vez mi tumba submarina se parece al puente del Nautilus.

CAPÍTULO 37

A la mañana siguiente me levanto temprano para bucear.

No se ve a Sócrates por ninguna parte. De hecho, no parece que haya ningún delfín en la laguna. Eso no contribuye a aliviar mi aprensión.

En el desayuno, mis compañeros están de buen humor. Intentar gobernar el Nautilus será el reto más difícil al que nos hemos enfrentado jamás, y la adrenalina prácticamente se huele en el ambiente, acompañada del aroma de las magdalenas de arándanos de Júpiter.

Linzi Huang informa de que anoche, en la enfermería, el doctor Hewett se tiró un pedo mientras dormía. Por lo visto, eso significa que los sistemas de su cuerpo funcionan mejor. Añade en broma que dentro de nada estará dándonos clase otra vez. Cooper Dunne dice que ha soñado cómo arreglar los torpedos del Nautilus. Sus colegas Tiburones le toman el pelo diciendo que se le ocurren las

mejores ideas cuando está inconsciente. Kay Ramsay, que no ha sonreído desde que perdió a su hermana en el ataque de HP, se ríe de un chiste malo de Robbie Barr: algo sobre cuántos ingenieros nucleares hacen falta para cambiar una bombilla. Humor de Cefalópodos; yo no lo pillo.

Algunos miembros de la tripulación murmuran sobre el repelús que da el viejo submarino, cosa que les entusiasma aún más. Algún que otro cotilleo sobre dónde fue hallado el cadáver del capitán Nemo y dónde murieron exactamente mis padres. Intentan mantener esas conversaciones fuera del alcance de mi oído para no disgustarme. Por desgracia, puedo leerles los labios.

Todo el mundo parece convencido de que nuestro primer paseo en el Nautilus será un gran éxito.

—¡Tienes la magia de Nemo! —exclama Kiya Jensen, como si hace unos días no hubiese cuestionado mi capacidad para asumir el mando del Varuna.

Hasta Nelinha, que sabe lo peliaguda que puede ser la tecnología avanzada, parece de lo más tranquila.

—Estamos a punto de manejar el submarino más antiguo y complicado del planeta —dice—. ¿No te hace ni siquiera un poco de ilusión?

No sé qué contestarle. Últimamente tengo problemas para distinguir la ilusión del terror.

Después de recoger el desayuno (porque el tiempo, la marea y los platos sucios no esperan por nadie), nos reunimos en el muelle del Nautilus para tener una sesión informativa antes de la inmersión. Los Cefalópodos han traído sus herramientas. Los Tiburones han traído sus armas. Gemini Twain tiene tantas pistolas y demás objetos peligrosos sujetos al cuerpo que parece que espere enfrentarse a un apocalipsis de sirenas.

Me sorprende mirándolo y se encoge de hombros como diciendo: «Nunca se sabe».

El Nautilus está como lo dejé ayer. Gracias a Dios, no tiene llamas pintadas en la proa. Sus ojos gigantes de insecto lanzan destellos a la luz tenue de la cueva. En el agua que lo rodea, el fitoplancton multicolor sigue con su fiesta del Holi.

El submarino parece eterno, como si existiese literalmente fuera del tiempo. No encaja en el siglo XXI más de lo que encajaba en el XIX. Trato de imaginar la soledad que se debe de sentir, sobre todo si mi creador me hundiese en el fondo de una gruta volcánica durante más de un siglo. ¿Acaso yo estaría cuerda después de tanto tiempo?

No soy consciente de que he desconectado de la charla de Luca hasta que dice:

—Como seguro que Ana estará de acuerdo.

Todo el mundo me mira.

—Perdón, ¿qué?

Mis compañeros ríen.

—Ana me da la razón —comenta Luca, dedicándome una sonrisa cordial—. Debemos estar concentrados en todo momento e ir despacio. La tarea de hoy es simple. ¡Si conseguimos sumergir el Nautilus y volver a salir a la superficie, será un triunfo!

—Jo, papá —bromea Halimah—, ¿no podemos dar una vueltecita por el lago?

—¡Yo quiero ver lo que puede hacer en mar abierto! —replica Dru.

Los demás aplauden y gritan en señal de aprobación.

—Un momento —susurro a Ester—. ¿Cómo llega el submarino de aquí a mar abierto?

—Luca acaba de decir que hay un túnel submarino que lleva más allá del atolón. —Anota como una loca esa información en sus fichas—. Probablemente sea una antigua chimenea de lava. ¿Qué escribo: «chimenea de lava» o solo «túnel»?

Ophelia da dos palmadas, fuertes y bruscas, para llamarnos la atención.

—¡Estudiantes de primer año!

El grupo se queda en silencio. Por primera vez, agradezco que Ophelia sea profesora de HP además de científica. Seguro que sus clases eran difíciles. Superinteresantes, pero difíciles.

—Bueno —continúa—. Vamos a tomarnos en serio esta misión. Nadie ha manejado el Nautilus desde hace casi doscientos años. Debemos darle a Ana, y al resto de nosotros, tiempo para que se aclimate. Será como aprender a montar a caballo.

Meadow Newman frunce el entrecejo.

—De todas formas, el submarino es una máquina, ¿no? ¡Hablas como si fuese un animal salvaje!

Al Nautilus no le hace gracia. La nave entera empieza a zumbar.

—¡Cuidado! —grita Ester.

Se cae a la cubierta cuando, a cada lado de la proa del Nautilus, salen unos chorros de agua trazando arcos hacia atrás por encima de la embarcación. La tromba de estribor cae al lago sin ningún perjuicio, pero el chorro del lado de babor nos empapa a todos de la cabeza a los pies.

Por un momento, nos quedamos en silencio, anonadados.

Meadow está atónita.

—¡Lo siento, Nautilus! ¡Eres una criatura maravillosa!

La tripulación se echa a reír. Top ladra y se sacude. No puedo evitar sonreír. Ahora sabemos que el submarino tiene orgullo, buen oído y puede que incluso sentido del humor, ya que no ha intentado matarnos.

Empiezo a pensar que mis temores eran exagerados. Estoy entre amigos. Estamos a salvo. El Nautilus solo quiere que lo respeten. Lo único que tenemos que hacer es una inmersión rápida. Luego podremos reparar las vías de agua que haya, volver mañana e intentarlo otra vez. Tenemos tiempo de sobra.

Entonces Sócrates sale a la superficie en medio del lago. Cae de lado haciendo el máximo ruido posible. Un instante más tarde, su cabeza asoma al pie del embarcadero. Parlotea, emite chasquidos y me silba con urgencia.

—Hala —exclama Gem—. ¿Cómo nos ha encontrado?

Pero esa no es la pregunta correcta. La pregunta es «¿por qué?».

—Algo va mal —dice Ester, con las fichas emborronadas por el agua en las manos.

Sócrates menea la cabeza hacia atrás, un gesto que recuerdo bien. «¡Vamos! ¡Deprisa!».

Siento que se me hunden las tripas en la fosa de las Marianas. Mi aprensión empieza a cobrar un terrible sentido.

—¡Chicos! —grito—. ¡Eh!

No tengo la habilidad de Ophelia para llamar la atención de la clase, pero mi tono de alarma causa impacto. Los demás se vuelven hacia mí.

Nelinha mira al delfín con el ceño fruncido y luego a mí.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Algún problema?

Me tiemblan las manos.

—Todos tenemos un buen problema. Creo que el Aronnax nos ha encontrado.

CAPÍTULO 38

Mi anuncio consigue aguar el humor de la clase como no lo hicieron los manguerazos del Nautilus.

Durante unos instantes de caos, la clase entera da vueltas preguntando «¿Qué? ¿Qué?», mientras yo intento explicarles por qué estoy tan segura de que nos han encontrado. Por algún motivo, «Me lo dice el delfín» no aclara la confusión. Mientras tanto, Ester y Top tratan de entrevistar a Sócrates, pero sin suerte. El delfín está muy agitado. A juzgar por su lenguaje corporal, su único mensaje es «Largaos ya».

Al final, Ophelia restablece el orden. Asigna una misión a cada casa: a los

Tiburones, comprobar la red defensiva de la isla; a los Cefalópodos, enviar drones de reconocimiento; a las Orcas, supervisar las comunicaciones y los LOCUS; a los Delfines, peinar el Varuna una vez más en busca de dispositivos de seguimiento.

—Y los cuatro monitores —dice Ophelia—, quedaos con Luca y conmigo.

Nuestros anfitriones nos llevan a Franklin, a Tia, a Gem y a mí a bordo del Nautilus.

Esta vez el puente se ilumina en cuanto entro en la sala. Luca se acerca a grandes zancadas al puesto de comunicaciones y manipula la esfera del LOCUS. Logra girarla poniendo las manos a cada lado. Yo estuve tres días usando el LOCUS a bordo del Varuna y ni se me ocurrió probarlo.

—No veo nada —anuncia.

—Vuelve a mirar —le ordena Ophelia—. Amplía al máximo el radio del LOCUS.

—Ya lo he ampliado al... —Luca vacila. Ajusta un selector de la consola de control—. Ya está. He ampliado al máximo el radio del LOCUS. Nada otra vez.

—Estamos en medio de una montaña —dice Gem—. Eso tiene que afectar a los sensores del Nautilus.

Luca sonríe débilmente.

—No tanto como crees. Incluso a través de cientos de metros de roca sólida, estos instrumentos son más sensibles que cualquier aparato de la base.

—Pero si el Aronnax tiene camuflaje dinámico —replico—, y es probable que lo tenga...

—De todas formas, deberíamos ver variaciones térmicas. —Ophelia frunce el ceño—. Pero quizá no las veamos hasta que esté cerca. Demasiado cerca. Tia, ¿están conectados ya los drones? Deberías poder comprobarlo con la consola de navegación.

—Ah... —Tia toquetea unos cuantos mandos. Gira la esfera del LOCUS. Incluso una brillante Cefalópodo tarda unos cuantos segundos en aprender a manejar una nueva interfaz—. No... Un momento.

Le da a un botón alargado. Una nube de puntos morados aparece en la holosfera.

—Sí. Se están desplegando en un perímetro de búsqueda. Pero si el Aronnax está ahí fuera, ¿no revelarán los drones nuestra posición?

—Si el Aronnax está ahí fuera —expone Luca sombrío—, ya saben que estamos aquí, y nosotros tenemos problemas mucho más graves.

Cierro los puños. No soporto la idea de que hayamos traído a nuestros enemigos a este santuario.

—¿Cómo pueden habernos localizado? Rastreamos el Varuna. Nos

camuflamos y evitamos comunicarnos por radio. Hicimos todo lo que el doctor Hewett nos mandó...

A la vez que lo digo, mi convicción se esfuma. Hewett podría haber estado trabajando para el Instituto Land y habernos tendido una trampa. O quizá había otro traidor a bordo que envió una comunicación que no detectamos. Me asquea solo pensarlo.

—No podemos saberlo —dice Luca—. Está claro que el IL ha conseguido mantener muchos de sus adelantos en secreto. Theodosius nos informó de los diseños que había hecho para el Aronnax cuando llegó a HP. Dijo que su submarino rivalizaría con el Nautilus, pero no creía que el IL pudiese construirlo hasta dentro de una década o dos como mínimo. Si han conseguido hacerlo tan rápido sin que nos enteremos...

Gem se echa al hombro su colección de rifles.

—Pero la base Lincoln está bien defendida, ¿no? Al entrar vimos las torretas.

—Sí, tenemos defensas —asiente Ophelia—. Podemos repeler prácticamente cualquier ataque de un ejército corriente. Pero ignoramos las capacidades del Aronnax. Tenemos que ponernos en lo peor.

Franklin entrelaza los dedos nervioso. Su mechón de pelo azul se ha vuelto violeta con el resplandor de las luces del puente.

—Ya vimos lo que el Aronnax le hizo a HP. ¿Y si una de esas cabezas explosivas impacta en esta isla?

—Espera —dice Tia—. Los drones seis y siete acaban de apagarse.

Ophelia corre a su lado.

—¿Has intentado desviar...?

—Sí. Estoy mandando a los drones cinco y ocho a rastrear esa cuadrícula... Se acaban de apagar también.

—¿Un arma de pulso electromagnético, quizá? —pregunta Gem.

—Puede —contesta Luca—. Que cuatro drones fallen a la vez es poco probable. En esa rejilla hay algo que no quiere ser visto.

—¿Posición relativa? —inquiero.

—Aproximadamente tres kilómetros al nornoroeste —informa Tia.

—Eso nos da unos minutos como mucho —afirma Ophelia.

Ella y Luca se miran a los ojos. Parecen llegar a un acuerdo silencioso.

—Ana —indica Luca—, tienes que llevarte el Nautilus de aquí a mar abierto. No puede caer en manos del IL.

Gem da un paso atrás como si le hubiesen empujado.

—Un momento. Ni siquiera sabemos si el submarino se moverá.

—¡Hace nada nos mandabais ir despacio! —conviene Franklin.

—Y ahora no tenemos tiempo —repone Ophelia, en tono cansado—. Si el Aronnax puso un rastreador en el Varuna, se centrarán en la base Lincoln, no en el Nautilus. Tenemos suficientes defensas para entretenerlos mientras vosotros escapáis.

—¡Podemos ayudaros a luchar contra ellos! —exclamo—. ¿Por qué arriesgarnos a marchar?

Sé cuál es el verdadero motivo por el que lo digo. No tiene nada que ver con el submarino.

Abandoné a Dev, y HP se desplomó sobre él. No puedo presenciar que a la base Lincoln le pase lo mismo. No puedo huir y ver morir otra vez a personas que me importan.

—Querida —repone Luca—, el mayor riesgo es que el Instituto Land se haga con este submarino. Supone un riesgo para el mundo entero. El Nautilus te hará caso. Estoy seguro de su navegabilidad. La propulsión básica debería funcionar. El camuflaje está operativo.

—Es cierto —asiente Tia—. Lo comprobamos ayer.

—Puede huir y esconderse —concluye Ophelia—, pero las armas de largo alcance no funcionan. En combate, estaría indefenso.

—Eso también es cierto —concede Gem—. No sabemos cómo funciona la mitad de su armamento. Y esos torpedos...

Mueve la cabeza con gesto triste.

—Aquí parado —dice Ophelia—, el Nautilus no es más que una presa a la espera de que se la lleven. En mar abierto, por lo menos tiene una posibilidad de escapar.

Las luces se atenúan un momento. Se oye un ruido sordo procedente de las cubiertas inferiores. No puedo evitar la sensación de que el Nautilus está tosiendo para llamarme la atención. «Ejem, sí, sácame de aquí».

La perspectiva del mar abierto debe de atraerle después de pasar tanto tiempo en esta caverna. Aun así, tengo palpitaciones. Ojalá pudiese dejar que Luca y Ophelia comandasen el submarino, o Gem... Pero yo soy la única Dakkar. Tengo que ser yo.

No soporto mi ADN.

—En el caso de que lo hagamos... —planteo—. Y solo en el caso, ¿qué pasa con el doctor Hewett? No podemos moverlo.

—Oh, yo me quedo —interviene Franklin, como si fuese evidente—. No voy a dejar a mi paciente en pleno tratamiento. Ester puede hacer de monitora.

—Pero...

—Yo también me quedo —anuncia Tia—. Ophelia y Luca necesitarán ayuda

con los sistemas de defensa de la isla. Además, Nelinha es tu mejor ingeniera de combate.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Tia, yo no...

—Oye, no pasa nada. —Me aprieta el brazo—. Todos tenemos nuestros puntos fuertes. Trabajar en este submarino... —Mira a su alrededor nerviosa—. Por muy bonito que sea, no es uno de los míos.

—Agradeceremos tu ayuda en la base —dice Luca. Acto seguido se vuelve hacia mí—. Ana, el túnel de la cueva sale al sur del atolón, justo enfrente del vector de aproximación del Aronnax. La isla debería interponerse entre vosotros y nuestros enemigos. Haremos todo lo que podamos para llamarles la atención y conseguiros tiempo.

Me acuerdo de las palabras que Hewett pronunció a los guardias de los muelles de San Alejandro: «Conseguidnos tiempo».

—Pero si toman la isla —replico—, o la destruyen...

El recuerdo de Harding-Pencroft derrumbándose en el Pacífico flota en el fondo de mis ojos como una antigua fotografía fijándose en nitrato de plata.

Luca me dirige una sonrisa triste.

—No te preocupes, querida. No tengo intención de dejar que me maten.

—Ni de que me maten a mí —añade Ophelia irónicamente.

—Claro —asiente Luca—. Pero puedes llevarte a Júpiter. Él disfrutará de la aventura, y está muy familiarizado con la cocina del submarino. Además, ¿quién sabe? ¡A lo mejor todo es una falsa alarma! ¡O a lo mejor la base Lincoln destruye el Aronnax y resuelve la papeleta!

Me doy cuenta de que él no cree en ninguna de las dos posibilidades, pero quiere que no me desanime.

Todos me miran esperando mi decisión. Al final, depende de mí. El Nautilus solo se moverá si yo se lo pido.

Me vuelvo hacia Gem. Espero a que me diga que él también se queda. Querrá estar donde haya acción.

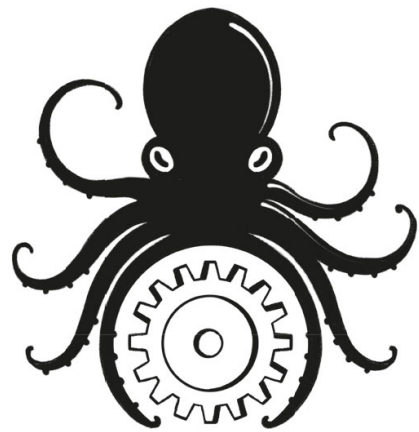
—Oh, no —exclama, interpretando mi expresión—. Tengo órdenes de mantenerte a salvo. A donde tú vayas, yo voy.

Hace tres días esa respuesta me habría irritado. Me imagino diciendo: «No, de verdad, tranquilo. Ve a pegar tiros. No me pasará nada».

Ahora doy gracias por contar con su apoyo. Para mi sorpresa, estoy empezando a querer tenerlo a mi lado, como a Ester y Nelinha, y no sé cómo procesar lo que eso significa.

—Está bien —convengo, antes de que cambie de opinión—. Luca, te tomo la

palabra. No dejes que os maten. —Respiro hondo y me vuelvo hacia Gem—. Reúne a la tripulación. Ve a por el orangután. Asumo el mando del Nautilus.



CAPÍTULO 39

A los quince minutos estamos todos a bordo.

Nelinha me choca los cinco antes de llevar a los Cefalópodos a la sala de máquinas. Las Orcas cargan cajas de comida y suministros médicos, además de la impresionante colección de baterías de cocina de Júpiter, mientras el orangután avanza a su lado diciendo por señas: «Cuidado con eso».

Gem manda a sus Tiburones a la sala de armas para asegurarse de que los antiguos torpedos están bien asegurados. Luego nos sigue a mí y a los demás Delfines al puente.

Lee-Ann se ocupa del control de la inmersión. Virgil, de las comunicaciones. Halimah, de la navegación. Es una decisión obvia porque es nuestra mejor piloto. Gem se encarga de la consola de las armas, aunque no tenemos muchas armas que digamos. Jack ejercerá de mensajero en caso de que fallen las

comunicaciones en la nave. (¿Tenemos siquiera comunicaciones en la nave?).

Estudio la silla del capitán.

Estoy segura de que el nuevo tapizado florentino de cuero de alga será cómodo. La luz ambiental morada de la base es un bonito detalle. Los mandos de los reposabrazos parecen bastante sencillos: solo hay que poner las manos en los globos y confiar en que el Nautilus responda.

Sin embargo, la silla sigue siendo el sitio donde murió mi antepasado. Su cuerpo estuvo allí sentado marchitándose durante ciento cincuenta años. Es el altar central del mausoleo familiar de los Dakkar.

Tengo que hacer que sea algo más. Tengo que hacer que vuelva a ser una nave viva y operativa.

Ocupo mi puesto. El acolchado de la silla suspira cuando presiona contra mi espalda.

El frenesí de actividad en el puente disminuye. Todo el mundo se vuelve esperando mis órdenes. Me siento como una niña que juega a fingir lo que no es, como solíamos hacer Dev y yo cuando éramos pequeños.

—Nautilus —digo en bundeli. (Por si te lo estás preguntando, se dice *notilas*. Sorpresón)—. Necesito acceder a todos los sistemas, por favor. La tripulación está a bordo. Estamos listos para ponernos en marcha.

Del órgano sale un tenue do medio. Luego sube una octava, se incorpora otro do, y luego baja una octava hasta que suena como una orquesta entera afinando. El volumen va *in crescendo*. El casco retumba. Las planchas del suelo vibran bajo mis pies. En el puente, cuadrantes e indicadores antes apagados se encienden parpadeando.

El órgano se queda en silencio.

—Bueno —murmura Lee-Ann nerviosa—. Ha sido diferente.

La voz de Nelinha suena en el techo por un altavoz metálico con forma de narciso.

—¡Lo has conseguido, Ana! Parece que tenemos máxima potencia. ¿Y te acuerdas del botón rojo de la supercavitación? ¡Se ha encendido! —Suenan interferencias mientras mantiene un debate apresurado con sus compañeros—. Sí, ya, ya. No lo pulsaremos.

—Preparaos —indico—. Solo necesitamos propulsión básica y control de profundidad.

Me doy cuenta de que ni siquiera estoy segura de que Nelinha pueda oírme. Agarro el mando del reposabrazos.

—¿Funciona este trasto?

Mis palabras resuenan por los altavoces del puente y reverberan por el

submarino. Muchas gracias, Nautilus.

—¿Máquinas? —digo cuando vuelvo a probar.

Esta vez no suena ningún eco en plan voz de Dios.

—Sí —afirma Nelinha. Puedo oír su sonrisa en su voz—. Aquí abajo estamos todos despiertos.

Trato de recordar las órdenes y el procedimiento de la operación. Ojalá hubiese prestado más atención a la clase del coronel Apesh sobre protocolo de submarinos el pasado otoño.

—¿Timón?

—A la orden —contesta Halimah.

—¿Inmersión?

—A la orden —responde Lee-Ann.

—¿Comunicaciones?

—A la orden, mi capitana.

Virgil usa el título sin ningún asomo de ironía.

—¿Armas? —pregunto a Gem.

—Ejem... —Él mira su consola—. O sea... ¿a la orden? Armas de Leiden de corto alcance, quizá. Y parece que este botón electrifica el casco exterior, pero si funciona o no...

El panel echa chispas y le da una descarga en los dedos.

—¡Ay! Vale, perdón, Nautilus. Armas, a la orden.

—De acuerdo. —No puedo creer que esté haciendo esto—. Fuera amarras. Escotillas cerradas... Timón, zarpemos. Avante despacio.

—Avante despacio, a la orden —contesta Halimah.

El suelo tiembla. Se levanta una estela por encima de las grandes ventanas abovedadas. Empezamos a movernos.

—¡Sí! —vitorea Virgil.

Halimah y Lee-Ann se chocan los puños.

Yo no puedo celebrarlo tan fácilmente. Temo que mi siguiente orden revele la presencia de miles de vías de agua en el submarino y nos ahogue a todos.

—Sala de máquinas —digo—, preparados para la inmersión.

—Sala de máquinas —responde Nelinha—, preparados para la inmersión, a la orden.

—Sala de armas —informa Dru Cardenas—. Estamos preparados, capitana.

—BIBLIOTECA —anuncia la voz de Ester—. ÍDEM.

—¿Biblioteca?

Miro a mi alrededor y me percato de que Ester no está en el puente. Supongo que pensé que me seguiría.

—Bueno, tengo que estar en alguna parte —se excusa Ester—. Además, Júpiter ha traído pastas con jarabe de arce.

Top ladra y hace vibrar los altavoces. Seguramente está diciendo: «¡Hurra por los orangutanes!».

—Ester, al puente, por favor —le indico—. Necesito tu ayuda para descifrar el submarino.

—A la orden, capitana.

Suspira.

—¿Y me puedes traer una pasta?

—A mí también, por favor —tercia Virgil.

Halimah, Lee-Ann, Jack y Gem levantan la mano.

—Seis pastas —digo.

—Seis pastas, a la orden —asiente Ester—. ¿Alguien quiere café para acompañar?

No sé si lo dice de broma.

—No, gracias.

Aunque un café con leche estaría... No.

Un momento. ¿Qué estoy haciendo?

—Control de inmersión. —Respiro hondo y me vuelvo hacia Lee-Ann—. Desciende a diez metros. Allá vamos.

Lee-Ann sonríe.

—A la orden, capitana. Allá vamos.

El agua se eleva en el exterior y sepulta las ventanas de proa. El Nautilus se sumerge. Por primera vez en un siglo y medio, zarpa impulsado por sus propios motores.

Y entonces chocamos con algo.

CAPÍTULO 40

El submarino vibra y chirría.

—¡Parad los motores! —grito.

Los chirridos continúan como uñas contra una pizarra hasta que perdemos el impulso hacia delante. Respiro entrecortadamente preguntándome si acabo de fastidiar el invento más importante del mundo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—Ah, he sido yo. —Halimah hace una mueca—. El LOCUS estaba configurado para exploraciones de largo alcance...

Activa un interruptor. La holosfera de su consola crece hasta adquirir el

tamaño de un balón medicinal. Un punto morado brillante sigue marcando nuestra posición en el centro, pero ahora veo nuestro entorno inmediato. Unas redes de luz verde delimitan las paredes de la caverna. Del fondo del lago se elevan media docena de agujas de roca. La punta de una está justo debajo de nosotros: un mortífero dedo que toca la barriga del Nautilus.

Aprieto los dientes. Luca y Ophelia podrían habernos avisado del bosque de estalagmitas gigantes por el que navegaríamos. Por lo menos podrían haber fijado el LOCUS en el modo de corto alcance. Por otra parte, hemos partido con algo de prisa.

—No, ha sido culpa mía —le digo a Halimah—. Yo he dado la orden. ¿Informe de daños?

Ella trata de descifrar las lecturas. Teniendo en cuenta el estilo del Nautilus, casi espero que salga una placa de latón de la consola con la palabra «AY» escrita con elegante caligrafía.

Mientras tanto, los demás tripulantes del puente reajustan sus respectivas visualizaciones de los LOCUS.

—Ah, sí, fíjate —murmura Lee-Ann—. Qué rocas más gigantescas.

Ester llega corriendo al puente con un plato de pastas. A sus pies, Top se arquea en actitud juguetona como diciendo: «¿Dónde está la fiesta?».

—¿HEMOS CHOCADO CONTRA UNA ROCA? —pregunta Ester.

Por el altavoz de arriba, la voz de Nelinha anuncia:

—Creo que hemos chocado contra una roca.

—Gracias, ya lo hemos captado —replico—. ¿Alguien puede decirme si hemos sufrido daños?

—No que yo vea —contesta Nelinha—. Pero no lo repitamos.

—De acuerdo. Timón, bájanos del dedo mortífero, por favor.

—A la orden, capitana.

Halimah parece aliviada.

—Veo la entrada del túnel —anuncia Virgil en el puesto de comunicaciones —. Quince grados a estribor; distancia, noventa metros; profundidad, veinte metros.

Procuro no temblar. Una de las cosas que aprendes en la escuela de buceo es lo peligrosas que pueden ser las cuevas submarinas. Son los sitios donde más probabilidades de morir hay.

Estar en un submarino no me hace sentir mejor. Apenas hemos salido y ya hemos estado a punto de ser empalados. Aun así, decido que no sería de recibo que la capitana gritase: «¡Vamos a morir todos!».

—Quince grados a estribor —indico—. Profundidad, veinte metros. Avante

despacio. Lleguemos a la salida sin chocar con nada más, amigos.

Gem ríe.

Lo miro frunciendo el entrecejo.

—Vale, no ha tenido gracia —conviene.

Empezamos a movernos otra vez. Estudio las visualizaciones de los LOCUS. La entrada del túnel se acerca como la boca de una ballena.

—Distancia, cuarenta metros —anuncia Halimah—. Profundidad estable de veinte metros.

Miro a Ester, que se encuentra a mi derecha con el plato de pastas.

—¿Cómo ves el Nautilus?

—Tranquilo —responde—. ¿Quieres una pasta?

Que esté tranquilo es bueno. Y, sí, quiero una pasta.

No oigo crujidos ni chirridos, ni gritos de alarma por los pasillos. Aun así, me imagino mil pequeñas vías de agua brotando en las vetustas planchas del submarino.

—Jack —digo—, date una vuelta por el submarino, ¿quieres? Ve a ver cómo están todos.

—A la orden.

Él parece alegrarse de tener algo que hacer. Agarra una pasta y se va corriendo.

—Entrada del túnel a diez metros —informa Halimah—. Vamos a entrar justos.

—Sabes pilotar este cacharro, ¿verdad? —pregunta Virgil.

El órgano toca un acorde disminuido que nos hace estremecer a todos.

—Digo... ¿sabes pilotar esta preciosa embarcación? —se corrige Virgil.

—Creo que sí —contesta Halimah—. Nautilus, ayúdame a salir de aquí. ¿Capitana?

Tardo un segundo en darme cuenta de que me está haciendo una pregunta. Todavía no estoy acostumbrada a que me llamen «capitana».

—Avante despacio —indico—. Correcciones de rumbo a tu criterio.

—A la orden.

Halimah gira ligerísimamente una palanca.

En cuanto llegamos al túnel, un temblor sacude el puente. Una cascada de burbujas cae al otro lado de las ventanas de babor.

Me agarro a los brazos de la silla.

—¿Qué ha sido...?

—¡Explosión! —grita Gem un poco más alto de lo necesario—. P-pero no cerca. Ha sido aproximadamente... —Toquetea los mandos, y su holosfera

adquiere un color morado intenso—. Hala, cómo mola.

—¿Algo sobre una explosión? —le apunto.

—Sí, perdón. Ha habido una detonación contra el borde norte del atolón, más o menos a un kilómetro de distancia. ¿Un torpedo, quizá?

—Una onda expansiva enorme para un torpedo —observa Virgil.

—El Aronnax —dice Ester.

Ese nombre es más perturbador que el acorde disminuido del órgano.

Quiero creer que Luca y Ophelia han eliminado a nuestros enemigos, pero sé que no podemos tener tanta suerte. Es más probable que el Aronnax haya lanzado un disparo de advertencia para hacer saber a la base Lincoln que no se andará con chiquitas. Por lo menos la cueva no se ha desplomado aún encima de nosotros.

—Mantén el rumbo —ordeno.

Halimah nos introduce en el túnel.

Al otro lado de las ventanas, las constelaciones de fitoplancton desaparecen. A solo un metro por encima de nuestras cabezas se desliza el techo del tubo de lava, reluciente a la luz morada del puente. Cómo no iba a iluminar Nemo su submarino de color morado, comprendo. Las ondas luminosas más largas, las azules y las moradas, son las últimas en desaparecer bajo el agua. Me pregunto si el Nautilus tiene faros morados. O limpiaparabrisas antediluvianos.

Las holosferas de todos los puestos parpadean de repente y se apagan.

—¿Halimah? —pregunto, alarmada.

—No pasa nada. —Ella mantiene la mano izquierda firme en la palanca. Mueve la derecha de un mando a otro como si hubiese manejado esa consola toda la vida—. Ya contaba con eso.

—Las paredes del tubo de lava tienen un contenido extraordinario en metales —me dice Lee-Ann—. Interfieren con los LOCUS. Tendremos que recurrir a las lecturas físicas hasta que lleguemos al otro lado.

Halimah no contesta. Está un poco ocupada intentando mantenernos a todos sanos y salvos.

—Las lecturas tácticas también se han interrumpido —informa Gem—. No sé lo que pasa ahí fuera.

—¿Captas la posición del Aronnax? —quiero saber.

—Nada. A lo mejor están camuflados.

—Eso podría ser bueno —comenta Ester, dando de comer un pedazo de pasta a Top—. A lo mejor ellos tampoco pueden vernos a nosotros.

Hablando del tema...

—Sala de máquinas —digo—. ¿Cómo va todo?

—Bien —contesta Nelinha—, las cosas que brillan siguen brillando. Las cosas que zumban siguen zumbando. Creo que todo marcha bien.

—Si tenemos camuflaje dinámico, este sería un buen momento para activarlo.

—Hum... sí. Listo.

La travesía por el túnel se hace eterna. Me caen gotas de sudor por la espalda. La camiseta se me pega al selecto cuero de alga italiano.

Nadie dice nada. Hasta Top está callado, sentado pacientemente al lado de Ester, esperando a recibir más bocados de pasta.

Ester posa la mano en el respaldo de mi silla.

—El Nautilus se siente bien —me comenta—. Creo que está ilusionado.

Pues es el único.

Jack vuelve jadeando de su carrera por el submarino.

—Ningún problema —informa.

Nelinha anuncia por el intercomunicador:

—Camuflaje activo, nena. O sea, capitana. Nena capitana.

Un instante más tarde, las visualizaciones de los LOCUS se encienden parpadeando.

—Ya hemos salido —dice Halimah suspirando.

—¡Sí!

Lee-Ann le dedica una salva de aplausos. Jack chilla y hace un gesto triunfal con el puño. Por el pasillo, detrás de nosotros, oigo los ecos de los vítores del resto de la tripulación.

Nuestro entusiasmo no dura mucho.

—¡Ana! —grita Gem, olvidando el título de capitana—. He localizado el Aronnax. —Se vuelve con expresión seria—. ¿Te acuerdas de la explosión? No solo ha hecho impacto en el lado norte del atolón. El lado norte del atolón ha desaparecido.

CAPÍTULO 41

Gem le da a un interruptor. Su holosfera táctica se amplía y nos muestra una vista tridimensional de la base Lincoln. La isla principal se eleva de la laguna, rodeada del atolón que antes era un círculo concéntrico casi perfecto. Ahora, además del canal por el que el Varuna navegó hace unos días, hay una abertura mucho más grande en el extremo norte. Una parte de playa y zarzas del tamaño de un campo de fútbol ha desaparecido en el mar.

La señal luminosa morada del Nautilus brilla en el margen sur de la visualización. Justo enfrente de nosotros, al norte del atolón destruido, flota un segundo punto morado: el Aronnax.

En la holosfera se ven señales de disparos como estrellas fugaces entre el Aronnax y las torretas repartidas a lo largo de lo que queda del atolón. Una tras otra, las defensas de la isla se oscurecen.

Noto la boca llena de arena húmeda.

—Gem, ¿puedes hacer zoom sobre el atacante?

Él manipula otro botón. De repente, veo el Aronnax de cerca... o, al menos, su imagen holográfica.

Como vimos en las imágenes borrosas captadas por los drones del doctor Hewett, la embarcación tiene punta de flecha, como si el Instituto Land hubiese adaptado el diseño de un bombardero sigiloso para uso submarino. Alrededor de su casco hay un difuso halo violeta que parece estar absorbiendo las descargas que disparan las defensas de la base.

—¿Qué es eso? —pregunto—. ¿Algún tipo de escudo?

Nadie responde. Contemplamos horrorizados cómo el Aronnax sigue avanzando sin prisa pero sin pausa hacia la isla.

Virgil se vuelve.

—Ana... capitana... si alcanzan la base principal con uno de esos torpedos sísmicos...

—Ellos no harían eso —interviene Ester—. No si piensan que su premio está dentro.

«Su premio».

Me aferro a los reposabrazos de la silla. Nunca he odiado algo tanto como odio el Aronnax, pero Ester tiene razón. El Nautilus y yo somos premios en un juego de balón prisionero. No podemos ser combatientes en esta batalla.

—¿Órdenes, capitana?

Halimah parece serena, pero le tiemblan las manos sobre los mandos de navegación, algo que no es muy positivo para un piloto.

Me imagino al doctor Hewett tumbado en su cama y a Franklin protegiéndolo mientras llueven escombros del techo. Visualizo los pasillos de la base Lincoln temblando, las luces parpadeando, y a Tia, Luca y Ophelia corriendo con desesperación de un panel de control a otro, procurando resistir a medida que sus armas son sistemáticamente destruidas.

Ojalá pudiese ayudarles, pero esa no es nuestra misión. No podemos hacer nada por la base Lincoln.

—Timón, pon rumbo al sur —digo—. A velocidad máxima. Sea la que sea.

—Rumbo al sur, velocidad máxima, a la orden.

—Inmersión, desciende a... —Parpadeo tratando de despejar la cabeza. Miro la holosfera de encima de la consola de Lee-Ann—. Desciende a veinticinco metros.

—Veinticinco metros, a la orden —dice Lee-Ann.

Noto en la boca del estómago que el submarino empieza a acelerar y a

descender.

—Capitana —dice la voz de Nelinha por el altavoz—. Creo que a lo mejor deberíamos reducir la velocidad. Estoy recibiendo unas lecturas muy raras de... OH, ESO NO ES BUENO.

El Nautilus vibra. Por el intercomunicador, oigo a los Cefalópodos chillando. Detrás de nosotros, por el pasillo, más miembros de la tripulación gritan alarmados.

—¡Sala de armas! —La voz de Dru suena por el intercomunicador—. ¡Me está saliendo baba verde por los conductos!

—¡Cocina! —La voz es de Brigid Salter. Detrás de ella, oigo a un orangután alterado dando alaridos y gruñendo—. De las salidas de aire están cayendo residuos. ¡Están salpicando todas las cazuelas y las sartenes de Júpiter, y NO le hace ninguna gracia!

—¡Sala de máquinas! —grita Nelinha—. ¡Los motores principales no funcionan! ¡Nos estamos pringando! ¡Repito, nos estamos pringando!

Halimah estampa el puño contra la consola de navegación.

—Capitana, estamos varados.

Maldigo entre dientes. Me acuerdo del montón de algas putrefactas que Luca sacó del compartimento de la instalación eléctrica la primera vez que subí a bordo. Me imagino una riada de esas apestosas aguas residuales victorianas saliendo de cada conducto y fisura de la embarcación, circulando a causa de la presión que estamos ejerciendo en este viejo cubo de nemonio. ¿En qué pensaba yo tratando el Nautilus como un submarino operativo?

—Nelinha —la llamo por el intercomunicador—, necesitamos propulsión. ¿Puedes repararla?

La única respuesta que oigo son interferencias y voces confusas de fondo.

—Voy yo.

Jack Wu sale escopeteado otra vez.

—Oh... —Gem se aparta de su consola—. No, no, no.

Me imagino que debe de estar saliendo pringue de su consola, pero ese no es el problema. En la visualización táctica de Gem, el Aronnax ha cambiado de rumbo. Las torretas que quedan en la base siguen disparándole, pero el Aronnax no se molesta en devolver el fuego. Vira hacia el este rodeando el borde del atolón.

—¿Qué hace? —murmura Lee-Ann.

—Nos han visto —digo.

—¿Cómo? —pregunta Halimah—. Según esto, el camuflaje está activado.

—A lo mejor no lo está —sugiere Virgil—. Podría haber dejado de funcionar

con la propulsión. O a lo mejor el Aronnax detecta nuestras variaciones térmicas, como dijo Ophelia...

—Ahora mismo no importa —digo—. Dentro de menos de un minuto, tendrán otra línea de fuego directa. Necesito opciones.

—Está el esquife —sugiere Gem—. Yo podría pilotarlo y, con suerte, atraer sus disparos y así conseguiros tiempo. Si logro acercarme lo suficiente al Aronnax con armas convencionales...

—No, eso es un suicidio —me niego—. ¿Tenemos cosas de blindaje?

—Cosas de blindaje... —Gem mira su consola frunciendo el ceño—. Hum, creo que...

—NAUTILUS. —La voz suena tan alta por los altavoces que me sobresalto—. OS HABLA EL ARONNAX. RENDÍOS O SERÉIS DESTRUIDOS.

Esa voz... Es nuestro viejo amigo/interrogado Caleb South.

—¿Cómo ha vuelto ese tío? —masculla Gem—. Creía que en el Instituto Land castigaban el fracaso.

—Debe de haberse inventado una mentira muy buena —especula Lee-Ann—. A lo mejor ha echado toda la culpa a sus compañeros.

—Bah —exclama Gem—. Debería haberle pinchado los manguitos de patitos rosa.

—ESTÁIS PARADOS E INDEFENSOS EN ESA CHATARRA —continúa Caleb —. RENDÍOS AHORA Y NO ARRASAREMOS VUESTRA BASE.

El Nautilus tiembla. Creo que no le gusta que lo llamen «chatarra».

—¿Podemos desconectar esa voz? —pregunto—. ¿Cómo está transmitiendo por nuestro intercomunicador?

—Estoy... estoy mirando —dice Virgil, girando frenéticamente diales.

Caleb sigue con su diatriba a un volumen más bajo:

—Solo queremos el Nautilus y a Ana Dakkar. Ninguno de vosotros sufriréis daños. Os trataremos mejor de lo que vosotros me tratasteis a mí.

—Se acercan —me dice Gem—. Están a un kilómetro.

Las defensas de la isla siguen disparando, tratando de captar la atención del Aronnax. Nuestro enemigo hace caso omiso de la cortina de fuego. Están centrados en nosotros, como si...

Noto un calambre en la barriga que me pliega las entrañas y hace con ellas varias figuras de origami.

—No seguían la pista del Varuna —comprendo—. Seguían mi pista.

—¿Cómo? —inquiere Lee-Ann—. ¿Tienes ADN radiactivo o algo por el estilo?

Por el intercomunicador, Nelinha dice:

—Capitana, tengo una idea. No te va a gustar, pero...

—Si no os fiais de mí —la interrumpe Caleb South—, escuchad a nuestro capitán.

Me levanto de golpe.

—¡Apagad esa puñetera transmisión! —grito a Virgil.

Entonces la voz del capitán enemigo suena por el intercomunicador y me sienta de golpe en la silla.

—Hola, hermanita —saluda Dev—. Lo has hecho estupendamente. Pero ha llegado la hora de rendirse.

CAPÍTULO 42

Me acuerdo de la primera vez que sufrí narcosis de nitrógeno.

Mi instructor me hizo descender por debajo de treinta metros con botellas de aire corrientes para enseñarme lo que era la «borrachera de las profundidades». Mi campo de visión empezó a estrecharse. No podía hacer cálculos simples con el ordenador de buceo. Estaba llena de una extraña mezcla de euforia y terror. Sabía que el precioso vacío azul me mataría si seguía buceando a más profundidad, pero eso era precisamente lo que quería hacer.

Oír la voz de Dev me hace sentir igual.

Mis pensamientos se coagulan. Mi hermano está vivo. Mi hermano es un

traidor.

Estoy aliviada. Estoy horrorizada. Me precipito a un abismo azul.

—Es imposible —digo.

La tripulación del puente se vuelve para mirarme. Están impactados, confundidos... dolidos. Necesitan respuestas. Una vez más, no tengo ninguna.

—Tiene... tiene que ser una imitación —razono—. Un sintetizador de voz...

—Es su voz, Ana. —Ester mira el suelo con el entrecejo fruncido—. Está vivo.

—Pero...

—NAUTILUS —dice Dev—. Ana, se te acaba el tiempo. Necesito oír que te rindes. Si no, dispararemos.

—Él no haría algo así —afirma Lee-Ann.

—Lo ha hecho —replica Halimah—. Él es quien destruyó HP.

«No —pienso—. Mi hermano, no».

Entonces me acuerdo de lo que Dev dijo el último día que estuvimos juntos, cuando me dio el regalo de cumpleaños adelantado. «Hoy te marchas a hacer las pruebas».

Sabía que yo no estaría en el campus cuando se produjese el ataque. Restó importancia a mis preocupaciones sobre la red de seguridad. El Instituto Land tuvo que contar con ayuda interna para sabotear el sistema de seguridad. Todo este tiempo he estado sospechando de mis compañeros de clase, o del doctor Hewett...

El intercomunicador crepita. La voz de Nelinha se abre paso a través de mi estupor.

—Ejem, ¿todo el mundo ha oído eso? ¿Órdenes, capitana?

Órdenes... Casi me dan ganas de reír. ¿Por qué alguien querría recibir órdenes de mí? Soy la niña tonta que se ha dejado engañar por su propio hermano.

—¿Estás bien, Ana? —pregunta Gem.

Tiene cara de preocupación, expectante, como si estuviese esperando a que yo me agarrase a una cuerda de salvamento.

Me obligo a respirar. No puedo caer en este vacío emocional ahora... Eso significaría abandonar a mis amigos.

—Sala de máquinas, preparaos. —Me vuelvo hacia Virgil—. ¿Pueden oírnos?

—No —contesta él—. Es una transmisión unidireccional. Con bastante certeza. Casi seguro.

—¿Su posición?

Gem mira sus paneles.

—A medio kilómetro. Siguen a nuestras seis en punto.

¿Cómo nos han encontrado, a pesar de todas las precauciones que hemos tomado? No seguían el Varuna. Me seguían a mí...

«Quería que tuvieras la perla para que te dé suerte —dijo Dev—, por si, no sé, metes la pata hasta el fondo o algo por el estilo».

Me levanto. Cierro los dedos en torno al colgante con la perla negra de mi madre. Me lo arranco del cuello rompiendo la cadena. Dev hizo que volviesen a engarzarlo para mí. La perla se desprende fácilmente de su engaste. Debajo, pegado a la base de plata, hay un diminuto receptor.

—Lo siento mucho, Ana.

A Ester le tiembla el labio inferior. Comprende cómo me siento. Sabe lo que es ser utilizada, tratada como una mercancía por su propia familia.

—¿Me prestas tu arma de Leiden? —pregunto.

Ella no vacila. Me da su pistola.

Coloco los pedazos rotos del collar en el suelo: cadena, engaste y perla incluida. No puedo correr riesgos. Retrocedo y disparo.

Tentáculos azules de electricidad describen arcos por toda la cadena. El receptor explota y arde como una pequeña bengala de emergencia. Volutas blancas de humo envuelven la perla de mi madre.

Noto un sabor acre en el fondo de la boca. No estoy segura de si es del rastreador que se derrite o de la amargura que me brota por la garganta.

En el Varuna, el equipo de asalto del Instituto Land puso especial empeño en no dispararme con armas de Leiden. Utilizaron veneno. Esperaban hacerse con el barco entero: el mapa del doctor Hewett, el lector de ADN, yo, todo. Pero si pasaba algo, no querían arriesgarse a dañar su dispositivo de rastreo. Era su póliza de seguro. Yo los traje... traje a Dev directamente al Nautilus.

La voz de mi hermano resuena por el submarino. Habla en un tono íntimo y suplicante, solo para mí.

—Avisé a la academia, Ana. Les dije que evacuasen. Yo no quería que murieran. No quiero que muera nadie más, y menos tú.

Dios mío, aquella confusa grabación sonora de Dev no venía de la megafonía de la academia. Él transmitía desde el Aronnax.

Quiero gritarle. Quiero exigirle explicaciones. Pero no pienso abrir las comunicaciones bajo ningún concepto.

Hace una hora habría cambiado el Nautilus y el mundo entero por volver a hablar con Dev. Ahora quiero estar lo más lejos posible de él.

—Sala de máquinas —digo—. ¿Alguna opción?

Tras unas interferencias momentáneas, Nelinha responde:

—Sí, pero no te van a gustar...

—Ahora mismo nada me gusta. Cuéntame.

—La propulsión por supercavitación —expone ella—. Podría estar operativa. Utiliza un sistema de arranque distinto para comunicarse con los motores...

La voz de Dev sustituye la de ella.

—Harding-Pencroft no son nuestros amigos, Ana. Han estado acaparando la herencia de nuestra familia durante generaciones. Nuestros padres murieron por su culpa. Están utilizándote. El Instituto Land me ha dado el mando de su embarcación. Quieren usar nuestra tecnología para hacer el mundo mejor. Harding-Pencroft nunca harían algo así. Ellos incluso se negaron a dejarme ver el Nautilus. Esta ha sido la única forma de apretarles las tuercas. Lo siento, pero había que hacerlo. Ahora podemos tomar lo que es nuestro. Tuyo y mío.

—N-Nelinha, la propulsión por cavitación... —Intento dejar de escuchar las palabras de Dev, pero me siento como si hubiese estado haciendo gárgaras con veneno de serpiente marina—. ¿Estás segura de que funcionará?

—En absoluto —contesta—. Si pulso el botón rojo, puede que no pase nada. Puede que explotemos en el acto. O puede que salgamos disparados a la otra punta del Pacífico y nos estrellemos contra la ladera de una montaña submarina. Pero es lo único que se me ocurre, a menos que puedas mantener a Dev hablando otras seis o siete horas mientras reparamos la avería.

Prefiero explotar.

—Si conseguimos escapar —advierte Gem—, el Aronnax atacará la base Lincoln.

Lo sé. Ophelia, Luca, el doctor Hewett, Tia, Franklin... ¿Cómo vamos a dejarlos a merced de ese submarino... de Dev? ¿En qué se ha convertido mi hermano? Por otra parte, no puedo entregar a esta tripulación. Los defensores de la base Lincoln me han encomendado una misión. Ellos se han quedado para hacerla posible.

—Nautilus, escúchame —le digo al submarino en bundeli—. Necesitamos marcharnos de inmediato. Necesitamos encontrar un sitio seguro. Si no lo hacemos...

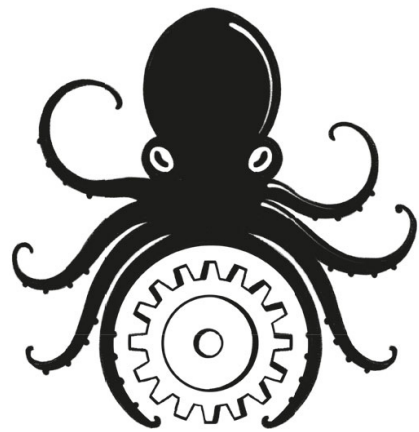
—Muy bien. —La voz afligida de Dev me recuerda mucho la de nuestro padre. El suspiro de decepción de papá cada vez que nos portábamos mal era siempre el peor castigo—. Ana, vamos a lanzar un tornado de pulso electromagnético. No os destruirá. Solo eliminará los sistemas que os quedan. Luego os abordaremos. No podéis detenernos. Sois una panda de novatos en un barco destartalado. Por favor, no nos obligues a matar a tu tripulación.

—¡Torpedo en el agua! —grita Gem—. ¡Diez segundos para el impacto!

—¡Sala de máquinas! —ordeno—. ¡Dale el botón de la supercavitación ya!

Durante tres segundos, nada.

Entonces unas cortinas de agua gasificado cubren las ventanas de proa como si nos hubiésemos metido en el túnel de lavado más potente del mundo. El submarino sale disparado hacia delante con tal violencia que el retroceso me lanza hacia atrás por el puente. Noto un crac sordo al darme con la cabeza contra algo metálico, y todo se oscurece.



CAPÍTULO 43

Cuando me despierto Ester está a mi lado vestida con un uniforme de quirófano. Me palpitan las sienes. Noto la parte trasera del cráneo como si estuviese recubierta de hielo.

—Estás en la enfermería —dice—. Has estado cuatro horas inconsciente. Necesitas descansar...

Salgo de la cama y trato de ponerme de pie. Piso a Top, que protesta chillando. Ester me agarra el brazo para que no pierda el equilibrio.

—Esto no es descansar —observa.

—Tengo que... el submarino. ¿Estamos a salvo?

—De momento —contesta Nelinha en algún lugar cercano.

Intento enfocar la vista. Múltiples Da Silva dan vueltas en la puerta. Lleva puestas unas botas militares, una falda blanca y negra de cuadros, y una sudadera

negra, con un lápiz de labios negro a juego, de manera que parece una comando escocesa de las Tierras Altas. En la frente tiene una venda blanca hinchada del tamaño de un billete de un dólar.

Señalo su parche con aire vacilante.

—¿Estás bien?

—¿Quién, yo? Como una rosa. Cuando se activó la supercavitación, mi cara tuvo un desencuentro con un cigüeñal. ¿Cómo te encuentras?

Es una buena pregunta. El dolor de cabeza genera una potencia explosiva de unos cincuenta megatones. He estado cuatro horas inconsciente. Por lo menos me he ahorrado cuatro horas de llanto a moco tendido. Mi hermano está vivo, y es un traidor, y un asesino en masa.

—Sobreviviré —decido—. ¿Quién está pilotando el submarino?

—Bueno, Gem se ocupa del puente —dice Nelinha, con menos desagrado del que yo habría esperado—, pero en este momento nadie pilota la nave. Estamos parados.

Me esfuerzo por asimilar esa información.

—¿Cómo está la tripulación?

—Hemos sufrido diecisiete lesiones —responde Ester—. La mayoría leves.

—Sin Franklin y Tia, solo somos dieciocho en la tripulación.

—Lo sé —asiente ella—. Yo he tenido suerte. Tengo buen equilibrio. Júpiter también está bien. Y Top.

Top menea la cola. «Lo confirmo».

Ester me toca el cuero cabelludo con los dedos. Tal vez busca agujeros en mi cabeza. Detesta el contacto físico, pero como ahora solo soy una paciente, no tiene ningún problema en hurgarme sin piedad.

—Tu antepasado inventó la propulsión por supercavitación —expone—, pero no inventó los cinturones de seguridad. Tenemos a tres personas con brazos rotos, dos conmociones cerebrales y una quemadura de segundo grado.

—¿Quién se ha quemado?

—Kay Ramsay.

Nelinha señala con el dedo detrás de mí.

Kay duerme profundamente en la cama de al lado. Tiene el brazo vendado desde el hombro hasta las puntas de los dedos. Pobre Kay... Espero que la enfermería esté equipada con tecnología para hacer injertos de piel.

Bajo la voz.

—¿Qué pasó?

—Salió despedida contra una bobina de fusión fría. —El rostro de Nelinha se tensa—. Esos trastos se calientan mucho. ¿Quién iba a saberlo?

—Puede que sea conveniente instalar arneses para el cuerpo —propone Ester —. O como mínimo avisar la próxima vez que activemos la supercavitación.

Asiento tímidamente con la cabeza. Hasta ese movimiento me duele.

—Tengo que volver al puente.

—No te lo recomiendo —dice Ester—. Te diste un buen golpe en la cabeza. He probado contigo un chisme parecido a un escáner, como un LOCUS para cuerpos...

—¿Nemo también inventó las resonancias magnéticas y los tacs?

Me estremezco y confío en que Ester no me haya radiado con una antigua tecnología alternativa que me convierta en pez.

—No he visto ninguna inflamación —explica—. Aun así, estoy usando un equipo y unos medicamentos que no entiendo del todo.

Ya lo pillo. Quiere que descanse, que es precisamente lo que no puedo hacer.

Me vuelvo hacia Nelinha.

—¿Informe de daños?

Ella abre las manos.

—A ver... ¿estamos enteros? La propulsión se ha estropeado. La supercavitación quemó un fusible o algo por el estilo. Todavía estamos desenterrándonos de la Gran Explosión de Baba. Por otra parte, tenemos energía interna. Tenemos aire. Nos mantenemos a veinte metros de profundidad estable. El casco está intacto. Así que estamos bien. Pero no podremos ir a ninguna parte durante un tiempo.

—¿Cuál es nuestra posición?

Ella ríe.

—No te lo vas a creer. Estamos en el mar de Filipinas, aproximadamente a seiscientos cincuenta kilómetros al este de Davao.

Parpadeo tratando de procesar lo que ha dicho.

—¿Quieres decir que con solo pulsar el botón de supercavitación hemos recorrido...?

—Unos ochocientos kilómetros —confirma ella—. Eso sí, hemos tardado un par de horas. Tú has estado inconsciente todo el rato, pero aun así...

—En recorrer una distancia como esa se tardaría... ¿cuánto, doce horas en un vuelo comercial? ¿Seis días por mar?

—Ya te he dicho que no te lo creerías.

El problema es que sí que me lo creo. Añado «propulsión por supercavitación» a la lista de motivos por los que el Instituto Land está tan desesperado por hacerse con esta «chatarra». Una tecnología como esta patentada

podría poner el mundo patas arriba.

—El Aronnax —recuerdo, con los nervios a flor de piel—. ¿Algún rastro de él?

—Ninguno —contesta Nelinha—. Nuestro rumbo ha sido bastante claro. Si el Aronnax tiene propulsión por supercavitación, debería haber podido seguirnos. Como todavía no ha aparecido, creo que podemos suponer que tenemos ventaja en ese sentido.

Espiro. Necesitamos todas las ventajas que podamos conseguir.

Por otra parte, hemos dejado la base Lincoln a merced del Aronnax. Estamos atrapados en mitad del mar sin propulsión, ni aliados, ni puertos amigos.

Al menos eso creo...

Recuerdo haberle pedido al Nautilus que nos llevase a un sitio seguro. ¿Eligió este sitio para desactivar la supercavitación a propósito, o simplemente se quedó sin energía?

—¿Hay algo cerca de nosotros? —pregunto.

Nelinha se encoge de hombros.

—No hay bases secretas que nosotros detectemos, si te refieres a eso. La fosa de Palaos está justo debajo de nosotros: seis mil metros hacia abajo. No me gustaría perder el control de inmersión aquí.

Yo me siento como si ya lo hubiese perdido. Mi cerebro se está fracturando por sobrecarga. ¿Por qué aquí? Y ahora, ¿qué? ¿Cómo mirar a mi tripulación a la cara cuando mi hermano es la causa de todos nuestros problemas y yo lo he llevado directo a la base Lincoln?

Me flaquean las piernas. Ester me agarra del brazo para evitar que me caiga.

—Por lo menos tienes que sentarte, Ana —insiste.

—Me sentaré —prometo—. En el comedor principal. —Miro a Nelinha—. Reúne a la tripulación, ¿vale? Y, Ester, agradecería unas superaspirinas, si tienes. Va a ser una conversación difícil.

CAPÍTULO 44

Una conversación difícil, y también el almuerzo más raro del mundo.

La mesa solo tiene capacidad para ocho personas. Traemos todas las sillas que encontramos y las distribuimos junto a las paredes. Los muebles crujen y huelen a moho, pero la tripulación ha limpiado el espacio lo mejor que ha podido. El viejo tablero de caoba de la mesa brilla. La araña de luces de oreja marina lanza destellos. Los cubiertos, grabados con el blasón del capitán Nemo, han sido pulidos hasta quedar como nuevos.

Júpiter ha preparado una deliciosa selección de sándwiches de macroalgas. También ha hecho varias docenas de galletas de chocolate, un detalle que

reafirma mi opinión de que es el miembro más imprescindible de la tripulación.

Ester no bromeaba cuando habló de la cantidad de lesiones sufridas. Entre todos tenemos suficientes vendas, tablillas, escayolas y cabestrillos para abastecer a un auxiliar médico.

Una vez que todo el mundo ha comido algo —es un almuerzo muy silencioso —, hablo por fin.

—Chicos, no tenía ni idea de lo de Dev. —He ensayado lo que voy a decir, pero apenas puedo pronunciar las palabras—. Creía que había muerto. Lo que Dev hizo... No reconozco a la persona que fue capaz de hacer eso a nuestra academia y nuestros amigos.

Me seco una lágrima. Hace dos años que conozco a mis compañeros de clase, pero ahora mismo no puedo descifrar sus expresiones. Sus caras borrosas dan vueltas delante de mis ojos. Me pregunto si así es como Ester se siente todo el tiempo.

—Si pensáis que yo he estado implicada de alguna forma —expongo—, os comprendo perfectamente. A estas alturas, yo tampoco me fío de mí misma. Este submarino no es mío. Os merecéis volver a elegir capitán. Gem puede sustituirme, o cualquiera al que elijáis... Lo que quiero decir es que lo siento.

El único sonido que se oye es el zumbido lejano de los ventiladores de aire.

—Ana —dice Gem al fin—, nadie te culpa.

Lo miro fijamente. Me sorprendería menos que me hubiese dicho que el mar es morado.

—Tú no eres tu hermano —continúa—. Lo que él hizo no te desacredita. Tú nos has traído hasta aquí y nos has mantenido con vida. —Echa un vistazo al grupo—. ¿Alguien no está de acuerdo? Si es así, que hable.

Nadie dice nada.

Me pregunto si solo es por la presión de grupo. Gem es una persona difícil de contradecir. Pero no percibo incomodidad en la tripulación: ni miradas furtivas ni movimientos nerviosos en los asientos.

Me envuelve una sensación de gratitud como un cálido edredón. Quiero darles a mis amigos las gracias, pero me parece insuficiente. La mejor forma de darles las gracias es no defraudar su confianza.

—Si estáis seguros —digo, secándome otra lágrima—, tenemos mucho trabajo que hacer. ¿Cómo van las reparaciones?

Sus explicaciones no contribuyen a aliviar mi dolor de cabeza. La lista de tareas pendientes es tan larga como el submarino. Además de limpiar la porquería y reparar las averías que se produjeron cuando escapamos, sigue habiendo mil cosas del Nautilus que no entendemos.

Luca y Ophelia se pasaron dos años intentando comprender esta nave. Ellos eran de lo mejorcito de HP. Si queremos reemprender la marcha, tendremos que terminar su trabajo sin su experiencia... ni su base ni otro centro de reparaciones. Y no tenemos dos años para hacerlo.

Nelinha verbaliza lo que yo estoy pensando:

—Tenemos que ayudar a la base Lincoln.

Kiya Jensen mueve su brazo roto en cabestrillo. Me doy cuenta de que no le gusta lo que va a decir.

—No me iré por las ramas —dice—. Nuestro deber es asegurarnos de que el Nautilus no cae en manos de otras personas, ¿verdad? ¿No nos dirían Luca y Ophelia que no intentásemos ayudarles si existe alguna posibilidad de que el IL se apodere del submarino?

Tiene razón. Viajamos en el avance tecnológico más revolucionario de la historia: un salto adelante tan espectacular como en su día lo fueron las armas de hierro o la pólvora. Y oír a una Tiburón como Kiya proponer que huyamos me sienta como un jarro de agua helada.

—Además —continúa—, ellos nos superan. Dev no se equivocaba en eso. Tenemos un submarino muy antiguo que no funciona bien... por muy bonito e increíble que sea... —dice esa última parte en voz alta, dirigiéndose a la araña de luces—. Y no sabemos manejarlo. El Instituto Land ha mandado a su clase de alumnos del último año. Han cometido la tontería de no mandar a exalumnos, ni a profesores adultos, pero aun así... tienen a Dev. Deben de haber estado planeando esta operación durante mucho tiempo.

Vuelvo a preguntarme por qué el IL ha mandado solo a estudiantes, aunque sean los mejores. A lo mejor es la política escolar —fomentar la independencia, como Caleb comentó—, pero me da la impresión de que ha tenido más que ver con Dev. Me lo imagino poniendo condiciones para colaborar con ellos: que él y nadie más que él estaría al frente del Aronnax, que el IL tenía que confiarle el mando para demostrar que no eran como HP. Tal vez, en lo más profundo de su mente, incluso trataba de competir en igualdad de condiciones, de darle a HP una oportunidad...

No. No puedo pensar de esa forma. No puedo defender a Dev. Él tomó sus decisiones. Decisiones viles. Y ahora, si no consigue entregar el Nautilus, me imagino que sus nuevos amigos no tardarán en volverse hostiles.

Nelinha mira su sándwich frunciendo el entrecejo.

—El Instituto Land mató a nuestros amigos. Destruyó HP. Ahora va a ocupar la base Lincoln. No podemos huir de eso.

Brigid Salter aparta su plato con aire taciturno. Ella perdió a su hermano por

culpa de HP. Sabe perfectamente lo que el Instituto Land ha hecho.

—Quieren el Nautilus, no la isla. A lo mejor el Aronnax ha dejado la base Lincoln para seguirnos.

A juzgar por su tono, desea con toda su alma que eso sea cierto. Desea una oportunidad de luchar.

—O —propone Dru—, lamento decirlo, pero podrían haber destruido la base ya.

Niego con la cabeza.

—Destruyeron HP porque formaba parte de su plan. Esa catástrofe hizo que los llevásemos hasta el Nautilus. La base Lincoln es distinta. Fue la última morada de Nemo. Querrán explorarla. Esperarán encontrar pistas de nuestra posición, información sobre el submarino...

—Tomarán la isla —decide Gem—. Y eso significa que tomarán prisioneros.

Pienso en aquellos a los que hemos dejado atrás: Luca, Ophelia, el doctor Hewett, Franklin, Tia... Hasta Sócrates, aunque no me preocupa tanto que lo atrapen a él.

—Mantendrán viva a nuestra gente —asevero, obligándome a creerlo—. Dev querrá interrogarlos.

Pienso ya en él como nuestro enemigo. No un grupo anónimo de estudiantes rivales. Mi propio hermano. He caído en un universo que no entiendo y que no quiero entender.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —inquiere Gem.

Comprendo la parte implícita de su pregunta: «Hasta que los prisioneros no les sean útiles».

Me adhiero a la opinión de Lee-Ann. Ella es nuestra mejor interrogadora. Ya no sé cuándo se le ponen las orejas rojas, porque tiene la cabeza envuelta en un lazo de gasa como si fuese un regalo.

—Depende de la paciencia de los captores —dice ella—. Podrían ser semanas. Me imagino que Dev... el Instituto Land espera que volvamos. Nos estarán esperando. Les será útil tener prisioneros vivos.

Pienso en los métodos de interrogación que aprendí en HP. Nos enseñaron a evitar la crueldad. Ese no es nuestro estilo. Aun así, algunas técnicas psicológicas pueden ser devastadoras, y dudo que el Instituto Land tenga la mano ligera. Cada día en cautividad se hará eterno.

—No podemos tardar semanas —decido.

—Además —interviene Ester—, no podemos quedarnos aquí para siempre. Mientras el reactor esté conectado, tenemos energía, agua y aire ilimitados. Pero dentro de siete días nos quedaremos sin comida.

Top apoya la cabeza en su muslo. Creo que está recordándole que la comida es importante y que también está muy rica.

—Una semana. —Nelinha se rasca la venda de la frente—. Para hacer lo imposible. Volver a poner los motores en marcha.

—Conseguir que esos torpedos funcionen —añade Dru.

—Limpiar la porquería de los conductos. —Gem tiembla—. Entonces ¿ese es el plan, capitana? ¿Volver a la base Lincoln?

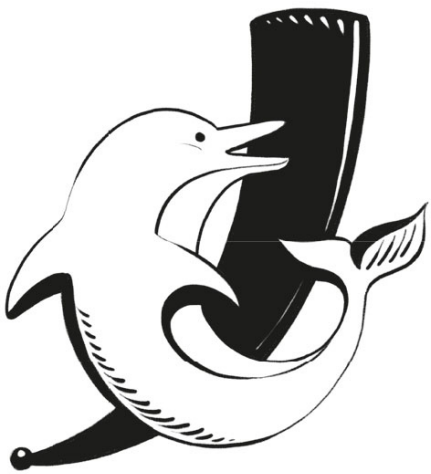
Me levanto procurando no tambalearme.

—Si alguien piensa que debemos hacer lo más sensato (huir y escondernos), que hable ahora.

Nadie aboga por hacer lo más sensato.

Adoro a mi tripulación.

—Muy bien —digo—. Es una suerte que seamos la mejor clase que ha habido en la historia de Harding-Pencroft. Tendremos el Nautilus operativo en una semana. Luego volveremos a la base Lincoln. Y le enseñaremos al Instituto Land que se ha metido con los novatos que no debía.



CAPÍTULO 45

Después de ese discurso tan motivador, como galletas en la biblioteca.

Ester me ha mandado que descanse al menos una hora mientras la aspirina que ha encontrado a bordo me hace efecto. (Creo que quiere observarme para ver si realmente me convierto en pez). Mientras el resto de la tripulación corre de un lado a otro limpiando y reparando, llevando cajas de herramientas y cubos de porquería, intento relajarme en un sillón que huele a humedad con un ejemplar en francés de *Veinte mil leguas de viaje submarino* en el regazo.

Me parece un juego de espejos estar leyendo un libro de ficción sobre el Nautilus a bordo del Nautilus de verdad. Me pregunto si Nemo leyó el libro antes de morir, y si le molestaron las inexactitudes. En cualquier caso, no tiene el autógrafo «Para Nemo, con cariño, Julio». Ya he mirado.

Ester está sentada enfrente de mí en un sofá de dos plazas. Top se acurruca a

su lado. Ester usa un libro de la biblioteca como escritorio portátil, anotando información en una ficha y lanzándola encima de Top antes de empezar otra. A juzgar por los ronquidos de satisfacción de Top, no le importa estar sepultado en información.

La chimenea resplandece jovialmente. No sé quién la ha encendido, y todavía no sé cómo funciona ni adónde va el humo, pero ayuda a calentar un poco el ambiente frío y húmedo. Me olvidaría de que estamos bajo el agua de no ser por la claraboya que da al vacío azul, interrumpido de vez en cuando por un tiburón de punta plateada que pasa nadando.

Agradezco la compañía de Ester. Seguro que tiene un millón de cosas que hacer, pero me imagino que también es consciente de que si no estuviese vigilándome, me levantaría corriendo y me pondría a trabajar.

—Relájate —me vuelve a regañar.

Cuesta relajarse cuando alguien no para de decirte que te relajes.

Hace solo unos días, Ester y yo estábamos sentadas en otra biblioteca, a bordo del Varuna, y yo intentaba cuidar de ella. Ahora hemos cambiado los papeles.

Hojeo la novela. Me detengo en una ilustración de un funeral submarino. Una docena de personas con trajes de buzo antiguos se reúnen solemnemente alrededor de una tumba. Me acuerdo de la escena —uno de los miembros de la tripulación del capitán Nemo había muerto—, pero no recuerdo los detalles. Espero que topar con esa imagen no sea un mal augurio.

—¿Por qué lo hizo Dev? —murmuro—. ¿Cómo ha podido...?

Ni siquiera encuentro palabras para expresar su traición. Me mintió, me puso un rastreador y colaboró con nuestros enemigos. Destruyó nuestra academia, mató a nuestros profesores y compañeros... todo por un submarino.

Ester deja su bolígrafo. Se queda mirando un punto situado justo encima de mi cabeza.

—¿Por qué crees que lo hizo?

Uf. Me había olvidado de que las Orcas estudian psicología. Aun así, es una buena pregunta.

Deslizo los dedos por la ilustración del funeral.

—Por la muerte de nuestros padres. Él culpaba a Harding-Pencroft.

—¿Te lo dijo alguna vez? —pregunta—. O sea, ¿antes de que lo pregonase por radio desde el Aronnax?

Niego con la cabeza.

—Siempre intentaba tener una actitud positiva delante de mí. Era el hermano mayor perfecto. Supongo que nunca me planteé lo que podía haber detrás de esa

sonrisa...

Es inquietante pensar lo poco que sabía de Dev. Y todavía más inquietante descubrir que él intentaba mantener esa fachada positiva por mí, mientras por dentro le reconcomía la amargura.

Yo nunca lo vi. O, al menos, nunca quise verlo. Era evidente que el Instituto Land sí que lo vio. Y lo utilizó para ponerlo en contra de HP y de mí.

—El capitán Nemo también tenía mucha ira. —Ester habla en un tono monocorde, como si recordase un sueño de hace años—. Cuando Ned Land y el profesor Aronnax lo conocieron, les dio miedo. Los británicos habían matado a la mujer y el hijo mayor de Nemo. Odiaba a las potencias europeas. Quería desmantelar sus imperios. Destruía sus barcos y financiaba rebeliones. Si Nemo estuviera en el mundo actual, los gobiernos del mundo probablemente lo considerarían...

—Un terrorista.

Me acuerdo de la acusación que Caleb South dirigió a Harding-Pencroft: «Han estado protegiendo el legado de un proscrito».

Ester asiente con la cabeza.

—Las motivaciones del Instituto Land siempre han sido el miedo y la ira. Quieren destruir el legado de Nemo. Pero también quieren ser Nemo.

Estudio la ilustración del libro. Es difícil conciliar la idea de Nemo el terrorista con la de Nemo el inventor brillante. Claro que las etiquetas que ponemos a la gente siempre dependen de quién las pone. Patriota, revolucionario, terrorista, matón. El príncipe Dakkar era un hombre de piel morena que luchaba contra los colonizadores. Estoy segura de que eso no habría mejorado su reputación en Europa.

—Espera... —Vuelvo a centrarme en Ester—. ¿Estás diciendo que no debería juzgar tan duramente a Dev? ¿O...?

Ester agarra una ficha nueva. La mira con el ceño fruncido, como si las líneas no estuviesen del todo paralelas.

—Solo digo que las personas son complejas. Nemo era un hombre distinto cuando Harding y Pencroft lo conocieron: mayor, amargado, desilusionado. Por eso quería ocultar y proteger la tecnología que había inventado. A HP le movía la cautela de Nemo; la paranoia, incluso. Así que tenemos dos centros totalmente distintos, el Instituto Land y Harding-Pencroft, inspirados en distintas facetas de la misma persona.

Tengo la cabeza a punto de explotar. Parece que la aspirina estuviese soldando mi cráneo de la forma más dolorosa posible.

—¿Esas son las dos únicas opciones que puedo elegir? ¿O ser el Nemo furioso

o el paranoico?

—No. —Ester anota algo; espero que no sean notas de terapia—. A lo mejor Dev cayó en esa trampa. Pensó que tenía que elegir. A lo mejor no tienes por qué elegir. Sí, los dos tenéis rasgos de la personalidad de Dakkar. Pero puedes decidir ser otro capitán Nemo.

Miro fijamente a Ester, sorprendida de lo evidente que hace que parezca todo.

—Solo quiero hacer lo correcto —digo.

—Seguro que Dev también —observa Ester—. La diferencia es que tú tienes el submarino. Tienes los recursos de Nemo. Podrías construir una Academia Harding-Pencroft nueva si quisieras. A mí me gustaría ayudarte.

—¿Los recursos de Nemo?

Me da la impresión de que no se refiere solo al motor de fusión fría, o a la propulsión por supercavitación, o a la abundante reserva de fango de algas.

Ester consulta su reloj.

—Todavía no ha pasado una hora, pero supongo que ya has descansado suficiente. Vamos, hay una puerta que quiero que abras.

CAPÍTULO 46

Cuando pienso que el Nautilus no puede darme más sorpresas, descubro que estoy equivocada.

En el nivel inferior del submarino, al fondo del pañol principal, han apartado unas cajas que dejan ver una gran puerta metálica acorazada como la que lleva al lago subterráneo de la base Lincoln.

—Rhys y Linzi la encontraron mientras hacían inventario —dice Ester—. Creo que sé lo que hay dentro, pero solo hay una forma de asegurarse.

En otras palabras, necesita las manos mágicas de Nemo.

Inspecciono la cerradura. Me fío de la intuición de Ester, pero aun así... Soy

reacia a abrir una puerta que alguien se tomó la molestia de esconder. Si Nemo tenía muertos en el ropero (literales o figurados), este me parece el tipo de ropero en el que los guardaría.

—Nautilus —digo en bundeli—, ¿te parece bien si abro esta puerta?

La cerradura gira por sí sola. Unos cerrojos hacen clic y se retiran. Supongo que eso es un sí.

Abro la puerta. Dentro...

Oh.

Normalmente no soy una chica materialista. No me impresionan los objetos.

Sin embargo, por un momento me olvido de respirar. Rememoro uno de mis primeros recuerdos, cuando Dev, que también debía de ser muy pequeño, me soplaba en los agujeros de la nariz. Sus pulmones más fuertes saturaban los míos, y me quedaba jadeando sorprendida.

No puedo creer lo que veo.

—La cámara del tesoro de Nemo —anuncia Ester, extraordinariamente serena —. Me lo imaginaba.

Ahora entiendo el viejo refrán «No es oro todo lo que reluce», porque en la sala del tesoro de Nemo también relucen plata, diamantes, rubíes y joyas de lo más extravagante. Las estanterías están llenas de cofres de madera rebosantes de un botín cuidadosamente clasificado. Por lo visto a Nemo le obsesionaba el orden. Tiene todos los diamantes agrupados, todos los rubíes, todas las perlas clasificadas por color y tamaño. Contra la pared del fondo hay un palé de lingotes de oro. Incluso hay un estante con media docena de coronas, que podrían haber sido arrancadas de las cabezas de monarcas del siglo XIX. En conjunto la sala me recuerda una tienda de artículos raros.

«Disculpe, señor, ¿dónde puedo encontrar zafiros?».

«Sí, en el pasillo tres, un poco más allá de la vitrina de lingotes de plata».

—Qué pasada —digo, aunque el comentario se queda corto.

Ester mira a su alrededor asombrada.

—Esta sala la organizó un genio.

Top olfatea el tesoro meneando la cola sin entusiasmo como si dijese «Bueno, no está mal, pero no hay galletas para perros».

Ester agarra un cofre de perlas blancas del tamaño de una caja de zapatos.

—Nemo les dio a Harding y a Pencroft una caja como esta. Con eso construyeron la academia.

—Aquí debe de haber veinte cajas como esa —digo.

Ester escudriña la estancia, probablemente haciendo cálculos.

—Nemo sacó una parte de los buques mercantes que saqueaba, y otra de los

barcos naufragados que descubría. En *Veinte mil leguas de viaje submarino* presumía de que podría pagar la deuda nacional de Francia y su fortuna no se vería afectada. Puede que esta sala sea solo uno de sus alijos. Según la leyenda de la familia Harding, Nemo tenía bases por todo el mundo.

Me pregunto si el Instituto Land también deseaba eso, aparte de la tecnología: dinero. Un objeto codiciado de lo más común, pero con tantas riquezas podrían construir otros tres Aronnax y derrocar varios gobiernos mundiales. Considerando los posibles beneficios, arriesgar su flamante submarino y a su clase de alumnos superiores empieza a parecer una apuesta firme.

Al pensarlo en esos términos me entran ganas de darme una ducha.

Mi mirada se fija en un extraño instrumento apoyado en el rincón. Es más o menos del tamaño de una guitarra, pero tiene un teclado en lugar de cuerdas, engranajes y palancas donde debería estar el diapasón, e incluso un dial que parece una rueda de colores, ¿tal vez para hacer efectos especiales?

—Pero ¿qué...? —Lo agarro con cuidado—. ¿El capitán Nemo inventó el guiteclado?

Ester ríe. Es un sonido singular y adorable, como el de un cerdito al que le hacen cosquillas. No suelen hacerle gracia mis chistes (cosa que me baja los humos), pero le chiflan las cosas absurdas.

—Se tomaba la música en serio.

—Supongo.

Estudio los intrincados mandos. Me acuerdo de cómo reaccionó el Nautilus la primera vez que toqué el órgano en el puente. El guiteclado era lo bastante importante para que lo guardasen en la cámara del tesoro, de modo que debe de tener una finalidad aparte del entretenimiento. Decido que volveré más adelante para averiguarlo. Pero de momento no me quito la imagen del capitán Nemo bailando por los pasillos del Nautilus con el instrumento y tocando «Little Red Corvette».

¿Esa canción salió en la época victoriana? Casi.

Miro a Ester, que sigue abrazando la caja de perlas como si fuese una camada de gatitos.

Al verla me embarga una sensación de satisfacción.

—Por lo menos nuestros problemas han tenido algo positivo —le digo—. Ya no necesitas a tus administradores. Puedes reconstruir Harding-Pencroft sin su ayuda.

Ester se pone tensa.

—No, yo no... —Me ofrece la caja de perlas a toda prisa—. No es mi tesoro. Yo nunca... Solo lo haría si tu decidieras...

—Ester. —Le devuelvo la caja con delicadeza—. Confío en ti. Ya pensaremos los detalles más adelante, pero no me imagino un mundo sin la Academia Harding-Pencroft. Como descendiente del príncipe Dakkar y capitana del Nautilus, te pido que aceptes este regalo, por favor. Sé que harás que HP sea mejor aún de lo que era. Las dos lo haremos, juntas.

Le tiembla la boca. Parpadea para contener las lágrimas. Por un momento, temo haber juzgado mal sus deseos y haberle impuesto una carga que no desea.

Entonces dice:

—Te quiero. Voy a meterla debajo de mi litera.

Y se marcha seguida de Top.

Cuando me quedo sola en la cámara del tesoro, me pregunto si a Nemo le preocupó en algún momento que su tripulación se fuese con varios cientos de millones en oro y joyas. Supongo que no. ¿Qué más le daría? El mar le daba todo lo que necesitaba.

No obstante, a pesar de su riqueza y su tecnología avanzada, acabó su vida amargado y vencido. Estaba tan solo que tuvo que confiar su legado a unos extraños que habían naufragado en una isla.

Él no creía en la humanidad. No creía en sí mismo. Intentó cambiar el mundo y fracasó, y acabó siendo considerado un personaje de ficción.

Pienso en Dev a bordo del Aronnax. Me acuerdo de lo que me ha dicho, que tuvo que destruir HP porque era la única forma de conseguir lo que le pertenecía por derecho: esta embarcación, el legado de Nemo.

Ojalá él estuviese aquí. Le pegaría un puñetazo. Luego le daría un abrazo. A continuación le obligaría a mirar toda esa riqueza y a ver lo inútil que era para Nemo. El poder absoluto puede corromper a cualquiera. Nemo lo sabía. Al final, tuvo que enterrarse con su submarino y sus riquezas y confiar en que algún día la naturaleza humana mejorase hasta que pudiésemos manejar su poder.

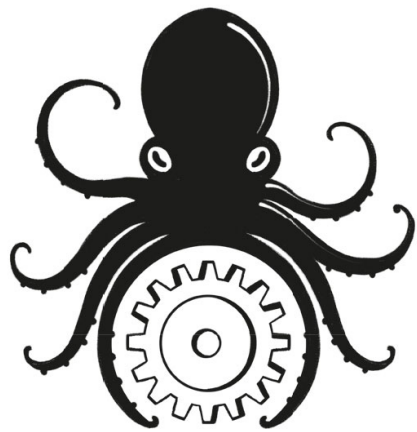
Y sin embargo aquí estamos, más de un siglo y medio después, peleándonos aún por el Nautilus como si fuese un preciado juguete en el patio de juego.

Alguien gruñe detrás de mí y me saca de mis cavilaciones.

Me vuelvo y me encuentro a Júpiter esperando a que yo atienda. Mira detrás de mí la sala llena de tesoros. Acto seguido dice por signos: «¿Dónde ha puesto tu tripulación los moldes de magdalenas?».

—Vamos a echar un vistazo —le digo.

Nos vamos en busca de tesoros de verdad. En medio de la fosa de Palaos, los millones no nos sirven de nada, pero las magdalenas de arándanos de Júpiter nos vendrían de maravilla.



CAPÍTULO 47

El día y la noche no significan gran cosa bajo el agua, pero dedico el tiempo hasta la hora de cenar a recorrer el submarino para ver cómo está mi tripulación y ayudar en lo que puedo.

El Nautilus está de mal humor. Supongo que no le gusta que la tripulación de un submarino más nuevo lo llame «chatarra obsoleta», y luego rehuir un combate saliendo disparado a la otra punta del Pacífico. Lo tranquilizo echándole flores y prometiéndole que volveremos en condiciones de luchar si nos deja trabajar sin electrocutarnos ni lanzarnos porquería a la cara.

Me imagino que entiende parte de lo que esta susurradora de submarinos dice. Al final del día, los Cefalópodos han reparado la propulsión básica. La supercavitación tardará más, pero por mí no hay problema. No ardo en deseos de hacer otra travesía de prueba hasta que hayamos resuelto el problema de los

cinturones de seguridad.

Cuando nos reunimos para cenar, todo el mundo parece de mejor humor. A estas alturas, cada día que seguimos con vida es una victoria, pero también estamos progresando en las reparaciones. La comida de Júpiter sigue alegrándonos el estómago. Y el tesoro de Nemo ha llegado a oídos de todos.

Dejo la puerta acorazada abierta para que todos los miembros de la tripulación puedan verlo. He dejado claro que si alguien quiere marcharse cuando hayamos terminado las reparaciones, podrá hacerlo y convertirse en multimillonario en el acto.

De momento, no ha habido interesados. Todo el mundo parece empeñado en poner el Nautilus en funcionamiento, volver a la base Lincoln, salvar a nuestros amigos y vencer al Aronnax. Después (si hay un después), ya pensaremos cómo reconstruir HP con nuestras nuevas alhajas. Eso no impide que los tripulantes se llamen multimillonarios unos a otros. Nelinha es ahora la «ingeniera multimillonaria Da Silva», yo soy la «capitana multimillonaria Dakkar» y Júpiter el «orangután gourmet multimillonario».

Creo que es posible que Nemo se equivocase con respecto a la naturaleza humana. Hay gente buena en el mundo. A pesar de lo que ha pasado con Dev y el Instituto Land, a pesar de los fracasos de Harding-Pencroft, esta tripulación está formada por personas en las que confío.

Por la noche me acuesto en el camarote de mi antepasado, mirando el bajorrelieve con motivos de caracolas del techo. Me pregunto qué opina el Nautilus de su nueva tripulación. Espero que, a medida que limpiemos su vetusto cerebro, no empiece a acordarse de los inconvenientes de trabajar con humanos.

El día siguiente es mi quince cumpleaños. Ester y Nelinha me traen un *cupcake* para desayunar y me cantan en voz baja, pero entienden que no desee más reconocimientos. Tenemos muchas cosas que hacer, y muy poco que celebrar... Además, no quiero pasarme el día reflexionando sobre cuántas cosas han cambiado en el último año, o en la última semana. Y por lo que respecta a apagar velas y pedir deseos, no estoy segura de poder expresar ningún deseo sin echarme a llorar. Mejor limitarse a seguir adelante.

Nos hemos concedido una semana para reparar la embarcación, que no es tiempo suficiente, pero también sabemos que cada día que pasamos aquí es un día más que nuestros amigos son prisioneros del Instituto Land.

Ojalá pudiese creer que el Aronnax ha dejado la base Lincoln. Me tranquilizaría saber que está siguiendo el Nautilus con la esperanza de atraparnos. Pero sospecho que Lee-Ann tenía razón cuando dijo que Dev tomaría rehenes y aguardaría a ver si volvíamos. Solo espero que este viejo submarino

siga guardando sorpresas en sus lanzatorpedos. Tenemos que evitar caer en una trampa. De lo contrario, toda nuestra tecnología y los tesoros de la bodega no nos servirán de nada.

Al día siguiente de mi cumpleaños, terminamos de limpiar de porquería las entrañas del Nautilus. Según Nelinha, la propulsión por supercavitación vuelve a funcionar. Los Tiburones reparan los cañones de Leiden de proa y popa. También consiguen montar los dos torpedos que funcionan reutilizando piezas de los otros que hay a bordo.

—Habrían explotado dentro del submarino si hubiéramos intentado dispararselos al Aronnax —me asegura Gem—. Así que me alegro de que no lo hiciéramos.

Al día siguiente, Halimah y Jack consiguen que el esquife funcione y lo sacan a dar una vuelta. Se las apañan para no estrellarse ni hundirse. Robbie descubre cómo proyectar los Blu-ray del programa de repostería de Júpiter por la visualización del LOCUS de la cocina, de manera que nuestro chef pueda ver a Mary Berry en un holograma tridimensional morado (que es tan terrorífico como suena). Descubro que el guiteclado del capitán Nemo puede conectarse al órgano del puente, de forma que puedo tocar música desde cualquier parte de la nave.

—O incluso fuera del submarino —aventura Ester—. Ese cacharro parece sumergible. Seguro que puedes emitir música mientras estás en las profundidades.

Nelinha frunce el entrecejo.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—No lo sé —contesta Ester—. ¿Porque mola?

Me paso la mayor parte de la tarde al órgano. No lo planeo de esa forma. Practico una fuga de Bach solo porque la tripulación tiene curiosidad. La mayoría de ellos nunca me han oído tocar.

Cuando termino, todos los miembros de la tripulación que están en el puente me miran fijamente.

—Ha sido precioso —afirma Virgil.

Por el altavoz de arriba, Meadow Newman dice:

—Sala de máquinas. Oye, Ana, sigue tocando. Aquí abajo se han encendido paneles que no habíamos conseguido que funcionaran.

De modo que toco otra pieza de Bach. Después toco «Imagine», de John Lennon. Unas cuantas canciones más tarde, me desmeleno e interpreto mi favorita: «Someone Like You», de Adele.

Las luces del puente se iluminan. El teclado parece calentarse bajo mis dedos. Las notas salen más fácilmente, como si el órgano se adelantase a la melodía.

Entonces el Nautilus se une a la fiesta. Empieza a tocar sus propios contrapuntos. La canción se vuelve todavía más intensa y triste. Noto que el submarino empieza a sumergirse.

—Hala —exclama Lee-Ann—. Profundidad, cuarenta metros... cincuenta. ¿Se supone que tiene que hacer esto?

Me zumban los oídos. El casco cruje, pero no interrumpo la canción.

Tengo la sensación de que el Nautilus y yo estamos hablando por primera vez. Está compartiendo conmigo su pena. Tal vez se disculpa por lo que les pasó a mis padres. Los dos hemos perdido a muchas personas.

Cuando la canción termina, tengo la cara empapada en lágrimas.

Al timón, Halimah suspira.

—Nos hemos estabilizado a cien metros. Capitana, creo que al Nautilus le gusta Adele un poco más de la cuenta.

Una sombra desciende sobre el teclado. Me pregunto cuánto tiempo lleva Gem de pie a mi lado.

—Ha sido increíble, Ana. No dejas de sorprenderme.

Me ofrece un pañuelo de lino. ¿De dónde ha salido? Me pregunto si siempre lo tiene a mano, me parece un tipo de costumbre anticuada muy propia de Gem. O a lo mejor lo usa para limpiar los cañones de sus armas.

Hace unos días, si me hubiese ofrecido un pañuelo, me habría reído de él. Ahora lo acepto y me seco los ojos, dando gracias de estar de espaldas al resto de la tripulación del puente.

—Gracias.

Él asiente con la cabeza.

—Es normal que te emociones.

Me sorbo la nariz. ¿Por qué es amable conmigo? ¿Y por qué solo consigue hacerme sentir peor?

—Estaré... —Me levanto con paso vacilante y dejo el pañuelo sobre el teclado —. Estaré en mi camarote.

Ester me encuentra allí una hora más tarde. Sospecho que me ha concedido tanto tiempo para que recobre la compostura después de mi devastador miniconcierto.

Top se sube a mi cama de un salto. Sabe lo que tiene que hacer. Cuando Ana toca música triste, el único remedio son unos buenos achuchones caninos.

—Debe de haber sido muy duro —me dice Ester, pellizcándose el pulgar—. Pero era importante.

Asiento con tristeza, aunque no estoy segura de entender a qué se refiere.

—Creo que el Nautilus y yo nos hemos comunicado.

—Hum. —Ester se dirige al otro lado del camarote. Pega la mano a la pared como si buscase puntos calientes—. Ha sido más que una conversación. El Nautilus se cura mejor cuando tú tocas.

—Se cura. Como... ¿en sentido físico?

Ester ladea la cabeza.

—A lo mejor no es la palabra adecuada, pero el órgano no se hizo solo para impresionar. La música...

—Es un lenguaje de programación —comprendo.

¿Cómo no me he dado cuenta antes? Soy una Delfín, especializada en idiomas. Y sin embargo, se me ha pasado por completo la conexión entre lenguaje, música e IA. Cada vez que toco, enseño al Nautilus nuevas vías cognitivas, alterando su sistema operativo en función de la música que interpreto. El miedo se asienta en mi barriga como una bola para jugar a los bolos.

—¿He metido la pata?

Ester considera mi pregunta tanto tiempo que me preocupo seriamente.

—Has cambiado al Nautilus —decide—. ¿Has oído hablar de la impronta?

—¿Como la huella que deja una mamá pato en su patito? —digo—. Los dos forman un vínculo.

—O cuando otra especie animal establece un vínculo con humanos —asiente ella—. Los perros, por ejemplo.

Top menea la cola. Conoce la palabra «perro».

—¿Estás diciendo que el Nautilus es mi patito? —pregunto.

—O tal vez tú eres el patito del Nautilus —dice Ester pensativa—. En cualquier caso, estáis conectando. Creo que eso es bueno. Supongo que mañana saldremos de dudas.

—¿Mañana?

Ester se queda extrañada.

—¿No te lo ha dicho Nelinha? Quiere que salgas del submarino y pruebes una cosa en el casco.

CAPÍTULO 48

—Leidenfrost —dice Gem mientras nos ponemos el traje de buceo.

En realidad lo dice dos veces. La primera vez yo no reacciono porque estoy obsesionada con mi última pesadilla. En el sueño, aparecía pegada a la silla del capitán Nemo mientras el puente se llenaba de fango verde...

—Perdón, ¿qué? —pregunto.

—Es un tipo de protección —explica Gem—. No tiene nada que ver con las armas de Leiden. El Leidenfrost crearía una capa de agua casi helada alrededor del casco.

Está sentado en el banco de enfrente conectando tubos a su antiguo traje de

buceo. Al otro lado de la puerta estanca exterior, Nelinha da unos golpecitos con los nudillos en la ventana.

—El tubo rojo en la válvula roja, Twain —dice por el intercomunicador—. Los hemos marcado para ti. Y la capa de Leidenfrost no está pensada para el combate.

—Ya, ya. —Gem pone los ojos en blanco—. Desde que es una ingeniera multimillonaria, no hay quien la aguante.

—Te oigo, pistolero multimillonario —dice Nelinha.

Gem sonríe. Una de las muchas cosas que pensaba que no vería en esta vida es a Gem y a Nelinha gastándose bromas con cordialidad.

—En fin —recapitula, agarrando su escafandra—, el Leidenfrost se diseñó para que el Nautilus pudiera navegar en temperaturas extremas. Por ejemplo, en teoría podría sumergirse en una chimenea volcánica activa entre la lava y no sufrir daños.

—Qué pasada. —Me quedo mirando la puerta exterior que lleva al abismo—. Nautilus, ¿qué aventuras viviste en tus tiempos?

El submarino no contesta, pero me lo imagino ufanándose. «Si tú supieras, chica».

—Si conseguimos que el escudo de Leidenfrost funcione —expone Gem—, podría dispersar el efecto de las armas de energía. Evidentemente, Nemo no lo usaba para eso. En su época, no había más embarcaciones con cañones de Leiden. Pero tengo la teoría de que el Aronnax está equipado con Leidenfrost, y por eso fue inmune a las torretas eléctricas de la base Lincoln.

Me acuerdo del halo borroso que se formó alrededor del submarino enemigo en las visualizaciones del LOCUS.

—Vale. ¿Y cómo hacemos que funcione?

—Te lo enseñaré —contesta Nelinha por el comunicador—. Hay un conducto dañado un poco más allá del mamparo de popa, en estribor. Me da la impresión de que necesitará el toque mágico de Nemo, que es el motivo por el que tenemos que mandarte a ti, pero por lo demás, debería ser una reparación sencilla.

—Si no tuviéramos que hacerla a cien metros bajo el agua —puntualizo.

El Nautilus se ha negado tercamente a abandonar la profundidad actual por motivos que ninguno de nosotros entiende. No me quito la sensación de que quiere que estemos en este punto en concreto, aunque según el LOCUS a nuestro alrededor no hay más que el enorme cañón de la fosa de Palaos.

—No os pasará nada —dice Nelinha. Si no la conociese tan bien, se me podría haber pasado por alto el nerviosismo de su voz—. Hemos sometido los trajes a pruebas de presión. Son mejores que cualquier material que puedan

diseñar las marinas modernas.

Aun así, seremos las primeras personas en usarlos desde el siglo XIX, a una profundidad en la que solo los mejores buceadores técnicos con bombonas de nitrox deben trabajar.

El tejido de rejilla del traje no se pega como uno de neopreno. Tampoco es tan aparatoso como el típico traje seco. Además, es tan ligero y flexible que me cuesta imaginar que ofrezca protección térmica. Nelinha me explica que es una trama de nemonio. La textura recuerda más la de un jersey de cachemira que la del metal.

Las botellas de aire son increíblemente pequeñas y compactas, de un tamaño no superior a una mochila escolar. En lugar de aletas, tenemos unas botas de propulsión a chorro inspiradas en el sistema de desplazamiento de los calamares (por supuesto).

Las escafandras son el elemento más desconcertante del traje. Las esferas transparentes están hechas del mismo pseudocristal que las ventanas del puente. Cuando me pongo la mía, puedo respirar perfectamente. Tengo un gran campo de visión, pero me siento como si tuviese la cabeza en una pecera que huele a... en fin, a pecera.

Gem se levanta. Está raro sin sus pistoleras, como si de repente se le hubiesen estrechado las caderas.

—¿Puedo?

Su voz suena alto y claro en mi pecera estereofónica. Revisamos uno al otro nuestros trajes, buscando rotos, desgarrones o conectores sueltos. Nos echamos a los hombros las herramientas que Nelinha nos ha dado. Finalmente, no quedan motivos para retrasar la inmersión.

—Bueno, Nelinha —digo—. Inunda la esclusa.

La operación se produce en el tiempo que Gem tarda en tararear el coro de «Someone Like You», que parece canturrear sin la más mínima ironía. Nos quedamos en la turbia agua verde, esperando a ver si nuestros trajes funcionan mal. Mejor aquí que cuando abramos la cámara exterior y nos expongamos a una presión de diez atmósferas.

No hay ninguna fuga. Puedo respirar con normalidad. El traje es caliente, seco y cómodo; tanto que me fastidian todas las horas que he pasado entrenando enfundada en incómodo neopreno.

Gem me hace el gesto de OK con la mano: la señal universal de buceo que significa, lo has adivinado, «OK».

El momento de la verdad.

—Nautilus —digo—. Voy a salir de la nave un rato. Necesitamos inspeccionar

el casco.

Casi espero que responda como un padre sobreprotector. «¿Y a qué hora volverás a casa, jovencita?».

Tiro del seguro. Los iris de la puerta exterior se abren sin problemas.

Apenas noto cómo se compensa la presión: un estiramiento de la tela del traje, un leve destapamiento de oídos. Flexiono los dedos de los pies, como Nelinha nos ha enseñado, y las botas a propulsión me lanzan a las profundidades.

—¡Eh, espera!

La voz de Gem resuena en mi escafandra.

El sonido que sale de mi garganta está a medio camino entre una risa y un chillido en una montaña rusa. He buceado cientos de veces, pero nunca ha sido tan emocionante. Puede moverme sin esfuerzo. No tengo ningún equipo de respiración pegado a la boca. Me giro y salgo disparada en otra dirección, y disperso a un banco de atunes rojos.

—¡Esto es increíble!

Gem también ríe. Pasa a mi izquierda con la escafandra brillado como una medusa fosforescente. Flexiona las rodillas y da una voltereta en la oscuridad.

—A ver, vosotros dos —nos reprende la voz de Nelinha—. Tenéis trabajo que hacer.

—Jo, mamá... —dice Gem.

—No me vengas con esas —le advierte ella—, o te quitaré las SIG Sauer. Y ahora, si sois tan amables de dirigiros a la popa del submarino.

Hacemos lo que nos pide, aunque es difícil no quedarse flotando y admirar el Nautilus.

Es impresionante desde fuera: elegante y majestuoso con sus adornos, sus pinchos y sus cables como enredaderas. El casco de nemonio refleja el uno por ciento de luz del sol que se filtra hasta esa profundidad y tiñe la nave de un tenue color morado que combina con sus grandes ojos abovedados. A diferencia del Aronnax, con su forma de hacha, el Nautilus parece estar en su elemento: un gigante amable, un rey de las profundidades. Me pregunto si la extraña cápsula de su barriga recoge krill como la boca de una ballena azul para mantenerlo bien alimentado.

Encontramos el conducto dañado sin problemas. Deducimos que el Nautilus debió de haber estado apoyado en ese punto contra una roca mientras se hallaba en el fondo del lago. Su casco autorreparable no pudo cumplir con su función, de modo que durante los últimos ciento cincuenta años le ha salido una especie de llaga. Aplico una espesa pasta curativa en la zona —un mejunje que los Cefalópodos y las Orcas han elaborado juntos— mientras Gem tiende un nuevo

tramo de cables para puentear la rotura.

—Lo siento mucho —le digo al Nautilus.

No sé si siente dolor como las personas, pero cuanto más tiempo paso con el submarino, peor me sabe que haya pasado tanto tiempo solo, herido, olvidado. Si los humanos me hubiesen despertado a mí después de todos esos años, probablemente también les habría atacado.

Cuando hemos terminado la reparación, volvemos flotando a una distancia que esperamos sea prudencial, unos veinte metros más o menos.

—Vale, Nelinha —digo—. ¿Quieres intentarlo?

—Vamos a hacer dos pruebas —me indica—. Primero, vamos a electrificar el casco. Luego, si sale bien, probaremos el escudo de Leidenfrost. ¿Listos?

La embarcación entera se ilumina como un parque de atracciones. El casco brilla en mil zonas distintas: brillantes puntos blancos, azules y dorados que se suman al morado. Haces luminosos describen arcos a través del agua a proa y popa, arriba y abajo.

Uno me da de lleno en la cara y me deslumbra por un momento.

—¡Ah! —grito—. Nelinha, ¿se suponía que tenía que pasar esto?

—¡No! —responde ella—. Espera... No... Puente, ¿alguien le ha dado al botón que no debía? ¿Estamos celebrando una gran inauguración y no me he enterado? ¡Electricidad! ¡No focos!

A mi lado, Gem silba con admiración.

—Qué bonito.

Sin embargo, algo no encaja. Tanto resplandor en la oscuridad... ¿Qué está haciendo el Nautilus?

—Chicos —digo por el intercomunicador—. Creo que deberíais apagar las luces.

—¡Eso intentamos! —contesta Cooper Dunne desde el puente—. No lo entiendo. Ni siquiera hemos...

Un barullo de interferencias y voces que gritan a la vez interrumpen la conexión.

—¡Contacto por el LOCUS! —chilla Cooper.

Se me eriza el vello de la nuca.

—¿Dónde? ¿Un barco?

—No, demasiado grande... Ana, Gem, tenéis que... —La voz de Cooper se convierte en un chillido—. ¡Debajo!

Miro abajo y veo una sombra gigantesca que se eleva de las profundidades, desplegándose como las alas de la muerte.

CAPÍTULO 49

Gem me derriba y me aparta impulsado a reacción, pero a la criatura no le interesamos nosotros.

Ocho tentáculos del tamaño de los cables de un puente envuelven el Nautilus.

El submarino se inclina a popa. Los gritos de la tripulación resuenan en el comunicador de mi escafandra. Cuando la cabeza del monstruo sale de la oscuridad —no voy a mentir—, el interior de mi calentito traje de nemonio se moja por primera vez con el pipí que me hago encima.

He estado en el agua con grandes tiburones blancos y ballenas asesinas. He visto animales marinos enormes y peligrosos de cerca, y nunca me he dejado llevar por el pánico. Pero lo que hay enfrente de nosotros no debería existir. Es un pulpo gigante del Pacífico, o un animal estrechamente relacionado, solo que diez veces más grande que el mayor espécimen del que yo tenga constancia. Debe

de poseer una envergadura tentacular de cincuenta metros, la mitad de la longitud del Nautilus. Y debe de pesar cerca de una tonelada.

Me quedo paralizada al pensar en lo que esos poderosos brazos podrían hacerle a nuestra nave. Al mismo tiempo, me asombra la belleza del pulpo.

Su cabeza bulbosa hace que parezca un supervillano con el cerebro excesivamente desarrollado. Tiene unos ojos oscuros despiertos y curiosos. Cuando respira, los sifones situados a los lados de su rostro adquieren el tamaño de reactores de jumbo. En cada tentáculo ondean hileras de ventosas con anillos blancos. Su piel tiene la textura perfecta para fundirse con las rocas y el coral, aunque no me imagino ningún arrecife de coral lo bastante grande para esconder a este leviatán. En el agua oscura, parece marrón sucio, pero cuando le apuntan los focos del submarino, el tono del pulpo se vuelve rojo brillante. También parece motearse, como si intentase camuflarse con la luz multicolor del Nautilus.

Por fin, mi cerebro se descongela.

—¡Nautilus, estado!

—¡Pulpo! —La voz de Cooper suena entre las interferencias—. ¡En la nave!

Si sobrevivimos a esta experiencia, tendré que bautizarlo Don Obviedades en Funciones.

Nelinha interviene:

—Nos está estrujando. Integridad del casco... No sé si...

—¡Electricidad! —grita Gem—. ¡La historia del calamar gigante!

Sé a lo que se refiere. En *Veinte mil leguas de viaje submarino*, el Nautilus electrocutaba a un calamar con mal genio para quitárselo de encima. Siempre hubo algo en ese pasaje que me resultó raro, pero antes de que pueda decir nada, Cooper da la orden:

—¡Electrificad el casco!

Las luces de gran inauguración se apagan. Un instante más tarde, unos rayos verdes relampaguean a través de las profundidades. Bailan sobre la piel del pulpo, alumbran sus membranas e iluminan sus ojos desde detrás. Espero que la criatura deje de apretar. Eso ha tenido que dolerle. En cambio, rodea el Nautilus todavía más fuerte con los brazos. No le veo el pico, pero me lo imagino cerrándose, buscando un asidero en un lado del casco.

—¡Ah! —grita Nelinha—. ¡Quita de encima, asqueroso!

—¡Cooper, intenta darle otra descarga! —ordena Gem—. ¡Más potencia...!

—¡No, espera! —Mis engranajes mentales empiezan a girar—. ¡Cooper, anula esa orden!

La cara de Gem tiene un color morado espectral dentro de su escafandra con

forma de máquina de bolas de chicle.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

No habla en tono sarcástico. Desea sinceramente una idea mejor.

—Le gusta la electricidad —digo, maldiciendo en silencio mi propia estupidez.

—TIENE RAZÓN —tercia Ester a todo volumen—. Los pulpos se comunican a través de corrientes eléctricas. Lo más seguro es que eso le haya dado gusto. Le ha atraído.

¿Atraído?

Ah... claro. Ahora veo que uno de los brazos del pulpo no tiene ventosas en la punta. En lugar de eso, está rematado con motivos circulares planos y oscuros: el brazo reproductor del animal.

—No está atacando —comprendo—. Está siendo cariñoso.

—¡PUUUAAAJ! —chilla alguien a bordo.

—¡Nelinha! —grito—. Necesitamos decirle a Romeo que respete nuestro espacio personal. La protección de Leidenfrost, dale un buen chorro.

—Pero... —Se le quiebra la voz—. Ah, ya entiendo.

—Eso es —convengo—. Romeo necesita una ducha fría.

Un instante después, de la proa salen unos torrentes blancos de agua gasificada que envuelven el Nautilus e impactan contra los tentáculos del pulpo como una avalancha.

Romeo tiembla. Su cabeza bulbosa palpita, seguramente debido a una buena punzada en el cerebro.

—¡Otra vez! —ordeno.

Otro chorro, y Romeo suelta el submarino. Se aparta dando bandazos y escupiendo una nube de tinta tan grande que lo engulle todo. No veo a Gem, ni al Nautilus, ni al pulpo. El único sonido que se oye en mi escafandra es mi respiración entrecortada.

—¿Cooper? —grito—. ¿Hay alguien ahí?

Interferencias.

—Estamos aquí —dice Cooper finalmente—. Estamos bien. Ha sido movidito.

—¿Se ha ido el pulpo? —pregunta Gem.

—Hum... —Cooper duda, tal vez mientras comprueba las visualizaciones del LOCUS—. En realidad, chicos...

Antes de que pueda terminar, la nube de tinta se disipa y responde por Cooper. Romeo no se ha marchado. De hecho, está flotando justo enfrente de mí; su ojo gigante refleja mi silueta como un espejo de cuerpo entero.

A lo mejor son imaginaciones mías, pero tiene una mirada dolida, ofendida,

como si estuviese pensando: «¿Por qué me habéis hecho eso?».

—Oye, Ana. —La voz de Gem suena extrañamente aguda—. ¿Qué tal si no hacemos movimientos bruscos?

Procuro no perder la calma. Resulta sorprendentemente difícil con un pulpo de una tonelada delante de mis narices. Pero si Romeo quisiera matarme, ya estaría en el otro barrio. El animal se limita a mirarme como si esperase algo. Tengo en cuenta que ha aparecido en cuanto el Nautilus ha empezado su espectáculo de luces. Pienso en los colores y en las luces, y en los impulsos eléctricos que los pulpos emplean para comunicarse.

Se me ocurre una idea; quizá la peor que he tenido en mi vida.

—Ester, ¿me oyes?

—AQUÍ ESTOY —dice ella en mi escafandra—. Ana, tienes el pulpo muy cerca.

—Me he dado cuenta. ¿Qué te parece si te pones un traje y nos acompañas?

—¿Es broma? —pregunta Ester—. Me cuesta distinguir cuándo estás de broma.

—No —le aseguro—. Necesito a mi especialista en animales. Y trae el guiteclado, ¿quieres? Creo que sé por qué el Nautilus nos ha traído aquí.

CAPÍTULO 50

Mientras esperamos, intento mantener a Romeo enganchado (seguramente no es la palabra más acertada) enseñándole lengua de signos. No espero que la entienda, pero los pulpos son inteligentes y muy curiosos. Confío en darle algo en que pensar aparte de volver a tirarle los tejos a nuestro submarino.

También hablo por el comunicador y explico mi idea a la tripulación: que tal vez, solo tal vez, el submarino nos ha traído aquí para que encontremos a Romeo.

Gem es el único al que le veo la cara. No parece convencido.

—Tengo mis dudas, Ana. ¿Cómo iba a saber el Nautilus que Romeo estaría aquí? De todas formas, ¿cuánto vivirá un pulpo de este tamaño?

Es una buena pregunta. Por lo que recuerdo sobre pulpos gigantes, solo viven unos pocos años. Claro que nunca se ha hallado un pulpo tan grande como este.

—No sé —reconozco—. Romeo podría ser anciano, o descendiente de unos pulpos que siempre han vivido aquí... En cualquier caso, no creo que el Nautilus nos hubiera traído aquí solo para matarnos. Creo que, a su manera, intenta ayudarnos.

Romeo no me da ningún indicio de cómo se encuentra. Podría aplastarme sin problemas, o partirme por la mitad con su pico gigante, pero procuro no pensar en ello. Todavía cuento con toda su atención. Quiero que siga siendo así.

«A-N-A —digo con señas por décima vez—. Yo soy Ana».

Le muestro el signo que he creado para decir «Romeo»: la letra R, la palma hacia fuera y los dedos cruzados; un signo que se pueda hacer con dos tentáculos si alguna vez decide usarlo en un contexto social con sus monstruosos amigos pulpos.

Gem mira los añejos indicadores del mando de su muñeca.

—Nos quedan veinte minutos de aire, si no interpreto mal la lectura.

No es una buena noticia. A esta profundidad, usando un equipo con el que no estamos familiarizados, veinte minutos de aire se podrían convertir con facilidad en diez, o cinco, o ninguno, de sopetón. Deberíamos dirigirnos a la esclusa ya, pero todavía me queda mucho por hacer si quiero poner a prueba mi teoría, y luego está el pulpo gigante que no me quita los ojos de encima.

Finalmente, los iris del exterior del submarino se abren. Ester sale propulsada al vacío con el guiteclado como si se dispusiera a hacer el solo de rock más raro de la historia. Debe de haber ejercido una presión desigual en sus botas porque acaba dando vueltas cabeza abajo.

—NO SOPORTO ESTO —anuncia.

—Relaja los pies —le aconseja Gem—. Vale... ahora, la bota izquierda y la derecha al mismo tiempo, una ráfaga rápida.

Sigue las indicaciones de Gem. Poco a poco, se dirige a nosotros a trompicones. Su cara tiene una expresión todavía más estupefacta de lo habitual, flotando en su pecera de cristal morada.

—Hala —exclama—. Qué grande es Romeo. Es muy bonito.

Menos mal que le gustan los animales, incluso los que son enormes y terroríficos. No necesitamos más accidentes de vejiga.

Ester se acerca flotando y me da el guiteclado.

—¿Crees que puedo tocarlo? —pregunta.

—Bueno, yo diría...

Pone suavemente la mano en la frente de Romeo. La piel del animal tiembla

y palidece, pero sus músculos parecen relajarse.

—Bueno. —Me coloco el guiteclado al hombro—. Ester, necesito que observes las reacciones de Romeo. Si hago algo mal, ayúdame a cambiar de rumbo.

—¿Y si sale muy mal? —pregunta Gem.

Su tono me advierte de lo nervioso que está. No tiene armas (afortunadamente), pero parece dispuesto a llevarme a rastras al submarino o a darle un puñetazo al pulpo en el ojo para darme tiempo a escapar.

—Funcionará —aseguro.

No era consciente de hasta qué punto el liderazgo consiste en aprender a parecer segura cuando en realidad estás aterrada.

A decir verdad, no tengo ni idea de si mi plan funcionará. No sé si estoy a punto de conseguir un adelanto muy importante en la comunicación pulpo-humano o de cabrear a un cefalópodo enamorado de una tonelada que podría partirme como una ramita.

—Nautilus, necesito tu ayuda —digo en bundeli—. Creo que nos has traído aquí para que conozcamos a tu... tu amigo. Si es así, ayúdame a hablar con él.

Mientras le explico al Nautilus lo que quiero preguntarle a Romeo, me doy cuenta de cuántas cosas podrían salir mal. Traducir de un idioma a otro ya es bastante difícil. Y yo intento hablar con una IA de la época victoriana en un raro dialecto indoario, con la esperanza de que pueda ayudarme a transmitir fielmente un mensaje a una criatura de otra especie. Pero tengo que intentarlo. Soy una Delfín. Creo que la comunicación puede resolver cualquier problema si las partes implicadas tienen la voluntad y la inteligencia para aprender a entenderse.

Enciendo el teclado. Pruebo unas cuantas notas. Como Ester sospechaba, el instrumento funciona perfectamente bajo el agua. Por el comunicador, oigo las notas resonando en el submarino. También noto que las vibraciones ondean hacia fuera desde el casco, como si el Nautilus ejerciese como un enorme amplificador.

Giro la rueda de colores del guiteclado. A Romeo parece resultarle fascinante. Las luces reflejan su gran ojo oscuro como adornos de Navidad a través de una ventana mojada por la lluvia.

Mantengo un acorde de do. Las notas se sincronizan con las luces del submarino y tiñen el agua oscura de un intenso tono añil. El color de la piel de Romeo empieza a cambiar y a armonizar con el azul. Las ondas sonoras son tan fuertes que hacen vibrar la junta de mi escafandra.

—¿Funciona? —pregunta Gem.

—Espera —le digo—. Todavía estoy intentando saludarle.

Toco un verso de Adele solo para ver cómo sale. El Nautilus inicia su espectáculo de luz. Romeo observa mis manos en el teclado. Distintos colores ondean en su piel, como si tratase de absorber un nuevo espectro de información.

—Creo que le gustan los acertijos —decide Ester—. Prueba con Bach, algo complicado.

La sonata para órgano número 4 de Bach es lo más complicado que puedo interpretar sin acabar con los dedos enredados. Giro la rueda de colores y la sitúo en unos tonos muy vivos que normalmente no se verían a esa profundidad, y entonces empiezo a tocar. El Nautilus nos deleita con toques rojos y amarillos, más parecidos a la pigmentación natural de Romeo. Hacia la mitad de canción, el submarino empieza a aportar riffs armónicos.

Romeo responde con su propia paleta de colores. Su enorme cabeza palpita. A lo mejor estoy loca, pero creo que el Nautilus está usando mi canción para enviar un mensaje.

Espero que ese mensaje no sea «¡Hola, colega! ¡Te traigo la comida!».

—Ana —dice Gem en tono urgente—, casi no nos queda aire.

Termino la canción. Las luces de la embarcación se atenúan hasta convertirse en un suave fulgor morado.

Me quedo flotando cara a cara con el pulpo. Noto que la reserva de aire disminuye y empiezo a oler a metal caliente.

Finalmente, los tentáculos de Romeo se ondulan. Su cuerpo entero sin huesos se comprime hasta adquirir una forma aplastada, mucho más pequeña de lo que debería ser posible para un animal de su tamaño. Pero los pulpos pueden hacer cosas así. Son unos animales increíbles.

Río. Mi mensaje ha sido recibido.

—Vale —les digo a Ester y Gem—. Volvamos a bordo.

Mientras nos dirigimos al submarino propulsados a reacción, Romeo recupera su forma habitual. Se queda allí flotando, aparentemente satisfecho de estar cerca del Nautilus, aunque todavía parece un poco aquejado de mal de amores.

La esclusa se vacía rápido. Menos mal, porque estoy aspirando las últimas moléculas de oxígeno de la escafandra. Por fortuna, los trajes de nemonio se autorregulan, de modo que no tendremos que pasar horas sometidos a descompresión.

Me estoy quitando el casco cuando Nelinha abre la puerta interior. Entra resuelta seguida de Top. El perro olfatea mi traje y me hace saber que huelo a pis. Nelinha me mira furiosa.

—¿Estás loca, arriesgándote de esa forma?

Le doy un fuerte abrazo húmedo.

—Adoro a los cefalópodos —le digo—. A ti, al resto de tu equipo y al gigante de afuera. Sois todos maravillosos.

Nelinha mira a Gem frunciendo el ceño.

—¿Tiene narcosis de nitrógeno? ¿Te has cargado a mi Ana?

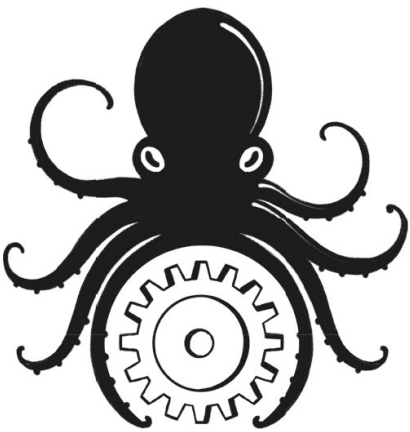
—Creo que no —contesta Gem—. Ya era así cuando la encontré.

—Ese pulpo es increíble —afirma Ester.

Top ladra.

—No tan increíble como tú —asegura Ester a su perro.

—Prepara a la tripulación —le indico a Nelinha—. Voy a explicaros mi plan. Luego iremos a la guerra.



CAPÍTULO 51

La mejor lección que he recibido en clase de tácticas militares no me la dio un oficial de la marina. Es una cita atribuida a Dwight D. Eisenhower, comandante supremo de las fuerzas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial: «Los planes no sirven de nada, pero la planificación lo es todo».

Así es como me siento hablando con mi tripulación. Repasamos todas las situaciones posibles. Les digo lo que creo que Dev hará. Trazamos los planes A, B y C, sabiendo que lo más probable es que los desechemos en el fragor de la batalla. Pero por lo menos la conversación nos ayuda a hacernos una idea de los retos a los que nos enfrentamos. Son considerables.

Finalmente, les explico mi estrategia para guardarnos un as en la manga, o mejor dicho, un pulpo en la manga. Después de una larga semana de experiencias demenciales, la idea supone una nueva cota de disparate.

Sin embargo, la tripulación coincide en que vale la pena intentarlo. Y si podemos hacerlo sin acabar hechos trizas, mejor que mejor.

Tres horas más tarde estoy en el puente. Todos los puestos están guarnecidos. Hemos reparado los sistemas lo mejor que hemos podido sin una instalación portuaria. Contamos con camuflaje dinámico, casco electrificable, protección de Leidenfrost y una iluminación ambiental supermolona. Los cañones de Leiden de proa y popa funcionan, así como dos torpedos un tanto inseguros.

Y lo mejor de todo, nuestro cargamento especial ha sido embarcado en la cápsula situada en la barriga del submarino.

Ester y Robbie vuelven al puente después de realizar una inspección visual, con los trajes de buceo aún empapados.

Robbie parece en estado de shock.

—Es lo más perturbador que he visto en mi vida.

—Querrás decir «increíble» —le corrige Ester.

No puedo creer que haya dado resultado. Me sorprendo sonriendo.

—No echéis las campanas al vuelo aún —advierte Gem—. Puede que el peso de más nos impida usar la supercavitación.

—Lo he oído —dice Nelinha desde la sala de máquinas—. No insultes a mis motores, Spider-Man. Funcionarán perfectamente. Capitana, espero tus órdenes.

Me siento en mi silla. Me abrocho la modificación tecnológica recién instalada que los Cefalópodos llaman «cinturón de seguridad» (patente en trámite).

Abro las comunicaciones internas.

—Tripulación, os habla la capitana. —Como si no me conociesen—. Hemos trabajado mucho para este momento. Todos sabéis lo que tenéis que hacer. Podemos conseguirlo. Suponiendo que el rumbo esté bien trazado...

—Lo está —me asegura Halimah.

—La descarga de supercavitación durará dos horas y cuarenta y seis minutos. Saldremos a cero coma dos kilómetros al sudsudeste de la base Lincoln. Preparaos para el impulso. Todos a los puestos de combate. Hay que contar con que el Aronnax nos verá cuando lleguemos.

—Nos verá —murmura Gem—. La propulsión por supercavitación nos iluminará como una explosión.

—No hablemos de explosiones —digo—. Necesitaré definición rápida de los objetivos cuando lleguemos, señor Twain. Atento al LOCUS.

Él me dedica una leve sonrisa y a continuación se lleva el puño al pecho y se inclina ligeramente.

—A la orden, capitana.

Se vuelve otra vez hacia su consola.

No hace mucho, habría pensado que Gem se estaba burlando de mí. Ahora sé que me está ofreciendo una muestra sincera de respeto y deferencia. El resto de los tripulantes del puente sonríen de uno en uno y me miran esperando órdenes. Es hora de ponerse manos a la obra.

Me enderezo.

—Timón —digo—, fija rumbo.

—Rumbo fijado, a la orden —responde Halimah.

—Sala de máquinas. —Respiro hondo—. Activa la propulsión por supercavitación.

¡ZUUUM!

Esta vez sigo consciente, de modo que puedo contemplar el espectáculo. Unos torrentes de aire cubren la proa y nublan las ventanas como una ventisca. La fuerza de gravedad extra me empuja contra el asiento. Las luces se atenúan. El casco chirría y tiembla, pero el submarino permanece entero.

—Sala de máquinas, estado —digo, apretando los dientes—. ¿Algún daño?

—Estado nominal —contesta Nelinha—. Ningún daño aquí abajo. Te dije que el Nautilus podía con todo.

Lo más difícil es la espera que viene después. Casi tres horas a una fuerza de gravedad tremenda no son nada divertidas. Me siento como si tuviese una morsa sentada encima del pecho. No puedo moverme ni hacer gran cosa salvo mirar los paneles de control. Tampoco ayuda que las visualizaciones de los LOCUS no funcionen durante una descarga de supercavitación, de modo que básicamente estamos ciegos.

—Aguanta —susurro al Nautilus—. Vamos a enseñarles a nuestros enemigos de lo que eres capaz.

Tengo que confiar en que el Nautilus me entienda. Ya se ha acostumbrado a mi voz. Está listo para luchar. Solo espero que tenga suficientes bazas en su arsenal para enfrentarse a un submarino mucho más nuevo. Vamos a necesitar toda la ventaja que podamos conseguir.

Al cabo de un buen rato, un aroma a galletas de avena con pasas viene de la cocina. ¿Cómo puede estar preparando Júpiter galletas en este momento? ¿Y por qué no puedo comer una?

Tomo nota mental de que en el futuro se repartirán galletas antes de activar la supercavitación. Luego me pongo a pensar cómo instalar portabebidas para los vasos de leche...

Finalmente, Halimah me da la noticia que he estado esperando:

—Cinco minutos para la expiración.

—¿Podemos llamarlo de otra forma, por favor? —pregunta Ester.

Está sentada al fondo del puente al lado de Top, que tiene puesto un arnés especial en su cama para perro.

—¿Destino? —propone Lee-Ann.

—Bien —dice Ester—. Los destinos me gustan.

Top exhala un profundo suspiro. Parece estar de acuerdo en que un destino sería algo estupendo, porque la propulsión por supercavitación es peor que estar encerrado en una caseta de perro.

Abro el comunicador.

—Tripulación, a los puestos de combate.

Como si hiciese falta que yo se lo dijera... Llevan horas sin moverse de sus puestos de combate. Solo espero que no se forme una cola para ir al servicio en cuanto se desactive la supercavitación.

—Un minuto para... hum, el destino —anuncia Halimah.

Tamborileo con los dedos contra los mandos de los reposabrazos. Me imagino que nos pasamos de largo y nos estrellamos contra la costa hawaiana como un bicho de tecnología alternativa contra un parabrisas.

—Cinco, cuatro... —Halimah agarra los mandos—. Uno.

La ventisca de aire desaparece de las ventanas, y me encuentro mirando el mar azul.

Las holosferas de los LOCUS se encienden parpadeando.

—Armas conectadas —informa Gem—. Buscando objetivos.

—Rumbo evasivo —digo—. Activa el camuflaje. Treinta grados a estribor. Profundidad...

El submarino da una sacudida como si hubiésemos pasado por encima de un badén.

—Eso ha sido nuestra carga instalándose.

Lee-Ann parece aliviada.

—¿Está bien la carga? —pregunta Ester.

Entiendo su preocupación. Ha sido mucho tiempo a mucha gravedad, pero veo que la gran señal luminosa del LOCUS de Lee-Ann desciende en diagonal bajo su propio peso. Espero que nuestro voluminoso autoestopista no sufra mareo además de mal de amores.

Si tenemos suerte, el Aronnax estará atracado en la laguna o tal vez en la caverna. Eso nos dará tiempo para alejarnos de nuestra carga y del punto de salida del flujo de supercavitación, empleando el camuflaje para ocultar nuestra

posición.

Si no tenemos suerte...

—¡Contacto! —grita Virgil—. Un kilómetro, a las doce en punto, diez metros de profundidad. Es el Aronnax. Está justo entre nosotros y la base Lincoln.

Suelto un juramento. La verdad es que no esperaba que Dev bajase la guardia, ni siquiera después de una semana. Aun así, ver esa horrible punta de flecha morada en la visualización táctica de Gem me hace titubear un milisegundo de más. Una segunda señal luminosa más pequeña aparece de improviso... justo enfrente de nuestra proa.

—¡Torpedo en el agua! —avisa Gem.

—¡Leidenfrost...! —empiezo a gritar.

El Nautilus da una sacudida y por poco me desencaja la cabeza del cuello.

CAPÍTULO 52

—¡No tenemos energía! —grita Halimah—. ¡Pulso electromagnético!

Parpadeo para despejar los puntitos de los ojos. El puente está a oscuras.

La voz de Dev suena por el altavoz:

—Bienvenido, Nautilus. Rendíos y preparaos para ser abordados.

No soporto lo engreído que suena. Ha estado esperando para hacernos esta jugarreta: primero nos incapacita y luego toma nuestra nave. El hecho de que yo previese esta situación no mejora las cosas. Esperaba disponer de unos segundos más para hacer maniobras evasivas. Ahora tengo que rezar para que el plan C funcione.

—Vamos, Nautilus —murmuro—. Sala de máquinas, ¿cómo va el plan C?

—¡Estamos un poco liados aquí abajo, capitana! —dice Nelinha—. He conseguido activar el interruptor de emergencia antes del impacto. El reactor no funciona, pero con suerte los circuitos no se han achicharrado. Si conseguimos... ¡Ajá!

Los motores zumban. Las luces del puente vuelven a encenderse. Las esferas de los LOCUS se forman otra vez sobre las consolas.

—¡Sí, querida! —dice Nelinha riendo—. ¡Tenemos energía auxiliar! ¡Chupa carbón, Aronnax!

La tripulación del puente grita y da alaridos. El plan C se llama así por «carbón». El generador auxiliar victoriano no nos proporcionará ni de lejos tanta energía como la fusión fría, pero es mejor que nada.

—¡Da Silva —digo—, eres una Cefalópodo genial!

—Bueno, soy una Cefalópodo, así que decir que soy genial es una redundancia, pero gracias, capitana. Y ahora, si me disculpas, tenemos carbón que echar a la caldera.

Robbie Barr estornuda de fondo.

—¡Yo soy el que echa carbón, y creo que tengo alergia!

Gem mueve las manos con rapidez sobre sus mandos.

—Capitana, el Aronnax está parado a un kilómetro enfrente de nosotros. Pero tengo contacto secundario: un pequeño sumergible. Un pelotón de abordaje, seguramente. Quinientos metros y aproximándose.

—Como era de esperar —digo—. Vamos a enviarles un mensaje. Prepara el torpedo uno.

—Torpedo uno preparado.

—Apunta al centro del Aronnax. ¡Fuego!

El casco de nuestro submarino vibra cuando el antiguo misil sale disparado a las profundidades.

—¡Timón, todo a babor, avante toda! —Me agarro a los reposabrazos mientras la nave se inclina—. ¡Propulsión, desciende a treinta metros!

El Nautilus parece cumplir mis órdenes antes de que Lee-Ann y Halimah toquen los mandos. Nos sumergimos y viramos hacia la base Lincoln, manteniendo el esquife enemigo entre nosotros y el Aronnax. En el LOCUS de Gem, nuestro torpedo explota en el costado de babor del Aronnax con un bonito estallido morado.

—¡No se lo esperaban! —dice Virgil—. Oigo al enemigo hablar por el comunicador.

Pone la conversación por el altavoz: Dev grita órdenes, y otras seis o siete voces contestan todas a la vez. Oigo lo suficiente para saber que Dev está en el esquife exigiendo informes sobre la situación al puente del Aronnax. Entonces alguien de su bando corta la transmisión.

Dejo escapar una sonrisa forzada. Dev se ha confiado demasiado. Creía que solo tendría que acercarse en su esquife y asumir el mando de nuestra nave muerta. Ahora está atrapado entre el Aronnax y nosotros, y estamos vivitos y coleando.

Me encanta la confusión de nuestros enemigos, pero sé que no durará.

—Prepara el torpedo dos.

—Es el último —me recuerda Gem.

—Sí, pero eso ellos no lo saben. Timón, treinta grados a babor, a toda máquina. Mantén el esquife entre nosotros y el Aronnax.

—Lo intento, capitana —dice Halimah—. Están haciendo maniobras evasivas.

—El esquife está a tiro del cañón —informa Gem.

—No. —Pese a lo mucho que odio a mi hermano en este momento, no me entusiasma la idea de quemarlo vivo en una lata—. Sigue centrándote en el Aronnax. Si conseguimos apuntar a su propulsión...

Un CLONC resuena por los pasillos. Las luces del puente se atenúan de repente.

—Oye, capitana —interviene Nelinha—. Estamos forzando el viejo motor chu-chu. ¿Qué tal si nos dejamos de filigranas?

—Solo un poco más —le digo, esperando que sea verdad.

La estrategia del pulpo en la manga todavía no ha dado frutos. No se ve a Romeo por ninguna parte. Estoy decepcionada, pero no sorprendida. Sabía que jugaba con cosas que no entendía.

En el LOCUS de Halimah, el esquife enemigo se aleja de nosotros. El Aronnax presenta su proa en nuestra dirección, intentando mantenernos a tiro. Parece que se mueve lentamente, o a lo mejor son ilusiones mías.

—¡Capitana, torpedo en el agua! —grita Gem.

—¡Dispara el segundo lanzatorpedos! ¡Preparados para carga de profundidad!

El suelo tiembla cuando nuestro último misil operativo sale del lanzatorpedos. Esta vez puedo ver por las ventanas del puente la estela blanca surcando el azul. Contengo la respiración. Observo el LOCUS de Gem mientras dos señales luminosas moradas —nuestro torpedo y el de ellos— se dirigen una a la otra a toda velocidad. No necesito que el LOCUS me diga cuándo chocan. La explosión voltea el Nautilus sobre el lado de estribor, y su casco cruje como si tuviese dolor intestinal. Solo mi moderno cinturón de seguridad impide que salga

volando contra el órgano.

Gem mira hacia atrás con los ojos muy abiertos.

—Eso ha sido una carga sísmica. Si nos ha dado...

No hace falta que termine la frase. En el puente del Aronnax, alguien se está enfadando... o es posible que tenga pánico. Con o sin el permiso de Dev, están disparando a matar.

Cierro el puño. Esta vez, la máxima militar que me viene a la mente no es de Eisenhower, sino del general chino Sun Tzu: «Aparenta ser débil cuando eres fuerte, y fuerte cuando eres débil».

—Timón, da la vuelta —ordeno—. Llévanos directamente hacia el Aronnax.

Halimah y Lee-Ann me miran como si no hubiesen oído bien.

—Capitana... —Halimah se interrumpe, acallando en apariencia sus dudas—. A la orden, capitana. Estoy dando la vuelta.

La nave cruje más fuerte mientras nos nivelamos y giramos.

—Sala de máquinas —habla Nelinha—. Capitana, con respecto a lo de forzar el chu-chu...

—Lo sé, Nelinha —asiento—. Haz que aguante un poco más, por favor. Armas, enciende el cañón de Leiden de popa. Prepara la protección de Leidenfrost. Comunicaciones, ¿puedes abrir un canal con el Aronnax y el esquife?

—A la orden, capitana —contesta Virgil—. Canal abierto.

Presiono la esfera de control del reposabrazos con la mano, como si necesitase que me confirmara que efectivamente tengo el ADN de Nemo. Es la primera vez que hablo con Dev desde su traición. Es la primera vez que me anuncio a mis enemigos. No puedo permitir que me tiemble la voz.

—Aronnax —digo—. Habla la capitana Ana Dakkar del Nautilus. Rendíos o seréis destruidos.

Silencio.

Lo más difícil de marcarte un farol ridículo es tener presente que tu oponente no sabe que lo es. El Aronnax nos ha visto recuperarnos de un ataque con pulso electromagnético. Nos ha visto disparar dos torpedos. No sabrá si tenemos más. Tampoco sabe qué más capacidades poseemos.

También tengo que suponer que nuestro primer disparo les ha causado daños. No espero que se rindan. Dev jamás haría eso. Pero puede que quiera ganar tiempo para que su esquife pueda volver al Aronnax. Hasta que nuestro reactor de fusión fría vuelva a funcionar, dilataré las cosas todo lo que pueda.

Cuando Dev habla, parece a punto de estallar:

—Buen intento, hermanita. Pero ahora mismo yo soy el único en este lado

que quiere manteneros con vida. El próximo disparo no será para incapacitaros. Os mandará a todos al fondo. Tripulación del Nautilus, ya sabéis quién soy. Soy el miembro mayor de la familia Dakkar. Esa nave me pertenece. Rendíos.

La tripulación del puente me mira.

—*Gearr an líne* —le digo a Virgil.

«Corta la línea».

Gem se vuelve.

—Están abriendo los lanzatorpedos de proa. Los cuatro.

Se me cae el alma a los pies. Cuatro torpedos a esta distancia...

—Escudos de Leidenfrost —ordeno—. Dispara el cañón de Leiden. Timón, maniobras evasivas...

Sin embargo, es mucho pedir para el motor chu-chu. Un CLANG resuena por la embarcación como si se hubiese roto un cigüeñal. Las visualizaciones de los LOCUS parpadean como llamas de velas azotadas por la brisa.

—¡El timón no responde! —exclama Halimah.

—¡Leidenfrost inoperativo! —añade Gem.

—¡NO! —grita Nelinha por el comunicador, compartiendo con nosotros unos cuantos tacos en portugués—. ¡Te lo he dicho, Ana! ¡Necesito más tiempo!

—¡Necesitamos más potencia! —chillo.

Pero no tenemos ninguna de las dos cosas.

En la visualización de Gem, el triángulo morado del Aronnax se acerca cada vez más. El esquife de Dev ronda a pocos cientos de metros del costado de babor, esperando para saquear la carcasa de nuestra nave. Entonces una serie de cuatro señales luminosas más pequeñas brota de la proa del Aronnax.

Estamos con el agua al cuello. Casi literalmente.

CAPÍTULO 53

Echo mano de un último recurso. Estampo la mano contra la consola del reposabrazos y grito:

—¡Nautilus, inmersión de emergencia! ¡Conductos de proa!

El submarino debe de percibir la urgencia de mi voz. Con las últimas boqueadas de energía generada por el carbón, echa lastre y expulsa unos chorros de agua gasificada por la proa que nublan las ventanas.

Un descenso de emergencia es algo que los submarinos hacen muy bien. Como rendirse y desplomarse, no requiere mucha energía. Nos hundimos como una piedra.

En el LOCUS de Gem, los cuatro torpedos del Nautilus pasan justo por encima de nuestras cabezas, con sus sistemas de teledirección confundidos por la nube de aire y lastre.

Empiezo a gritar «Preparaos para...» cuando la explosión en cadena detona a cien metros más allá de nuestra popa.

Pierdo el conocimiento debido a la onda expansiva.

Cuando recobro la conciencia, el puente está a oscuras y solo se ve el fuego producido por un cortocircuito en el puesto de comunicaciones de Virgil. Las visualizaciones de los LOCUS se han apagado. Una bruma acre flota en el aire. Top ladra indignado, sujeto aún en su cama para perro. Ester da traspiés de un lado a otro comprobando si la tripulación del puente ha sufrido heridas. Virgil está sentado en el suelo, aturdido, con el cinturón de seguridad roto y una voluta de humo que le sale del pelo. Gem tiene un hilo de sangre que le reluce en un lado de la cara.

—Todas las armas están desconectadas —anuncia Gem—. No tenemos blindaje.

—Ni control del timón —dice Halimah.

—Profundidad, cuarenta y dos metros —informa Lee-Ann—. Solo tengo lecturas analógicas, pero el Aronnax... Oh. —Su voz se va apagando—. Ahí está.

No mira los mandos. Mira por las ventanas.

Por primera vez, veo el submarino enemigo directamente.

A unos cincuenta metros a través de la transparente agua azul, el Aronnax se aproxima a nosotros. Parece más pequeño que el Nautilus, aunque mucho más siniestro: un mortífero triángulo negro sin perfil de sonar. Por desgracia, no veo en su casco ningún daño causado por nuestros torpedos. Dudo que a ellos nuestro submarino les parezca tan intacto o amenazante.

—Comunicaciones, ¿detectas algo? —pregunto.

Entonces me acuerdo de que Virgil está en el suelo y su puesto en llamas.

El Nautilus responde a mi petición en lugar de él. Por el altavoz se oyen interferencias. Suenan voces incoherentes por la línea: Dev chilla desde el esquife; una voz de chica contesta a gritos desde el puente del Aronnax. Por lo visto, Dev está ofendido por la decisión de la chica de disparar una dotación completa de torpedos casi a bocajarro.

La boca me sabe a fondo de parrilla. A Dev no le preocupamos yo ni las vidas de los demás tripulantes del Nautilus. Realmente es una persona que no conozco.

—Sala de máquinas —digo—. Nelinha, ¿estado?

No hay respuesta. Ni siquiera estoy segura de que la sala de máquinas siga intacta.

Por el comunicador, Dev regaña a su compañera en el puente del Aronnax.

—Pelotón de abordaje aproximándose de nuevo. ¡Esta vez no dispares, Karen!

El suspiro de exasperación de Karen podría prender leña.

—¡Como el Nautilus intente hacer más jugarretas, lo volaré por los aires, estés o no a bordo!

La tripulación de nuestro puente me mira con una mezcla de desesperación y esperanza. Yo debo de tener más ideas, más bazas que jugar. Solo que no es así.

Mi corazón se comprime hasta quedar reducido a un pedazo de nemonio.

—Preparaos para el abordaje. Repartid armas de Leiden a todo miembro de la tripulación que todavía esté dispuesto y pueda luchar. Tendremos que —miro por la ventana— esperar.

—¿Esperar? —pregunta Ester, confundida.

Me desabrocho a tientas el cinturón de seguridad. Corro a la bóveda gigante con forma de ojo para tener una vista privilegiada mientras nuestro cargamento regresa de las profundidades.

Ignoro por qué elige ese momento exacto para aparecer, pero los caminos de los pulpos gigantes enamorados son inescrutables. Romeo envuelve el Aronnax con sus enormes tentáculos y lo abraza fuerte. El canal de comunicación se llena de gritos del submarino enemigo. Me imagino a la tripulación entera cayendo de lado contra las paredes de estribor.

La cabeza bulbosa de Romeo palpita de emoción mientras se pone cariñoso con su nuevo amigo. «He oído hablar mucho de ti —parece estar pensando—. Necesitas un abrazo».

Al mismo tiempo, como si el Nautilus tuviese sentido del humor, el reactor de fusión fría decide volver a encenderse. Las luces moradas del puente se iluminan. Las visualizaciones de los LOCUS se activan parpadeando.

—Lo siento, capitana —dice la voz de Nelinha—. Todavía no está a máxima potencia, pero... —Titubea, seguramente mientras mira los monitores externos—. *VIXE MARIA*, ¿qué...? ¡SÍ, NENE! ¡Ese es mi cefalópodo!

Por los pasillos del Nautilus resuenan vítores. La tripulación se congrega a mi alrededor para ver cómo Romeo hunde el Aronnax.

—Seguro que intentan electrificar el casco —dice Gem— justo ahora.

El Aronnax no nos decepciona. Unos rayos verdes recorren su casco y dan un brillo romántico a los ojos de Romeo. Nuestro amigo pulpo aprieta aún más.

—Nautilus —digo—, ¿puedes abrir un canal?

El submarino responde con un alegre tilín de triángulo. Es evidente que está encantado consigo sí mismo.

—Aronnax, os habla Ana Dakkar —anuncio—. Tenéis que abandonar esa embarcación de inmediato.

—¡Ana! —grita Dev—. ¿Qué es eso? ¿Qué has...?

Noto la implosión en la barriga. Romeo parte el Aronnax como si fuese pan de jengibre. El fuego y el mar se revuelven. Burbujas gigantes de aire plateado, algunas con personas dentro, suben hacia la superficie. Romeo ha roto el corazón al submarino.

Mi tripulación silba y grita, pero yo no estoy para celebraciones. No hemos ganado nada si arrebatamos más vidas.

—Ester —digo—. Reúne a las Orcas. Poneos los trajes de buceo y salid en operación de rescate. A ver si conseguís que Romeo se retire.

Ella asiente con la cabeza.

—Eso puedo hacerlo.

—Son el Instituto Land —observa Lee-Ann—. La gente que destruyó nuestra academia entera.

—Sí —asiento—. Y vamos a salvarlos porque nosotros no somos el Instituto Land. Lee-Ann, ve con ellos a ayudarles.

Ella traga saliva.

—A la orden, capitana.

Al salir, levantan a Virgil y se lo llevan del puente. Halimah y Gem vuelven a sus puestos.

—Capitana —dice Halimah—, el esquife enemigo se ha desviado.

—¿Está rescatando supervivientes?

—No... —Halimah frunce el entrecejo—. Se dirige a la boca del túnel submarino.

Suelto un juramento. Me he centrado tanto en el Aronnax que me había olvidado de la base Lincoln. Esperaba que al ver a un pulpo monstruoso aplastar su embarcación, Dev se rindiese, pero es tan terco como siempre. No ha cambiado del todo.

Sabiendo cómo piensa, me imagino que Ophelia, Luca, Tia, Franklin y el doctor Hewett todavía están presos en la isla. Dev corre a ocuparse personalmente de sus rehenes para poder chantajearnos con sus vidas.

Miro la lectura de Gem.

—¿Podemos inutilizar su barco...?

—Los cañones siguen apagados —dice Gem—. Además, es demasiado tarde.

La señal luminosa morada del esquife desaparece en el túnel.

—Nuestra gente será cauta —advierte Halimah—. Cuando Dev llegue, se atrincherará y querrá echarnos un pulso.

—Por ese motivo tenemos que atacar ahora —decido—, antes de que le dé tiempo a reorganizarse.

Gem frunce el ceño.

—Ana, el Nautilus no están en condiciones...

—El Nautilus se queda aquí. —Pongo la mano en la consola y sigo en bundeli —. Nautilus, tengo que intentar salvar a nuestra gente. Si me pasa algo, protege a tu tripulación. Ahora son tu familia, aunque no sean de los Dakkar.

Halimah arquea una ceja. Aparte de mí, ella es la Delfín que mejor domina los idiomas del sur de Asia, de modo que entiende bien el bundeli.

—¿Crees que el Nautilus nos hará caso?

—Por supuesto. —Espero parecer más segura de lo que me siento—. Halimah, tú ocúpate del puente. Gem, tú y yo tomaremos el esquife. Vamos a perseguir a Dev y a acabar con esto. Trae todas las armas que puedas.

La sonrisa de Gem me hace alegrarme de tenerlo a mi lado.

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

CAPÍTULO 54

Gem viaja con lo justo.

Solo trae sus armas de mano habituales, una pistola de Leiden, un rifle de Leiden y una bandolera con granadas de tecnología punta que encontró Dios sabe dónde. No va armado con ningún lanzallamas, y tampoco ha desmantelado el cañón de proa para traerlo. Para él, eso demuestra una gran contención.

Yo solo llevo una pistola de Leiden y mi cuchillo de buceo. Aun así, en el esquife cabemos justos, sobre todo porque llevamos puestos los trajes de buceo y las escafandras. No sabemos a qué nos enfrentaremos. El esquife no tiene armas ni defensas. Puede que tengamos que deshacernos de él en cualquier momento.

Supongo que podríamos quitarle el techo y convertirlo en un descapotable, pero no me parece la ocasión adecuada para irnos de paseo.

Con los cinturones abrochados y la escotilla bien cerrada, inundamos el muelle de atraque. Los iris del suelo se abren y caemos al azul. Le doy al acelerador con cuidado. Acelero despacio. El esquife responde como un Maserati. (Lo confieso, nunca he conducido un Maserati). Nos dirigimos zumbando a la base Lincoln, siguiendo el sistema de navegación de la esfera del LOCUS.

—Han tenido una semana para instalar nuevas defensas —comenta Gem pensativo—. Podría haber minas de contacto en el túnel. Láseres.

—Tal vez —concedo—. Pero a la velocidad con la que Dev lo ha atravesado...

—Sí —coincide Gem—. Dev suele jugar al ataque. Mantengamos los ojos abiertos de todas formas.

Lo miro. Me olvido de que Dev era el capitán de la casa de Gem. Durante los dos últimos años, probablemente han pasado más tiempo juntos que Dev y yo.

El hilo de sangre de Gem se ha secado en un lado de su cara y le ha dejado un siniestro motivo serpentino. A la tenue luz de su escafandra, su semblante me recuerda la estatua de bronce de Shiva que mi padre tenía en el santuario de nuestra familia: sereno y vigilante, dispuesto a aniquilar malhechores cuando sea necesario. Puede que al final sí que vea un parecido entre Gem, Dev y el doctor Hewett: los tres tienen el mismo halo de ferocidad latente.

—Cuando lleguemos —digo—, nuestra prioridad es salvar a los rehenes.

—Si están vivos.

—Lo estarán. —Me obligo a creerlo—. Si no, Dev no volvería corriendo a la base. Haremos lo que sea necesario para liberarlos, pero no utilizaremos la fuerza letal a menos que no nos quede más remedio.

Gem frunce el entrecejo.

—Define «no nos quede más remedio».

—Gem...

—Es broma. Casi todo.

Nos adentramos en la boca de la cueva.

Ojalá tuviese tiempo para apreciar lo bien que se gobierna el esquife. ¡Las aventuras que podría vivir en este trasto! Me pregunto qué pensaría Sócrates si me presentase en el esquife para darle clases de baile y calamares.

Al pensar en mi amigo delfín, vuelvo al presente. Probablemente Sócrates sea el que menos peligro corre en la base Lincoln. Aun así... Giro la esfera de control hacia delante y acelero por el túnel.

En cuanto salimos del túnel, la visualización del LOCUS vuelve a encenderse.

—¡EYECCIÓN! —grito, antes de que me dé tiempo a procesar por qué.

El esquife de Dev está esperándonos. Un milisegundo después de detectarlo en el LOCUS, lo veo con mis propios ojos: una cuña negra erizada de armas como las espinas de un pez globo. Se encuentra a solo quince metros orientado hacia nosotros, y detrás de su ventana frontal transparente, en el asiento del piloto, está mi hermano.

Tal vez es algo que veo en su cara, o tal vez solo mi intuición. Pulso el botón de eyección de emergencia, que simultáneamente apaga el motor, hace saltar el techo por los aires y nos lanza a Gem y a mí despedidos de nuestros asientos. Menos mal que llevamos puestos los trajes de buceo. Salimos disparados hacia delante, empujados por el impulso y las botas a reacción por encima del sumergible de Dev, mientras él dispara un proyectil a nuestro esquife abandonado. El arpón plateado atraviesa el asiento en el que yo estaba sentada un momento antes y descarga una red fractal de rayos azules.

Pasamos por encima de la proa de Dev. Antes de que él pueda volverse para ponerse de cara a nosotros, Gem se echa al hombro su rifle de Leiden y dispara dos veces al sistema de propulsión del sumergible. Unos destellos verdes iluminan la cubierta del motor. La hélice se para. Privado de energía, el submarino de Dev se escora a babor y empieza a hundirse.

—¿Sacamos a la tripulación? —pregunta Gem.

Tiemblo de la ira y la adrenalina. Una parte de mí quiere arrancar a mi hermano de esa caja de zapatos llena de armas para poder darle una patada en la entrepierna. Él no llevaba traje de buceo cuando lo atisbé a través de la ventana de su submarino. A él y a su pelotón de abordaje les costará o restablecer la energía o ponerse los trajes y abandonar la embarcación, pero estoy segura de que sobrevivirán. Dev es muy astuto.

—Los rehenes son más importantes —digo—. Sigamos adelante.

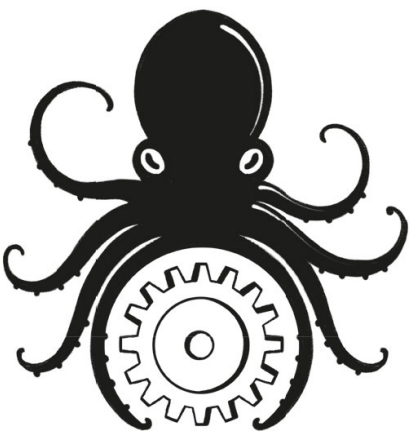
Atravesamos la laguna propulsados a reacción removiendo nubes de fitoplancton luminoso a nuestro paso. Cuando aparecen los postes del muelle, nos llueven disparos de arriba; las balas perforan el agua formando nubes blancas con forma de embudo antes de que la resistencia aerodinámica y la densidad las paren en seco.

A cinco metros de profundidad, estamos a salvo de prácticamente cualquier munición convencional disparada desde el muelle. Nosotros tampoco podemos dispararles bien. El Instituto Land debe de saberlo. Solo pretenden transmitirnos un mensaje: «Estamos aquí, sabemos quiénes sois, y si intentáis salir a la superficie, estáis muertos».

—Debajo del muelle —propongo—. Apareceremos por detrás de ellos.

—Entendido —dice Gem.

Sin embargo, el Instituto Land nos ahorra la molestia. Por lo visto, se sienten como niños la mañana de Navidad. Nosotros somos sus regalos, y quieren abrirnos ya. Los disparos cesan. Dos buzos se sumergen en el agua con los pies primero, justo encima de nosotros, y nos envuelven en un tornado de burbujas.



CAPÍTULO 55

Luchar cuerpo a cuerpo bajo el agua es lo peor.

Es como intentar pelear a muerte contra alguien llevando uno de esos disfraces inflables de luchador de sumo. Los movimientos son lentos, torpes y ridículos. No puedes pegar puñetazos ni patadas con fuerza. Pero como no podemos electrocutar a nuestros enemigos a quemarropa sin electrocutarnos también nosotros, a Gem y a mí no nos quedan muchas opciones.

El submarinista más cercano me ataca con su cuchillo.

Si llevásemos un traje de neopreno corriente, estaría muerta. La malla de nemonio desvía la punta, pero no me salva del todo. El afilado borde rasga la tela y me roza las costillas.

El agua salada y las heridas abiertas forman una combinación dolorosa. Se me agarrota el costado izquierdo. Ante mis ojos dan vueltas puntitos blancos. A

pesar de ello, uso las botas para pelear contra mi agresor y lo empujo hacia atrás contra el poste con un clinc sordo. Le agarro la muñeca y detengo la hoja de su cuchillo a dos centímetros escasos de mi cara.

A mi izquierda, el sonido de burbujas y gruñidos airados me indica que Gem está luchando contra el segundo submarinista. No puedo arriesgarme a mirar para ver cómo le va.

Mi adversario me lanza una mirada asesina a través de sus gafas de buceo, con los ojos llenos de odio. Me imagino que se ha enterado de que el Aronnax ha sido destruido. Quiere venganza.

No puedo ganarle en fuerza, y menos con el lado izquierdo dolorido. El arma de Leiden no me sirve de cerca, de modo que mientras mi enemigo se centra en intentar apuñalarme en la cara, busco a tientas mi cuchillo. Antes de que el submarinista se dé cuenta de lo que pasa, desenvaino el puñal y se lo clavo en el chaleco hidrostático.

No tengo fuerza para herirle de gravedad, pero tampoco es lo que pretendo. Con la cámara de aire del chaleco pinchada, mi oponente queda cegado por las burbujas. Empieza a hundirse, me suelta instintivamente la muñeca y se pone a agitarse para recuperar el equilibrio. Mientras desciende, le propino una patada en la cara por si acaso.

Me imagino que volverá, pero mientras tanto me vuelvo hacia Gem.

A pesar de todas las armas que lleva, el señor Twain se ha metido en un pequeño aprieto. Al parecer, el segundo submarinista cayó en el agua detrás de él y ha conseguido rodearle el cuello con el brazo. Ahora intenta extraer la escafandra de Gem para alcanzar a su codiciada presa. Gem forcejea para liberarse y dispara una de las SIG Sauer al lado de la oreja de su agresor, pero incluso para Gem no es fácil acertar a alguien que lo estrangula por detrás.

Doy un acelerón con las botas y me dirijo a ellos. Lamentablemente, me doy un trompazo contra la botella de aire metálica del submarinista, que me duele más que a él.

Por lo menos he captado su atención. El buceador se vuelve para mirarme.

Me da tiempo a distinguir sus ojos azules y el pelo moreno que se agita alrededor de su cara antes de que desaparezca como eliminado del universo. Una gran mancha borrosa de color plateado impacta contra él con tal fuerza que el submarinista parece teletransportarse veinte metros en un abrir y cerrar de ojos.

Sócrates ha entrado en escena.

Y ha traído amigos. Mientras él somete a cabezazos al buzo de ojos azules, tres delfines mulares de la zona se abalanzan sobre el otro, que ha elegido un mal momento para volver a aparecer. Debe de ser terrible que tres grandes animales

marinos se lancen sobre ti a la vez. Los delfines le dan la bienvenida al barrio propinándole una buena paliza con sus aletas caudales.

La voz de Gem suena por mi escafandra.

—Me encantan los delfines.

—Los delfines son lo más —convengo—. Mucho mejores que los Tiburones.

—Yo no he dicho eso.

Río, y noto unos pinchazos en el costado.

—Estás herida —observa Gem.

—Estoy bien.

—La nube de sangre que te sale del traje dice lo contrario.

—No te preocupes por eso. Tenemos que seguir.

Le doy las gracias a Sócrates en idioma de signos. No sé si él se percata o no, porque sigue jugando con su nuevo muñeco de buzo.

Gem y yo volvemos al muelle impulsándonos con las botas. Salimos a la superficie con cuidado y escudriñamos por encima de nosotros, pero no vemos más hostiles esperándonos. Hasta los drones con forma de libélulas parecen haber abandonado la caverna. Espero que escapasen y no fueran capturados o destruidos.

Gem saca su arma de Leiden. Me cubre mientras subo por la escalera de mano más cercana. El esfuerzo es insoportable, pero llego a lo alto sin desmayarme ni que me ataquen. Indico a Gem con la mano que me siga.

Una vez que se ha reunido conmigo, nos quitamos las escafandras.

—Tenemos que vendarte eso —dice, señalando mis costillas.

La hemorragia tiene mucho peor aspecto fuera del agua. No quiero saber lo grave que es la herida.

—No hay tiempo...

—Tampoco hay tiempo para que te desmayes en combate.

Gem se saca la parte de arriba del traje de buceo.

Me empieza a arder la cara.

—Gem, ¿qué estás...?

—Solo será un momento.

Se quita la camiseta de manga corta.

—Pero...

Rompe la camiseta por la mitad.

—Podemos envolver la herida con esto...

—Gem, no quiero cortarte el rollo caballeroso, pero hay un botiquín ahí.

Señalo uno de los muchos armarios con material de Luca.

Gem mira su camiseta frunciendo el ceño.

—Ya lo sabía.

Nos ponemos a cubierto lo mejor que podemos entre dos cobertizos de provisiones. Gem me venda con gasa mientras yo vigilo. No me siento para nada incómoda ni distraída por que Gem no lleve camiseta mientras me cura la herida. No hay ningún problema. Aquí no ha pasado nada.

Desplazo rápido la mirada de las aguas tranquilas de la laguna a la puerta acorazada del final del embarcadero. Estoy esperando a que el esquife deteriorado de Dev emerja, o a que más guardias salgan en tropel al muelle de la base. No se trata de si nos atacan más personas; se trata de cuánto tardan y de dónde vienen.

—Suficiente —le digo a Gem al final—. Ata las vendas y vámonos.

CAPÍTULO 56

La puerta acorazada de la laguna se abre con mi huella digital. No se puede prohibir la entrada a una Dakkar de bien. Ni a un Dakkar de mal, considerando que seguramente Dev es el último que la ha usado.

Gem se asoma al pasillo con las pistolas en ristre. Está vacío. No veo a nadie montando guardia al otro lado, pero eso no significa nada. Podría haber hostiles esperando en la sala situada detrás. El recto pasadizo cilíndrico no nos ofrecerá protección a lo largo de quince metros. Cualquier sonido que hagamos reverberará. Por desgracia, desde donde nos encontramos, es el único camino de vuelta a la base.

—Espera aquí, por favor —susurra Gem.

Agazapado como un gato, sale lentamente al pasillo. Ha recorrido unos seis metros cuando dos estudiantes del IL aparecen de repente a cada lado de la otra salida del túnel y disparan con sus armas de Leiden. Debían de estar escondidos esperando para atacar, pero no pillan a Gem desprevenido. Un nanosegundo antes de que ellos aprieten sus gatillos, Gem dispara sus SIG Sauer. Los dos guardias caen como sacos de arena. Sus proyectiles con forma de miniarpones levantan estelas de chispas al raspar las paredes del pasillo, pero no causan ningún daño.

Tengo que acordarme de respirar. No puedo decir si me siento aliviada u horrorizada. ¿Gem ha...? No, no es posible que sea munición letal. Echo un vistazo detrás de mí, pero la gruta de la laguna sigue vacía. Si los disparos de Gem no alertan a todos los hostiles de la base, seguro que las palpitaciones de mi corazón lo harán.

Gem se pega más al suelo. Se dirige a la izquierda sin apartar la vista de la salida del fondo. Nadie sale de la habitación. Avanza arrastrándose. Cuando llega al otro lado, peina la zona con las miras de sus armas y luego propina una patada a los guardias abatidos para asegurarse de que no suponen un peligro.

—Despejado —me indica en voz baja.

Recorro el pasillo cojeando con el costado ardiendo. La sangre ya traspasa las vendas. Cuando me reúno con Gem miro a los guardias, que tienen unas feas ronchas rojas en medio de la frente. Tomo en vano el nombre del señor de barba blanca y túnica que vive en las alturas.

—No blasfemes, por favor —dice Gem automáticamente—. He utilizado munición de goma. Tendrán un dolor de cabeza horrible cuando se despierten, pero no se morirán.

—¿Cómo es que no estás en shock? —pregunto.

—He estado días enteros en shock —susurra él, y a continuación señala el siguiente pasillo—. ¿No están los monitores de seguridad justo delante?

Llegamos a los monitores en cuestión sin más contratiempos. No sé por qué en la sala de vigilancia no hay guardias, pero sospecho que tiene que ver con que Gem acabe de dispararles en la cabeza. Gem se queda vigilando en la puerta mientras yo examino las vistas de las distintas cámaras.

La base está casi vacía... muy vacía. La armería ha sido desvalijada. Las cajas de categoría oro y los experimentos tecnológicos de Luca han desaparecido de su taller. En la sala de servidores, los ordenadores de Ophelia o ya no están o han sido desmontados, y sus discos duros probablemente extraídos. Y en la enfermería...

Un cubito de hielo se aloja en mi garganta. La cama del paciente está vacía.

—¿Dónde está Hewett? —me pregunto.

Gem se sobresalta.

—¿Qué?

—Espera...

Activo más cámaras con los dedos temblorosos. Si me he equivocado con respecto a los rehenes, si ellos y el doctor Hewett estaban a bordo del Aronnax... Paso a la vista del muelle delantero, y mis hombros se relajan un poco.

—Ahí está —le digo a Gem—. Dos hostiles están subiendo su camilla a bordo del Varuna.

Gem frunce el entrecejo.

—¿Por qué iban a...?

—Como protección —deduzco—. Han sacado toda la información y la tecnología que han podido de la base. Ahora que el Aronnax ya no está, el Varuna es su único medio de escape.

La expresión de Gem se endurece.

—Y con Hewett a bordo, creen que es menos probable que ataquemos el barco. ¿Y los demás rehenes?

—No estoy segura... —Consulto más imágenes en directo—. Oh. —El cubito de hielo me baja por el esófago—. En el comedor. La buena noticia es que siguen vivos...

Gem se aventura a mirar la pantalla.

La mala noticia es que nuestros amigos están retenidos a punta de pistola. En medio del comedor, Luca, Ophelia, Franklin y Tia se hallan de rodillas con las manos atadas a la espalda. Dos hostiles se encuentran de pie detrás de ellos apuntándoles a la cabeza con unas armas de Leiden. Dos hostiles más, también armados con miniarpones eléctricos, se pasean nerviosamente de un lado a otro de la estancia como si esperasen órdenes...

—Escudos humanos —murmura Gem—. Llevan a Hewett al barco y dejan al resto de nuestra gente vigilada. Más protección para que el Varuna escape sin peligro. Tenemos que tomar el comedor y llegar al barco antes de que suelte amarras.

—Pero si entramos corriendo...

Por encima de nuestras cabezas, la rejilla del techo vibra. Casi se me escapan las botas del susto. Gem apunta con su arma a las losas levantadas. La cabeza de un pequeño insecto metálico asoma, con sus ojos brillantes como huevos de Fabergé.

Río de alivio.

—¿Piloto Bicho?

No puedo saber si es el mismo dron que condujo nuestra embarcación hasta la laguna hace días, pero escupe una festiva chispa eléctrica como si se alegrase de vernos. Luego sale zumbando de su escondite, seguido de media docena de sus relucientes amigos de color esmeralda.

—¡Oh, preciosos robotitos! —Deslizo el dedo por el lomo del piloto Bicho y le hago aletear—. Cuánto me alegro de que estéis a salvo.

Los bichos abren y cierran las mandíbulas y escupen chispas para hacerme saber lo que opinan de que el IL haya invadido su base.

Gem mueve la cabeza asombrado.

—Deben de haber estado escondidos en los conductos todo este tiempo.

«La red de conductos».

Una idea empieza a hacerme cosquillas en la base del cerebro. Miro los bichos, luego el monitor y después la rejilla de aire acondicionado.

—Gem, ¿tienes alguna granada no letal?

—Claro, pero ¿por qué...? —Le brillan los ojos—. Ah, ya te pillo. —Saca una de sus chucherías tecnológicas de la bandolera—. Piloto Bicho, ¿podrías volar con este peso?

El piloto Bicho hace zumbar sus alas de indignación. Saca su lengua de cobre y la enrosca alrededor de la granada.

—Perfecto —conviene Gem—. Un bicho puede llevarla; otro puede tirar de la anilla. Es un arma de pulso electrónico de ráfaga corta. No hará daño a nadie, pero debería destruir cualquier aparato electrónico en una habitación cerrada. Piloto Bicho, en cuanto la lances, tienes que escapar rápido.

—Un momento —digo—. ¿Funcionará con sus armas de Leiden?

Gem ladea la cabeza.

—Creo que sí. Normalmente para proteger un dispositivo electrónico basta con una cubierta metálica fina. Nuestras balas de Leiden están recubiertas de carbonita dentro de un cargador de nemonio. Si están fuera de la habitación cuando estalle, puede que a nuestras armas no les pase nada. Pero a las suyas... Esos arpones llevan la carga en el exterior del proyectil. Una ráfaga de pulso electromagnético debería cortocircuitarlos y hacerlos menos peligrosos. Puede que incluso dejen de funcionar del todo.

—«Puede».

Él abre las manos.

—No puedo garantizarlo.

—Entonces necesitaremos algo más. Algo para desorientar a los guardias... —

Resulta difícil pensar cuando tienes punzadas en el costado y la adrenalina te palpita en las sienes como un martillo neumático, pero me acuerdo de cómo atacaron el Varuna los comandos del IL cuando zarpábamos de San Alejandro—. Gem, ¿por casualidad no tendrás...?

Por lo visto, su mente está pensando algo parecido.

—¿La versión de Nemo de una granada aturdidora? —Saca otro proyectil de la bandolera y esboza una sonrisa inconfundible de Tiburón—. Claro que la tengo. Y mi postre favorito es la venganza.

CAPÍTULO 57

—¡NOS RENDIMOS! —grito.

Me parece una buena forma de entablar negociaciones.

Gem y yo nos hemos pegado a cada pared del pasillo, justo al otro lado del comedor. La puerta está cerrada, y por suerte no me encuentro delante de ella, porque la punta de un arpón de Leiden atraviesa la madera en el momento en que abro la boca. Los guardias del interior deben de estar poniéndose nerviosos. Que te dejen vigilando rehenes en una base enemiga para que tus compañeros puedan huir no debe de subir mucho la moral.

—¡DEJAD DE DISPARAR! —grito—. ¡SOY ANA DAKKAR! ¡QUIERO ENTREGARME!

Silencio en el comedor. Ningún arpón más perfora la puerta.

—*Amici miei*! —grita Luca desde el interior—. ¡Corred! ¡No os...!

—¡Cállate! —espeta otra voz, seguida de una fuerte bofetada.

—¡Dejad a mi marido! —chilla Ophelia.

—¡EH! —vocifero—. ¡EH, IL, ESCUCHADME! ¿O no queréis llevaros el mérito de atraparme con vida?

Hay un tenso intercambio de palabras entre los guardias. Al parecer, su manual de estrategia no contemplaba esta situación.

Uno de ellos grita:

—Abrid la puerta despacio. Enseñadnos las manos.

Gem me mira a los ojos y asiente con la cabeza. No lo hace porque haya oído al guardia. A diferencia de mí, él tiene unas bolitas de algodón metidas en las orejas, de modo que no oye prácticamente nada. Pero debe de haber transcurrido suficiente tiempo para que nuestras libélulas comando se coloquen en posición.

—¡Está bien, voy a abrir la puerta! —chillo a los guardias—. ¡No me matéis! ¡No os sirvo muerta!

Esta es la parte complicada. Bueno... todo es complicado, pero quiero que los guardias se centren en mi gran aparición, no en los rehenes. Agarro el pomo de la puerta. Lo giro lentamente y empiezo a tirar de la puerta hacia mí.

—¡Voy a enseñaros las manos! —miento—. *Chiudete gli occhi!*

Lo digo en el mismo tono que el resto, de manera que parece otra concesión que me dispongo a hacer. Aunque los guardias del IL hablen italiano, confío en que la orden «Cerrad los ojos» carezca de sentido para ellos dentro del contexto, pero Luca podría captar el mensaje. Y los robobichos oirán la frase en clave que hemos acordado.

Todo transcurre rápido. En el interior, oigo el clonc, clonc de dos objetos metálicos que caen al suelo, y a continuación un «PERO ¿QUÉ...?» de confusión porque no es habitual que caigan granadas de los conductos de ventilación. Entonces un tsunami de color y sonido estalla en el comedor.

Creo que estoy mentalmente preparada para la granada aturdidora, pero en realidad no es así. Aun protegida por una puerta medio cerrada, me siento como si un festival entero de música psicodélica se metiese en mis oídos en el transcurso de un milisegundo. Medusas fluorescentes bailan delante de mis ojos. Tengo la presencia de ánimo para apartarme tambaleándome cuando Gem pasa por mi lado dándome un empujón e irrumpe en el comedor disparando.

Entro dando traspiés detrás de él, con la pistola de Leiden levantada, pero no queda nadie a quien disparar.

Nuestros amigos siguen vivos, aunque han tenido mejor cara. Están hechos un ovillo, gimiendo y con los ojos entrecerrados. Luca tiene un ojo morado.

Ophelia tiene un labio hinchado. De la oreja izquierda de Tia cae sangre a gotas. Franklin acaba de vomitar hace un instante.

Los cuatro hostiles están inconscientes, despatarrados en el suelo con sonrisas bobaliconas en la cara como si les hubiese encantado el concierto de un milisegundo antes de que Gem les disparase balas de goma a la cabeza. Todas sus armas de arpones de Leiden arden y echan humo.

—Bueno, ha funcionado —observo.

—¿QUÉ? —pregunta Gem.

Le señalo las orejas para recordarle que lleva los algodones. Luego corro a desatar a nuestros amigos.

—Hola —masculla Ophelia—. Qué alegría volver a veros. Muchas gracias por las granadas.

—Lamento las molestias.

Saco el cuchillo de buceo y le corto la brida.

—Ningún problema —me asegura—. ¿Y el Nautilus? ¿Y la tripulación?

Les cuento la versión breve: el Aronnax ha quedado destruido, el Nautilus está machacado pero bien, y la base ha sido despejada (de momento), gracias a nuestros amigos guerrilleros, las libélulas robot.

Luca ríe en un tono ligeramente histérico.

—Oh. *Chiudete gli occhi!* ¡Ahora lo entiendo! ¡Es posible que me haya quedado ciego!

—Se te debería pasar —le digo, esperando estar en lo cierto.

Franklin tiene arcadas.

—Puedo saborear el color turquesa. ¿Es normal?

—Ana, ¿estás bien? —pregunta Tia—. Tienes las vendas empapadas en sangre.

—Deberías ver cómo quedó el otro. —No menciono que Tia, Franklin, Luca y Ophelia también tienen pinta de haber recibido una paliza de la banda local de delfines—. Siento que no hayamos podido llegar antes.

—¿Estás de coña? —Tia hace una mueca cuando le corto las ataduras—. Estábamos dispuestos a aguantar como mínimo un mes.

—Bueno, podemos volver más adelante...

—Ahora es un buen momento. Gracias, capitana.

—Tenemos que llegar al Varuna —dice Gem, cortando la brida de Franklin.

—Sí. —Franklin se chupa los labios, probablemente intentando quitarse el sabor a bilis y turquesa—. Se han llevado al doctor Hewett. Estaba respondiendo bien al tratamiento, pero no está en condiciones de que lo trasladen.

—También se han llevado nuestros mejores trabajos de investigación y

nuestra tecnología —añade Ophelia. Sin sus gafas de montura metálica, se parece un poco a un topo al que han sacado de un acogedor túnel oscuro parpadeando y desorientado—. ¡Hay que detenerlos! ¡Vamos!

—Ninguno de vosotros estáis en condiciones de luchar —protesto—. Y Dev podría llegar de la laguna en cualquier momento.

—¿Todavía funcionan vuestras armas de Leiden? —pregunta Ophelia—. Dejadnos algunas.

Gem dona su rifle de Leiden a Tia, su pistola de Leiden a Franklin y las granadas que le quedan a Luca.

Luca sonríe.

—¡Me encantan las granadas! ¡Gracias!

Yo le doy a Ophelia mi pistola. Por lo tanto, me quedo solo con mi cuchillo de buceo y Gem con sus SIG Sauer, pero tendrán que bastarnos.

—¿Y nuestros amiguitos?

Gem señala a los cuatro guardias inconscientes.

—Oh, no te preocupes. —A Tia le chispean los ojos de forma maliciosa—. Yo me encargaré personalmente de ponerles los patitos rosa. ¡Venga, marchaos!

CAPÍTULO 58

Mientras Gem y yo corremos por el pasillo de la parte delantera, pruebo el comunicador incorporado en el cuello de mi traje seco.

—Dakkar a Nautilus, ¿me recibís?

Se oye un siseo.

—Aquí, Nautilus —dice Halimah—. ¿Estáis bien?

—Más o menos. El Varuna está en manos de hostiles. Están huyendo. Tienen al doctor Hewett. Gem y yo intentaremos interceptarlos. ¿Me recibís?

—Nosotros... ¿Repite...?

La comunicación se interrumpe.

—A mí también se me ha cortado —dice Gem.

Con todo el castigo que han recibido nuestros trajes hoy, supongo que no debería extrañarme. Aunque Halimah haya captado lo esencial del mensaje, el Nautilus no está en condiciones de prestarnos ayuda. Estamos solos.

Salimos al muelle de la laguna. La luz del sol me deslumbra. Hace más de una semana que no piso el mundo exterior. Hay demasiado cielo. Los horizontes son demasiado amplios. Los colores son demasiado vivos.

Las revoluciones de los motores del barco me arrancan de mi parálisis. El Varuna se aleja del muelle.

Gem corre tras él. Toma carrerilla, salta y cae en el espejo de popa. Mi salto no es tan grácil. Me estampo contra la barandilla de popa, circunstancia que no mejora el estado de mi costado herido. Gem me agarra del brazo para evitar que caiga por la borda.

—Gracias —farfullo.

—Toma una pistola.

Me ofrece una de sus SIG Sauer. Nunca le he visto dejarle a alguien tocar una de sus preciosas armas gemelas.

Empiezo a protestar.

—Gem...

—Por favor —dice él—. Hazlo por mí.

Agarro el arma.

El Varuna acelera rumbo al norte en dirección a la nueva brecha que las armas del Aronnax abrieron en el anillo del atolón. Desde donde nos encontramos, no veo a nadie a bordo. Espero que eso signifique que el barco tiene pocos tripulantes. Me gustan los números pequeños, como el uno o el dos.

—¿Nos separamos? —pregunta Gem, señalando a babor y estribor.

—En las películas siempre es un error —digo.

—Bien pensado.

Avanzamos juntos siguiendo la borda de babor; yo voy delante, y Gem me cubre la espalda.

Llegamos al medio de la cubierta. Sigue sin haber nadie a la vista. Esto me huele mal. El ruido de los motores es ensordecedor. Me había olvidado de lo escandaloso que puede ser el mundo de arriba.

Me vuelvo... y la pregunta que iba a hacerle a Gem se convierte en un grito cuando veo una figura familiar detrás de él.

Gem se gira demasiado tarde. Mi hermano le atiza en la cabeza con una llave

de trinquete.

Gem se desploma. Dev aparta su pistola de una patada al otro lado de la cubierta.

Doy un paso atrás con el corazón en la garganta. La segunda P226 de Gem tiembla en mi mano como una varita de zahorí.

Mi hermano me lanza una mirada asesina. En la parte de delante de la cabeza tiene el mechón de pelo rebelde de siempre, pero ya no me resulta entrañable. Parece que algo siniestro y amenazante intentase salirle del cráneo. Debe de haber conseguido reparar el esquife para interceptar el Varuna. No tengo ni idea de adónde ha ido el resto de su pelotón de abordaje, pero solo con Dev ya tengo bastantes problemas. Le caen gotas de agua por el neopreno del traje de buzo. Es el mismo que llevaba la última mañana que buceamos juntos: decorado con la insignia de capitán de los Tiburones de HP. Agarro la pistola más fuerte.

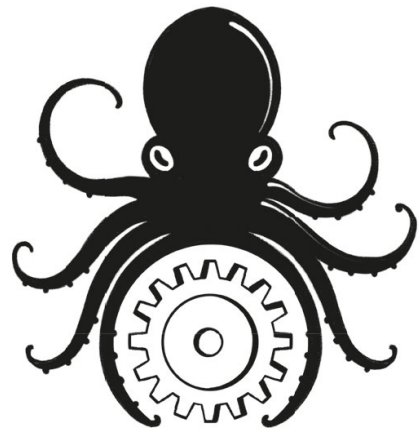
Dev hace una mueca burlona y lanza a un lado la llave de tubo.

—¿De verdad vas a dispararme? Adelante.

Dios, ganas no me faltan. Sé que las balas no son mortíferas. No soporto que el dedo del gatillo se rebele contra mí. Pero Dev todavía es mi hermano. Independientemente de lo que haya hecho, me resulta muy difícil dispararle a bocajarro.

—Lo que yo pensaba —gruñe—. Niña tonta, lo has estropeado todo.

Entonces me ataca.



CAPÍTULO 59

Los dos hemos recibido la misma instrucción de combate, pero Dev ha tenido más años de práctica.

Me agarra la muñeca, me arrebata la pistola de la mano y a continuación da un paso adelante y se gira, intentando lanzarme por encima del hombro. Yo recurro a la defensa «niña enclenque» desplomándome de forma que tenga que cargar con todo el peso de mi cuerpo. Él arrastra los pies, desequilibrado, y al caer yo doy una voltereta hacia atrás y aprovecho que Dev me agarra para arrastrarlo conmigo. Él sale volando por encima de mi cabeza y se estrella contra la borda de estribor.

Un punto para Ana.

Me arde el costado herido. Noto que me caen gotas de sangre tibia por la barriga. Me esfuerzo por levantarme. Dev se pone de pie como si nada.

—Estás herida —observa.

Tiene el descaro de hacerse el preocupado. Sus palabras de antes todavía me corroen la mente como ácido clorhídrico. «Niña tonta».

—Has perdido, Dev.

—Yo creo que no. Ahora tenemos suficiente tecnología e información para convertir el próximo Aronnax en un aniquilador del Nautilus. Y no creo que a tus amigos les preocupe este barco con vuestro pobre profesor enfermo a bordo.

Entonces ataca lanzando una andanada de puñetazos que me hace retroceder contra la barandilla de babor.

Paro, desvío y esquivo, pero las extremidades me pesan cada vez más. Noto la cabeza como si me flotase en el cuello.

Doy un quiebro y atrapo el brazo de Dev con la esperanza de dislocarle el codo. Pero él conoce perfectamente el movimiento. Cae sobre una pierna y me derriba barriéndome de una patada. Me aparto rodando por la cubierta y me levanto justo a tiempo para bloquear su siguiente patada.

Cuando él retrocede, me da tiempo a tomar aire.

—No tenemos por qué pelear, Ana. Todavía somos familia.

Mi debilidad le tranquiliza, le ablanda. No soporto eso de él. Le gusta que yo sea su hermanita necesitada: la menor de los Dakkar.

—Sí, somos familia. —Hago una mueca mientras recupero el equilibrio—. Por eso tu traición me duele tanto.

Lo empujo por la cubierta, decidida a borrarle esa sonrisa de suficiencia de la cara, pero él rechaza fácilmente mis ataques.

El Varuna atraviesa la brecha del atolón a toda velocidad. El sol de mediodía me quema los hombros. Mi traje de nemonio es ligero y flexible, pero no se diseñó para luchar cuerpo a cuerpo en la superficie. Me cuesta respirar, cada vez voy más despacio, me estoy agotando. Dev lo sabe.

La ira me da nuevo impulso.

Hago una finta a un lado y a continuación asesto un puñetazo a Dev en la barriga. Mi profesor de gimnasia, el doctor Kind, habría estado orgulloso. Por desgracia, estoy demasiado mareada para continuar. Me aparto haciendo eses, resollando, mientras Dev se abraza el estómago dolorido.

—Yo no soy el traidor, Ana —dice apretando los dientes—. Por culpa de Harding-Pencroft nuestros padres murieron. HP podría haber utilizado la tecnología de Nemo cien veces para salvar el mundo. En cambio, la tuvieron guardada. No nos dejaron acceder a nuestra herencia.

Miro a Gem, que sigue tumbado boca abajo en la cubierta. Le tiemblan los

dedos, pero es imposible que esté en condiciones de pelear en breve. Por lo menos ningún estudiante del Instituto Land sale corriendo a la cubierta a ayudar a Dev.

Estamos solos mi hermano y yo. Como en los viejos tiempos. Solo que ahora es totalmente distinto.

—El Nautilus no es nuestra herencia —digo—. El Nautilus es dueño de sí mismo.

—¿«Dueño de sí mismo»? —se mofa Dev—. Venga ya, Ana. Es una máquina creada por el príncipe Dakkar. ¡Nosotros somos sus dueños!

Arremete intentando placarme con el cuerpo entero. Me aparto de un brinco, aunque más que un brinco doy un tropezón desgarbado. La herida del pecho me duele horrores. Tengo el interior del traje seco barnizado de sangre tibia y pegajosa.

—Pensé decírtelo —continúa Dev, como si estuviésemos manteniendo una conversación informal—, pero no estabas lista. No sabías de tecnología alternativa. No eras consciente de lo que HP había hecho a nuestra familia. Todavía te tienen engañada. Es hora de que despiertes.

Grito y ataco. No es la decisión más inteligente. Amago un puñetazo, trato de darle un rodillazo en la entrepierna, pero él se lo espera. Para el golpe y me lanza a un lado como si fuese un muñeco de prácticas. Caigo con fuerza sobre el trasero. El dolor me sube por la columna.

—Ríndete —me espeta Dev—. No seas tonta.

«Niña tonta».

Cierro los dedos alrededor de un trozo de metal rugoso por detrás de mí. Una de las pistolas de Gem.

—Lo reconozco, te subestimé —dice Dev—. El pulpo gigante... —Menea la cabeza—. Tendrás que explicarme cómo lo conseguiste. Pero tú no formas parte de HP más que yo. Vamos a subir juntos a bordo del Nautilus, y vas a cederme el mando. Entonces tomaré lo que me pertenece por derecho.

Logro ponerme de pie.

Dev mira la pistola que tengo en la mano frunciendo el ceño.

—Vamos, Ana, ya has tenido la oportunidad de matarme. Y no has sido capaz, ¿recuerdas?

«¿Matarle?».

De repente, comprendo por qué Dev se ha mostrado tan poco interesado por las armas de Gem. Da por supuesto que están cargadas con balas corrientes. Una risa me sube borboteando por la garganta. Dev no tiene intención de matarme. Y sabe que yo no voy a matarle a él, de modo que las armas no sirven de nada. A

mi hermano jamás se le pasaría por la cabeza utilizar algo que no fuese munición letal. «Dev suele jugar al ataque».

Mi risa histérica parece inquietarle.

—Ana, has perdido mucha sangre. —Tiene un tono muy cariñoso, muy fraternal—. Deja eso...

—No lo entiendes, Dev. —Levanto la pistola—. Lo que te pertenece por derecho no es el submarino. Es tu familia. Tus amigos. Y lo has destruido todo.

Le disparo tres veces. La última bala de goma hace que la cabeza le dé un latigazo hacia atrás y le deja un desagradable punto rojo justo entre los ojos. Cae de espaldas y se desploma abierto de brazos y piernas en la cubierta.

La histeria da paso a la desesperación. Sollozo y suelto la pistola.

No sé cuánto tiempo me paso llorando al lado de mi hermano. Sobrevivirá. Tiene el pulso fuerte. Aun así... estoy de duelo. Algo ha muerto entre nosotros.

Cerca de mí, Gem gime.

—¿Ana?

Me seco la cara.

—Hola...

Me dirijo junto a Gem tambaleándome aún. Se le ve aturdido y bizquea, pero por lo demás no parece demasiado grave para haber recibido un golpe con una llave de trinquete.

Levanto dos dedos.

—¿Cuántos dedos hay aquí?

Él entorna los ojos.

—¿Veinticinco?

—Sí, te pondrás bien.

—¿Está Dev...?

—Me he ocupado de él —digo, procurando que no se me quiebre la voz—. Le he disparado balas de goma.

Gem abre mucho los ojos.

—No ha debido de serte fácil, Ana. ¿Estás...?

—Estoy bien —miento—. Todo irá bien.

Trato de ayudarle a incorporarse, pero gime y vuelve a tumbarse.

—Creo que me... quedaré aquí un momento. ¿Por qué se ha detenido el barco?

No me había dado cuenta. Los motores no hacen ruido. Estamos inmóviles. Eso quiere decir que alguien ha parado el barco. Y eso, a su vez, quiere decir que hay más enemigos a bordo.

—Miraré en el puente —digo.

—Tienes muy mala pinta.

—Gracias. No te preocupes, tengo esta pistola.

—Es una buena pistola —conviene Gem—. Ten cuidado.

Me marcho tambaleándome. Me imagino que tengo las de perder si me toca luchar contra algo más peligroso que un niño de tres años con un churro de piscina, pero tengo que proteger el barco.

En el puente, me llevo otra sorpresa. De pie junto al cuerpo inconsciente de un estudiante del IL hay una chica de pelo encrespado con un traje de buceo de nemonio y un arma de Leiden en la mano.

—¿Ester? —pregunto con voz ronca.

Ella se vuelve con cara de vergüenza.

—Recibí tu mensaje. Resulta que por el canal que lleva al acuario de tu camarote no solo caben delfines.

—Ahora mismo te quiero con locura —digo.

—Lo sé. Creo que estás a punto de desmayarte.

Como siempre, Ester tiene razón. Me flaquean las piernas. Mi amiga me atrapa cuando me desplomo, y mi conciencia desciende más hondo de lo que mi cuerpo ha llegado jamás.

CAPÍTULO 60

Siempre se me ha dado mejor armar líos que arreglarlos.

En la base Lincoln tenemos varios líos gordos de los que ocuparnos.

Me paso los dos días siguientes fuera de juego. Franklin y Ester me conectan a las máquinas de la enfermería del Nautilus, que según me han dicho me rehidratarán, renovarán mi flujo sanguíneo y se asegurarán de que mis órganos internos no explotan.

Mis compañeros de habitación son Gem, que se recupera de su herida en la cabeza, y el doctor Hewett, que tiene ahora mejor aspecto de lo que yo

recordaba. Durante los pocos momentos de semiconciencia del profesor, farfulla sobre las notas poco satisfactorias de sus alumnos. Nunca he querido saber con qué sueñan los profesores. Ahora me interesa.

Franklin me dice que el Nautilus sabe cómo tratar el cáncer de páncreas. No está seguro de qué compuestos están produciendo las máquinas del laboratorio médico, pero están eliminando poco a poco las células cancerosas del cuerpo de Hewett.

Como Nemo descubrió el ADN hace ciento cincuenta años, supongo que no debería sorprenderme. Pero mientras permanezco tumbada en la cama, me da tiempo a pensar en lo que Dev dijo: que HP podría haber utilizado la tecnología de Nemo para salvar el mundo cien veces.

Por otra parte, he visto lo que la sed de poder del Instituto Land le hizo a mi hermano. Los humanos todavía no están listos para los adelantos de Nemo. No sé cuál es el lema del Instituto Land, pero me gustaría que fuese «Por eso no podemos tener cosas buenas».

En cuanto a Gem, se queda en la enfermería conmigo más de lo que necesita. Incluso cuando Franklin le autoriza a volver al servicio, Gem comenta:

—A lo mejor me quedo a descansar un poco más. Las heridas en la cabeza pueden ser delicadas, ¿verdad?

Franklin lo mira con el ceño fruncido y luego me mira a mí.

—Sí. Claro. Delicadas.

Me echo a reír, y me hace daño el costado recién cosido.

—Gem, no hace falta que sigas haciendo de guardaespaldas. Estoy bien.

Él mira hacia el pasillo; puede que sea la primera vez que lo veo desviar la vista de un objetivo.

—Guardaespaldas, no. A lo mejor podría, no sé, quedarme como amigo.

Una sensación agradable se extiende por mi esternón. Me acuerdo de lo que Gem me dijo hace días en la enfermería de la base Lincoln: «No tengo muchos conocidos. Así que los que tengo son importantes para mí».

Me doy cuenta de que ahora formo parte de ese reducido grupo de conocidos importantes, y no lo cambiaría por nada.

—Claro —digo—. Agradecería tu compañía.

Franklin empieza a protestar:

—Pero las heridas de Gem no son...

—Franklin —decimos Gem y yo al unísono.

—Está bien —masculla el médico—. Me voy a comer.

El resto de los heridos en la batalla, afortunadamente, tienen lesiones leves.

No ha habido muertes en ningún bando, que ya de por sí es un milagro. Gracias a la rápida labor de las Orcas, la tripulación entera del Aronnax fue rescatada. Muchos estaban heridos. Algunos estuvieron a punto de ahogarse. La mayoría tendrán chapodifobia el resto de sus días, pero todos sobrevivirán. Molidos y conmocionados, no opusieron resistencia cuando mi tripulación los llevó a los improvisados calabozos de la base Lincoln.

El cuarto día después de la batalla, me siento lo bastante bien para ir a bucear.

Encuentro a nuestro amigo Romeo escondido en un acogedor abismo justo al sur de la isla. Cuando toco el guiteclado aparece para saludarme. Le expreso nuestra gratitud lo mejor que puedo. También intento preguntarle si quiere que lo llevemos a donde lo encontramos, pero parece contento de quedarse aquí.

Durante los próximos días, cada vez que Ester y Top dan un paseo por lo que queda del atolón, Romeo sale a la superficie y los observa, mientras Top ladra alegremente y se arquea en actitud juguetona. Tengo pesadillas en las que Romeo aprende a jugar a la pelota con el perro, la lanza hasta Fiji, y Top va a por ella nadando.

Por lo que respecta a Sócrates, parece que no sabe qué opinar del pulpo gigante. A Sócrates le gustan los cefalópodos pequeños y sabrosos, no tan grandes que podrían comérselo. Él y el resto de su familia adoptiva de delfines evitan a Romeo, pero por lo demás parecen contentos. Les doy de comer muchos calamares ricos y les agradezco que nos ayudasen en la batalla.

Cuando Sócrates pregunta por mi hermano —con un coletazo que he aprendido a traducir como «Dev»—, no sé qué decirle. Por lo menos bajo el agua puedo llorar cuanto me viene en gana. Al océano le dan igual unas gotas más de agua salada.

Una vez que el Nautilus vuelve a funcionar, Tia Romero supervisa las labores de rescate de los restos del Aronnax. Llevará semanas completar el trabajo, pero necesitamos entender lo lejos que el Instituto Land ha llegado en su investigación. Además, no queremos toda esa chatarra en nuestro suelo marino.

Al quinto día, liberamos a nuestros prisioneros; a todos menos a Dev. No es una decisión popular. Todavía son nuestros enemigos, tienen las manos manchadas de sangre, pero no disponemos de la infraestructura para llevar un campo de prisioneros indefinidamente, y no es fácil hacer pagar al Instituto Land su culpa ni demostrar lo que han hecho en ningún tribunal. La opción menos mala que se me ocurre es soltarlos, sabiendo que puede que volvamos a enfrentarnos a ellos en el futuro. Les doy el Varuna, aunque me duele. Abastecemos el barco de suficiente comida, agua y combustible para que llegue a

la costa de California. No dejamos en la embarcación ningún objeto peligroso o de valor: armas, LOCUS, camuflaje dinámico... Incluso sacamos los libros de la biblioteca.

Sinceramente, nuestros rehenes no deberían quejarse. Los hemos tratado bien y les hemos dado de comer las exquisiteces preparadas por Júpiter. Todos han engordado unos cuantos kilos. Ellos nunca lo reconocerán, pero sospecho que echarán de menos el *gâteau mille-feuille d'orang-outan*.

Caleb South se indigna cuando le doy el mando del Varuna.

—¿Por qué lo haces? Nos estás soltando como si nada. Y sabemos dónde está vuestra base.

—Sí, lo sabéis —asiento—. Y también sabéis lo que pasó cuando os intentasteis enfrentar a nosotros. Veinte de nuestros alumnos novatos vencieron a vuestra clase entera de último curso. Si queréis la revancha, volved.

Le empieza a temblar el ojo, pero no dice nada. Unos minutos más tarde, observo cómo mi primer barco de mando zarpa de la laguna.

—¿Crees que ha sido inteligente provocarle de esa manera? —plantea Gem.

Nelinha hace una mueca.

—Ha sido perfecto. Que vuelvan si se atreven.

Sospecho que ella solo está fanfarroneando. Nadie quiere que se repita lo que acabamos de vivir, pero Nelinha se ha ganado el derecho a alardear un poco. La victoria no ha sido nada fácil. Todos mis amigos deberían estar orgullosos de lo que hemos conseguido.

Al día siguiente, el doctor Hewett puede moverse con ayuda de un andador. Lo llevo al embarcadero de la cueva, que él todavía no ha visto. Admiramos los brillantes robobichos verdes que zumban arriba y el festival luminoso del fitoplancton del agua. Pero, sobre todo, admiramos el Nautilus.

Hewett lleva una bata y un pijama viejos de color azul. Todavía está demacrado. Su pelo blanco es como una bola de algodón que acaba de salir de la cápsula de su planta. Pero está vivo, y no huele mal. Interpreto esas dos cosas como señales de progreso.

—Ana, lo has hecho mejor de lo que imaginé —me dice.

Estudio su rostro. Es la primera vez que me llama Ana.

—¿Es un cumplido? —pregunto con cautela—. No estoy segura de cómo se imaginaba que lo haría.

Él resuella.

—Oh, por favor, no me hagas reír. Me duele. No, monitora... Capitana Dakkar. Siempre supe que era usted capaz de grandes cosas. Lamento no habérselo demostrado, ni haberle deparado el respeto que merecía.

Entorno los ojos.

—¿Pero...?

—No hay peros —me asegura él—. Es cierto que todos nos centramos en Dev, incluido yo. Me preocupaba que fuera demasiado impetuoso, demasiado irascible, demasiado... En fin, demasiado parecido a mí y a los estudiantes a los que di clase en el Instituto Land. Por eso me esforzaba tanto por aconsejarle. Aun así, nunca imaginé que él... —Hewett mueve la cabeza con gesto triste—. En cualquier caso, es a usted a quien deberíamos haber preparado para mandar. A pesar de su formación insuficiente, en medio de una gran tragedia, mire lo que ha conseguido. —Señala el Nautilus—. ¿Ha decidido ya qué vamos a hacer ahora?

Siento como si se me hubiesen pegado los pies a la cubierta.

—¿De verdad me corresponde a mí la decisión?

El doctor Hewett arquea sus finas cejas.

—Por supuesto que sí. Es usted ahora la capitana Nemo. El Nautilus la ha aceptado. Los estudiantes que quedan la han aceptado. Y el profesorado... lo que queda de nosotros... hemos visto su potencial. Le ayudaremos, seguiremos con su formación si lo desea. Pero usted marcará nuestro rumbo. Estaremos a su disposición en lo que usted decida.

Agradezco oírlo, pero también me siento extrañamente intranquila. Me pregunto si esto es lo que supone ser una líder, y si las dudas desaparecen algún día.

—Tengo que hablar con Ester —le digo—. Y con el resto de la clase, claro. Pero, sí, creo que sé lo que viene ahora...

CAPÍTULO 61

La respuesta es la cena.

La respuesta siempre es la cena.

Primero, consulto a Ester. Ella está totalmente de acuerdo con mi plan. Luego expongo mis ideas a Gem y Nelinha. Los dos están conformes. El único comentario de Nelinha es «Pues claro».

Top escucha y menea la cola, lo que significa que o le gusta cómo pienso o que quiere una galleta.

Esa noche la tripulación entera se reúne alrededor de la mesa del salón de la base Lincoln. El programa de repostería de Mary Berry se emite de fondo: nuestra banda sonora favorita. Júpiter va de un lado a otro repartiendo platos de *crespelle alla fiorentina*. Los finísimos crepes están hechos de harina de *porphyra* y aceite de alga con sabor a mantequilla. El relleno de «ricota y espinacas» consiste en

extracto de musgo de Irlanda y alga marina. La salsa... ¿Sabes qué? Me da igual. Me la pienso comer porque sabe bien.

Luca entretiene a la tripulación con anécdotas sobre cómo resistió el ataque del Instituto Land a la isla. Ya las hemos oído un montón de veces, pero cada vez ganan más detalles. Ophelia se limita a menear la cabeza y sonreír, y de vez en cuando atrae a su marido y le besa.

—Me he casado con un hombre brillante que también es un idiota —dice pensativa—. ¿Cómo es posible?

Cuando hemos terminado el primer plato, le pido a Gem que baje el volumen del programa de cocina. Doy unos golpecitos en mi vaso con el tenedor para llamar la atención de todos. Me levanto, pues me parece que la ocasión lo requiere.

—Tripulación del Nautilus —digo—, clase de primer año de Harding-Pencroft, si hoy estamos vivos es gracias a vuestra inteligencia y valentía.

Nelinha alza su vaso.

—¡Por estar vivos!

Su comentario despierta algunas risas. Hay brindis.

Cuando el ruido disminuye, continúo.

—Ahora tenemos decisiones que tomar. Sé que muchos de vosotros... —Se me quiebra la voz—. Muchos de vosotros tenéis familia en tierra firme. Querréis avisarles de que estáis vivos, y seguramente pasar el verano en casa. Después de lo que hemos pasado, puede que algunos de vosotros os hayáis hartado de esta locura y queréis estudiar en un instituto de secundaria normal.

—¿Normal? —murmura Franklin, como si fuese el peor insulto que se le ocurriera.

—Si es así —prosigo—, apoyaré vuestra decisión. Podéis quedaros con vuestra parte del tesoro del Nautilus y seguir vuestro camino, sin rencor.

Halimah se inclina hacia delante.

—¿O...?

Exceptuando a Mary Berry, que habla con entusiasmo de las temperaturas del horno al fondo, la sala se queda en un silencio absoluto.

—O podemos seguir trabajando juntos —añado—. Me encanta este equipo. También soy consciente de que el Instituto Land no está acabado. Seguirán investigando. Construirán un nuevo submarino. Volverán a por el Nautilus. Estarán más decididos que nunca, sobre todo si creen que han destruido el único instituto que se interponía en su camino.

Mis compañeros murmuran. Sus expresiones se han vuelto serias. Suele ocurrir cuando alguien menciona el Instituto Land.

—Ester y yo hemos estado hablando —revelo—. Hemos pensado en crear algo totalmente nuevo: hacer borrón y cuenta nueva. Todos sabemos que Harding-Pencroft no era perfecto. Demasiados secretos. Muy poca confianza en los estudiantes.

Luca tose.

—Es un tema delicado.

—Pero tiene razón —añade Ophelia.

—Sin embargo —digo—, Harding-Pencroft hizo muchas cosas bien. Nemo los eligió para que continuaran con su legado. No quiero tirar por la borda ciento cincuenta años de tradición. Además, vamos a necesitar nuevas generaciones de estudiantes para mantener a raya al IL. Y como el Aronnax... como Dev avisó a HP antes del ataque, es posible que algunos de nuestros compañeros y profesores salieran con vida. Si es así, podrían estar escondidos, temiendo por su vida. Tenemos que encontrarlos y ayudarles. Y contamos, bueno, con fondos casi ilimitados. Por todo ello... ¿Ester?

Ester se levanta. Se ha puesto casi tan roja como la salsa de *pomodoro*.

—Quiero reconstruir Harding-Pencroft.

—El volumen, nena —protesta Nelinha.

—Perdón.

—No. —Nelinha sonríe—. ¡Que hables MÁS FUERTE!

Ester frunce el ceño consternada y acto seguido grita a todo pulmón:

—¡QUIERO RECONSTRUIR HARDING-PENCROFT!

La tripulación aplaude. Varios Tiburones golpean la mesa con el puño, con gran disgusto de Júpiter, que está intentando servir el tiramisú.

—NO SERÁ EXACTAMENTE IGUAL —continúa Ester.

—Ya puedes bajar el volumen —le aconseja Nelinha.

—Tendremos mejores defensas —apunta Ester—. Puede que no edifiquemos tan cerca de los acantilados.

Muchas cabezas asienten.

—Cumpliremos los deseos de mis antepasados —prosigue Ester—. Y del antepasado de Ana, claro. Nuestra tecnología no puede caer en manos de gobiernos ni empresas. Y desde luego no puede pasar a manos del Instituto Land. Pero de momento utilizaremos el Nautilus para entrenar. También utilizaremos la base Lincoln. Ahora podemos ir y volver fácilmente a California.

Tia silba con admiración.

—El segundo curso empieza a prometer.

—Seguiremos formándonos —digo—. Seguiremos luchando contra el IL. Seguiremos aprendiendo sobre la tecnología de Nemo. Sabemos que tenía como

mínimo una docena de bases secretas, y Ester cree que todavía quedan más por descubrir. ¿Quién sabe lo que encontraremos? Y ni siquiera hemos arañado la superficie de las capacidades del Nautilus cuando esté en perfecto estado. —Miro a mi tripulación—. Seremos la primera clase de HP que tripule la nave del capitán Nemo. ¿Os imagináis todo lo que habremos aprendido cuando nos graduemos?

—Tanto que el Instituto Land se hará popó de miedo —dice Nelinha.

—Pero no voy a mentiros —concluyo—. Nos esperan tres años muy duros. Tendremos que reconstruirlo todo. Deberemos estar siempre alerta por si nos vuelven a atacar. Los que tengan interés en quedarse, que levanten la mano...

Confío en que más o menos la mitad se queden. Para mí y para Ester, no es una decisión: es nuestro destino. Pero para los demás... Ellos podrían marcharse y llevar vidas normales, con un buen pellizco bajo el brazo para los ahorros de la universidad.

En cambio, todas las manos se levantan.

Gem hace ver que cuenta los votos.

—Creo que es unánime. Solo tengo una pregunta: y ahora, ¿qué, capitana?

—¡Por Harding-Pencroft! —grita Nelinha.

—¡Por Harding-Pencroft! —responde la tripulación—. ¡Por la capitana Nemo!

Comparto brindis y risas. Reboso amor y gratitud por mis amigos. Pero en lo más recóndito de mi mente estoy considerando la pregunta de Gem: «Y ahora, ¿qué?». Porque todavía tengo una conversación pendiente, y será la más difícil de todas.

CAPÍTULO 62

Dev se pasea nervioso por su celda.

Supongo que es comprensible. Han pasado dos semanas. El cuarto de huéspedes es agradable, pero debe de estar volviéndose loco.

Se detiene cuando me ve. Lleva unas bermudas caqui y una camiseta vieja de Luca en la que pone UMBRIA JAZZ '09. Se aprieta los brazos; probablemente está helado, como siempre.

—Tú por aquí...

Intenta parecer enfadado, pero le tiembla el labio inferior. Noto que está al borde de las lágrimas. Eso me duele más que los insultos que me ha dedicado en

las anteriores visitas.

Se dirige a la rejilla que tapa la entrada y se agarra a la parte superior con los dedos. Se queda allí colgado como haría Júpiter. Los Cefalópodos crearon la barrera con malla de nemonio. Es ligera y flexible, pero Dev no podría escapar por ella, considerando que lo más peligroso que tiene en la habitación es una almohada y un rollo de papel higiénico.

—Me necesitas, y lo sabes.

Me esperaba muchos comentarios por su parte, pero ese no era uno de ellos.

—¿Ah, sí?

—Vais a perseguirlos, ¿no? Si atacáis al Instituto Land, necesitaréis a alguien que conozca su campus, su seguridad, su gente.

Lo miro fijamente tratando de hallar al Dev que yo conocía.

—¿Te estás ofreciendo a ayudarnos?

—Es mejor que quedarse aquí para siempre. —Sacude la rejilla. No sabía que fuese claustrofóbico, pero empiezo a preguntármelo. Parece nervioso, perdido, asustado—. Hagamos un trato. Yo os ayudo, y vosotros me soltáis. No... no volveréis a verme, lo juro.

Sus palabras me parten el corazón, pero procuro que no se me note. Niego con la cabeza.

—No hay trato.

—Por favor, Ana... Yo... ¿Qué quieres? Soltaste a los demás. No puedo quedarme en esta caja eternamente. Tú no eres tan cruel.

—Puede que no. Pero tendrás que hacer algo más si quieres ser libre.

Él ladea la cabeza; sin duda espera algún tipo de trampa.

—¿Qué?

Hago una señal con la mano a la cámara de seguridad del pasillo. La rejilla se retira.

—Tengo algo que enseñarte —le digo a Dev—. Vamos.

Él ríe con incredulidad.

—¿Me vas a dejar salir como si nada?

—De momento —contesto.

—¿Dónde están tus guardias?

—No hay guardias —respondo—. Les he dicho a todos que no se acerquen. Estamos tú y yo solos. —Arqueo una ceja—. Si quieres intentar reducirme, adelante.

La mayoría de los animales, incluidos los humanos, perciben el miedo. Pueden oler la debilidad. Por supuesto, estoy aterrada, pero supongo que lo disimulo bastante bien. Dev se acerca al umbral con cautela, como si yo fuese a

atacarle.

—Por aquí.

Me vuelvo y lo conduzco por el pasillo.

Me hormiguean los omóplatos. Noto que mi hermano me clava la mirada en la espalda, pensando distintas formas de dejarme inconsciente y escapar. No estoy del todo segura de que no vaya a intentarlo. Pero tengo que hacerlo. Solo dará resultado si me comporto como si tuviese la sartén por el mango, aunque no me sienta así.

Nos detenemos enfrente de la puerta acorazada que da a la laguna.

—Adelante. —Señalo la cerradura—. Todavía responde a tu ADN.

A él le brillan los ojos con frialdad.

—Ahora estoy seguro de que es una trampa. ¿Vas a dejar que me acerque al Nautilus? ¿Qué has hecho, programar la puerta para que me dé una descarga? ¿Quieres darme una lección?

Me siento tan desconsolada y tan triste que apenas puedo negar con la cabeza.

—Nada de trampas. Nada de descargas. No somos el Instituto Land. Ni tú tampoco.

Él frunce el entrecejo y acto seguido pone la mano en el panel. Los mecanismos internos hacen clic y se desbloquean. La puerta se abre.

Dentro de la caverna, libélulas metálicas verdes dan vueltas perezosamente en lo alto. Atracado en el embarcadero, a la luz multicolor de las nubes de fitoplancton, el Nautilus reluce como un espejismo de tecnología exótica. Las púas, los cables y el complejo mosaico de su casco ya no me resultan extraños. Lo veo como mi hogar.

Dev inspira bruscamente. Solo ha visto el Nautilus bajo el agua y de lejos, o como una señal brillante en las lecturas del Aronnax. Verlo ahora de cerca por primera vez... En fin, me acuerdo de lo que se siente.

—Es precioso —murmura.

Su tono es una mezcla de envidia y asombro.

Cerca de nuestros pies, Sócrates sale a la superficie del agua. Parlotea furiosamente con Dev.

—Hola, colega.

A Dev se le entrecorta la voz. Se agacha en el borde del embarcadero.

Sócrates sigue reprendiéndole.

Dev me mira tímidamente.

—Me imagino lo que está diciendo.

—No está contento contigo —convengo.

Dev asiente con la cabeza con aire taciturno. Confío en que al menos no haga daño a Sócrates. Aunque Dev pueda convencerse de hacer algo como destruir la academia, herir a propósito a alguien que te quiere, cara a cara... es mucho más difícil. Nosotros no somos entes abstractos que Dev pueda odiar. Somos su familia. Necesito que él vea la diferencia, que la sienta.

—No tengo nada para ti, Sócrates.

La expresión vacía de Dev me hace sospechar que no solo se refiere a la comida. Se refiere a que no tiene ninguna explicación ni ninguna disculpa admisible.

Abro el armario más cercano, destapo la hielera de Luca y agarro un calamar congelado. Se lo ofrezco a Dev.

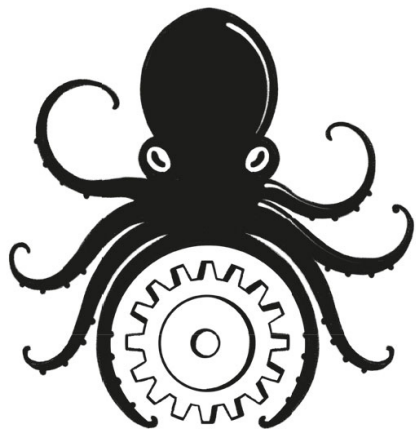
Él mira el *Loligo opalescens* como si hubiese caído de otra dimensión. Me imagino que, como yo, se acuerda de la última vez que estuvimos juntos.

Lanza el calamar. Sócrates lo atrapa porque por muy cabreado que esté un delfín, nunca dirá que no a la comida. Sócrates suelta otra diatriba mordaz, se vuelve para poner cola en polvorosa y nos salpica a los dos al sumergirse.

Dev agacha la cabeza.

—Vale. Ya lo pillo. Este es el castigo. Prefiero la celda.

—No, Dev —digo, adoptando un tono severo—. No hemos acabado. Vamos a entrar en el Nautilus.



CAPÍTULO 63

Antes incluso de que lleguemos al pie de la escalera, a Dev ya le tiemblan las manos.

Se queda pasmado en la cámara de entrada, sin saber dónde centrar la mirada.

Me dirijo al submarino en bundeli.

—Nautilus, este es Dev. Ya te he hablado de él.

La embarcación zumba. Las luces se iluminan.

Dev me mira. A estas alturas, estoy segura de que ha descartado cualquier idea de atacarme. Está demasiado abrumado, demasiado vulnerable.

—¿Se controla con la voz? —pregunta—. ¿En bundeli?

—No, Dev —respondo tranquilamente—. No se controla. Está vivo.

—¿Vivo...? No, eso no es...

El Nautilus se mueve bajo nuestros pies. Un mensaje sutil. «Escucha a tu hermana, chaval».

—Vamos —le digo.

Él me sigue al puente.

—Madre mía... —Pasa la mano por el respaldo de la silla del capitán. Se queda mirando embobado el órgano, las ventanas con forma de ojos, las esferas de los LOCUS que brillan sobre las consolas de control—. ¿Por qué me dejas ver todo esto, Ana? ¿Este es mi castigo?

Parece resentido, sí, pero hay algo más. Creo que empieza a darse cuenta de lo que ha perdido... y no solo se trata del Nautilus. Se trata de HP. De su futuro. Puede que incluso de mí.

—Quería que lo conocieras —digo—. Y también enseñarte una cosa. El Nautilus sabe de ti. Eres un Dakkar. Si quieres, puedes intentar darle una orden.

Él me mira con escepticismo, pero le brillan los ojos de ganas.

—Nautilus —dice finalmente. Tiene el bundeli más olvidado que yo, pero lo intenta—. Soy Dev Dakkar. Yo... yo tenía que ser tu capitán. ¿Te sumergirás si te lo pido? Desciende cinco metros.

No pasa nada.

Creo que Dev se lo esperaba. De todas formas, agacha los hombros.

—Me has dado la patada.

—No —niego—. El Nautilus no se fía de ti. Le has ofendido; intentaste apoderarte de él.

Él frunce el ceño consternado.

—Ana... sé lo que pasó. Este submarino mató a nuestros padres.

La luz del puente adquiere un tono violeta.

—Este submarino —replico— se quedó en el fondo de una laguna durante un siglo y medio. Estaba furioso y solo funcionaba a medias. Atacó. Ahora le duele, como a nosotros.

—Le duele... —Parece que Dev tratase de recordar lo que significa ese verbo —. ¿De verdad has perdonado a este barco?

—Estoy en ello —contesto, y es la verdad. Dev y el Nautilus no se merecen menos. Con los ojos clavados aún en mi hermano, doy a la nave una orden que he evitado desde la primera vez que subí a bordo—. Nautilus, llévanos al fondo de la laguna, por favor. Enséñanos los jardines.

Enseguida los motores zumban. Las amarras se repliegan. El agua lame los ventanales mientras nos sumergimos.

Nos hundimos despacio, casi con reverencia, en el centro oscuro del antiguo

volcán.

—¿Qué son los jardines? —pregunta Dev con recelo.

—Ya lo verás —le respondo.

Me dirijo a la proa y miro por las ventanas. Tras vacilar un poco, Dev se une a mí.

Observamos en silencio hasta que el Nautilus se detiene, flotando en las profundidades. Enciende las luces de proa. Ante nosotros se extiende un paisaje marino compuesto por miles de plantas distintas: huertos de laminarias que ondean teñidas de naranja a la luz del submarino, campos poblados de musgo morado, hileras de arbustos de uva de mar de un vivo color verde. Algunas de las plantas parecen simples adornos, salpicadas de extrañas flores que podrían ser anémonas u orquídeas o especies de otro planeta, que se abren en tonos violeta y rojo.

Dev traga saliva.

—Es precioso.

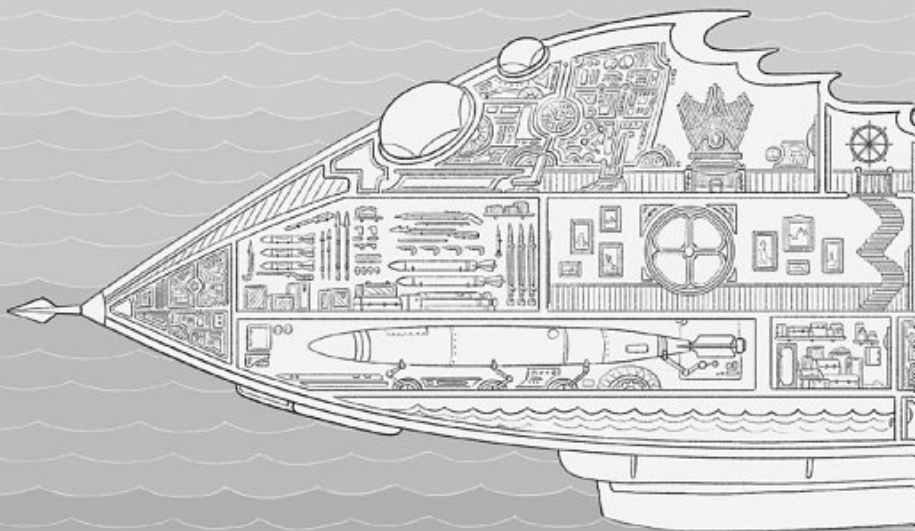
—Aquí es donde nuestros padres encontraron el Nautilus —digo—. También es donde Luca y Ophelia esparcieron las cenizas de los muertos. El príncipe Dakkar está aquí. Y mamá y papá. —Miro a mi hermano—. No tuvimos ocasión de despedirnos como es debido. He pensado que podrías querer decirles adiós. Yo sí que quiero.

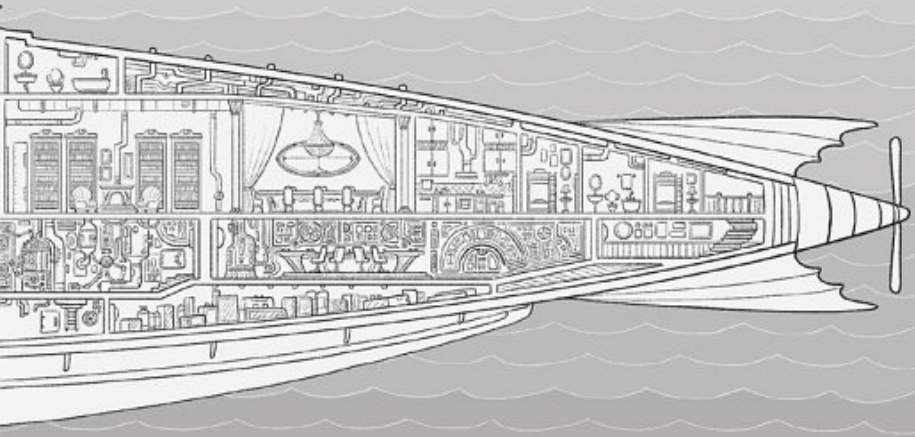
El temblor se vuelve insoportable para él. Cae de rodillas. Empieza a sacudirse y a llorar, soltando años de ira y pena. Espero que también suelte parte de su rencor. Me acuerdo del niño que daba saltos por el jardín botánico con una bengala cierta noche de verano. Me acuerdo de mis padres sentados uno al lado del otro, contemplando con satisfacción los girasoles y las flores de ojos azules.

No me fío de Dev. No sé si algún día podré fiarme de él, pero sí que lo quiero. Sigue siendo mi hermano. Tal vez empiece a darse cuenta de lo que ha hecho, y de lo mucho que tiene que remontar para volver conmigo. Tengo que ser fuerte por él, como lo fui por mi tripulación. Me quedo de pie junto a él mientras llora y veo cómo las flores del mar cambian de color a la luz del Nautilus.

Me despido de mi madre y de mi padre.

Rezo por mi hermano y por el futuro. No renunciaré a ninguno de los dos.





AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a los lectores del borrador por su ayuda con este libro: Roshani Chokshi, autora del quinteto superventas de Aru Shah; las lectoras de sensibilidad Riddhi Kamal Parekh y Lizzie Huxley-Jones; y el doctor Robert Ballard, oficial retirado de la Marina de Estados Unidos y profesor de oceanografía que ahora ejerce de explorador de las profundidades marinas a tiempo completo. Si queréis conocer las increíbles aventuras submarinas que ha vivido, os recomiendo su libro *Into the Deep: A Memoir from the Man Who Found the* Titanic.

Un secreto en la profundida del océano.
Una batalla bajo el mar para descubrir la verdad.

La Academia Harding-Pencroft no es un instituto normal: de sus clases salen los mejores exploradores submarinos y los navegantes más prestigiosos del mundo, que compiten en condiciones extremas divididos entre las casas Delfín, Cefalópodo, Orca y Tiburón. Ana Dakkar, una brillante estudiante de primer año, está preparada para la misteriosa prueba de final de curso… hasta que una terrible tragedia cambia su destino para siempre.

En una carrera contra enemigos mortales y trampas submarinas, descubrirá que el secreto más bien guardado de la escuela está en las profundidades del océano, y solo una persona podrá protegerlo...

LA ÚLTIMA DESCENDIENTE

Rick Riordan (San Antonio, Estados Unidos, 1964) es, sin duda, uno de los autores de literatura juvenil más respetados. Profesor de instituto, el fulgurante éxito de la serie «Percy Jackson y los dioses del Olimpo» hizo que pudiera dedicarse a la escritura a tiempo completo.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *Daughter of the Deep*

Edición en formato digital: noviembre de 2021

© 2021, Rick Riordan
Publicado por acuerdo con Gallt and Zacker Literary Agency, LLC. y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2021, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción
© 2021, Lavanya Naidu, por las ilustraciones

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18949-16-6

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: @somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

HTTPS://WWW.FACEBOOK.COM/PALESTRACHB

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La última descendiente
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7

Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rick Riordan
Créditos